CARLOS TAIBO

ANARQUISMO Y REVOLUCIÓN EN RUSIA 1917-1921

SEGUNDA EDICIÓN

CATARATA

CARLOS TAIBO

Profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid, cuyo programa de estudios rusos ha dirigido. Entre sus últimos libros se cuentan Libertari@s (Los Libros del Lince, Barcelona, 2010), Repensar la anarquía (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2013), Rusia frente a Ucrania. Imperios, pueblos, energía (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2014) y Colapso. Capitalismo terminal, transición ecosocial, ecofascismo (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2016).

Carlos Taibo

Anarquismo y revolución en Rusia (1917-1921)

PRIMERA EDICIÓN: ABRIL 2017
SEGUNDA EDICIÓN: SEPTIEMBRE 2017
DISEÑO DE CUBIERTA: JOAQUÍN GALLEGO
ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: V. I. KOZLINSKI, ‘LOS HÉROES DE LA COMUNA DE PARÍS SE LEVANTAN ENTRE LOS MUERTOS BAJO LA BANDERA ROJA DE LOS SOVIETS, 1921’
© CARLOS TAIBO, 2017
© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2017
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 05 04
FAX. 91 532 43 34
WWW.CATARATA.ORG
ANARQUISMO Y REVOLUCIÓN EN RUSIA (1917-1921)
ISBN: 978-84-9097-280-9
E-ISBN: 978-84-9097-769-9
DEPÓSITO LEGAL: M-9.917-2017
IBIC: JPFB/1DVUA/HBTV4
ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

creative commons

ESTA LICENCIA PERMITE COPIAR, DISTRIBUIR, EXHIBIR E INTERPRETAR ESTE TEXTO, SIEMPRE Y CUANDO SE CUMPLAN LAS SIGUIENTES CONDICIONES:

- AUTORÍA-ATRIBUCIÓN: SE DEBERÁ RESPETAR LA AUTORÍA DEL TEXTO. SIEMPRE HABRÁ DE CONSTAR EL NOMBRE DEL AUTOR.
- NO COMERCIAL: NO SE PUEDE UTILIZAR ESTE TRABAJO CON FINES COMERCIALES.
- NO DERIVADOS: NO SE PUEDE ALTERAR, TRANSFORMAR,

MODIFICAR O RECONSTRUIR ESTE TEXTO.

LOS TÉRMINOS DE ESTA LICENCIA DEBERÁN CONSTAR DE UNA MANERA CLARA PARA CUALQUIER USO O DISTRIBUCIÓN DEL TEXTO. ESTAS CONDICIONES SOLO SE PODRÁN ALTERAR CON EL PERMISO EXPRESO DEL AUTOR. ESTE LIBRO TIENE UNA LICENCIA CREATIVE COMMONS ATTRIBUTION-NODERIVS-NONCOMMERCIAL. PARA CONSULTAR LAS CONDICIONES DE ESTA LICENCIA SE PUEDE VISITAR: HTTP://CREATIVECOMMONS.ORG/LICENSES/BY-ND-NC/1.0/ O ENVIAR UNA CARTA.

“No has muerto en vano. Lo que has sembrado crecerá”.

Aleksandr Herzen

“Hay quienes otorgan demasiada importancia a las formas políticas, adscribiéndoles el poder de producir en el país todo tipo de cambios económicos simplemente por orden de las autoridades, desde arriba, y por la obediencia de los súbditos o ciudadanos, desde abajo. En su mayoría son jacobinos que quieren tener el poder en sus manos para decretar una revolución política y económica e introducir los principios socialistas en la vida del pueblo desde arriba, sin invocar su participación activa en la efectiva reconstrucción e, incluso, en algunas circunstancias, reprimiendo su iniciativa revolucionaria”.

Nikolai Kibalchich

“Quienes se han enorgullecido de haber realizado una revolución siempre han podido comprobar, al día siguiente, que no sabían lo que hacían, que la revolución realizada en nada se parecía a lo que habían deseado hacer”.

Friedrich Engels

PRÓLOGO

En el año en que este libro ve la luz se celebra el centésimo aniversario de las revoluciones rusas de 1917. Doy por descontado que, al amparo de esa efeméride, caerá sobre nosotros un alud bibliográfico que dará cumplida cuenta de dos grandes versiones de los hechos. La primera, y a buen seguro que la más recurrente, surgirá de la vulgata liberal y explicará una y otra vez que 1917 fue un año aciago en el que se abrió camino un proceso que marcó infelizmente el derrotero del planeta a lo largo de todo el siglo XX. La segunda, que beberá de la mitología creada en torno a la revolución de Octubre, entenderá, por el contrario, que ésta fue un dechado de perfecciones que iluminó un mundo nuevo y saludable. Si acaso se manifestará también, aunque su eco apenas llegará hasta nosotros, una tercera versión: la que, en el magma del nacionalismo de Estado ruso, no tendrá reparos en canonizar al último zar, en ensalzar las presuntas virtudes de la Iglesia ortodoxa o en olvidar el tétrico escenario social característico de la década de 1910.

Le parece al autor de estas líneas que tiene sentido escarbar en una lectura de los hechos distinta de la que proponen liberales, tardobolcheviques y, en su caso, estatonacionalistas. Una lectura que se aleje de la certeza de que el capitalismo es un sistema natural y deseable, que plante cara a las muchas miserias que arrastraron en el poder los seguidores, ficticios o reales, de Lenin y que mantenga las distancias en lo que atañe al *revival* autoritario y oscurantista que se manifiesta hoy en muchos estamentos de la sociedad rusa. La lectura a la que me refiero coloca en el centro de nuestra atención a quienes en momento alguno pasaron por ser los vencedores. A quienes, anarquistas y afines, pelearon

por construir una sociedad desde abajo, sin pastores ni rebaños. A quienes, en suma, permanentemente olvidados, en el mejor de los casos han sido objeto de una breve mención en los santorales al uso. Baste con recordar al respecto que la voluminosa obra de Edward Hallett Carr apenas presta atención a los anarquistas, concentrado como está su autor en una historia que, en realidad, no lo es de las revoluciones rusas, sino del partido bolchevique y sus avatares.

Confesaré al lector que la redacción de este libro me ha regalado un singularísimo viaje al pasado. He vuelto a leer muchos textos que, para bien o para mal, y hace cuatro décadas, constituyeron hitos decisivos en mi formación. Estoy pensando en los libros de Volin y de Archínov, que, pese a sus innegables carencias y olvidos, sirvieron para mantener la memoria de hechos decisivos que de lo contrario, y con toda probabilidad, no habrían llegado hasta nosotros. Tengo en mente también el todavía modélico ensayo de Avrich sobre Kronshtadt y —ahora así me lo ha parecido— el no tan estimulante trabajo del mismo autor sobre los anarquistas rusos, publicado mucho tiempo atrás, entre nosotros, por Alianza e impregnado, a mi entender, y a saber por qué, del designio de atribuir a aquéllos indomables querencias milenaristas, irracionalistas y antiintelectuales. Pero han pasado asimismo por mis manos el atinado, aunque acaso en exceso sesudo, libro de Anweiler sobre los soviets en Rusia y el demoledor estudio de Brinton sobre los bolcheviques y el control obrero. He vuelto a tomar contacto con el impresionante alud de información, y con la escasa pedagogía, recogido en ese retrato topográfico de la dispersión de los *naródniki* que es el libro, clásico, de Franco Venturi, y he tenido la oportunidad de sentir más de una decepción ante los textos de Rosa Luxemburg —su asesinato impidió que pudiese juzgar en su integridad lo que suponía el poder de la burocracia emergente— sobre Rusia. Aclararé que he preferido retomar la lectura de esos viejos volúmenes —con los obsequios que llevan en su interior en forma de objetos y, con frecuencia, en la de comentarios míos no fácilmente comprensibles— antes que buscar ediciones en lenguas originales que imagino poco aportarían. Tendrá que disculpar el lector que, de resultas, el rigor *filológico* de mis citas no sea a menudo el mayor imaginable. Me permitiré agregar que, infelizmente, y en las lenguas de la Europa

occidental, no es mucho lo que sobre estas materias se ha publicado desde la década de 1970, tara que queda medio compensada por los trabajos editados en Rusia en el último cuarto de siglo, en la forma, por ejemplo, de volúmenes que recogen documentos sobre el anarquismo en general, sobre la revuelta de Kronshtadt o sobre la *majnóvshina*. Como podrá comprobarse, en la bibliografía final hago acopio abundante de lo que ha visto la luz, en las últimas décadas, en Rusia y en sus aledaños. En este terreno, el de la investigación bibliográfica, quiero agradecer la inestimable ayuda de Olga Nóvikova y la de los amigos de la librería madrileña La Malatesta.

Conviene que aclare, por lo demás, qué es lo que el lector va a encontrar en este libro, que en su diseño inicial pretendía ser ante todo un ensayo libre no erudito. Digo en su diseño inicial por cuanto salta a la vista que, luego, las cosas han seguido otro derrotero y, pese a mi esfuerzo por aligerar el aparato de citas, este último —entiendo que en virtud de razones respetables— ha adquirido dimensiones cualquier cosa menos contenidas. Son tres, en sustancia, las observaciones que quiero hacer sobre el contenido de esta obra. La primera subraya que, hablando en propiedad, el lector no tiene en sus manos una *historia* del anarquismo ruso. Por las páginas de este libro no pasan, o apenas pasan, nombres de personas, congresos, revistas u organizaciones que se encuentran convenientemente reseñados, en cambio, en trabajos como los de Avrich o Woodcock. Con excepción de los casos de la revuelta de Kronshtadt y de la *majnóvshina*, en relación con los cuales hay, ciertamente, algún esfuerzo de descripción de hechos, mi propósito mayor ha sido considerar en sus rasgos generales el anarquismo ruso, determinar su relación con la galaxia de los diferentes movimientos populistas y, sobre todo, sopesar la confrontación entre bolcheviques y libertarios que se hizo valer entre 1917 y 1921. En esta estela, antes que situar a los anarquistas en la sociedad rusa, y de describir su confrontación con el capital y con el Estado, mi objetivo principal ha consistido en emplazarlos en el magma de los movimientos de vocación emancipatoria.

La segunda observación aclaratoria me invita a recordar que no he hecho mayor esfuerzo en contextualizar los acontecimientos que me atraen. Como

inmediatamente saltará a la vista, en momento alguno me he propuesto escribir un ensayo sobre los estertores del zarismo o sobre los momentos iniciales de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Aunque sea una aportación modesta, y como quiera que, por razones obvias, las herramientas conceptuales de las que se sirve son próximas a las que se despliegan en este libro, me permito sugerir al lector que, a efectos de situar los avatares del anarquismo ruso en un contexto más amplio, eche una ojeada a la historia de la Unión Soviética que publiqué en Alianza en 2010 y que ha aparecido, actualizada, en este año de 2017. Las cosas como fueren, partiré de la presunción de que es harto improbable que un lector sin conocimientos ciertos sobre la Rusia de principios del siglo XX se acerque a un libro como éste, y de resultas daré por descontados esos conocimientos en lo que respecta a la condición del zarismo, a la textura del capitalismo ruso del momento o a la naturaleza de los partidos opositores. Lo haré aun a sabiendas de la complejidad del escenario correspondiente, bien retratada por la aseveración de Nikolai Berdiáyev —"Ningún país ha vivido de forma simultánea en siglos tan diferentes, desde el XIV hasta el XIX"— y acrecentada por la necesaria consideración de un espacio geográfico tan amplio como dispar.

Vaya, con todo, la última de mis observaciones aclaratorias: este libro está inequívocamente concebido, y redactado, desde premisas ideológicas que el autor no tiene ninguna intención de ocultar. Esas premisas se revelan, por encima de todo, a través de una manifiesta simpatía por las causas que blandieron los libertarios rusos en su confrontación con zaristas y liberales, por un lado, y, más adelante, y por el otro, con el emergente poder bolchevique. Ya tendrá tiempo el lector de comprobar que esta segunda colisión es, por fuerza, la que rellena la mayoría de las páginas de esta obra, como a duras penas podía ser de otra manera habida cuenta del período cronológico, 1917-1921, que se lleva el grueso de mi atención.

Son, por lo demás, nueve los capítulos que articulan este libro. Si el primero se interesa por caracterizar el anarquismo ruso antes de 1917, el segundo escarba en sus relaciones con el mundo de los *naródniki*, de los populistas, a través, ante todo, de una consideración de la dimensión libertaria que estos últimos a menudo exhibieron y a través, también, de un

estudio de lo que significó la comuna rural rusa. Los capítulos tercero, cuarto y quinto se ocupan de lo acaecido entre 1917 y 1921 de la mano de tres perspectivas diferentes. Mientras la primera afronta los hechos generales, la segunda sigue el derrotero de cuatro instancias —soviets, consejos de fábrica, sindicatos y, de nuevo, comunas rurales— que desempeñaron papeles centrales en lo que hace a las prácticas libertarias, en tanto la tercera se propone categorizar las diferencias, notabilísimas, existentes entre esas prácticas y las políticas materialmente abrazadas por el naciente poder bolchevique. Por lo que respecta a los capítulos sexto y séptimo, se acercan a dos procesos —la revuelta de Kronshtadt, la *majnóvshina*— en los que se reveló bien a las claras la confrontación entre movimientos de carácter libertario y ese poder bolchevique que acabo de citar. El capítulo octavo, muy breve, ofrece una información rápida sobre lo ocurrido con las iniciativas y los activistas libertarios, después de 1921, en la Unión Soviética, en tanto el noveno y último aporta media docena de conclusiones de carácter general.

Permítaseme que termine este prólogo con la mención de algunas decisiones que, de carácter formal, me he visto obligado a asumir a efectos de asear y clarificar el contenido de esta obra. Recalcaré, por lo pronto, que aunque las más de las veces he considerado que los adjetivos *anarquista* y *libertario* son sinónimos, en algunos casos, que he procurado señalar, me he servido del primero para designar a personas o a posiciones identitaria y doctrinalmente anarquistas, en tanto he utilizado el segundo para describir personas o posiciones que, no necesariamente anarquistas, reflejaban un compromiso franco con las causas de la autoorganización, la autogestión y la democracia y la acción directas. Como el lector podrá apreciar, en este libro se sostiene que tanto la revuelta de Kronshtadt como la *majnóvshina* fueron movimientos fundamentalmente *libertarios*, en los que el peso de los *anarquistas* identitarios resultó ser, no obstante, limitado. También estoy en la obligación de recordar que, pese a que los *bolcheviques* pasaron a llamarse *comunistas* tras el séptimo congreso de su partido, celebrado en marzo de 1918, he preferido en todo momento el concurso del primero de esos dos términos, toda vez que *comunistas* los había también, y muchos, fuera del partido bolchevique. De la misma forma, aunque para referirse a

los bolcheviques lo común es que el poder que ejercieron se identifique como el *poder soviético*, me he inclinado por eludir esta expresión, y por hacerlo en virtud de razones que pronto se le harán obvias al lector y que remiten al hecho de que los soviets, los consejos obreros o campesinos, perdieron dramáticamente autonomía, en una ironía más de la historia, al calor del régimen articulado por Lenin y sus seguidores. Cuando hablo de *Rusia*, y por otra parte, en muchas ocasiones me estaré refiriendo a lo que en realidad era el *imperio ruso*, que acogía a un buen número de países que hoy son Estados independientes, como es el caso, por ejemplo, de Ucrania, de Polonia o de Finlandia. No creo que esta opción simplificadora sea, con todo, fuente de problemas mayores.

Obligado estoy a subrayar, en un terreno distinto, que Rusia adoptó el calendario gregoriano, el empleado en la Europa occidental, el 14 de febrero de 1918, de tal suerte que el 1 de febrero de ese año se convirtió en el 14 del mismo mes. Con anterioridad a esa fecha, y a efectos de datar los acontecimientos, lo habitual es que los estudiosos se guíen —lo haré yo también— por el calendario en vigor en Rusia. Así las cosas, la revolución de Octubre, que se registró el 24-25 de ese mes de 1917 conforme al calendario *ruso*, acaeció en cambio el 6-7 de noviembre según el calendario *occidental*. He procurado respetar, por otra parte, los nombres que las ciudades tenían en el momento de los hechos objeto de atención. Recuérdese al respecto, en singular, que San Petersburgo pasó a llamarse Petrogrado en 1914, para denominarse Leningrado a partir de 1924 y recuperar el nombre de San Petersburgo en 1991. Por lo que respecta a la transcripción de los nombres propios —y de los títulos de libros— rusos, en alguna ocasión ucranianos, he aplicado un criterio fundamentalmente fonético, en el buen entendido de que he respetado aquellos de entre ellos que tienen una sólida tradición de presencia en castellano. Aunque he respetado asimismo, en las citas bibliográficas, los nombres de los autores tal y como se recogen en los libros o artículos correspondientes, en las menciones en el texto me he guiado por el criterio fonético recién invocado, de tal suerte que, y por rescatar un ejemplo, el Archinof que aparece en las citas se convierte en Archínov en ese texto. Habida cuenta de la enorme disparidad de las transcripciones del nombre de Majnó, en este caso he

hecho una excepción, de tal forma que tanto en las citas como en el texto he utilizado la grafía que acabo de incluir.

Dejo ya al lector en manos de este modesto trabajo que pretende rescatar la memoria de los olvidados frente a la gloria de los vencedores —los de 1917 y los de 1991—, y que quiere hacerlo, por añadidura, en un año en el que es difícil imaginar que vean la luz, entre nosotros, monografías sobre los mencheviques o los socialistas revolucionarios. Por una vez los anarquistas tienen mejor suerte: se benefician, a diferencia de aquéllos, de un movimiento vivo, decidido a recordar, con orgullo, lo que hicieron los suyos cien años atrás.

CARLOS TAIBO
Febrero de 2017

CAPÍTULO 1
LOS ANARQUISTAS RUSOS ANTES DE 1917

Los expertos no se ponen de acuerdo a la hora de determinar en qué momento vio la luz, en Rusia, el anarquismo. En sustancia, las posiciones al respecto son dos. Mientras la primera, acaso mayoritaria, y bien representada por Paul Avrich, remite a la revolución de 1905, o como mucho a los años inmediatamente precedentes —George Woodcock reconduce el fenómeno a la última década del XIX[1]—, la segunda entiende, en cambio, que puede y debe hablarse de anarquismo en Rusia desde cuatro décadas antes de esa fecha. En provecho de esta segunda versión de los hechos bien pueden aportarse las omnipresentes menciones a anarquistas y bakuninistas que, en relación con las décadas de 1860 y 1870, incluye Franco Venturi en su voluminoso y canónico ensayo sobre el populismo ruso.

Tres son las precisiones que conviene hacer en relación con estas disputas. La primera se propone, ante todo, deshacer un equívoco, cual es el que se revela a través de la certificación de que quienes fueron acaso los dos mayores pensadores del anarquismo planetario del XIX, Bakunin y Kropotkin, eran rusos. Porque lo cierto es que tanto el uno como el otro —admitiré que en el caso de Kropotkin cabe albergar alguna duda marginal[2]— se adhirieron al anarquismo fuera de Rusia, de tal suerte que no heredaron de movimientos autóctonos las ideas correspondientes. La segunda nos habla de la compleja y rica relación, ya invocada, del anarquismo ruso con el populismo. Aparcaré ahora la discusión al respecto, toda vez que me ocupará con extensión en el capítulo segundo de esta obra. Obligado estoy, en tercer y último lugar, a subrayar que en Rusia se

manifestaban elementos importantes que justificaban que, en los círculos intelectuales como en las luchas sociales, se hiciese valer con fuerza lo que describiré como una *tradición libertaria* que a menudo hundía sus raíces en tiempos lejanos. Ahí está, para testimoniarlo, la percepción del Estado zarista, muy común entre los eslavófilos[3], como una impostación ajena a las tradiciones rusas, producto, antes bien, de principios y prácticas originarios de Escandinavia, de Grecia, de Alemania o de Tartaria. Para Aksákov, uno de los teóricos de la eslavofilia, "el Estado en tanto que principio es sinónimo del mal y de la mentira"[4]. Hay que mencionar también la memoria de revueltas como las vinculadas con los nombres de Stenka Razin, en el siglo XVII, y de Yemelián Pugachov, en el XVIII[5]. Pero hay que rescatar, en paralelo, la pervivencia de la comuna rural y de las asociaciones de artesanos —hablaremos más adelante de una y otras— o, en fin, la persistencia de organizaciones religiosas de condición libre y, en un grado u otro, vocación colectivista[6]. Circunstancias como las citadas han venido a justificar que en ocasiones se atribuyese al pueblo ruso una honda raigambre libertaria. De ser razonable esa aserción, convendría completarla, eso sí, con el recordatorio de que esa raigambre configuraría un polo completado por otro bien diferente: el articulado en torno a una sempiterna servidumbre y a un omnipresente acatamiento del poder.

EL ANARQUISMO RUSO EN EL SIGLO XIX

Si así se quiere, cuando se trata de sopesar la naturaleza del anarquismo ruso del siglo XIX despuntan, de nuevo, dos grandes corrientes. La primera atribuye un relieve singular a la influencia de los exiliados, y en particular a la de los ya mentados Bakunin y Kropotkin. Desde esta perspectiva se entendería que las ideas anarquistas llegaron a Rusia del exterior y alcanzaron fundamentalmente a algunos círculos intelectuales, sin que en los hechos se materializasen en organizaciones de enjundia. En la percepción de Woodcock, del que ya he hablado, estas últimas sólo vieron la luz a finales de la década de 1890, en el buen entendido de que, no sin paradoja, lo hicieron orgullosamente al margen de la influencia de los

pensadores foráneos[7]. La segunda corriente estima, en cambio, que el impulso fundamental que explica el asentamiento del anarquismo en Rusia remite, antes bien, al peso de la tradición autóctona. Los nombres de Razin y de Pugachov vuelven a aparecer en un escenario marcado por un ansia de independencia con respecto a las imposiciones de un poder despótico. Si a esa ansia se sumaba —lo repetiré— una defensa de la comuna rural y de las organizaciones de artesanos, lo común es que se hiciese acompañar, al tiempo, de un rechazo del Estado centralizado en vigor en Occidente[8]. No faltaron los ejemplos, bien es cierto, de pensadores en los cuales esas dos corrientes en cierto sentido se fusionaron. Tal fue el caso, ya en la década de 1840, de Herzen, quien, defensor también de la comuna rural, se hizo eco de muchos de los elementos de crítica del "comunismo autoritario" que se revelaban en los textos de Proudhon. Herzen defendía, por lo demás, una exótica combinación entre lo que entendía que era el "anarquismo" de los nobles y el "comunismo" de los campesinos[9].

Intentaré, en cualquier caso, describir someramente los rasgos principales del anarquismo ruso en el siglo XIX. El primero bien puede ser una notoria primacía de las publicaciones, y con ellas de la propaganda, en detrimento del aprestamiento expreso de organizaciones. Recordaré, por ejemplo, que en 1875 un grupo moscovita editó una revista llamada *Rabotnik* (*El trabajador*), la primera en Rusia que parecía interesarse por lo que ocurría con los trabajadores tanto en el campo como en las ciudades. A esa revista siguió, en 1878, otra llamada *Obshina* (*Comunidad*), vinculada con los círculos "bakuninistas"[10]. Bien que "cautelosa y conciliatoria", en la percepción de Woodcock rechazaba la idea de un gobierno constitucional y postulaba que campesinos y obreros alcanzasen la libertad por sí solos[11]. Eran años en los que —lo señalo de nuevo— la presencia de esas publicaciones, incluidas las editadas en el exterior[12], no se hacía acompañar de la actividad paralela de organizaciones libertarias. Si algo había que traía a la memoria a éstas eran determinados grupos que operaban dentro de la organización populista *Zemliá i Volia* (Tierra y Libertad). Aun con ello, Woodcock refiere varios intentos bakuninistas encaminados a

organizar a los trabajadores urbanos, como los registrados ante todo, y en esos años, en Odesa y en Kíev. En la trastienda hay que subrayar la presencia, innegable, de discursos antiintelectualistas[13], en la línea del instintivismo bakuniniano y de la defensa de una acción espontánea y no mediada. Era muy común, por lo demás, cierto recelo con respecto al papel desempeñado por los intelectuales en los movimientos revolucionarios, un recelo expresado en provecho de quienes, campesinos u obreros, se estimaba que debían ser los protagonistas de éstos. Y se hacía valer también una general desconfianza en lo que se refiere a la dimensión liberadora del conocimiento científico. Más allá de todo lo anterior, los libertarios rusos demostraron sugerentes capacidades a la hora de romper fronteras entre mundos a primera vista separados. Avrich recuerda, por ejemplo, que no faltaron los obreros urbanos que, al mantener el contacto con el medio rural que estaba en sus orígenes, acabaron con el aislamiento de muchos pueblos y aldeas, de la misma manera que, sobre todo en Ucrania, fueron muchos los estudiantes que se sumaron a las huelgas protagonizadas por los trabajadores de la industria[14].

Reseñaré, en segundo lugar, la existencia de evidentes divisiones internas, como las que se revelaron, por ejemplo, a través de las disputas suscitadas por el polémico designio bakuniniano de atribuir un papel decisivo a lumpemproletarios, desempleados, mendigos y “gentes fuera de la ley”. Para Bakunin, el “ideal popular ruso” incorporaba, por lo demás, tres elementos positivos y otros tantos negativos. Los primeros los aportaban la idea, generalizada, de que la tierra pertenece al pueblo, la convicción de que el derecho de uso de esa tierra no corresponde al individuo, sino al *mir*, a la comuna, y, en fin, la defensa del autogobierno comunitario, enfrentado inexorablemente a la lógica del Estado. Por su parte, los elementos negativos eran el peso del patriarcado, la disolución del individuo en el *mir* y la “fe en el zar”[15]. La influencia de Bakunin en Rusia resultó ser, en cualquier caso, limitada y tuvo tal vez su momento más sólido al amparo de la fundación en 1868 de una publicación que, titulada *Naródnoye Dieló* (*La causa del pueblo*), alcanzó cierta difusión. Walicki sostiene, por otra parte, que los seguidores rusos de Bakunin valoraron,

ciertamente, el aprecio de éste por las formas arcaicas de protesta social —así, las rebeliones campesinas o el propio bandidaje— y su defensa del ideal popular autóctono, pero no necesariamente compartieron algunas de las críticas vertidas por el maestro a la comuna rural y a menudo prefirieron contentarse con demandas de descentralización y autogobierno antes que rechazar de plano la institución Estado[16]. Esto aparte, si la centralización fue virulentamente rechazada por todos los seguidores de Bakunin, mal que bien encontró cierta aceptación, en cambio, y al menos en lo que se refiere a la bondad de los grandes complejos fabriles, en otras corrientes. Hay que agregar, en suma, la presencia de grupos minoritarios, de compleja inclusión dentro del anarquismo. Tal fue el caso, en singular, de los tolstoyanos, una presencia concretada, en la década de 1880, en la creación de pequeñas organizaciones de cristianos quietistas en las regiones de Oriol, Samara y Tula, así como en Moscú[17]. El ascendiente de esos grupos daba cuenta de una manifestación más de la pluralidad de las percepciones anarquistas, toda vez que en éstas no faltaban las discusiones, con frecuencia agrias, sobre una cuestión decisiva, la de la violencia, que me ocupará más adelante.

La fragmentación y las divisiones no faltaron tampoco, en tercer término, en lo que se refiere a lo que se cocía lejos de los cenáculos libertarios, como vino a ilustrarlo la separación, con el paso del tiempo cada vez más evidente, con respecto a otras corrientes socialistas. No se olvide que el inicio de la década de 1870 se tradujo en cambios importantes, marcados por una relativa expansión del capitalismo en Rusia y, en la lejanía, por las disputas que cobraron cuerpo en el seno de la Primera Internacional, con visibles manipulaciones ejercidas por los dos bandos enfrentados en lo que hace a cuál había de ser la representación rusa en aquélla[18]. La década de 1870 lo fue también —no conviene olvidarlo— de expansión de unas luchas obreras que por aquel entonces suscitaban escasa atención. Muchas de esas luchas, protagonizadas —repitámoslo— por campesinos que habían abandonado poco antes el medio rural, con frecuencia no se saldaban, sin embargo, en huelgas, sino, sin más, en el abandono de los puestos de trabajo.

En la percepción de Woodcock, la etapa de influencia bakuniniana se cerró en 1881, tras el asesinato del zar Alejandro II. En virtud de la durísima represión que siguió, la llama anarquista se mantuvo, en el mejor de los casos, en el exilio[19] y en los círculos tolstoyanos, de la mano, en éstos, de una activa contestación del militarismo que alentaba el régimen zarista y, en paralelo, del designio de crear comunas agrícolas autosuficientes. El siguiente arreón llegó de nuevo del exterior, ahora merced a la influencia de Kropotkin, y asumió la forma de un puñado de publicaciones de las que fueron responsables anarquistas que vivían, una vez más, en el exilio. La principal de ellas fue, ya en el siglo XX, *Jleb i Volia* (*Pan y libertad*)[20].

LA REVOLUCIÓN DE 1905

Ya he tenido la oportunidad de señalar que a los ojos de algunos expertos, y más allá de escarceos como los que acabo de retratar, el surgimiento del anarquismo ruso se solapó con la revolución de 1905[21]. Ésta configuró, a buen seguro, un momento decisivo, en la medida en que, al amparo de la guerra ruso-japonesa, abrió el camino a alternativas que hasta entonces resultaban poco menos que inimaginables. En particular, muchos obreros decidieron asumir por sí solos la tarea de la emancipación. Esta última condición se hizo valer, ante todo, en el caso de los trabajadores de las grandes empresas, desconfiados en lo que hace a las propuestas tanto de los propietarios de éstas como de los dirigentes políticos, y propicios, de resultas, a la práctica de la acción directa. Como quiera que la revolución de 1905 tuvo, en suma, un carácter fundamentalmente espontáneo, e inesperado, en más de un sentido puso de actualidad las tesis defendidas por los anarquistas.

Importa recalcar que el escenario de la revolución de 1905 se había perfilado al calor de cambios importantes en la textura de la sociedad rusa. Uno de ellos se produjo, a principios del siglo XX, cuando las revueltas esporádicas que se habían revelado en el campo se convirtieron en genuinas *jacqueries* como la registrada en Ucrania, en las regiones de Poltava y Járkov, en 1902. Las dos décadas siguientes lo fueron —no lo olvidemos—

de permanente descontento entre los campesinos, un descontento materializado en las erupciones de 1905 y 1917, en la *majnóvshina* y en revueltas como la registrada en Tambov en 1921. Gayraud subraya, por añadidura, que esas insurrecciones se hicieron valer fundamentalmente en lugares en los cuales la explotación capitalista había acabado por penetrar, no sin agregar que la ruptura entre el campesinado y la figura protectora del zar se produjo ante todo de resultas, precisamente, de la revolución de 1905[22]. Pero hay que llamar la atención, también, sobre el relieve que adquirieron, desde finales del XIX, y muchas veces en estrecha relación con el mundo judío[23], las tierras situadas en la frontera occidental del imperio ruso, con núcleos fundamentales en ciudades como Bialystok, Gomel, Grodno, Kovno, Minsk, Riga, Varsovia y Vilna (a la lista habría que añadir los nombres de un puñado de ciudades ucranianas, como Járkov, Kíev u Odesa, y los de algunos núcleos de población en el Cáucaso y en Crimea)[24]. En todas esas regiones se hizo valer una combinación explosiva entre una pésima situación económica y problemas nacionales varios, una combinación que acaso fue el fermento de muchas respuestas radicales protagonizadas por gentes cada vez más insatisfechas con los partidos, viejos o nuevos, de izquierda. Si, en singular, fueron objeto de cuestionamiento el reformismo y el gradualismo que inspiraban el grueso de las opciones de aquéllos, no parece que para explicar este fenómeno fuese preciso invocar el manido tópico del milenarismo, como es habitual en tantos historiadores.

Las cosas como fueren, el crecimiento de los grupos anarquistas tanto se debió a las semillas plantadas con anterioridad por un sinfín de iniciativas en apariencia modestas como a la explosiva situación de 1905. Se trataba, a buen seguro, de grupos dispersos, con influencia innegablemente menor a la que correspondía a los partidos socialdemócrata y socialista revolucionario. Este escenario de dispersión no pudo ser corregido siquiera en virtud de conferencias como las celebradas, siempre lejos de Rusia, en Londres en 1904[25], en Amsterdam en 1907[26], en Ginebra en 1908[27], en París en 1913[28], de nuevo en Londres a finales de ese mismo año[29] y en la misma

ciudad en el verano de 1914[30], o de resultas de la influencia ejercida por el incipiente movimiento anarcosindicalista que habían gestado, en Estados Unidos, exiliados rusos. Dos fueron, por lo demás, las tareas que parecieron despuntar: si el desarrollo de numerosas huelgas fue la primera, la segunda la aportó un notable esfuerzo de propaganda ideológica. Promotores de huelgas muy frecuentes, e inmersos en un encomiable esfuerzo de difusión de las ideas propias —es de razón subrayar la estrecha relación que ha existido, siempre, entre el mundo anarquista y la edición de un sinfín de publicaciones—, la mayoría de los militantes libertarios eran muy jóvenes —lo común es que tuviesen entre 19 y 23 años— y en casi la mitad de los casos se trataba, llamativamente, de mujeres[31]. Esos militantes, a menudo judíos, procedían casi siempre del medio urbano, y no de las zonas rurales. En su trabajo, y a veces en relación estrecha con el origen personal, los anarquistas dispensaban una atención especial al lumpemproletariado, a los desclasados urbanos, frente a lo que era común entre los socialdemócratas, que despreciaban a los integrantes de aquél, y entre los socialistas revolucionarios, mucho más interesados por el campesinado.

No faltaron, ciertamente, y de nuevo, las divisiones entre los grupos libertarios. Unas veces asumieron la forma de confrontación entre organizaciones relativamente moderadas, vinculadas con las propuestas de Kropotkin[32] —así, la ya mencionada *Jleb i Volia* en Moscú y Kíev—, y grupos más radicales como el judío *Chórnoye Známiya* (Bandera negra), radicado en el sur y el oeste del imperio[33].También se hacían valer diferencias entre corrientes insurreccionalistas y otras partidarias de realizar un trabajo pausado de expansión de las ideas, o entre los activistas inclinados a defender proyectos de vanguardia y quienes postulaban el desarrollo de organizaciones orgullosamente horizontales. Menudearon, en suma, a partir de 1903, y con un peso aún mayor en 1905, las controversias vinculadas con el auge del sindicalismo, y en más de un sentido con el del sindicalismo revolucionario[34] y el anarcosindicalismo. Fue en esos años, también, cuando se abrió camino la separación entre anarcosindicalistas, particularmente presentes en Ucrania, y anarcocomunistas. Es verdad, con todo, que muchos de estos últimos no le hacían ascos a la participación en

los sindicatos, aun cuando lo común era que subrayasen el énfasis excesivo que éstos depositaban en el proletariado industrial, en detrimento de los campesinos, que remarcasen la marginación con que obsequiaban a lumpemproletarios y desempleados y que no dudasen en mostrar sus recelos ante las macroorganizaciones, que, entendían, conducían siempre al asentamiento de liderazgos y hábitos autoritarios. Resulta evidente, por lo demás, que la propuesta anarcosindicalista tenía cierto sesgo que en la jerga rusa se describía como "occidentalizante", no en vano mostraba una inocultada admiración por el progreso tecnológico y por la maquinaria en la que se materializaba. Los anarcocomunistas[35], entre tanto, se hallaban más próximos al mundo populista que estudiaremos en el capítulo siguiente. Esta proximidad asumía a menudo la forma de un trasvase de militantes de los partidos de izquierda, y en particular de los socialistas revolucionarios —los "eseristas"—, en provecho de los grupos anarquistas. Aunque muchos militantes libertarios habían sido eseristas, no faltaron tampoco los ejemplos de anarquistas que acabaron en las filas socialistas revolucionarias, y también en las bolcheviques. Parece fuera de discusión, en cualquier caso, que en Ucrania y en Polonia, tras la revolución de 1905, vieron la luz numerosos grupos anarquistas que, siempre minoritarios, habían sido creados por socialdemócratas y por socialistas revolucionarios desencantados con sus partidos de origen.

Otra fuente de tensiones y divisiones la aportó la disputa sobre la violencia, y en su caso sobre las formas de ésta. Separó, por lo pronto, a los *besmotivni* (sin motivos), inmersos en atentados individuales más o menos azarosos y en la lucha contra la burguesía, y a los *communards*, empeñados en propiciar insurrecciones locales acompañadas de la proclamación de comunas anarquistas en ciudades o pueblos[36]. Si había partidarios de un terrorismo "centralizado", los había también de la descentralización de las acciones correspondientes. Junto a quienes, por otra parte, deseaban actuar contra el gobierno central, menudeaban quienes preferían hacerlo en el nivel local. Hubo quien distinguió, asimismo, entre un terrorismo "individual" —ejercido individualmente— y otro "individualista", que obedecía a razones meramente personales. No faltó quien teorizó, en fin, un

terrorismo de carácter defensivo[37]. Las cosas como fueren, en los años siguientes a 1905 se hicieron valer, del lado de los grupos anarquistas, acciones directas en apoyo de huelgas, y atentados contra la policía y sus colaboradores. Fue una etapa, al tiempo, de eclosión de las publicaciones libertarias, a menudo financiadas con el dinero recaudado a través de "expropiaciones". A efectos de dar cuenta del relieve de todo esto, Skirda señala que en 1907, y únicamente en la ciudad de Odesa, habían sido detenidos y condenados 170 anarquistas, de los que unos 50 habían sido condenados a muerte y una treintena habían sido efectivamente ejecutados[38].

Como no podía ser menos, el despliegue de una violencia tan frecuente suscitó controversias en el propio mundo libertario. Así, Kropotkin sugirió que había grupos que se servían del anarquismo como excusa para sacar adelante actividades violentas que no tenían ningún carácter social o propagandístico[39]. Particularmente duros con la violencia desbocada fueron, por otra parte, muchos anarcosindicalistas. Del otro lado de la trinchera se enunciaron reproches contra las organizaciones que no defendían la violencia o que, al menos, mostraban recelos con respecto a muchas de las manifestaciones de ésta. A menudo esas organizaciones eran tildadas de "legales", etiqueta que adquirió una mayor presencia cuando la censura zarista se mostró moderadamente tolerante con la difusión de muchas de las publicaciones de carácter sindicalista[40]. De por medio se revelaban, también, críticas dirigidas contra los anarquistas de la Europa occidental, muchas veces descritos como oportunistas, legalistas y meramente humanitarios. En este magma, la propaganda zarista no dudó en transmitir una imagen interesada de los anarquistas como gentes ignorantes y violentas, carentes por completo de principios[41]. Lamentable resultó que la propia Rosa Luxemburg no dudase en escribir lo que sigue: "El anarquismo en la revolución rusa no es la teoría del proletariado combatiente, sino la bandera ideológica de la canalla contrarrevolucionaria"[42].

Lejos de lo que ocurría en las grandes ciudades, un retrato interesante de

la situación lo aporta el libro titulado *Anarquistas de Bialystok, 1903-1908*[43], centrado, bien es cierto, en una defensa de las acciones violentas desplegadas por los grupos libertarios. Esas acciones permitieron, sin duda, la configuración de lo que a los ojos de muchos militantes eran genuinos héroes. Los atentados en Bialystok suscitaron, aun así, polémicas internas, que con frecuencia se interesaron por determinar si tenían sentido en ausencia de un movimiento social fuerte. Ya he señalado que una de las corrientes que se entregaba a la realización de atentados la configuraron los *besmotivni*, esto es, activistas que atacaban a determinadas personas sin invocar ningún motivo preciso. Prácticas frecuentes fueron, por lo demás, la extorsión a los empresarios y las expropiaciones, en un escenario marcado, como cabe esperar, por una represión muy dura y por el despliegue de iniciativas de solidaridad con los presos, y entre ellas la Cruz Negra anarquista[44]. El libro que me ocupa retrata, por otra parte, un movimiento fragmentado en corrientes diferentes, a menudo muy enfrentadas entre sí y protagonistas de debates encarnizados en los que no faltaron las críticas al anarquismo kropotkiniano y al sindicalismo, y en los que se hicieron presentes anarcocomunistas, anarquistas individualistas[45] y "anarquistas filosóficos".

Los años que siguieron a 1905 lo fueron de extrema dureza en la represión. Muchos de los activistas libertarios que despuntaron a partir de 1917 pasaron entonces por el mismo periplo: detención, años de prisión y de estancia en Siberia, y huida a un país de la Europa occidental o a Estados Unidos. Según el entonces ministro del Interior, Piotr Stolipin, entre 1906 y 1908 se habían producido más de 26.000 atentados, con más de 6.000 muertos y unos 6.000 heridos[46]. Aunque Stolipin atribuía estos hechos al terrorismo "anarquista", en ellos se contabilizaban también los protagonizados por socialistas revolucionarios y —de éstos hablaremos más adelante— maximalistas. En cualquier caso, si hay que dar crédito a esas cifras —y probablemente lo eran a la baja—, reflejan una presencia mayor del movimiento anarquista de lo que sugieren tantos análisis. Las diferentes estimaciones del número de activistas en los años posteriores a 1905 sitúan aquél entre 5.000 y 15.000 para el conjunto del imperio, cifras a las que

habría que agregar las de los simpatizantes[47]. No eran guarismos muy distintos de los que podían ofrecer bolcheviques y mencheviques, aunque sí estaban lejos de los propios de los socialistas revolucionarios. Hablamos, en cualquier caso, de un movimiento que en los hechos fue aniquilado en 1910. Mientras en 1903 había 12 organizaciones anarquistas en 11 ciudades, en 1905 las cifras correspondientes eran de 125 y 110, y en 1907 —el momento del clímax— de 255 y 180. En 1910 sólo quedaban, sin embargo, 21 grupos, que eran 7 en 1914[48].

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

La guerra mundial, en 1914, hizo evidente la dependencia que el sector más moderno de la economía rusa arrastraba con respecto al capital foráneo, al tiempo que reveló la incapacidad del Estado para dirigir el país con un mínimo de eficiencia[49]. Aunque es verdad que en el momento de estallido de la guerra casi todos los militantes anarquistas estaban, bien en el exilio, bien en prisión, bien deportados en Siberia, pese a la debilidad del movimiento consiguiente cobró cuerpo una activa oposición libertaria, desplegada a menudo en colaboración con socialistas revolucionarios y socialdemócratas. La propaganda antiguerra desarrollada por los anarquistas se hizo valer en lugares como Irkutsk, Kronshtadt y Tomsk, y las huelgas y otras manifestaciones antibélicas no faltaron en Briansk, en Tula y en Yekaterinoslav (hoy Dnipropetrovsk). Por lo que parece, los anarquistas distribuyeron también propaganda antibélica en los frentes de batalla y desempeñaron tareas importantes en materia de acogida de desertores. Algunos grupos se entregaron, en esos años, como lo recuerda Melancon, a operaciones de expropiación y actos de terror en escenarios como Bakú, Briansk, Járkov, Moscú, Tula y Yekaterinoslav[50].

En Rusia se registraron, por otra parte, los ecos —era inevitable— de la polémica que dividió al movimiento anarquista internacional entre los partidarios de la neutralidad que, mayoritarios, se inclinaban por defender una posición internacionalista y antimilitarista —tal fue el caso de Berkman, de Faure, de Goldman o de Malatesta—, y los inclinados a colocarse del lado de Inglaterra y Francia, con Kropotkin a la cabeza y con figuras

significadas como Grave, Guillaume o Malato. En alguna ocasión estos últimos fueron tildados de “anarcopatriotas”. Parece fuera de discusión, con todo, que los primeros fueron mayoría en Rusia.

Volin cuenta que, cuando regresó al país, de su exilio americano, en julio de 1917 no encontró en Petrogrado ninguna huella —periódicos, carteles— de presencia anarquista. El escenario parecía ser algo mejor en Moscú, en donde al menos había una federación de grupos y una publicación titulada *Anarjiya* (*Anarquía*)[51].Conviene, aun así, mantener alguna distancia con respecto a un balance tan negativo. Aunque duramente reprimidos, y como se acaba de señalar, los grupos anarquistas no dejaron de actuar en los años anteriores a las revoluciones de 1917. Sin esa presencia a duras penas podría explicarse la multiplicación de sus actividades en los calientes meses que separaron febrero y octubre de ese año.

CAPÍTULO 2
POPULISTAS Y ANARQUISTAS

El lector puede sentirse legítimamente insatisfecho con un capítulo como el anterior, que al cabo poco más ha recogido que una información dispersa relativa a exiliados, revistas, disputas, huelgas, expropiaciones y violencias. Creo que difícilmente podía ser de otra manera, toda vez que esa dispersión fue un rasgo inherente al anarquismo ruso de antes de 1917. Si al respecto se me permite formular una apostilla, diré que durante el medio siglo anterior a esa fecha faltó visiblemente en el mundo libertario una organización *paraguas* que permitiese ensamblar realidades fragmentarias y, en su caso, contradictorias. Esa organización siguió faltando también, y por cierto, luego de 1917.

Si así se quiere, el capítulo que ahora se inicia responde al propósito de solidificar un tanto nuestra imagen del anarquismo del XIX y principios del XX. Y es que ya he señalado que en momentos decisivos, y en realidad durante mucho tiempo, hubo cierta simbiosis entre los libertarios rusos y un movimiento más amplio como a la postre fue el populismo. El objetivo de estas páginas es, de resultas, triple. Si, por un lado, aspiro a trazar un panorama general de lo que fue el populismo ruso —una realidad muy sugerente, y ello por muchos motivos—, por el otro intentaré escarbar en la cara libertaria de ese movimiento y, por último, le hincaré el diente a una materia decisiva, como es la relativa a la comuna rural rusa, una cuestión vital para entender lo que defendieron, ante todo, los anarcocomunistas después de 1917.

EL POPULISMO RUSO

No han faltado las discusiones en lo que se refiere a la utilidad del término *populismo*. Hay quien al respecto ha tenido a bien señalar que fue ideado, con intenciones no precisamente amistosas, por publicistas marxistas del último decenio del siglo XIX[52]. Como hay quien, con otra vocación, ha subrayado que hoy en día se ve inequívocamente impregnado por la influencia, comúnmente negativa, del uso que el mismo vocablo ha alcanzado, para describir posiciones y realidades muy diferentes de la que aquí nos atrae, en los cinco continentes. Resulta, de cualquier modo, difícil sustraerse a su empleo, extremadamente frecuente en la bibliografía que se interesa por la Rusia de la segunda mitad del XIX, y ello aun cuando a menudo se haya echado mano, en los textos especializados, del sustantivo ruso correspondiente —*naródnichestvo* (populismo)— y del nombre colectivo derivado —*naródniki* (populistas)—.

No es fácil acotar, por otra parte, los perfiles de lo que comúnmente se entiende que fue el populismo ruso, un movimiento muy amplio al que comúnmente se vinculan nombres como los de Herzen, Chernishevski, Mijáilovski y Lávrov. Hay quien ha señalado al respecto que el populismo, antes que aportar una ideología, fue "una amplia corriente de pensamiento", con discrepancias con frecuencia muy agudas, y no un movimiento organizado[53]. En semejante magma a duras penas sorprenderá que se hayan revelado, por ejemplo, discusiones muy agrias relativas a si *Naródnaya Volia* (La voluntad del pueblo), de la que me ocuparé más adelante, fue o no una organización populista. Si en un sentido restringido, y por lo demás, los términos *populismo* y *populista* deberían aplicarse a un conjunto de iniciativas que, entre 1875 y 1878, habrían buscado colmar las aspiraciones de cambio social de los campesinos rusos, con vocación más amplia remitirían, en cambio, a un movimiento socialista agrario que operó en el país desde mediados del siglo XIX hasta poco después de las revoluciones de 1917.

La última fecha que acabo de mencionar tiene su importancia siquiera sólo sea por una razón: el populismo ha sido contemplado en muchos casos conforme a un prisma distorsionado, como era el que invitaba a considerarlo, en exclusiva, en virtud de su relación con los hechos

acaecidos en 1917[54]. En lo que atañe a la historiografía soviética, y por razones fáciles de comprender, se procedía a distinguir, por añadidura, entre populistas *buenos*, o al menos respetables, que no eran otros que los que se estimaba estaban en onda con la revolución de Octubre, y los demás. Esto al margen, no está de más subrayar que muchas veces los propios populistas se dejaron impregnar por la impresión de que el tiempo corría en su contra: el capitalismo, y en general los hábitos procedentes de Occidente, se iban imponiendo, a sus ojos, inexorablemente. Por detrás era sencillo apreciar los efectos de la condición de un país extremadamente singular, en el que, tal y como tuvo a bien señalarlo Engels en la estela del ya citado Berdiáyev, "coexisten, al mismo tiempo, todos los estadios de civilización"[55].

La convención sugiere que un impulso importante para las ideas de lo que al cabo se entendería por populismo lo aportó la emancipación de los siervos en 1861, de la mano ante todo de una crítica frecuente de lo que aquélla supuso en materia de fortalecimiento de la burguesía incipiente. La primera manifestación señera del populismo lo fue, sin embargo, allá por 1874, el movimiento *Jozhdéniye v Narod* (Ir al pueblo), influenciado por Ogariov y Herzen. Sobre la base del designio de ofrecer a los estudiantes una respuesta ante el cierre de las universidades, *Jozhdéniye v Narod* tuvo, en la percepción de Venturi, un carácter más bien moralista y vago[56]. A su amparo, y claro que con un recorrido menor, varios centenares de jóvenes abandonaron las comodidades de la vida urbana y de las clases aposentadas para convivir, las más de las veces en condición de profesores, médicos o artesanos, con los campesinos. Lo hicieron, por añadidura, no como una elite ilustrada que debía liberar a éstos, sino merced a un esfuerzo encaminado a despertar en el campesinado la fuerza que atesoraba. En tal sentido, los voluntarios de *Jozhdéniye v Narod* se ofrecieron antes como alumnos, como apóstoles, que como maestros o jefes[57].

En 1876 se creó la ya mencionada *Zemliá i Volia*, que, con objetivos meramente democráticos, no socialistas, y aunque imbuida de influencias bakuninistas y federalistas, no hacía ascos a un papel del Estado como agente revolucionario y exhibía en su interior formas de organización más bien jerarquizadas. De esa organización surgieron, tres años después,

Naródnaya Volia —"partido realista y eficaz", al decir de Passin[58], despegado de la democracia burguesa y de inspiración socialista—, influyente ante todo entre 1879 y 1883, y *Chiorni peredel* (Reparto negro), de vocación libertarizante y emplazado en la idea de que la revolución tenía, inevitablemente, que acabar con el poder del Estado: "Sólo la destrucción total del principio de la coerción en que se basan los Estados modernos y la libre organización de abajo arriba pueden asegurar un desarrollo sano de la existencia popular". De este suerte, "todo estatalismo y todo centralismo", toda "autoridad e iniciativa del poder", se estimaban reaccionarios[59]. Bien es verdad que el apoliticismo resultante, evidente, asumía a menudo un perfil sindical y reformista, lejos de la llamada a la insurrección alentada por Bakunin. Conviene aclarar que lo de *negro* en el nombre de *Chiorni peredel* remitía a la condición de los siervos, comúnmente descritos con ese color.

Shanin estima que la crisis postrera del populismo, a finales de la década de 1880, no se produjo de la mano de los eslavófilos y de los liberales situados a su derecha, y tampoco cobró cuerpo al amparo de los seguidores de Bakunin, emplazados a la izquierda: bebió, antes bien, de la deriva del ala moderada del propio populismo. Tal ala, que dominaría el magma de los *naródniki* en el decenio siguiente, y en realidad marcaría el derrotero, ya en el siglo XX, de la mayoría de los socialistas revolucionarios, ponía el acento en la educación y no le hacía ascos a una eventual colaboración con el gobierno de turno[60]. Cierto es que a los problemas generados por el ala moderada se sumaron los efectos de cambios sustanciales en la textura de la corriente que representaba *Chiorni peredel*, muchos de cuyos integrantes abandonaron la línea libertarizante inicial para configurar una nueva fuerza, el grupo *Osvobozhdéniye Trudá* (Emancipación del trabajo), que a partir de 1883 hizo del marxismo su ideología inspiradora y convirtió al Partido Socialdemócrata Alemán en modelo de referencia. El principal representante de este grupo, Plejánov, pareció sucumbir a la idea, muy querida del Marx "maduro", de que el capitalismo era una consecuencia natural, y universal, del desarrollo de las sociedades, frente a las querencias comunes en el movimiento populista. Las cosas como fueren, el ya mentado

asesinato del zar Alejandro II, en 1881, no se saldó ni en revueltas campesinas ni en reformas constitucionales. Su única consecuencia palpable fue un incremento sustancial de la represión que acabó con el grueso de un movimiento, el populista, que haría su reaparición, de la mano de los socialistas revolucionarios, a principios del siglo XX.

LA PROPUESTA POPULISTA

No es fácil resumir el contenido de la propuesta populista. En su núcleo se hallaba, en cualquier caso, el deseo general de sortear el capitalismo, sobre la base de lo que debía ofrecer la singular realidad rusa, asentada ante todo en la comuna rural y en las cooperativas urbanas. En ese sentido se hizo valer, también, la idea, muy sugerente, presente en las obras de Herzen, de Chaadáyev y de Chaikovski, de que el atraso del país bien podía ser una suerte de privilegio histórico[61]. Cierto es que el populismo no obedeció sólo al designio de hacer frente a un capitalismo que se presentaba, de cara al futuro, de forma abrasiva: constituyó al tiempo una respuesta a un socialismo, el occidental, que ignoraba las singularidades de Rusia y se articulaba como un proyecto inequívocamente elitista. En esta dimensión, y no sin paradoja, el populismo surgió antes de la *intelligentsia* que de las clases populares. Lo anterior no impidió, sin embargo, que los *naródniki* defendiesen con rotundidad la primacía de las masas sobre las elites, y en singular sobre las elites cultas. Como tal, se opusieron al "intelectualismo abstracto de aquellos revolucionarios que trataban de enseñar a los campesinos, de imponerles los ideales del socialismo occidental en lugar de comprender cuáles eran sus necesidades reales"[62]. Frente a lo que comúnmente se entiende por "populismo" en nuestros días, la propuesta de los *naródniki* tuvo un carácter antiautoritario, remiso a aceptar líderes y claramente entregado a la tarea de propiciar que el pueblo tomase decisiones por sí mismo.

Aunque salta a la vista que el campesinado constituyó el núcleo principal de las preocupaciones de los populistas, con el paso del tiempo se reveló un creciente interés por lo que sucedía con el proletariado urbano y también, en su caso, con estudiantes y soldados. La actitud de los *naródniki* ante la

industrialización fue, de cualquier modo, ambigua, con sectores más bien reacios a aceptar ésta y otros más propicios a reclamar que el proceso industrializador se viese sometido a controles sociales y atendiese a eventuales singularidades regionales. Aunque las más de las veces la apuesta general del populismo ruso lo fue en provecho de la descentralización, ello no impidió la manifestación, en un escenario marcado por la clandestinidad, de proyectos orgánicamente jacobinos. Más allá de lo anterior, y a tono con lo ya señalado, los *naródniki* otorgaron un singular relieve a los elementos autóctonos, y mostraron de resultas cierto desdén por las formulaciones ideológicas, y por las prácticas, que llegaban de fuera.

En otro orden de cosas, la igualdad entre los sexos fue reivindicada una y otra vez por los principales pensadores —llamativamente todos varones— populistas. Ahí están, para certificarlo, los nombres de Chernishevski —particular relieve tuvo al respecto su novela *Chto delat?* (*¿Qué hacer?*)—, de Mijáilov, de Pisárev, de Dobroliúbov y de Lávrov[63], a menudo influenciados por obras como las de George Sand y Fourier. Si bien es verdad que en muchos lugares se defendió la idea de que la "cuestión femenina" podía y debía abordarse por medios pacíficos, no faltaron opiniones que reclamaban el concurso de herramientas más radicales y violentas, y que, al tiempo, interpretaban que la liberación de la mujer debía ser la premisa de la transformación de la sociedad[64]. En estas últimas posiciones se daban cita un programa que postulaba la igualdad general de la mujer, por un lado, y la reivindicación de una plena participación de ésta en la lucha revolucionaria, por el otro[65]. Menudearon, por lo demás, los experimentos en forma de comunas y de cooperativas, y se extendió la práctica, o al menos la reivindicación, del amor libre, cuando no se defendió la abolición de la familia. De cualquier modo, las mujeres inmersas en los movimientos populistas fueron varios centenares, y aportaron acaso un 15 por ciento de la militancia de aquéllos[66]. Las mujeres participaron activamente, en singular, en muchas de las acciones violentas protagonizadas por *Naródnaya Volia*, en el buen entendido de que su presencia tenía que ver antes, con toda evidencia, con el designio de

propiciar la liberación del pueblo que con el de hacer lo propio con la de las mujeres. La presencia que me ocupa, importante, no se tradujo, sin embargo, en un impulso perceptible concedido a la lucha por los derechos de las mujeres, y ello por mucho que fuera cierto que algunas de las activistas procurasen acercarse al mundo del trabajo y de la fábrica[67]. Y por mucho, también, que fuese certificable que, más adelante, los programas de socialdemócratas y socialistas revolucionarios reclamaron la igualdad de derechos para mujeres y hombres, una demanda que no fue siempre bien recibida en un mundo, el campesino, casi siempre marcado al respecto por códigos menos abiertos.

Un debate principal vinculado con la textura del *naródnichestvo* fue, inequívocamente, el relativo a la violencia[68]. El programa de *Zemliá i Volia* había exhortado a "eliminar sistemáticamente a las personalidades más peligrosas o más autorizadas del gobierno y, en general, a quienes, de un modo u otro, mantienen en pie un régimen odiado"[69]. Por su parte, el de *Naródnaya Volia* no dudaba en aseverar que "la actividad terrorista implica aniquilar a las personalidades más atroces del régimen, defendiendo al partido contra el espionaje, castigando los casos más evidentes de violencia y de injusticia por parte del gobierno o la administración… Su objetivo es destruir el aura del poder gubernamental y dar pruebas permanentes de la posibilidad de luchar contra el régimen, para de esta forma estimular el espíritu revolucionario del pueblo y su creencia en el éxito de la causa. Se trata, por último, de crear fuerzas que estén preparadas para la lucha armada y acostumbradas a ella"[70]. Parece razonable la conclusión de que, aunque el terrorismo desarrollado por *Naródnaya Volia* asestó golpes muy duros, y generó un manifiesto temor en la autocracia dirigente, no por ello se convirtió, sin embargo, en un estímulo notable en lo que al despliegue de la lucha social se refiere. Es evidente, de cualquier modo, que en la mayoría de los casos el objetivo de las acciones terroristas, que no eran ni individuales ni aisladas, y que unas veces se dirigían contra representantes del Estado y otras se asentaban en una acción más centrada en los responsables directos de la explotación económica, era desencadenar una lucha que abriese el camino a la revolución.

Se han señalado, en fin, problemas importantes en lo que se refiere a la acción de los *naródniki*. Se ha hablado al respecto, así, de la dispersión de un movimiento con manifestaciones muy diferentes, a menudo enfrentadas entre sí, del recurso frecuente a una imagen idealizada de lo que eran en realidad los campesinos —con frecuencia olvidaba los vínculos sentimentales de éstos con la monarquía y con la Iglesia ortodoxa—, de dificultades notables a la hora de enlazar con esos campesinos —tanto más cuanto que la mayoría de los *naródniki* procedían de medios urbanos acomodados y a duras penas entendían las demandas de carácter más inmediato— y, obviamente, de la represión. Pero, junto a ello, y a manera de compensación, conviene subrayar que la propuesta populista fue sorprendentemente novedosa en términos de crítica de las agresiones contra el medio natural y de conciencia de lo que significa el capitalismo en materia, por ejemplo, de idolatría de un consumo tan desbocado como estúpido. Los *naródniki*, que mostraron también una conciencia cristalina en lo que respecta a la livianísima autonomía de la institución Estado y al poder de la burocracia, previeron con innegable lucidez los efectos de las reformas articuladas desde arriba y llamaron la atención sobre la necesidad de preservar —ya lo he señalado— estructuras descentralizadas. No se les escaparon, en fin, "la necesidad y la dificultad de combinar el individualismo y el colectivismo bajo el socialismo, el lugar de la ética en la acción socialista"[71] y, en suma, las secuelas, varias, del elitismo en sus diversas manifestaciones.

LAS VERSIONES LIBERTARIAS DEL POPULISMO

Los límites entre populismo y anarquismo fueron a menudo difusos. Aunque, ciertamente, entre los *naródniki* hubo muchos pensadores y activistas que en modo alguno podían ser descritos como *libertarios*, corrientes enteras del populismo resistían sin problemas esta etiqueta. Para certificarlo baste con recordar —ya lo señalé en el capítulo anterior— las frecuentísimas menciones a anarquistas y bakuninistas que se incluyen en el libro de Venturi.

La versión libertaria del discurso de los *naródniki* —comúnmente despreciada, o al menos ninguneada, en la época soviética— bebe de las

fuentes de un socialismo descentralizador y antiautoritario, defensor de la autoemancipación, espontánea, de los trabajadores —frente a la posición, diametralmente diferente, defendida tiempo después por Lenin— y reivindicador de una "revolución social" a la que se otorgaba un mayor relieve que a las revoluciones de carácter meramente político. De por medio se hacía valer, como se antoja inevitable, un cuestionamiento abierto de la institución Estado. Recordemos al respecto que si, para Miliúkov, en Occidente las clases generaron el Estado, en Rusia fue este último el que produjo las clases, circunstancia que explicaría el deseo, desde determinadas corrientes del populismo, de acabar con aquél[72]. A tono con algo ya señalado, lo suyo es refrendar que las versiones libertarias del populismo mostraron una singular fortaleza en las tierras del imperio ruso situadas al oeste de éste y en la propia Ucrania, áreas ambas en las cuales el problema social y el nacional a menudo se solapaban, al tiempo que se revelaba una franca contestación del absolutismo imperial. En todos los casos los activistas implicados mostraron, de nuevo, un énfasis, muy libertario, en las publicaciones y, en general, en la difusión de propaganda.

Cabe entender que *Chiorni peredel* —una de las dos principales organizaciones que surgieron de *Zemliá i Volia*— era un grupo de aliento libertario. Desechaba el juego político al uso y se pronunciaba por una acción revolucionaria cuyos protagonistas mayores habían de ser los campesinos. Enfrentado a *Naródnaya Volia*, rechazaba la toma del poder, y frente a la centralización, tanto política como económica, postulaba la socialización de la propiedad. Cuando era miembro de *Chiorni peredel*, el propio Plejánov, quien desde la atalaya de hoy pasa por ser el padre del marxismo ruso, no dudó en afirmar que "toda la historia rusa no es otra cosa que una lucha ininterrumpida de la estatalidad con las tendencias autonomistas de la comuna rural y de la individualidad"[73]. De la misma suerte, y de nuevo, a finales de la década de 1870 el programa de la Unión Septentrional de los Obreros Rusos —una de las instancias nacidas del acercamiento populista a los problemas del medio urbano— a duras penas podía ser descrito de otra manera que de libertario, y ello por mucho que tal Unión se hubiese adherido al Partido Socialdemócrata de Occidente. Hablaba de la necesidad de propiciar el derrumbamiento del Estado y

reivindicaba una libre federación popular de comunas, la abolición de la propiedad privada de la tierra y su sustitución por una agricultura colectiva, al tiempo que postulaba, en fin, una organización asociativa del trabajo que colocase en manos de los obreros los productos y los instrumentos de aquél[74]. No eran distintas las propuestas de la Unión Obrera de la Rusia meridional, que llegó a organizar, en Kíev, a unos 600 trabajadores en 1880-1881. Estas dos uniones, la del norte y la del sur, tuvieron, ciertamente, una vida efímera.

Cierto es que, si la mayoría de las corrientes populistas fueron antiestatalistas, no puede decirse lo mismo, en cambio, de *Naródnoya Volia*, que con claridad reclamaba el concurso del Estado para sacar adelante reformas sociales y no hacía ascos ni a la toma del poder ni a la participación en elecciones. En muchos casos, la clandestinidad aconsejó, por otra parte, generar estructuras secretas de carácter forzosamente no democrático en un escenario en el que a menudo las percepciones eran moderadamente sorprendentes. Así, muchos populistas estimaban que, en lo que hace a una eventual revolución socialista, la autocracia zarista era preferible a una monarquía constitucional o a una república burguesa, toda vez que la primera, la autocracia, impedía, mal que bien, el desarrollo del capitalismo y limitaba las capacidades de la burguesía nacional rusa[75]. Esto al margen, si una parte de los populistas acabó por aceptar el marxismo, parece que esto fue así antes por efecto del contenido socialista de este último que por su consideración de la inevitabilidad, y en último término de la bondad, del desarrollo del capitalismo[76], materia ésta de escaso interés para muchos pensadores que estimaban que Rusia podría sortear la etapa correspondiente. Aunque una parte significada del viejo populismo asumió doctrinalmente el marxismo, e inició con ello, en buena medida, un progresivo abandono del campesinado como foco de atracción, en provecho de los trabajadores urbanos —en realidad, y en muchos casos, éstos no eran, tal y como ya lo he señalado, sino campesinos que habían pasado a vivir en las ciudades—, es obligado subrayar que ese tránsito no acarreó necesariamente la pérdida de algunos de los rasgos vertebradores del populismo libertarizante. Bastará con recordar que una figura significada

como fue la de Vera Zasúlich —con la que nos toparemos de nuevo más adelante—, que hizo gala de un marxismo muy heterodoxo, nunca asumió posiciones jacobinas, rechazó la lógica de los golpes de Estado e hizo otro tanto con los partidos centralizados y elitistas. En tal sentido, Zasúlich, y con Zasúlich otros muchos *naródniki*, se negó a aceptar fórmulas que acarreasen una sustitución del protagonismo proletario por agentes como los representados en esos partidos, entró en visible colisión con Lenin y defendió alianzas amplias frente a la elite conspiratoria postulada por el dirigente bolchevique[77].

LOS SOCIALISTAS REVOLUCIONARIOS

Ya sabemos que el asesinato del zar Alejandro II, en 1881, acarreó una durísima represión que, en muchos sentidos, dio al traste con los movimientos populistas. La llama correspondiente sólo reapareció, dos décadas después, cuando, en 1901-1902, surgió el Partido Socialista Revolucionario, producto de una amalgama extraña, no exenta de contradicciones, en la que se daban cita dos influencias: la *naródniki*, recién mencionada, y la marxista.

El programa aprobado en Amsterdam en 1904 por los socialistas revolucionarios, los eseristas, reclamaba el desplazamiento de las clases dominantes, la supresión del derecho de propiedad privada "sobre las fuerzas naturales y sobre los medios colectivos de producción", la supresión paralela de la sociedad de clases, la cancelación del carácter coactivo de las instituciones sociales, la expropiación de la propiedad capitalista y la reorganización de la producción sobre bases socialistas[78]. Parece evidente que, al menos en aquel momento, los eseristas recelaban de las fórmulas de socialismo, y de capitalismo, de Estado y, de resultas, no veían tampoco con buenos ojos la colocación de la industria y del comercio en manos de burocracias gubernamentales. Legalizados tras la revolución de 1905, el programa adoptado en 1906 reivindicaba para Rusia una república federal, reconocía el derecho de autodeterminación para las minorías y preconizaba la distribución equitativa de la tierra entre los campesinos. Esto último fue una fuente de disputas, y de escisiones, como lo fue, también, lo que debía

defenderse, años después, durante la guerra mundial, una materia que enfrentó a los "defensistas", partidarios de mantener el esfuerzo bélico, a los "internacionalistas", inclinados a condenar la guerra sin remisión, y a los partidarios de una tercera posición, deseosa de convertir la crisis militar en una crisis revolucionaria. En los hechos, y en los años de la guerra, del partido común nacieron dos fuerzas políticas diferentes. Mientras los socialistas revolucionarios de derecha apoyaron lo que entendían que era una guerra defensiva, los de izquierda rechazaron la participación de Rusia en el conflicto bélico[79]. Los primeros respaldaron al Gobierno Provisional surgido de la revolución de Febrero de 1917[80] —Kérenski era un socialista revolucionario de corte muy moderado—, en tanto los segundos, los de izquierda, se inclinaron por promover la revolución de Octubre, asumieron un discurso de franca contestación del capitalismo y, durante unos meses, colaboraron con los bolcheviques. Es verdad que del núcleo común del socialismo revolucionario había surgido en 1904 una tercera fuerza, la configurada por los maximalistas[81], que, bien que minoritarios, defendieron concepciones por muchos conceptos similares a las de los anarquistas: rechazaron el Estado y los partidos, postularon un sistema de democracia asentado en los consejos obreros y campesinos, y reivindicaron la acción directa y un programa radical que reclamaba lo que Volin describe como un "socialismo integral, sobre base apolítica"[82]. Los maximalistas se entregaron en muchos casos, por lo demás, al despliegue de expropiaciones y actos de terror.

La colaboración de los eseristas de izquierda con el naciente régimen bolchevique pronto tocó a su fin, como al cabo lo ilustraron el asesinato del embajador de Alemania en Rusia, en julio de 1918, en protesta por el tratado de Brest-Litovsk, o el intento de asesinato del propio Lenin realizado por Fanny Kaplán en agosto. De resultas, los propios socialistas revolucionarios de izquierda siguieron el mismo destino que habían padecido antes sus *compañeros* de derecha, y con ellos otros partidos, y fueron *de facto* expulsados de los soviets. El nuevo panorama quedaba bien reflejado de la mano de un hecho: en el sexto congreso panruso de los soviets, en noviembre de 1918, los bolcheviques retuvieron 950 de los 967

representantes. La guerra civil librada a partir de ese año no cerró las divisiones en el mundo socialista revolucionario, con los eseristas de izquierda genéricamente predispuestos a apoyar a los bolcheviques contra los generales blancos —en los ejércitos llamados "blancos" se dieron cita, durante el conflicto, muchos de los sectores conservadores que habían sido desplazados por las revoluciones de 1917—, y los de derecha inclinados a respaldar, en cambio, las acciones militares de estos últimos. Cierto es que con el paso de los meses la mayoría de los socialistas revolucionarios de derecha, que habían concluido que el régimen bolchevique no era reformable, adquirieron el convencimiento de que la perspectiva que ofrecían los generales blancos resultaba ser lamentablemente dictatorial, con lo que pasaron a aguardar lo que estimaban que debía ser un proceso de maduración en la posición de obreros y campesinos que permitiese desplazar tanto a bolcheviques como a blancos. En los hechos, los eseristas de derecha no pudieron levantarse tras la derrota en la guerra civil. Aunque muchos campesinos a buen seguro simpatizaban con sus propuestas, no estaban en disposición de sumarse a unidades militares que obligaban a pelear muy lejos de los lugares de origen. Durante el conflicto bélico, y por lo demás, los eseristas de derecha se mostraron divididos, incapaces de llegar a acuerdos con otras fuerzas y oscilantes en sus adhesiones, que unas veces revelaban el ascendiente del discurso de la izquierda radicalizada y otras acarreaban un coqueteo con los conservadores, y que unas veces se manifestaban en favor de opciones pacíficas y otras se inclinaban por defender la violencia.

Entre tanto, y aunque los eseristas de izquierda eran mal que bien tolerados por el naciente régimen bolchevique, el eco popular del que sin duda disfrutaban facilitó que los nuevos gobernantes asumiesen al poco, contra ellos, posiciones abiertamente represivas. La persecución y las detenciones se extendieron a partir del otoño de 1920, de tal suerte que muchos de los militantes terminaron en campos de concentración, buscaron el camino del exilio o murieron, años después, al amparo del terror estaliniano[83]. La represión de la revuelta de Kronshtadt, a principios de 1921, selló la desaparición definitiva del socialismo revolucionario en la vida rusa.

Permítaseme que identifique tres grandes dimensiones de la propuesta eserista, como son las relativas al campesinado, a la organización política y a la violencia. En relación con el primero, debe subrayarse que los socialistas revolucionarios se presentaron ante todo como el partido que reflejaba las aspiraciones de muchos campesinos, y en singular las relativas a la preservación de la comuna rural y de estructuras políticas como el *zemstvo*, una forma de gobierno local que, con perfiles a menudo dispares, había sido instituida al calor de las sucesivas reformas de corte liberal. Parece fuera de discusión que la apuesta principal de los eseristas lo fue en provecho de una ruptura con el capitalismo provocada por la "cuestión agraria", y que en este marco la socialización de la industria exhibía, en cambio, un relieve menor y sólo debía abrirse paso cuando el poder estuviese en manos de la mayoría del pueblo trabajador[84]. Es verdad, con todo, que la deriva de los hechos en 1917, y con ella el apoyo de los eseristas de derecha al Gobierno Provisional, se tradujo en cierta pérdida de apoyo entre los campesinos, que en la mayoría de los casos querían, sin más, un reparto de las tierras del que recelaban los socialistas revolucionarios. Si, con anterioridad, los socialdemócratas —bolcheviques y mencheviques— se contentaban con reclamar un incremento en los lotes de tierra que debían colocarse a disposición de los campesinos, los socialistas revolucionarios apostaban, en cambio, por una socialización plena —ya lo he subrayado— de la propiedad. Pese a lo dicho, el notable peso otorgado a los campesinos no significó que se restase relieve a los trabajadores urbanos. La percepción común señalaba, antes bien, que era preciso alcanzar una alianza entre unos y otros. Parece fuera de discusión, de cualquier modo, que en las ciudades el peso de los eseristas era comúnmente menor que el de bolcheviques y mencheviques.

En lo que a la organización política respecta, los eseristas, defensores de una república parlamentaria, y en su caso de una "dictadura revolucionaria provisional", entendida como una dictadura de la mayoría sobre una exigua minoría[85], no rechazaron, de resultas, la participación en las instituciones políticas. Aun con ello, en 1905 la actitud de los socialistas revolucionarios en relación con los consejos obreros y campesinos, con los soviets, estuvo lejos de los intentos de control de éstos asumidos por otros partidos. Según

Baynac, los eseristas pusieron sus activistas al servicio de los consejos, pero siempre desde el respeto a la autonomía de éstos[86]. Si, tras ese año, los restantes partidos experimentaron retrocesos en su presencia entre el proletariado urbano, no parece que pueda decirse lo mismo de los socialistas revolucionarios, que en adelante dejaron de configurar un partido fundamentalmente formado por pequeños grupos de intelectuales para acceder a una influencia cierta tanto en las ciudades como en el medio rural. Conviene subrayar, con todo, que, tal y como lo señala Schapiro, los socialistas revolucionarios eran cualquier cosa menos un partido tradicional. Configuraban, antes bien, un conglomerado de "idealistas, teóricos, intelectuales, terroristas de todo tipo"[87] que, más bien alejado de la práctica parlamentaria, antes recordaba a un movimiento engarzado en las percepciones del populismo del XIX que a un partido al uso. Los elementos *modernizadores* aportados por el marxismo y el sindicalismo, que habían modulado el discurso de los mencheviques, y el de los propios bolcheviques, tenían, de cualquier modo, una presencia menor entre los eseristas.

Entre 1901 y 1905 se hizo evidente, en suma, el vínculo de muchos eseristas con hechos de terror. Ya sabemos que ese vínculo reapareció, en el caso de los socialistas revolucionarios de izquierda, en los años posteriores a 1917. Baynac ha tenido a bien señalar, con todo, que los actos violentos protagonizados por los eseristas no nacían en modo alguno del resentimiento o de la venganza personal; sus protagonistas no eran, en otras palabras, enfermos mentales[88]. No faltaron, por lo demás, los ejemplos de actos terroristas desarrollados por miembros de la *intelligentsia*. En la percepción dominante, y en cualquier caso, el terrorismo, que debía quedar bajo el control y la dirección del partido, se antojaba antes una táctica que una estrategia.

LA COMUNA RURAL RUSA

Entre los méritos visibles de los *naródniki* se contó, a buen seguro, el de mantener vivo el debate sobre lo que significaban la *obshina* —o el *mir*—, un término que servía para designar la comuna rural rusa, y, en un plano

más secundario, el *artel*, una especie de cooperativa que se había desarrollado ante todo en el medio urbano. Ya he sugerido que el debate correspondiente guardó una relación estrecha con la apuesta defendida, a partir de 1917, por el anarcocomunismo.

Zanjemos de forma rápida una discusión terminológica de la mano de la afirmación, a buen seguro que simplificadora, que señala que *mir* era el vocablo popular que se usaba para describir la comuna, habitualmente empleado, por añadidura, como sustantivo, en tanto los usos de *obshina* —una palabra ideada por la *intelligentsia* en el siglo XIX— remitían más bien a adjetivos[89]. Passin afirma que la *obshina* era la comuna agraria, en tanto el *mir* servía para identificar la asamblea aldeana correspondiente[90].

Son muchas las disputas en lo que se refiere al origen de la comuna rural rusa. Hay quienes —así, la mayoría de los eslavófilos— lo remontan a etapas muy lejanas, como hay quienes se refieren a los últimos siglos. Si el origen de la comuna caracterizada por la reasignación constante de tierras suele situarse en los siglos XV y XVI, no faltan quienes interpretan que la *obshina* vio la luz en el XVIII, cuando la monarquía decidió promocionarla a efectos, fundamentalmente, de control y recaudación de impuestos. Frente a esta percepción, lo habitual entre los populistas era que apreciasen en la comuna, antes bien, un resto afortunado del comunismo primitivo. Las cosas como fueren, las reformas introducidas en 1861 facilitaron la integración de los órganos comunales en el sistema de administración local y, en cierto sentido, su subordinación a una lógica burocrática. La abolición de la servidumbre había convertido a muchos campesinos en obreros agrícolas, de tal suerte que, en los hechos, una forma de explotación había abierto el paso a otra no muy diferente. De resultas, la liberación de los siervos, bien acogida por los liberales, fue percibida como perjudicial por la mayoría de los campesinos, obligados a pagar sumas onerosas para adquirir las tierras que necesitaban, condenados a sobrevivir con lo que en muchos casos eran parcelas exiguas y al cabo forzados a vender muchas de las magras propiedades de las que disponían. En esas condiciones, en la segunda mitad del XIX, y al amparo de la industrialización alentada por el Estado, se registró un inevitable éxodo de población campesina camino de las ciudades. Ya en el siglo XX, las reformas de Stolipin, aun cuando en

modo alguno acabaron con la *obshina*, propiciaron la difuminación de algunos de sus rasgos, al calor de novedades en la estratificación social y del auge de una nueva clase burguesa que posibilitó cierta penetración de las relaciones capitalistas en el mundo rural.

La *obshina* era una comunidad territorial de autogobierno que operaba en detrimento de la aldea o de la parroquia. Incorporaba muchos elementos distintos: era una entidad económica, una fórmula de propiedad colectiva, un sistema de impartición de justicia y, en fin, un órgano de control[91]. Dirigida por una asamblea comunal —el ya mencionado *mir*—, en la que tomaban asiento los cabezas de familia o sus representantes, las decisiones solían adoptarse por unanimidad, luego de un esfuerzo encaminado a posibilitar los acuerdos. Cierto es que los campesinos sin tierra y las familias no campesinas —unos y otras eran pocos— no estaban representados en la asamblea. Ésta elegía una autoridad, el "viejo", y designaba también responsables del uso de la tierra, del bienestar general, de la recaudación de impuestos… Entre las funciones de la comuna se contaban el mantenimiento de carreteras y puentes, la atención a huérfanos, ancianos y discapacitados[92], la educación, las levas y la asistencia a los funcionarios foráneos. La *obshina* recaudaba asimismo fondos para desarrollar sus propios menesteres y señalaba tareas obligatorias para sus integrantes. Las comunas se relacionaban entre sí a través de una unidad administrativa en la que se daban cita los "viejos" de cada una de ellas. Esa unidad administrativa, el *volost*, era objeto de visible supervisión por parte de las autoridades estatales[93].

Lo habitual era que cada familia explotase por su cuenta la tierra que le correspondía, en el buen entendido de que a menudo era necesario coordinar las actividades. Por lo demás, la norma que obligaba a redistribuir constantemente la tierra, que era la común en el norte, el este y buena parte del sur de la Rusia europea, no tenía, sin embargo, un carácter universal. En las restantes regiones se imponía un principio hereditario, de tal modo que la asignación de las parcelas era permanente. La mayoría de las comunas, que por cierto podían adquirir colectivamente nuevas superficies, eran propietarias legales de su tierra, aun cuando las familias solían disponer

también de pequeñas parcelas alrededor de sus casas. La tierra era de todos y al tiempo no era de nadie, de tal manera que el concepto de *propiedad*, en sentido estricto, era ajeno a los campesinos.

Los populistas estimaban —ya lo he anticipado— que la comuna era una huella sólida de la pervivencia de la tradición colectivista propia del pueblo ruso, y como tal la defendían, aunque no dejasen de reconocer sus carencias y de apuntar fórmulas que debían permitir solventarlas. Es verdad, por lo demás, que, pese a apreciar en la comuna la futura organización del poder local, esa organización debía coexistir, en la percepción más extendida entre los *naródniki*, con un gobierno nacional democráticamente elegido[94]. No faltaron populistas, por otra parte, que mostraron cierto desapego con respecto a la *obshina*. Así, Flerovski no dudó en afirmar, de manera un tanto sorprendente, que "la propiedad de la tierra está mucho más cerca del comunismo que la *obshina*"[95]. Y no faltaron quienes tuvieron a bien señalar que el escenario en que se desenvolvió la comuna remitía en muchos casos a una subordinación a la lógica del Estado y de los propietarios. Parece evidente que incluso entre los partidarios indiscutibles de la *obshina* —propongamos el ejemplo de Chernishevski[96] y, en más de un sentido, el del propio Bakunin— se abría camino la conciencia de que aquélla necesitaba de cambios importantes que permitiesen convertirla en una forma socialista superior, alternativa genuina a la propiedad privada. Agregaré que el teatro general en el que en muchas ocasiones se desplegó la *obshina* estaba marcado por restricciones, como lo testimonian la presencia de tecnologías caducas, la escasez de tierra, la presión demográfica y, cómo no, el peso, muy notable, asignado a la familia extensa, con rasgos visiblemente patriarcales. La *obshina* fue siempre una instancia manifiestamente masculina y como tal reprodujo todas las reglas propias de la sociedad patriarcal. Las mujeres, excluidas comúnmente de los procedimientos de decisión, padecieron la dependencia y la subordinación esperables, y ello pese a su contribución, ingente, en materia de supervivencia de la propia estructura[97]. Las cosas como fueren, y tal y como lo recuerda Víktor Danílov, a los ojos de muchos campesinos la comuna era la única instancia que podían considerar legítimamente propia:

aseguraba la supervivencia y la reproducción de un modo de vida muy singular, al tiempo que subordinaba a una estructura colectiva buena parte de las reglas de ese modo de vida[98].

Digamos algo, también, de la otra figura, de relieve menor, mencionada al principio de este epígrafe: el *artel*. Surgida al parecer en el siglo XIII, Lehning la define como "una organización de solidaridad que agrupaba a los trabajadores sobre la base del acuerdo voluntario y de la igualdad de derechos, con la finalidad de trabajar en común"[99]. En los hechos era una especie de empresa cooperativa de la que se sirvieron con frecuencia, en Rusia, los artesanos y las cuadrillas de obreros rurales que tenían que desplazarse fuera de sus poblados[100]. En muchos casos, y ya en el siglo XIX, el *artel* configuró, ciertamente, una organización de trabajadores comúnmente subordinados a empresarios capitalistas externos, algo que alejaba su condición de lo que parecían reclamar algunos pensadores populistas. Pese a ello, tanto Herzen como Chernishevski interpretaron que en torno al *artel* podían sentarse las bases de un modelo de socialismo singular en Rusia[101].

Cabe entender, por lo demás, que en los siglos XIX y XX el *artel* estuvo en el origen de un activo movimiento de cooperativas, presente ante todo en las costas del Báltico y del Negro, así como en algunos núcleos del interior del país[102]. En agosto de 1917 se celebró el primer congreso panruso de cooperativas, con más de medio millón de trabajadores representados. En el movimiento correspondiente se hacía sentir una notable influencia de los partidos, con predominio de socialdemócratas de las diferentes tendencias, esto es, de bolcheviques y mencheviques. A los ojos de los primeros se hallaba muy extendida, sin embargo, la impresión de que el movimiento en cuestión estaba subordinado a los intereses del capital. El congreso referido declaró, de cualquier modo, su apoyo a los soviets y pidió el voto para "los candidatos del bloque socialista", rechazando expresamente que un partido pudiese representar en exclusiva los intereses de los cooperativistas[103].

LA CORRESPONDENCIA DE MARX Y ZASÚLICH

El estudio del despliegue cronológico de la obra de Marx ha propiciado el asentamiento de un criterio clasificador cargado de equívocos. Se ha hablado, así, del "joven" Marx, del Marx "maduro" y, en fin, del Marx "tardío". Conforme a esta manera de ver las cosas, habría en la obra del pensador alemán una etapa, la intermedia, que remitiría al Marx *de verdad*, y otras dos francamente prescindibles: la una, la primera, porque Marx aún sería rehén de vaguedades humanistas y la otra, la tercera, porque nuestro hombre, mal que bien, habría perdido el rumbo.

Y, sin embargo, los últimos de años de la producción intelectual de Marx fueron, sin exageración, singularmente interesantes. En esa etapa, y de forma llamativa, abandonó la pretensión, muy propia del Marx "maduro", de haber perfilado una teoría general de evolución de las sociedades que abarcase a todas éstas o, lo que es lo mismo, se alejó del determinismo lineal que tantas veces había postulado con anterioridad y que obligaba a concluir que todas las sociedades tenían que pasar, inexorablemente, por el estadio capitalista si deseaban alcanzar, más adelante, el socialismo y el comunismo. Marx empezó a dejar de lado, cautelosamente, la idea de que el capitalismo era una especie de aspiradora que iría absorbiendo, antes o después, las distintas formaciones sociales no capitalistas. Y afirmó que los análisis que había formulado en las décadas anteriores debían circunscribirse a un espacio geográfico preciso, como era el configurado por la Europa occidental, de tal suerte que a duras penas eran de aplicación a Rusia. No sólo eso: en los últimos años de su vida, Marx mostró un mayor empeño en identificar los aspectos regresivos del capitalismo, y entre ellos el fortalecimiento, y más aún la creación, de formaciones sociales arcaicas, opresivas e improductivas[104].

En la trastienda, y en la interpretación de Jacques Camatte, el Marx "tardío" prestó singular atención a "los lugares aún no revolucionados por el capital, en los que no se ha logrado la inversión entre valor de uso y valor de cambio. En los que el hombre vuelve a ser objeto y fin de toda la actividad productiva, y no el valor de cambio. […] A pesar de su sumisión formal, estos lugares son los que más en profundidad alimentan la rebelión y proponen una alternativa"[105]. En ese mismo contexto, en la década de 1870 Marx comenzó a apreciar las cualidades de las comunidades tribales

primitivas, vinculadas ante todo con el designio de "satisfacer necesidades humanas antes que de dedicarse a la producción para obtener ganancias"[106], y con su carácter democrático y antijerárquico. "El 'cazador piel roja' iroqués" —apostilla Shanin— se presentaba a los ojos de Marx, en ciertos aspectos, "más esencialmente humano y libre que un empleado de la City, y en ese sentido estaba más cerca del hombre del futuro socialista"[107].

Más allá de todo lo anterior, los últimos años de la vida de Marx se vieron marcados por la influencia que sobre sus percepciones tuvo la Comuna de París. Al respecto no dudó en señalar, por ejemplo, que los trabajadores no pueden limitarse a tomar posesión de la maquinaria del Estado: "El instrumento político de su esclavitud no puede servir como instrumento político de su emancipación"[108]. Marx subrayó también que la Comuna parisina fue una revolución contra la institución Estado, "contra ese fracaso sobrenatural de sociedad. Fue un reasumir, por el pueblo y para el pueblo, su propia vida social. No fue una revolución para transferir el poder desde una fracción de la clase dominante a otra, sino una revolución para destruir la propia maquinaria horrenda de la dominación de clases"[109]. En escritos como *Der Bürgerkrieg in Frankreich* (*La guerra civil en Francia*) se aprecia con facilidad el propósito de identificar en el Estado un organismo manifiestamente separado de la sociedad y enfrentado a ella. Nada más lejos estas percepciones que las que, de la mano del concepto de *Estado proletario*, blandieron los bolcheviques medio siglo después.

Hechas estas apreciaciones sobre las posiciones del Marx "tardío", vayamos, con todo, a lo nuestro, que no es otra cosa que la correspondencia que mantuvieron en 1881 Marx y Vera Zasúlich, una significada representante del movimiento populista, por aquel entonces miembro de *Chiorni peredel*. La correspondencia en cuestión ha sido prolijamente estudiada en los libros de Shanin y Walicki[110]. En el año citado, Zasúlich remitió a Marx una carta en la que en sustancia le preguntaba qué es lo que, a su entender, había que hacer con la comuna rural rusa. Si había que prescindir de ella por completo en provecho de una construcción canónica del capitalismo o si, por el contrario, tenía sentido imaginar su empleo al

servicio de un proyecto de socialismo autóctono que no reclamase, en Rusia, el paso previo por el mentado capitalismo. Zasúlich no era en modo alguno ingenua, de cualquier forma, en lo que respecta a las condiciones que debían hacerse valer en relación con el primero de esos dos escenarios. Al efecto se refería, en singular, a la necesidad de liberar la comuna de la exigencia de impuestos exorbitantes, y de pagos a la nobleza y a una administración arbitraria, de tal suerte que pudiese desarrollarse en una dirección socialista[111].

Parece que la pregunta de Zasúlich interesó sobremanera a Marx, como lo atestiguarían los cuatro borradores que al respecto redactó y, más allá de ellos, lo que se antoja una revisión general de muchas de sus ideas previas. Para Marx, al cabo, la comuna podía ser un relevante "vehículo de regeneración social" y un marco para el "trabajo cooperativo en gran escala"[112]. Ello era así en buena medida por cuanto, a diferencia de lo ocurrido con las comunidades primitivas en la Europa occidental, la *obshina* había pervivido en el tiempo y existía en un contexto histórico moderno, de tal manera que podía beneficiarse, para su propio desarrollo, de las herramientas proporcionadas por el modo de producción capitalista. "La comuna puede reemplazar gradualmente la agricultura fragmentada por medio de la agricultura en gran escala y asistida por una maquinaria particularmente adaptada a la configuración física de Rusia", apostilló al efecto, al amparo de un argumento en el que Marx no renunciaba, de cualquier modo, a la parafernalia productivista común en su obra anterior[113]. Entre las carencias de la *obshina* Marx identificó, con todo, la falta de coordinación entre unas y otras comunas, al tiempo que se atrevió a sugerir que había que sustituir el *volost* por una asamblea de campesinos elegida por las propias *obshini*. Walicki recuerda, por otra parte, que quienes en relación con Rusia defendieron que el desarrollo capitalista era tan ineluctable como deseable olvidaron a menudo que el capitalismo ruso pasó por alto algunas de las fases de su presunto derrotero "natural", y se dotó, por ejemplo, de forma extremadamente rápida, de una tecnología, unos ferrocarriles y una banca que en otros escenarios habían hecho valer su presencia de forma mucho más lenta[114].

Bien es verdad que en otros textos —así, el prólogo a la edición rusa del *Manifest der Kommunistischen Partei* (*Manifiesto Comunista*), un prólogo redactado por Engels, pero supervisado por Marx— se señalaba que sólo tenía sentido imaginar un empleo constructivo de la comuna si se verificaba el despliegue simultáneo de una revolución proletaria en la Europa occidental. No está de más agregar que, en algunos casos, Engels no dudó en afirmar que la comuna estaba en sus estertores, acosada por el capitalismo, conclusión a la que no fue ajena, de manera un tanto sorprendente, la propia Zasúlich, quien parecía dar por descontada la definitiva imposición de este último, en el buen entendido de que concluía que el capitalismo a duras penas sobreviviría a la disolución de la propia *obshina*[115]. Engels estimaba, en suma, que el *artel*, para adquirir una dimensión interesante, debía abandonar su forma original, toda vez que, con arreglo a ésta, era más útil a los empresarios que a los trabajadores, no sin asumir, al tiempo, un estricto determinismo que le invitaba a concluir que frente a los hechos económicos no había oposición posible.

Aunque, de resultas de lo anterior, lo suyo es reconocer que las opiniones de Marx, y las de Engels, sobre la *obshina* exhibieron oscilaciones que les restaron claridad, no deja de sorprender el olvido con que al cabo se obsequió a la correspondencia mantenida por el primero con Zasúlich. Era evidente que esa correspondencia, que en los hechos daba alas al proyecto populista, no interesaba a muchos seguidores de Marx. Ese olvido se forjó en provecho de las percepciones del Marx canónico, ratificadas a menudo de la mano de la sugerencia de que el pensador alemán, en los últimos años de su vida, habría perdido lamentablemente facultades, lo que explicaría el sentido de sus desafortunadas afirmaciones ante Zasúlich. En algún caso se llegó a afirmar, en fin, que Marx, y más tarde Engels, no deseaban desanimar a sus interlocutores populistas, a los ojos de los cuales —entendían— la cuestión de la *obshina* era “de vida o muerte”[116]. Posterguemos, de cualquier modo, para más adelante, para el final del capítulo cuarto, la consideración de qué es lo que ocurrió con la comuna rural luego de 1917, no sin antes dejar sentado algo importante: Lenin, el responsable principal de la revolución de Octubre, ignoró por completo las percepciones postreras de Marx en lo que hace a la comuna rural, y dejó de

lado, entonces, cualquier proyecto orientado a servirse de ésta en provecho de una revolución socialista que esquivase, en un grado u otro, el camino del capitalismo.

CAPÍTULO 3
EL ANARQUISMO RUSO ENTRE 1917 Y 1921

En febrero de 1917, y en virtud de un movimiento tan imprevisible como espontáneo, se hizo valer en Rusia una revolución que derrocó al régimen zarista. Para explicar esa explosión no había que ir muy lejos. Bastaba con recordar que el imperio ruso se hallaba inmerso en una guerra sin horizonte, y que la pobreza y el caos habían ido ganando terreno por doquier. Para que nada faltase, el aparato de poder zarista se había negado terminantemente a introducir cambios en un escenario marcado, en suma, por un parlamentarismo ficticio, por la escasa presencia de un capitalismo que, sin embargo, presentaba a menudo perfiles muy desarrollados, por un proletariado muy concentrado en las grandes ciudades[117], por la ausencia de sindicatos merecedores de tal nombre y por una cruda represión. La guerra había abierto el camino, en fin, a un panorama calamitoso en el que se daban cita el cierre de empresas, la ausencia de materias primas, el caos en el transporte, la inflación y la frecuente convocatoria de huelgas.

De la revolución de Febrero se derivó la configuración de un Gobierno Provisional que al poco tuvo que arrastrar un grave problema[118]. Aunque en una primera lectura lo ocurrido había sido una suerte de revolución francesa a la rusa, esto es, una revolución en virtud de la cual la burguesía ascendente aspiraba a acabar con los últimos restos del viejo régimen, en Rusia, y a diferencia de lo acaecido en Francia a partir de 1789, ya se habían experimentado con anterioridad reformas políticas de sentido liberal que apenas habían modificado, sin embargo, el escenario de fondo. En esas condiciones, a los ojos de muchos de los habitantes del país se hacía evidente que lo que correspondía acometer era una revolución social, y no

una revolución política, o meramente política[119].

EL MOVIMIENTO ANARQUISTA EMERGENTE

No faltaron los anarquistas que recibieron con inusitada alegría la revolución de Febrero. Tal fue el caso, por ejemplo, del propio Kropotkin, quien escribió lo que sigue: "¿No es grande? Todas las viejas autoridades regionales en las aldeas y en las capitales de provincia se han marchado, sustituidas por un autogobierno democrático libre, el soldado se ha convertido en ciudadano —casi nadie quiere defender un régimen podrido —, la pena de muerte ha sido abolida, se han abierto las puertas de las prisiones, la Constitución finlandesa ha sido restaurada, la bandera roja ondea en la fortaleza de Pedro y Pablo…"[120]. La decepción fue, sin embargo, rápida, toda vez que pronto se hizo evidente que, aunque la monarquía había caído, muchos de los aparatos de dominación seguían sobre el terreno. De la certificación de lo anterior se derivó una visible oposición al Gobierno Provisional naciente, colocado éste en situación cada vez más delicada e incapaz de dar respuesta a los problemas importantes, entre ellos la guerra y los abastecimientos.

La primera mitad del año 1917 lo fue, de cualquier modo, y pese a la opinión que atribuimos a Volin, de manifiesta multiplicación de la militancia anarquista. Si, según una estimación, en toda Rusia había 220 anarquistas en 1914, en junio de 1917 se contaban 60 grupos libertarios en Moscú y en octubre la federación anarcocomunista de Petrogrado presumía de disfrutar de 18.000 afiliados. Conforme a datos manejados por Archínov, en 1917 había entre 30.000 y 40.000 anarquistas en el conjunto del país. Mientras a principios de 1918, y por otra parte, los anarquistas estaban presentes en 73 ciudades rusas, entre 1917 y 1921 había visto la luz, en fin, un centenar de periódicos o de revistas libertarios[121].

Si se trata de reseñar los rasgos mayores de la presencia anarquista, el primero fue, sin duda, la debilidad organizativa, resultado, ante todo, de la ausencia de una organización libertaria unificadora, como al cabo lo fue la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en el caso español, y de la falta de un programa compartido por la mayoría de los militantes y grupos. Esta

doble circunstancia contrastaba poderosamente con la férrea organización de los bolcheviques, dotados de un programa más o menos claro, aplicado las más de las veces sin miramientos. Lo que ahora me ocupa fue tanto más relevante cuanto que en el mundo libertario se registró —lo repito— una rápida expansión del número de activistas, y con él de las ideas correspondientes, tras febrero de 1917. Varias fueron acaso las fuentes principales de ese crecimiento en el número de militantes: si, por un lado, a las organizaciones libertarias se sumaron muchos jóvenes, y entre ellos numerosos estudiantes universitarios, por el otro hay que hablar de una presencia muy notable de mujeres. A uno y otro grupo humano se agregó el efecto del retorno de los exiliados, entre los cuales el caso simbólicamente más interesante fue sin duda el del recién mentado Kropotkin, quien regresó al país luego de cuatro décadas. No está de más que recuerde, con todo, que algunos textos que vieron la luz, lejos de Rusia, unos años después de 1917 ofrecieron reflexiones crudas sobre las carencias del movimiento libertario. Uno de ellos, que se interesaba por la debilidad de la presencia anarquista en el movimiento obrero, fue el aportado por el grupo Dielo Trudá con el título "Plataforma organizativa para una unión general de anarquistas"[122]. En ese texto se afirmaba, por ejemplo, que con ocasión de los hechos de 1917 "el movimiento libertario mostró el más alto grado de compartimentación y confusión. La ausencia de una organización general llevó a las filas bolcheviques a muchos militantes anarquistas activos"[123].

Bien está que identifique dos ámbitos precisos en los cuales las organizaciones libertarias depositaron buena parte de su energía. Uno de ellos, acaso el menos importante, lo configuró la ocupación de residencias privadas en Petrogrado, Moscú y otras ciudades. Esas residencias se convirtieron en casas de reposo, en centros de lectura, discusión y ocio, y, en ocasiones, en escenario de actividades concebidas para los niños. Aunque el Gobierno Provisional, mal que bien, toleró en principio esas ocupaciones, en junio de 1917 las relaciones de aquél con los responsables de éstas empezaron a hacerse tensas. El otro terreno relevante llegó de la mano de la reaparición del anarcosindicalismo, por lo común muy crítico con las expropiaciones a las que se entregaban ante todo los anarcocomunistas. El principal portavoz anarcosindicalista fue *Golos*

Trudá, una publicación que defendió una libre federación de "sindicatos de campesinos y de industria, comités de fábrica y comisiones de control"[124]. Avrich subraya que, pese a que los anarcosindicalistas simpatizaban con los soviets emergentes —más adelante nos interesaremos por esto—, se sentían más próximos, con todo, a los comités de fábrica, llamados a "asestar el golpe decisivo y mortal al capitalismo" y a convertirse en "las células de la futura sociedad socialista"[125]. Los anarcosindicalistas fueron muy influyentes, por ejemplo, entre los panaderos y los carpinteros en Moscú. Skirda habla de una ciudad ucraniana, Yekaterinoslav, en la que los anarquistas se habían hecho fuertes en sindicatos como los de metalúrgicos, zapateros, panaderos o carpinteros, y recuerda una multitudinaria manifestación, encabezada por la federación anarquista de la localidad, en octubre de 1917, no sin recalcar que la presencia que ahora me atrae se hacía valer también en localidades como Irkutsk, Járkov, Kíev, Mariúpol, la citada Moscú, Odesa, Petrogrado o Rostov[126].

En 1917 fue común, por lo demás, la publicación de textos en los que se llamaba la atención sobre lo que se estimaba que eran las tareas pendientes del movimiento anarquista[127]. A efectos de resumir los argumentos habitualmente vertidos en esos textos, uno de ellos bien puede ser la identificación de dificultades para explicar, y expandir, las ideas libertarias de forma positiva y creadora[128]. A tono con la identificación de ese problema se reveló una preocupación, omnipresente, por las tareas de divulgación y, con ellas, en lugar singular, por las de edición de materiales. Vieron la luz, en cualquier caso, numerosas publicaciones anarquistas, como las que cita Gorelik en uno de sus textos[129]. Las más de las veces se manifestó, también, una aceptación general de la conveniencia de trabajar en organizaciones —así, los soviets, los comités de fábrica o las cooperativas— de cariz no identitariamente anarquista, acompañada a menudo de críticas en lo que hace a la violación, por agentes externos, de las reglas del juego democráticas en todas esas instancias. Se hizo valer, asimismo, una reivindicación constante de procesos de confluencia y unificación de las propias organizaciones anarquistas, ajustada a las

carencias que ya he tenido la oportunidad de mencionar. Cierto es que esa reivindicación afectó más, mucho más, a los anarcosindicalistas que a los anarcocomunistas. Esto aparte, los escasos, y débiles, intentos de acercar a unos y otros —así, y más tarde, la creación en Moscú, a principios de 1919, de una Unión de Anarcosindicalistas Comunistas— no dieron los frutos esperados[130]. Mayor recorrido parecía llamado a tener, con todo, y en Ucrania, el movimiento *Nabat* (Alarma)[131], que se propuso alentar un "anarquismo unido" en el que se dieran cita, de nuevo, anarcosindicalistas, anarcocomunistas y anarquistas individualistas. Aunque en principio alentado por anarcosindicalistas, por lo que parece fueron estos últimos quienes al cabo, y llamativamente, rehuyeron integrarse en *Nabat*. Otras fuentes de disputas fueron los recelos, muchas veces expresados, en lo que se refiere a la escasa imbricación de los intelectuales en la lucha, bien materializados en la queja, frecuente, de que faltaban oradores y agitadores. Como cabe esperar, también la cuestión de la violencia suscitó controversias, que casi siempre tuvieron como eje principal las ex-propiaciones, unas veces palmariamente rechazadas y otras objeto de una defensa cautelosa. Para cerrar el círculo, en suma, en muchos casos pareció manifestarse cierta confianza de que el impulso final de la revolución libertaria llegaría de fuera. Procedería, por ejemplo, y según lo afirmaba una de las conferencias celebradas por *Nabat* en 1918, de países como Francia, Inglaterra, Italia y España[132]. Sería un error concluir, con todo, que la existencia de tantos debates y disensiones operó dramáticamente en menoscabo de la presencia y de la influencia de los anarquistas. Para desmentirlo, bastará con rescatar las palabras escritas por Jacques Sadoul en abril de 1918: "El partido anarquista es el más activo, el más combativo de los grupos de la oposición y probablemente el más popular; es asimismo el único que se apoya en fuerzas lo suficientemente numerosas como para poder entrar en lucha con las bayonetas bolcheviques, y hasta parece que va ganando terreno en la ciudad"[133].

LA DERIVA 'CONSEJISTA' DE LOS BOLCHEVIQUES

Hasta abril de 1917 los bolcheviques no parecieron contemplar otro

horizonte que el vinculado con una democracia burguesa. Baynac recuerda que antes de esa fecha un dirigente bolchevique importante, Kámenev, no había dudado en felicitar al gran duque Miguel, mientras Zinóviev acariciaba la esperanza de que adquiriese carta de naturaleza una asamblea constituyente[134]. Hasta el verano del año mencionado los bolcheviques no se mostraban dispuestos a trascender, por lo demás, el mundo que aportaba el horizonte socialdemócrata que daba nombre a su partido, como lo atestigua el hecho de que, entonces, se opusiesen a muchas de las ocupaciones de fábricas. El propio Lenin había rechazado en marzo la posibilidad de una revolución en Rusia: "El gran honor de comenzar las revoluciones que derivan necesariamente de la guerra no puede darse en Rusia, donde el proletariado está menos organizado, es menos consciente y está menos preparado que el de otros países. Rusia es uno de los países más atrasados de Europa. Pero la revolución burguesa puede adquirir en ella una enorme amplitud"[135]. Si la incapacidad de prever el futuro inmediato se hacía valer entre los bolcheviques, qué no decir de lo que ocurría, claro, con otras fuerzas políticas.

Varias fueron las causas del cambio de rumbo asumido por los bolcheviques, no sin agudas discusiones internas, en abril de 1917. La principal fue acaso una imperiosa necesidad de adaptación, bien que visiblemente instrumental y oportunista, a un flujo libertario de carácter general. Fue el ejemplo de una revolución social que estaba en la calle lo que provocó un cambio en la posición de un partido de siempre manifiestamente centralista, estatalista y jerarquizador. Ese cambio se tradujo ante todo en el designio de dejar atrás una asamblea constituyente, la vinculada con las expectativas creadas por el Gobierno Provisional, en la que se interpretaba que quedaban bien reflejados los intereses de la burguesía. Con la misma vocación, Avrich se ha referido a una afirmación de Trotski en el sentido de que la respuesta de las masas a las propuestas anarquistas sirvió a los bolcheviques como guía a la hora de determinar lo que debían hacer[136]. Anweiler, por su parte, ha sugerido, con alguna exageración, que Lenin se ganó el apoyo de sectores importantes en la medida en que abrazó un programa anarquista[137]. Al margen de lo anterior,

es innegable que los bolcheviques supieron captar el sentido de fondo de muchas de las demandas populares, tanto en lo que se refiere a la inanidad de las instituciones políticas que mantenían al Gobierno Provisional como en lo que atañe al derrotero de la guerra. A ello se sumó el recelo, y el rechazo, frente a la institución Estado, una actitud cada vez más visible en la Rusia de 1917.

Por detrás del argumento recién expresado es fácil intuir que en más de un momento los bolcheviques sintieron el temor, en alguna ocasión verbalizado por el propio Lenin, a que los anarquistas tomasen claramente la delantera y se fortaleciesen. Las cosas como fueren, en los meses que siguieron a abril menudearon las observaciones que apuntaban que los primeros habían experimentado una poderosa influencia de las ideas anarquistas. Hubo, así, quien identificó en el bolchevismo una "resurrección del bakuninismo"[138], de "las ideas míseras de Proudhon" o de "las ideas anarcosindicalistas"[139]. Como hubo quien afirmó que "en las modernas palabras de Lenin se percibe el eco de las viejas 'verdades' de un anarquismo primitivo y superado"[140].

El golpe de timón en las posiciones bolcheviques lo aportaron, de cualquier manera, dos textos, muy controvertidos, de Lenin. Hablo de las *Aprielskij tezísaj* (*Tesis de abril*) y de *Gosudarstvo i revoliútsiya* (*El Estado y la revolución*), escrito este último en 1917 pero publicado en febrero de 1918. Mal momento éste, por cierto, toda vez que se hacía evidente que las querencias de Lenin discurrían ya por otro camino. En esos dos trabajos es fácil apreciar, por lo pronto, una renuncia al parlamentarismo en provecho de los soviets, de los consejos, cuya lógica estudiaremos en el próximo capítulo. En las *Tesis de abril* Lenin procedió a defender la iniciativa directa de las masas, la sustitución de la policía y del ejército por el pueblo en armas, y la de los funcionarios y la burocracia por un gobierno popular directo, con cargos revocables y límites salariales muy estrictos (el sueldo de los funcionarios no podría superar el salario medio de un obrero cualificado). En un comentario sobre las *Tesis*, el propio Lenin ratificó su convicción de que el Estado era una institución necesaria en la fase de transición, en el buen entendido de que no se trataba del "Estado burgués",

sino, “de acuerdo con Marx y con la experiencia de la Comuna de París, de un Estado sin ejército permanente, sin policía opuesta al pueblo, sin burocracia por encima del pueblo”[141]. Claro es que Lenin olvidaba —tal y como lo ha recordado Arthur Lehning— que la esencia de la Comuna parisina no venía dada por ninguno de esos elementos, sino por el designio de acabar con el centralismo político y abolir todo poder estatal, para de esta forma permitir la construcción de una nueva sociedad sobre una base federalista[142]. Importa subrayar que, más allá de lo anterior, Lenin, pese a sus esfuerzos de antes de 1917 por exagerar el relieve del capitalismo en Rusia, y a tono con los mencheviques, parecía haber entendido con anterioridad que, de cobrar cuerpo en el país una revolución, sería una revolución burguesa, en modo alguno proletaria o socialista[143]. El cambio de percepción, drástico, se produjo, de nuevo, en abril de 1917.

No puede negarse, sin embargo, que muchos anarquistas se dejaron llevar por una irrefrenable simpatía ante el designio leniniano de utilizar la Comuna de París como modelo y de quemar, en paralelo, etapas. Esa simpatía fue más evidente, aun así, en el caso del anarcosindicalismo que en el del anarcocomunismo, y tuvo como resultado, en muchas oportunidades, una defensa común, con los bolcheviques, de los comités de fábrica y del control obrero frente a las posiciones que defendían, en particular, los mencheviques, deseosos de apuntalar los sindicatos. A principios de septiembre de 1917 el fracasado golpe de Estado militar de Kornílov, dirigido contra al Gobierno Provisional entonces encabezado por Kérenski, dio alas, por lo demás, a la posición de los bolcheviques, y en general a la de quienes estimaban que, al existir un riesgo grave de restauración de las viejas instituciones, había que tomar medidas urgentes para apuntalar —fuese lo que fuese lo que esto viniese a significar— el poder de los soviets. El fracaso del golpe de Kornílov acarreó también una formidable relajación de la disciplina en muchas unidades militares, en las que los soviets de soldados aprobaron declaraciones en favor de la paz y en las que se hicieron frecuentes las deserciones. Para que nada faltase, en fin, arreciaron las críticas contra los mencheviques y los socialistas revolucionarios, que en la percepción bolchevique no hacían otra cosa que colaborar con las fuerzas

políticas “burguesas”.

Obligado parece subrayar, con todo, el carácter instrumental de la defensa bolchevique de los soviets, que desde la perspectiva de Trotski sólo eran interesantes en la medida en que se hallaban dirigidos por los propios bolcheviques. Sin ese horizonte, y en la percepción común entre estos últimos, lo que se habría abierto camino habría sido el desastre vinculable con una revolución de corte libertario. Aun con todo, no conviene que nos engañemos: antes de octubre, por muchas que fueran sus capacidades tácticas, los bolcheviques carecían de un programa serio en lo que respecta al perfil que debía exhibir la transformación que postulaban. Si resultaba difícil ignorar el genio táctico de Lenin, forzoso era certificar, con todo, la debilidad de su visión estratégica.

ANARQUISTAS EN APOYO DE LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

No es posible cuantificar en qué medida los anarquistas respaldaron la revolución de Octubre. Parece, en cualquier caso, fuera de discusión que muchos de aquéllos, antes anarcosindicalistas que anarcocomunistas, apoyaron el golpe bolchevique[144]. Para explicar esta conducta entiendo que no es necesario invocar la tan cacareada como estéril deriva *libertaria* de Lenin, ya glosada, al calor de las *Tesis de abril* y de *El Estado y la revolución*. Los hechos fueron probablemente más simples: muchos anarquistas interpretaron que la revolución de Octubre era un paso adelante que merecía ser apoyado, y acaso bastantes de ellos llegaron a la conclusión de que tenía la virtud de operar contra los intereses de grupos humanos a los que se enfrentaban de manera visible. Esos anarquistas de los que hablo coincidían, por lo demás, con los bolcheviques en lo que hace a la necesidad de derrocar al Gobierno Provisional. De por medio cabe recordar, también, que la mayoría de quienes se adhirieron a la consigna que reivindicaba “todo el poder para los soviets” estimaban que semejante lema en modo alguno reclamaba un respaldo a un gobierno bolchevique y debía abocar, antes bien, en una iniciativa plural que pusiese fin a las transacciones con la burguesía que habían caracterizado al citado gobierno. A los ojos de muchos, en fin, y en palabras de Archínov, octubre significaba “aniquilamiento del capitalismo, supresión del salariado y de la esclavitud

estatalista, y organización de una nueva vida basada en la autogestión de los productores”[145].

Hay quien estima, en cualquier caso, que sin la colaboración de los anarquistas difícilmente los bolcheviques se habrían hecho con el poder. Si la disolución de la Asamblea Constituyente, que entonces era ya una realidad palpable, corrió a cargo de un anarquista llamado Anatoli Yelézniakov, había al menos cuatro anarquistas en el comité militar re volucionario que, controlado por los bolcheviques, planificó los acontecimientos de octubre de 1917. Los libertarios tenían una presencia muy activa, por otra parte, en soviets y comités de fábrica. Volin se refiere, por añadidura, al papel decisivo desempeñado en octubre, en Moscú, por los llamados *Dvintsi*, los integrantes del regimiento de Dvinsk, que en su mayoría eran anarquistas y operaron como una especie de fuerza de choque frente a lo que al poco se llamarían los blancos. En esos días desempeñó también un papel importante la federación anarquista moscovita, y otro tanto cabe decir de los trabajadores de empresas en las que la presencia anarquista era visible[146]. Circunstancias parecidas se hicieron valer, por lo demás, en Petrogrado.

Skirda subraya que en realidad hubo dos octubres: el de los obreros y los campesinos, esto es, el de la supresión del poder de las clases parasitarias en nombre de la igualdad y de la autogestión, y el de los bolcheviques, materializado en la conquista del poder por un partido, con la instauración de un socialismo de Estado[147]. Se halla fuera de discusión, de cualquier modo, que muchos anarquistas no se percataron de lo que esa distinción acarreaba, de tal suerte que arrastraron una inquietante ceguera en lo que se refiere a las intenciones de los bolcheviques. Cierto es que pronto aparecieron las dudas. Acaso las primeras se revelaron cuando, el 26 de octubre de 1917, se creó un nuevo “gobierno soviético” y, con él, un Consejo de Comisarios del Pueblo compuesto exclusivamente por bolcheviques. Las dudas se dispararon ante las decisiones que fueron cobrando cuerpo en los meses sucesivos, como las relativas a la creación de la policía política, la *Cheká*, a la nacionalización de la tierra, a la cancelación de la autonomía de soviets y comités de fábrica, o a la propia

firma, con Alemania, del tratado de Brest-Litovsk. Como veremos inmediatamente, en la primavera de 1918 la sintonía de la mayoría de los anarquistas con las autoridades bolcheviques era ya nula.

LA PRONTA EVIDENCIA DE LO QUE SIGNIFICÓ OCTUBRE

Acabo de recordar que en el mundo libertario la decepción ante las consecuencias de la revolución de Octubre se hizo valer muy pronto, de tal manera que al poco menudearon los lamentos por el craso error de percepción en lo que se refiere a los bolcheviques[148]. Al respecto fueron varios los argumentos que se acumularon. Uno de ellos, acaso el principal, remitía a la conciencia de que los objetivos que muchos anarquistas habían querido apoyar en octubre de 1917 —la democracia proletaria, la igualdad social, la autogestión por los trabajadores[149]— no eran en modo alguno los que respaldaban los nuevos gobernantes. Se hizo inmediatamente evidente, en otras palabras, que la consigna de entregar el poder a los soviets ocultaba el designio de colocar éstos bajo la férula omnicontroladora del poder bolchevique. Así las cosas, se impuso rápidamente la conciencia de que, más allá de la aparente deriva *consejista* de Lenin y los suyos, éstos en modo alguno habían abandonado sus querencias centralizadoras, frente al proyecto, de cariz obviamente diferente, que defendían la mayoría de los libertarios. Aunque el golpe de octubre se verificó en nombre del Congreso de los soviets, pronto se hizo evidente que esta instancia era molesta para los bolcheviques, no en vano en su seno se manifestaba una mayoría de socialistas revolucionarios de izquierda, anarquistas y, en menor medida, mencheviques internacionalistas. Al poco se impuso un bolchevizado, y ya mencionado, Consejo de Comisarios del Pueblo (*Sovnarkom*), entregado a la aprobación de leyes que cobraban cuerpo por completo al margen de los mentados soviets. Al mismo tiempo, y en el propio mes de octubre, fueron prohibidas publicaciones de corte “contrarrevolucionario” mientras se detenía a líderes mencheviques y eseristas. Figes señala que a finales de noviembre se procedió a liberar a delincuentes comunes que penaban en las cárceles para de esta forma hacer sitio en ellas a los opositores detenidos[150]. Como cabía esperar, los perjudicados depositaron su

confianza en la Asamblea Constituyente, que en su percepción era un órgano genuinamente democrático y no excluyente, en tanto los soviets, por el contrario, representaban sólo a obreros, campesinos y soldados.

Aunque algunos sectores del propio partido bolchevique eran más bien hostiles a acabar con la Asamblea Constituyente, la disolución de ésta fue al cabo la apuesta de Lenin, tanto más cuanto que los resultados de las elecciones celebradas en noviembre —19 millones de votos para los socialistas revolucionarios, a los que había que sumar buena parte de los 7 millones emitidos en provecho de partidos socialistas no rusos más o menos próximos a los eseristas, frente a 11 para los bolcheviques— habían dejado a estos últimos en minoría. Cierto es que la disolución de la Asamblea apenas suscitó respuesta popular alguna. Ello se explica en parte porque los socialistas revolucionarios, incapaces de perfilar una tercera vía, no consiguieron articular un proyecto político de apoyo, y en parte porque no se intuía que una de las consecuencias sería una progresiva concentración, en manos de los bolcheviques, de todo el aparato de poder. Aunque en las instancias directoras había —no conviene olvidarlo— socialistas revolucionarios de izquierda que habían establecido una alianza con los bolcheviques, lo suyo es recordar que ese aliado menor se evaporó una vez que a principios de marzo de 1918 se firmó el tratado de Brest-Litovsk. Por lo demás, si muchos proletarios recelaban de oficio de la Asamblea, a los ojos de la mayoría de los campesinos ésta no era otra cosa que un lejano parlamento que nada les decía. Es verdad, con todo, que el golpe bolchevique tuvo efectos importantes en términos de expropiación de muchas de las propiedades y bienes de la burguesía del momento, algo que pareció acercar lo ocurrido a una revolución social que, en cualquier caso, seguía quedando lejos.

De por medio se hacía valer un innegable caos, de la mano de una economía en crisis de resultas de la guerra y de un puñado de medidas que suscitaban agudas controversias. Entre ellas se había contado, meses antes, la adopción, por el Gobierno Provisional, de buena parte del programa socialista revolucionario de entrega de la tierra a los campesinos, mientras, entre tanto, se revelaba la acuciante necesidad de reorganizar la industria. En abril de 1918 el propio Lenin había señalado que el caos económico

imperante en Rusia había obligado a abandonar los principios que habían marcado su apuesta volcada en las *Tesis de abril* y en *El Estado y la revolución*. Cabe preguntarse, claro, si semejante declaración no tenía otro propósito que ocultar que las percepciones enunciadas en esos dos textos no eran sino giros coyunturales que por fuerza, y más allá del caos, tenían que quedar, antes o después, en el olvido.

La certificación de que había diferencias insalvables entre la propuesta —las propuestas— libertaria y las prácticas bolcheviques no impidió, sin embargo, que durante la guerra civil posterior —marcada indeleblemente por la intervención de potencias foráneas— fuesen muchos los anarquistas que consideraron que, como quiera que era prioritario derrotar a los ejércitos blancos, se imponía al respecto colaborar, en un grado u otro, con los bolcheviques[151]. Esto al margen, también fueron muchos los anarquistas que mantuvieron el vínculo con aquellos soviets y comités de fábrica que interpretaban no habían sido desnaturalizados por el nuevo poder bolchevique. De resultas, la conciencia de la deriva de los hechos no acarreó en muchos casos una descalificación plena del proyecto rival. Buen reflejo de esta situación lo aportaron las palabras que un "anarquista uni versalista"[152], Askárov, transmitió a Alexander Berkman: "En realidad no consideramos a los bolcheviques como un gobierno ordinario. Ellos todavía son revolucionarios, y reconocemos el mérito de lo que han logrado"[153].

Obligado parece concluir que en 1921 los bolcheviques habían conseguido construir un fermento de Estado, en el buen entendido de que este último en nada recordaba a la Comuna de París tantas veces invocada por Lenin cuatro años antes. Los cimientos de ese Estado eran un sistema monopartidista, una extrema centralización del poder, la intolerancia con respecto a toda disensión, la represión de las organizaciones independientes y la disposición a hacer uso de la fuerza en los órdenes más dispares[154]. En realidad, en fecha tan temprana como enero de 1918 ya habían quedado en el olvido muchas de las demandas vinculadas con la revolución de Octubre, y entre ellas las relativas al poder de los soviets, al control obrero de la producción y a la abolición del ejército preexistente, algo que no podía dejar de ser entendido, por buena parte de los protagonistas de esa

revolución, como una traición. Aunque el proyecto que me ocupa tenía hondas raíces en la ideología bolchevique, no es menos cierto que la dinámica de la guerra civil y, más allá de ésta, la presión foránea propiciaron el asentamiento de esas reglas del juego. El asentamiento en cuestión fue tan sólido que lo que a los ojos de algunos debía tener un carácter provisional marcó indeleblemente el derrotero de lo que al cabo fue, durante décadas, la Unión Soviética.

LAS DIFERENTES CORRIENTES EN EL ANARQUISMO

Importa retomar algo que en más de una ocasión se ha asomado ya a mis consideraciones: la existencia de corrientes diferentes dentro del propio mundo libertario. Si así se quiere, cabe hablar al respecto de anarcocomunistas, anarcosindicalistas, anarquistas individualistas, tolstoyanos y —con todas las cautelas en este caso, por razones obvias— *anarcobolcheviques*[155].

Los anarcocomunistas[156] reclamaban, en esencia, una libre federación de comunas —sus propuestas se acercaban, por lógica, a muchas de las formuladas por los *naródniki* en el pasado— y por lo general mostraban poco interés por la industria, sus aglomeraciones fabriles y sus estructuras burocráticas. Próximo a esta corriente, aunque a menudo criticado, también, por sus integrantes, Kropotkin sostenía que la revolución rusa no abocaría en nada parecido al parlamentarismo occidental, sino, antes bien, en un radical cambio político y económico del que serían protagonistas comunidades locales, grupos de producción y otras asociaciones y federaciones[157]. En tal sentido se exigía la entrega de las fábricas, minas y ferrocarriles, “no a un ministerio obrero, sino a los obreros que trabajan en ellos y que se organizan en asociaciones libres”[158]. Con frecuencia vinculados con grupos violentos y con las expropiaciones, los anarcocomunistas resultaron ser los principales responsables de la ocupación de edificios en Petrogrado y Moscú, ciudad esta última en la que publicaban la revista *Anarjiya* (*Anarquía*). Fueron frecuentemente criticados por los anarcosindicalistas, que entendían que los anarcocomunistas pretendían vivir en una Arcadia feliz, lejos de todos los

problemas reales.

Por lo que a los recién mencionados anarcosindicalistas[159] se refiere, se revelaron comúnmente vinculados con los comités de fábrica. Avrich recuerda que estaban presentes en ramos importantes como los de panaderos, transporte fluvial y estibadores, en la minería y en la industria alimentaria, en los servicios de correos y telégrafos, y también, pero en menor medida, entre los trabajadores del textil, los impresores y los ferroviarios[160]. Su principal órgano de expresión fue *Golos Trudá*, primero en Petrogrado, hasta la primavera de 1918, y luego, y bien que efímeramente, en Moscú. Los complejos industriales parecieron ser el núcleo principal de atención de los anarcosindicalistas, en un escenario, por añadidura, en el que éstos a menudo no escondieron una admiración por la maquinaria y la tecnología que en los hechos los colocó en posiciones —ya lo hemos señalado— que, en un debate ruso de largo aliento, eran "occidentalistas" (frente a la presunta "eslavofilia" de los anarco-comunistas). Con frecuencia recibieron críticas que apuntaban su énfasis abusivo en lo que ocurría en las ciudades, en las industrias y entre los proletarios, con un resultado delicado: la ausencia de propuestas en lo que hace al futuro de una población campesina muy pobre que, además, era mayoritaria. En este mismo terreno, no faltaron quienes tildaron a los anarcosindicalistas de "anarcoburócratas".

Como es habitual, y en la estela de Stirner y de Tucker, los anarquistas individualistas rechazaban los valores políticos, morales y culturales de la sociedad burguesa y nada querían tener que ver con comunas o con comités de fábrica, que a su entender implicaban formas de coacción y dominación que dañaban la libertad individual. Aunque por lo general se trataba de artistas e intelectuales, lo común es que se recuerde que en algunos casos el mundo del anarquismo individualista se vio lastrado por la presencia de personas que era común calificar de delincuentes. Los principales representantes del anarquismo individualista fueron acaso Lev Cherni y Alekséi Borovoi[161].

La relación de los tolstoyanos con las organizaciones autodeclaradas anarquistas fue siempre débil. Los tolstoyanos defendieron en todo

momento un cristianismo no violento que tuvo, ciertamente, un notable ascendiente moral. Fueron también duramente reprimidos. Volin señala que hasta finales de 1922 habían sido ejecutados nada menos que 92 tolstoyanos, en su mayoría por haberse negado a servir en el ejército. Eran muchos, entre tanto, los que penaban en presiones[162].

Fáciles son de entender las polémicas que rodean a un término, el de *anarcobolcheviques*[163], que por fuerza tiene que parecer contradictorio. Pero no podemos esquivar el recordatorio de que hubo militantes anarquistas que se sumaron, bien que con unas u otras cautelas, al proyecto bolchevique, muchas veces sobre la base de la intuición de que los males derivados de la dirección leniniana tenían un carácter provisional y se justificaban por estrictas razones de eficiencia. Estas personas sostenían que, pese a sus errores, los bolcheviques habían sabido levantar el primer "Estado socialista" y habían acabado con el capitalismo en Rusia, circunstancias ambas que los hacían manifiestamente preferibles a lo que estaba llamado a suponer una dictadura contrarrevolucionaria. Desde esta misma perspectiva, durante la guerra civil no faltaron los anarquistas que, aun disintiendo del grueso de las políticas de los bolcheviques, ante la amenaza que suponían los ejércitos blancos y sus apoyos extranjeros, decidieron mantener un tono bajo, y contenido, en sus protestas. Otros se integraron de forma manifiesta, sin embargo, en el naciente Ejército Rojo[164]. En el censo de militantes del partido bolchevique datado en 1922 se hablaba de 633 miembros de aquél que habían sido anarquistas[165]. Cierto es que el final de la guerra civil, y la ausencia, con él, de cambios en las políticas gubernamentales, provocó que muchos anarquistas que habían colaborado con los bolcheviques revisasen su posición. Como es sencillo colegir, menudearon las discusiones relativas a la condición de los *anarcobolcheviques*, tanto más cuanto que algunas de las personas afectadas por esta etiqueta no dudaron en seguir autodescribiéndose como anarquistas pese a ocupar puestos visibles en la maquinaria del Estado. No olvidemos que para Trotski, de la mano de un argumento maniqueo donde los haya, los buenos anarquistas, los anarquistas serios y verdaderos, eran, sin más, los que estaban del lado de los bolcheviques[166]. A menudo se

hablaba al respecto de los *ideini anarjisti*, de los “anarquistas de ideas”, tal vez para subrayar que su bondad se vinculaba con el designio de no llevar a la práctica esas ideas[167].

EL TERROR

Los primeros meses del régimen bolchevique lo fueron, con todo, de alguna tolerancia con respecto a la acción de los militantes libertarios[168]. Al margen de la ocupación de casas, ya referida, en ciudades como Moscú, Petrogrado o Járkov, y de las operaciones de “expropiación”, no está de más que recuerde que en agosto de 1918 se celebró la primera conferencia de anarcosindicalistas, saldada con un sinfín de críticas vertidas contra el régimen naciente. En Ucrania, en un escenario más libre, se organizaron conferencias anarquistas en Járkov, en diciembre de 1917, y en Yekaterinoslav, en febrero de 1918. Bajo el impulso, en parte, de anarquistas rusos que recalaban en la propia Ucrania se pertrechó otra reunión en Járkov en el otoño de 1918 y se procedió a crear una confederación, a la que se dio el nombre de *Nabat*, en la que —como ya se señaló en su momento— muchos anarcosindicalistas rechazaron, sin embargo, entrar. El primer congreso de *Nabat*, celebrado en abril de 1919, propició la participación de los anarquistas en los comités de fábrica y en los que pudieran quedar de campesinos pobres, y decidió crear destacamentos de campesinos dedicados a la lucha contra los ejércitos blancos. En otro orden de cosas, se hicieron valer también vínculos estrechos entre el anarquismo y las vanguardias literarias y artísticas. Fueron varios los futuristas que, enfrentados a la incipiente ortodoxia bolchevique, sugirieron que su corriente era el “equivalente estético del socialismo anarquista”. Las publicaciones libertarias acogieron, por lo demás, colaboraciones de Rozánova, Udaltsova, Rodchenko o Malévich[169]. Avrich incluye en una de sus obras, por cierto, un sugerente manifiesto “anarcofuturista”[170]. Lo que se dio en llamar *anarquismo místico* tuvo, por otra parte, una notable influencia en determinados círculos literarios de la época[171].

Verdad es que no todas las acciones de los anarquistas se limitaban a

expropiaciones, congresos y publicaciones. Algunos grupos asumieron acciones armadas relevantes, como la registrada en septiembre de 1919, en colaboración con socialistas revolucionarios de izquierda, de la mano de un bombardeo del cuartel general del partido bolchevique en Moscú, seguido, como cabía esperar, por una nueva ola de represión. La configuración, del lado bolchevique, de un formidable aparato represivo fue, sin embargo, muy anterior a hechos como el reseñado y respondió a objetivos mucho más ambiciosos. Recordemos al respecto que en fecha tan temprana como diciembre de 1917 se había creado una policía secreta, la *Cheká*, elemento esencial, con el paso del tiempo, en la articulación del nuevo Estado. Aunque Lenin se había mostrado contrario a los actos individuales de terror, no dudó en defender el despliegue de atentados que, coordinados, propiciasen la insurrección y, más adelante, hizo otro tanto con el terror de masas, encaminado a consolidar el régimen bolchevique. Pese a que el objetivo de la *Cheká* era hacer frente a los intentos de "contrarrevolución y sabotaje", o bien amplió sensiblemente sus atribuciones, o bien se permitió concluir que cualquier acto de disensión entraba en las dos categorías enunciadas, en estricta aplicación del principio que señala que el fin justifica los medios.

La irrupción de la *Cheká* acarreó la práctica disolución del sistema legal anterior, la configuración de un nuevo Estado policial y la instalación de formas de violencia que preludiaban el terror de masas, de tal manera que lo que se perfiló fue un sistema orientado a legitimar, y a dar entidad, a ese terror. Hubo quien tuvo a bien anotar que en realidad habían reaparecido muchos de los elementos que se creían erradicados tras el derrocamiento del zarismo. Llamativamente, una de las resoluciones majnovistas clamaba: "Abajo la *Cheká*, la nueva *Ojrana*"[172]. A medida que la sensación de inseguridad fue atenazando al régimen naciente, la *Cheká* fue ganando atribuciones. Así, en 1918 el Comité Central del partido decidió permitir que comisiones de carácter extraordinario pudiesen decretar penas de muerte sobre la base de procedimientos secretos, sin la exigencia de escuchar previamente al acusado y sin posibilidad de defensa de este último. Un buen indicador de la deriva represiva lo aportó, en suma, el hecho de que la *Cheká* acabó por establecer ella misma sus atribuciones.

Aunque esto último a buen seguro preocupó a muchos de los dirigentes bolcheviques, lo cierto es que no se estableció ningún mecanismo creíble que permitiese hacer frente a los excesos correspondientes.

Las consecuencias fueron dramáticas. Según una estimación, unas 280.000 personas fueron ejecutadas por la *Cheká* entre 1918 y febrero de 1922[173]. Se registraron, por otra parte, detenciones masivas, con interrogatorios brutales, torturas y largos períodos de prisión. En paralelo se perfilaron, rápidamente, campos de concentración; si éstos eran 2 en 1918, la cifra alcanzó los 56 cuatro años después. Ya he señalado que aunque las cárceles habían quedado vacías en 1917, pronto empezaron a llenarse de presos[174]. En la opinión de Victor Serge, muchos de los integrantes de la *Cheká* arrastraban un complejo de inferioridad y habían padecido humillaciones y sufrimientos en los penales zaristas, algo que compensaban de la mano de una conducta marcada por un permanente recelo, por la amargura y por el sadismo[175]. El propio Serge considera que la creación de la *Cheká* fue uno de los más graves errores de los bolcheviques, y estima que para hacer frente a los problemas que aquélla tenía que encarar hubieran sido preferibles tribunales revolucionarios que actuasen a la luz del día y con aceptación del derecho de defensa[176]. “En lugar de convertir las prisiones en escuelas, están llenas de víctimas inocentes. En lugar de prohibir las ejecuciones, habéis organizado el terror y miles de personas son ejecutadas sin piedad cada día”, afirmaba un soldado del Ejército Rojo en una carta dirigida a Lenin en diciembre de 1918[177].

Se hizo valer también una dura represión —fue ganando enteros con el paso del tiempo— de los demás partidos. Tomski y Bujarin no dudaron en declarar que “bajo la dictadura del proletariado pueden existir dos, tres, cuatro partidos, pero con una condición: que uno de ellos esté en el poder y los otros en prisión”[178]. Aunque los bolcheviques, y busquemos un caso llamativo, desplegaron una política de palo y zanahoria en relación con los socialistas revolucionarios de izquierda, en varias ocasiones legalizados, por breves períodos, lo cierto es que en 1920 el grueso de los integrantes del comité central eserista estaba en la cárcel. Leonard Schapiro subraya que

los socialistas revolucionarios de izquierda pudieron presumir del hecho de que, mientras colaboraron en el gobierno con los bolcheviques, la pena de muerte estuvo proscrita[179]. Fue reintroducida, sin embargo, en junio de 1918. Agreguemos, en fin, que las libertades de expresión y reunión fueron al cabo canceladas. La prensa opositora fue clausurada sobre la base de normas que al principio se aplicaron sólo a los órganos de los partidos "burgueses" para después alcanzar a todos los demás. Aunque en inicio esas normas parecieron tener un carácter extraordinario y provisional, más adelante adquirieron, con toda evidencia, un carácter definitivo[180].

Ya sabemos que la represión se cebó, también, en los militantes anarquistas. Pese a que Lenin y Trotski señalaron que ningún anarquista sería hostigado por sus ideas, con el paso de los meses se hizo evidente que no era así. Al margen de ejecuciones, encarcelamientos y expulsiones, los periódicos y los locales libertarios fueron clausurados. En abril de 1918, la represión se hizo valer en Petrogrado y, sobre todo, en Moscú, donde 26 centros fueron allanados. Hechos similares acaecieron en otras ciudades, como Smolensk o Vitebsk. Ante el doble peligro que suponían posibles ataques blancos y la acción de la *Cheká*, habían surgido, por otra parte, grupos de autodefensa como los llamados *guardias negros*[181]. Con el paso de los meses se registró —ya lo he anotado— cierto éxodo de anarquistas hacia Ucrania, donde el medio era menos opresivo y donde empezaba a operar la *majnóvshina*. La represión de los anarquistas ucranianos hubo de aguardar, de resultas, a 1920, año en el que Emma Goldman y Alexander Berkman presentaron sin éxito sus protestas con ocasión del segundo congreso de la Internacional Comunista. A principios de 1921 se registró una nueva oleada represiva tras el aplastamiento de la revuelta de Kronshtadt. Fueron allanados los pocos locales, imprentas y clubes libertarios que quedaban —entre ellos, el Universalista de Moscú—, no sin que en septiembre de 1921 la *Cheká* ejecutase a dos anarquistas bien conocidos: Fania Baron y el mencionado Lev Cherni. De resultas ante todo de la presión de movimientos anarcosindicalistas foráneos, en enero de 1922 diez libertarios bien conocidos pudieron salir de las cárceles rusas con la obligación, eso sí, de abandonar prontamente el país.

No está de más recordar que el propio Kropotkin fue obligado a trasladarse, en el verano de 1918, a una localidad situada a unas decenas de kilómetros de Moscú. Durante la guerra civil, Kropotkin había denunciado repetidas veces las prácticas de la *Cheká*, lo que no impidió que hiciera lo propio con la intervención de los ejércitos foráneos, que interpretaba estimulaba las tendencias autoritarias y centralizadoras de los bolcheviques. Kropotkin pasó a asumir una posición similar a la que correspondió a Tolstoi en el zarismo: la de recibir, convertido en un símbolo de resistencia, a compañeros y discípulos, a perseguidos y acosados[182]. Muchas veces se ha señalado, por lo demás, que el entierro del pensador anarquista, en febrero de 1921, fue la última demostración de fuerza del mundo libertario[183].

CAPÍTULO 4
SOVIETS, CONSEJOS DE FÁBRICA, SINDICATOS, COMUNAS RURALES

Este capítulo es vital para completar la información que, de manera esquelética, se ha incluido en el anterior. Por sus páginas pasan cuatro instancias decisivas a efectos de considerar cuál fue la deriva del orden que los bolcheviques procedieron a instaurar a finales de 1917. Examinaré en primer lugar cómo los soviets fueron perdiendo paulatinamente autonomía hasta convertirse en un engranaje más, visiblemente burocratizado, del Estado naciente. Por su parte, los comités de fábrica —una especie de soviets radicados en las empresas— experimentaron una rápida reducción de sus atribuciones en provecho de unos sindicatos que, oficializados, a la postre quedaron convertidos, también ellos, en meras correas de transmisión de las instrucciones que llegaban de arriba. Admitiré, en fin, que lo ocurrido con la comuna rural, o con sus restos, asumió una deriva más compleja, a mitad de camino entre su empleo interesado, acaso insorteable, por el Estado emergente y su definitiva extinción. Muchas de las ideas generales que he manejado en el capítulo anterior encuentran ahora acomodo, en cualquier caso, al amparo de la trayectoria seguida por las cuatro instancias que acabo de mencionar.

LOS SOVIETS

La palabra rusa *soviet* puede traducirse en castellano por *consejo* y remite a instancias que, al calor de las revoluciones de 1905 y 1917, fueron creadas por los trabajadores, desde una perspectiva de clase, con un vínculo expreso con unidades económicas o sociales de perfil preciso. Los soviets se ca-

racterizaron, por añadidura, por una franca defensa de la autoorganización desde la base, por un orgulloso rechazo de la centralización y de la sumisión a instancias estatales, por una amplia autonomía decisoria y por la elección de delegados permanentemente revocables[184]. En una percepción muy extendida, cabe adelantar que encajaban con dificultad en el esquema político postulado por Marx, quien entendió que, aunque los "consejos comunales" eran órganos políticos de carácter temporal que podían impulsar la revolución, en modo alguno constituían células llamadas a propiciar cambios radicales, tarea esta última que debía corresponder a un poder estatal fuerte[185]. Cabe discutir, claro, y como ya he adelantado en su momento, si el propio Marx no abandonó en un grado u otro estos recelos cuando estudió la Comuna de París.

Los soviets surgieron al calor de la revolución de 1905, en principio como comités de huelga que buscaban fórmulas de contacto permanente entre sí. Rápidamente transitaron desde la discusión de los problemas de las fábricas en las ciudades más pobladas a la consideración de las grandes cuestiones políticas, económicas y sociales. En ese sentido, y por ejemplo, el soviet de San Petersburgo acabó por solicitar la retirada de la policía y del ejército, una amnistía general y la convocatoria de una asamblea constituyente. Con frecuencia los soviets empezaron a desempeñar funciones que excedían con mucho a las propias de la gestión interna de las fábricas, y acabaron por convertirse, a través de la defensa de la huelga general, en órganos de insurrección sin haber tenido la oportunidad de madurar internamente. Operaron, por lo demás, como sustitutos de instancias de acción colectiva que con toda evidencia faltaban en la sociedad rusa. En tal sentido, fueron una suerte de organizaciones de "autoayuda espontánea"[186] que surgieron al margen de los partidos —sorprendieron a éstos de forma manifiesta— y que permitieron que incluso los obreros que militaban en estos últimos los percibiesen como sus organizaciones, como un lugar en el que "los problemas los encaran los trabajadores, y no los intelectuales"[187]. Bien es verdad que en 1905 no se plantearon el horizonte —ahí estaba, para certificarlo, el designio de defender, en muchos casos, una asamblea constituyente— de autoconvertirse

en el armazón de un esquema de poder alternativo. Un impulso importante para los soviets llegó de la mano de la irrupción, en su seno, de muchos soldados, y del intento paralelo de los consejos en el sentido de introducirse en los cuarteles. En 1905 tuvieron, en cambio, un peso muy limitado los soviets campesinos.

Si, fracasada la revolución de 1905, los soviets fueron derrotados, el escenario de doce años después, el de 1917, fue bien distinto: al amparo de un delicado panorama militar y económico traducido en una extrema debilidad del poder gubernamental, vieron la luz consejos obreros en las ciudades, consejos de soldados en los frentes y consejos campesinos en el medio rural. Cierto es que, lejos de las grandes ciudades, la presencia de los soviets era limitada, cuando no nula. Mientras los consejos urbanos rechazaban palmariamente lo que significaba la industria capitalista y postulaban una especie de producción socialista, lo común entre los campesinos fue que defendiesen una distribución equitativa de la tierra las más de las veces ajustada al designio de mantener la pequeña propiedad privada. Parece que puede afirmarse que, en los hechos, los soviets desempeñaron, en muchos casos, dos grandes funciones: si, por un lado, atendieron al propósito de llenar muchos de los vacíos que arrastraba una realidad política lastrada por un sinfín de carencias —así lo testimoniaba la condición, raquítica, de partidos y sindicatos—, por el otro operaron como órganos de autodefensa de los trabajadores. A esas dos funciones, y conforme a la percepción de Anton Pannekoek, debía agregarse una tercera: "Órganos de la revolución hasta entonces, ahora debían transformarse en órganos de la reorganización social"[188] o, si así lo queremos, de autogestión[189]. El panorama se completaba con una acelerada diversificación, toda vez que, junto a los soviets de campesinos y soldados, proliferaron, en algunos recintos, los de barrio. Aunque en general se trataba de realidades muy diferentes entre sí, que obedecían a los condicionamientos propios de cada lugar, era posible identificar un flujo principal: partiendo de Petrogrado, los soviets se hicieron presentes en las grandes ciudades, en las áreas industriales más importantes y, en fin, en las localidades que contaban con destacamentos militares de relieve. En el buen entendido, eso sí, de que la relación entre el soviet más prestigioso y

dotado, el citado de Petrogrado, y los que fueron proliferando en muchos lugares fue en ocasiones tensa.

En 1917 la aparición de los soviets tuvo también un carácter espontáneo, y ello por mucho que sea lógico invocar la memoria de los antecedentes que proporcionaban los hechos de 1905. De nuevo se hicieron valer, con todo, elementos similares a los de doce años antes, como la reivindicación de la huelga general y el impulso proporcionado por los soldados. Por detrás se barruntaba, asimismo, una voluntad de despliegue de fórmulas de democracia directa. No se olvide que en algunos casos el número de delegados presentes en el soviet de Petrogrado se elevó a 3.000, de los que, bien es cierto, unos 2.000 eran soldados y sólo unos 800 resultaban ser obreros. Ese soviet, el de Petrogrado, mantuvo, por lo demás, una relación compleja, y a menudo tensa, con la *Duma*, esto es, con el parlamento nacido de la revolución de Febrero. Como cabe esperar, la tensión tenía su origen en el asentamiento de dos instancias diferentes, la primera articulada por un cuerpo legislativo integrado ante todo por miembros de la clase media, y la segunda configurada por obreros y soldados. Para la *Duma* los soviets, que no quedaba más remedio que tolerar, debían desempeñar una mera función de control y de mediación con los trabajadores. Lo común fue que los integrantes de los consejos recelasen, por su parte, del poder político convencional, y ello pese a que en los meses de dirección del Gobierno Provisional las dos instancias competidoras llegaron a acuerdos. De hecho, en marzo de 1917 el soviet de Petrogrado confió el gobierno a la *Duma* o, lo que es lo mismo, renunció a una imaginable toma del poder. Cierto es que la incorporación de los socialistas revolucionarios de derecha al Gobierno Provisional, que en cierta medida supuso un fortalecimiento de éste, acarreó del lado de los eseristas el compromiso de hacerse responsables de su conducta ante los soviets locales en Petrogrado y ante la estructura por ellos articulada. En sentido contrario, la dinámica general de los acontecimientos se tradujo en una ampliación progresiva de las funciones de los soviets, que con el paso del tiempo se convirtieron en órganos de gobierno y dejaron de ser meras instancias de control. Algunos de esos soviets, como el de Kronshtadt, dejaron bien a las claras que constituían, en detrimento de la *Duma* y de sus tentáculos, el único *poder* en

el territorio afectado.

El escenario, ya de por sí complejo, se vio marcado también por una progresiva fragmentación y diversificación en las diferentes estructuras políticas, tanto del lado de la *Duma* como del que correspondía a los soviets. Por lo que a la *Duma* respecta, sus intentos de enderezar las instancias que supuestamente controlaba fueron comúnmente estériles. Mário Machaqueiro ha subrayado que, junto a la dualidad de instancias mencionada, había otra que oponía, dentro de los propios soviets, y de los comités de fábrica, a las organizaciones locales y a los órganos de rango superior que habían ido apareciendo[190].

LOS BOLCHEVIQUES Y LOS SOVIETS

A principios de 1917 los bolcheviques mostraban un interés limitado por los soviets, concebidos escuetamente como órganos "de huelga y levantamiento" que deberían quedar supeditados, eso sí, a la férula del partido. Ya sabemos que la percepción en cuestión fue cambiando a lo largo de ese mismo año, y en singular luego de abril, cuando los bolcheviques pasaron a atribuir a los soviets un papel protagónico que, más adelante, y con toda evidencia, contribuyeron a erosionar. Sería un error, con todo, concluir que el alejamiento con respecto a la democracia burguesa que mostraron Lenin y sus seguidores acarreaba un acercamiento a la democracia *soviética*. Como lo sería aceptar, sin más, que el proyecto bolchevique apuntaba a liberar a los soviets de la presencia de "elementos pequeño-burgueses". Salta a la vista el desmedido oportunismo, y, al mismo tiempo, la inteligencia, de las posiciones defendidas por Lenin. Esa inteligencia se revelaba ante todo a través de un hecho: el designio de emplear interesadamente los soviets para erosionar las capacidades de aquellas instancias —el Gobierno Provisional, el ejército— que podían trabar el acceso de los bolcheviques al poder. Para Anweiler, "los soviets nunca fueron para los bolcheviques una cuestión de 'doctrina' o de 'principios', sino una cuestión de conveniencia"[191].

En octubre, en fin, los bolcheviques pusieron en marcha muy diversas estrategias en relación con los soviets. Si allí donde disponían de mayorías

la toma del poder se realizó en nombre de aquéllos, en otros casos constituyeron comités revolucionarios especiales, forzaron la adhesión del consejo o, sin más, lo ignoraron. El abandono de los soviets, en señal de protesta, por muchos mencheviques y socialistas revolucionarios de derecha fue beneficioso, claro, para la estrategia bolchevique, que se vio genéricamente respaldada por el apoyo de los eseristas de izquierda[192]. De cualquier modo, la toma del poder en octubre sólo fue apoyada por una parte de los soviets. Aunque es verdad, con todo, y tal y como ya lo he adelantado, que la mayoría de éstos respaldaron el derrocamiento del Gobierno Provisional, nada obliga a concluir que su opción lo era en provecho de un gobierno exclusivamente bolchevique. Hay que recordar, por añadidura, que el golpe de octubre acabó por restar importancia también a la Asamblea Constituyente, al cabo rápidamente disuelta, toda vez que, con una mayoría de socialistas revolucionarios, merced a las elecciones celebradas en noviembre, era un órgano incómodo para el poder emergente.

Demos marcha atrás y volvamos, sin embargo, a las percepciones de Lenin en relación con los soviets. Arthur Lehning ha subrayado que el dirigente bolchevique no había sido, en 1905, ningún incondicional defensor de aquéllos. En 1917, entre tanto, su posición en relación con los consejos fue ambivalente, según entendiese que éstos beneficiaban o, por el contrario, perjudicaban a su proyecto[193]. Parece claro que fueron los soviets los que tiraron de Lenin, y no al revés. En la medida en que disfrutaban de capacidades mucho mayores que las de los bolcheviques, éstos se vieron obligados a acatar el grueso de sus demandas, y ello por mucho que fuese innegable que se trataba de fórmulas organizativas que, ya desde 1905, se emplazaban en un orden de cosas —autonomía, horizontalidad, espontaneidad— diferente del postulado por Lenin. Cuando reaparecieron en 1917, este último asumió un giro táctico y pasó a defender la elegibilidad y revocabilidad de los cargos, acompañada de la adopción de medidas de lucha contra la burocratización. Aun con todo, y si nos guiamos por la opinión de Helmut Wagner, “desde el momento en que los bolcheviques consideraron los soviets como órganos de insurrección, y no como órganos autónomos de gobierno de la clase obrera, se hizo evidente que para ellos no eran sino un instrumento que permitiría que el partido se

hiciese con el poder”[194]. Así lo vino a certificar la creación del Consejo de Comisarios del Pueblo que, claramente controlado por los bolcheviques, procedió a aprobar decretos sin ningún tipo de supervisión o de contrapeso externo. Los soviets empezaban a asumir un papel secundario, al tiempo que de ellos eran progresivamente expulsados mencheviques y socialistas revolucionarios de derecha. En marzo de 1918 los propios eseristas de izquierda abandonaron, como ya sabemos, el Consejo de Comisarios del Pueblo. La Constitución de la República Soviética de Rusia fue aprobada, en fin, en julio con el único apoyo de los bolcheviques.

Aunque, con anterioridad, en algún momento —así, a principios de enero de 1918, con ocasión de la “Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado”[195]— la posición de Lenin en relación con los soviets pudo resultar ambigua —asignaba a aquéllos un papel central como expresión del poder de los trabajadores en un escenario, por añadidura, de abolición de la propiedad privada—, no era en modo alguno claro cuáles habían de ser los procedimientos llamados a permitir el ejercicio de ese poder, de tal suerte que quedaba abierta la puerta a un horizonte de subordinación a instancias ajenas. Cierto es, en el mismo plano, que pese a que en la primavera de 1918 Lenin definió los soviets como “comunas, que se gobiernan a sí mismas, de productores y de consumidores”, las prerrogativas de aquéllos eran limitadas, toda vez que lo que les correspondía era ejercer el control obrero de una producción sometida a la gestión tecnocrática de la economía[196].Y es que, como veremos más adelante, pronto se hizo valer la reaparición de las estructuras jerarquizadas características del viejo orden, tanto más cuanto que con el paso de los meses los bolcheviques se inclinaron por defender que no serían los consejos de fábrica los responsables de la dirección de las empresas, sino los consejos de administración de éstas.

Agreguemos que una de las razones por las que los soviets, o al menos los soviets autónomos e independientes, dejaron de interesar a Lenin fue, prosaicamente, el hecho de que no fuese infrecuente que estuviesen dominados por socialistas revolucionarios y mencheviques, circunstancia que, a los ojos del dirigente bolchevique, los incapacitaba para hacer frente

a la contrarrevolución. La conclusión parecía servida: no era concebible el poder soviético sin el partido bolchevique[197]. O, por emplear las palabras de Trotski, "la dictadura de los soviets sólo es posible por medio de la dictadura del partido: gracias a la calidad de sus conocimientos teóricos y de su sólida organización revolucionaria asegura el partido a los soviets la posibilidad de abandonar su vieja condición de parlamentos amorfos de trabajadores"[198]. Lo anterior no impidió que los bolcheviques siguiesen empleando la retórica que subrayaba que su poder se levantaba sobre el de los soviets de obreros y campesinos. Y que siguiesen afirmando, con Lenin, que "el capitalismo de Estado no contiene nada que el poder de los consejos deba temer"[199]. No sólo eso: unos años después utilizaron el nombre de los soviets en el bautizo del sistema que surgió en virtud de la Constitución de diciembre de 1922: la Unión de Repúblicas Socialistas *Soviéticas*. A todo ello se sumó la rápida remisión del principio de elección libre de los representantes en los consejos. Lo común empezó a ser, antes bien, que el Comité Central del partido, en Moscú, designase comisarios encargados de dirigir los soviets. En otros escenarios, y en particular los aportados por muchos consejos en el mundo rural, estuvieron a la orden del día las manipulaciones, aun cuando es innegable que muchos campesinos que acababan de regresar de los frentes pasaron a simpatizar con los bolcheviques. En algunos casos, y en virtud de una formidable distorsión cognitiva, no faltaron los campesinos que llegaron, poco después, a la conclusión de que, si bien era verdad que "los bolcheviques" habían traído la paz y la tierra, "los comunistas" eran responsables de la guerra civil y de los requisamientos[200].

LOS ANARQUISTAS Y LOS SOVIETS

Relativamente frecuente fue, en el mundo libertario, la idea de que los soviets no eran sino una versión avanzada, y de vocación más revolucionaria, del *mir*, con una consecuencia principal: no podían sino estar hondamente arraigados en la cabeza y en la acción de obreros y campesinos. En este orden de cosas, entre dos opciones —fortalecer organizaciones identitariamente anarquistas o hacer lo propio con los

soviets—, parece que la mayoría de los libertarios se inclinaron, al menos inicialmente, por la segunda. Y ello por mucho que fuese cierto que la deriva de la política bolchevique en relación con los soviets provocó un alejamiento con respecto a lo que en los hechos éstos habían pasado a ser. Muchos anarquistas seguían pensando, pese a todo, que los consejos eran la instancia fundamental llamada a permitir que la revolución social se hiciese realidad.

Aun con todo, anarquistas hubo que no ocultaron su falta de simpatía por los soviets. Tal fue el caso, en singular, de Volin, para quien el surgimiento de aquéllos sólo podía explicarse en virtud de la lamentable debilidad de los sindicatos. Para Volin los soviets eran "organismos vagos, fortuitos y meramente representativos", de tal forma que nada tenían que ver ni con la lucha de clases, ni con la acción revolucionaria, ni con la transformación social. Sorprende que Volin reservase para los consejos una descripción —la que hablaba de instituciones flojas y pasivas, de traza burocrática— que lo común fue que, en tantos escenarios, y también en el de la Rusia de 1905 y 1917, parecía ajustarse de manera más cabal a los sindicatos. Y conviene subrayar que en sus apreciaciones Volin no se refería en modo alguno, y en exclusiva, a los soviets domesticados que impusieron los bolcheviques. No sé si por detrás de las percepciones que me ocupan no latiría la confrontación, a mi entender estéril, entre anarcosindicalistas y consejistas (por estos últimos me interesaré, bien que de manera liviana, más adelante). Llamativamente, la percepción de Pannekoek, acaso el principal teórico consejista, fue muy distinta. A los ojos de Pannekoek, el poder de los partidos y de los sindicatos en Alemania era la explicación mayor de por qué el proceso revolucionario correspondiente no había ido a más. El propio Pannekoek apostilló que mientras las elecciones parlamentarias al uso se vinculaban con las circunscripciones electorales, los consejos obreros se relacionaban, en cambio, de forma mucho más cercana, con los centros de trabajo, las fábricas o los talleres, y permitían una relación directa entre los trabajadores y los representantes por éstos designados, siempre fácilmente revocables. Fren- te a esta perspectiva, y por añadidura, los partidos se antojaban estructuras rígidas en las que predominaban los aparatos de dominación y la disciplina, y en las que nada se hacía para "educar a los

trabajadores a pensar por sí mismos".

Sin necesidad de suscribir las opiniones de Volin, lo suyo es reconocer, en cualquier caso, que a muchos activistas libertarios no se les escaparon algunos de los problemas que los soviets arrastraban. Señalemos, por lo pronto, que soviets y partidos no fueron instancias que se desarrollasen manifiestamente al margen, y ello aunque fuese cierto que en 1905 la mayoría de los primeros habían crecido orgullosamente al margen de los segundos y, de resultas, habían rechazado el concurso de instancias externas de mediación. Machaqueiro explica que la dimensión de clase acabó por imponerse entonces a la ideológico-partidaria[201]. En 1917, en cambio, y bajo la influencia poderosísima de la *intelligentsia* radical, la dimensión ideológico-partidaria ganó visiblemente terreno, y ello aun cuando, al menos en origen, resultase evidente que los trabajadores que integraban los soviets más bien ignoraban los programas de los partidos. Machaqueiro agrega, por otra parte, que la atracción suscitada por unas u otras figuras personales que en la mayoría de los casos eran miembros de partidos acabó por fortalecer a éstos —en el buen entendido de que, pese a todo, las figuras parecían pesar más que los aparatos— y dio pie, en paralelo, a incipientes tensiones burocratizadoras[202]. A ello se sumaron las secuelas de fórmulas electorales que beneficiaron a mencheviques y socialistas revolucionarios, y no tanto, pese a lo que a menudo se ha sugerido, a los bolcheviques. En este terreno cabe discutir, sin embargo, que fuese un defecto el que a menudo apuntaron, en singular, los mencheviques: tal y como ya he anotado, desde el punto de vista de éstos los soviets no representaban en modo alguno al conjunto de la población, en la medida en que en ellos se daban cita en exclusiva obreros, campesinos y soldados. Fácil era hilvanar, con todo, la réplica: semejante circunstancia, innegable, era el producto de un proceso revolucionario en virtud del cual los preteridos de siempre habían pasado a asumir un protagonismo pleno.

Otra cuestión candente se refería a la irrupción de instancias de coordinación, que conforme a determinada percepción de los hechos se tradujo en muchos casos en la aparición de un aparato burocrático incipiente y, con él, en cierto distanciamiento con respecto a la base de los soviets, en ocasiones incapaces de controlar lo que ocurría en los

estamentos superiores. Al tiempo —a ello prestaremos atención más adelante—, menudearon los ejemplos de cómo los soviets acabaron por atraer a integrantes del viejo aparato administrativo propio del zarismo, mientras, en cambio, perdían a muchos de sus miembros más activos, absorbidos por las nuevas instituciones políticas u obligados a combatir en el frente, con un resultado principal: un general efecto de descapitalización y languidecimiento. Por encima de todo, los soviets exhibieron una general debilidad, que se extendía, sí, al conjunto del movimiento obrero: habían tenido la fuerza suficiente para derrocar, en muchas de sus formas, al viejo régimen, pero esa fuerza les faltaba para construir una realidad alternativa, y propia.

Regresemos, sin embargo, a nuestro relato, y hagámoslo para llamar la atención sobre un hecho fácil de comprender: la deriva que los soviets, forzados, siguieron tras la revolución de Octubre, cercenada manifiestamente su autonomía desde el nuevo poder bolchevique, provocó un alejamiento postrero, con respecto a ellos, de muchos anarquistas. Así, en 1919 la confederación *Nabat* declaró oponerse a "toda participación en los soviets, que se han convertido en órganos puramente políticos, organizados sobre una base autoritaria, centralizada y estatal"[203]. Una de las respuestas que al efecto cobró cuerpo asumió la forma, ante todo entre los anarcosindicalistas, de un respaldo a los comités de fábrica, que se estimaba eran organizaciones autogestionarias creadas por los trabajadores, frente a los sindicatos al uso, que se consideraban irrecuperables.

LOS SOVIETS DE SOLDADOS

Ya he señalado que, en el marco general del conflicto bélico mundial que se libraba, vieron la luz también soviets de soldados y se multiplicaron los ejemplos de consejos integrados tanto por estos últimos como por obreros. Una de las tareas principales acometidas por los soviets de soldados fue la supervisión de la relación con los superiores y, con ella, el designio de discutir las órdenes recibidas. Figes recuerda que no faltaron los soldados que rechazaron luchar durante más de ocho horas diarias, reclamando al efecto los mismos derechos que un trabajador común. En muchos casos los soldados procedieron a destituir, por añadidura, a los mandos —hubo

asimismo ejemplos de violencia dirigida contra los oficiales— y realizaron de forma abierta propaganda de corte pacifista al tiempo que enunciaban el deseo de regresar prontamente a sus hogares[204].

Aunque Ronald Grigor Suny ha subrayado, con buen criterio, que muchos soldados empezaron a percibir en el Gobierno Provisional la representación de una "clase", y no una institución "nacional"[205], con frecuencia se hizo evidente, al menos en los meses siguientes a febrero de 1917, que los soviets de soldados, controlados mayoritariamente por socialistas revolucionarios, fueron antes elementos de moderación que instancias de insubordinación, de tal suerte que apoyaron las ofensivas militares y contribuyeron a fortalecer la disciplina entre las tropas[206]. Si en algún caso preciso, como el de Kronshtadt, las relaciones con el Gobierno Provisional fueron, con todo, inequívocamente malas, en otros —así, los de las bases de Helsingfors y Reval— no puede decirse lo mismo. Tal y como lo señala Machaqueiro, "soldados y marineros sólo querían ser tratados con respeto por los oficiales y ver reconocidos sus derechos cívicos elementales"[207].

No está de más que agregue que al margen de las unidades militares regladas operó la llamada Guardia Roja, creada de forma más o menos espontánea en 1917 por comités de fábrica que deseaban perfilar una fuerza armada independiente de partidos y sindicatos, tanto más cuanto que cabía recelar de la lealtad de los restos del ejército zarista[208]. El fallido golpe de Kornílov dio alas a la Guardia Roja, que acaso llegó a contar con 200.000 miembros. Una parte de sus integrantes acabó por sumarse al Ejército Rojo, en un escenario en el que los bolcheviques, inicialmente partidarios de la primera, al cabo de un tiempo apostaron con claridad por su disolución: el carácter más bien espontáneo, y el arraigo local, de la Guardia Roja casaba mal con su proyecto de configurar unas fuerzas armadas de corte convencional.

En realidad la posición de los bolcheviques en relación con los soviets de soldados también experimentó cambios abruptos. Téngase presente que si en junio de 1917 defendían la elección de los oficiales y el autogobierno en las unidades militares, en marzo de 1918, y de la mano de Trotski, esas

propuestas habían quedado definitivamente arrinconadas. La reorganización del Ejército Rojo acometida por Trotski en 1918 se tradujo en la reintroducción de la pena de muerte por desobediencia en el frente, en la reaparición del saludo y de otras formas de acatamiento a los superiores y en el asentamiento de un buen número de privilegios en provecho de éstos. El principio de elección democrática de los oficiales quedó, en suma, definitivamente postergado. Al margen de lo anterior, se forjó una estructura hipercentralizada[209] y claramente subordinada al partido bolchevique, y a esa estructura se incorporaron numerosos oficiales otrora zaristas, controlados, bien es cierto, por comisarios políticos. Una corriente dentro del propio partido bolchevique, la llamada Oposición Militar, se opuso a la configuración del Ejército Rojo como un ejército burgués clásico, y rechazó al respecto lo que entendía que eran una disciplina y una jerarquía excesivas.

Conviene anotar que en lo que respecta al derrotero de la guerra mundial, la posición más común entre los libertarios, a tono con la de muchos soviets de soldados, defendía un abandono del frente. Desde esta perspectiva, si el ejército alemán penetraba en territorio ruso, se toparía con una respuesta en forma de guerrilla que estaría inmersa, por añadidura, en el despliegue, material y propagandístico, de una revolución social. Aleksandr Ge, un anarcocomunista, apostilló al efecto que “es preferible morir por una revolución social mundial que vivir de resultas de un acuerdo con el imperialismo alemán”[210].

LOS SOVIETS CAMPESINOS

De los 174 millones de habitantes con los que contaba el imperio ruso antes de la primera guerra mundial, sólo 24 millones vivían en las ciudades, de tal forma que de cada 1.000 asalariados 719 trabajaban en el campo[211]. La percepción bolchevique señalaba que los campesinos estaban obsesionados con la propiedad privada y que eso hacía de ellos, sin más, candidatos a convertirse en meros burgueses. Es verdad que los bolcheviques no juzgaban con tan malos ojos, en cambio, el designio, que compartían muchos campesinos, de propiciar la penetración del capitalismo en el

campo. Desde esta atalaya, “el proletariado agrícola en formación sería la única fracción del campesinado interesada en el socialismo”[212]. Por lo que a los eseristas respecta, aunque abrazaban sin dudarlo lo que las comunas rurales aportaban como proyecto socializador, no por ello dejaban de ser conscientes del riesgo que acompañaba a las conductas “individualistas” de tantos campesinos. Aducían al tiempo que los campesinos no pertenecían ni a la esfera del capital ni a la de la renta, sino, antes bien, a la del trabajo, y que en tal sentido eran víctimas visibles de un sinfín de mecanismos de explotación[213]. La tarea principal, entonces, consistía en articular un movimiento que fuese a la vez antifeudal y anticapitalista, y que pelease para apartar de su dirección a la burguesía. En este orden de cosas, la socialización de la tierra debía desempeñar un papel principal, merced a la supresión de la propiedad privada en el campo, a la postulación de una propiedad social y a la defensa, sobre la base de la *obshina*, de una organización igualitaria de explotación de los recursos.

En un escenario marcado por debates como ésos cobraron cuerpo, en 1917, los soviets de campesinos, que exhibieron, bien es cierto, un menor desarrollo que los urbanos. Se vieron innegablemente estimulados por el impulso que ofrecían muchos soldados que regresaban del frente, y ello hasta el punto de que uno de los dirigentes bolcheviques, Zinóviev, apostilló que no fueron los proletarios quienes auparon al poder a los bolcheviques, sino, antes bien, los soldados, que en la mayoría de los casos —y como he tenido varias veces la oportunidad de señalar— eran de origen campesino. Los soviets de campesinos adquirieron, por lo demás, un mayor desarrollo en los niveles superiores que en los inferiores, y se expandieron de la mano de la idea de que era menester expropiar y distribuir las haciendas de los grandes terratenientes, del Estado y de la Iglesia ortodoxa. Conviene agregar, aun así, que en términos generales los campesinos, las más de las veces inclinados a fortalecer las asambleas vinculadas con la comuna rural, mostraron un manifiesto recelo ante lo que reivindicaban los *intelectuales* que llegaban de las ciudades. Un recelo que se había hecho valer ya, por cierto, en relación con el Gobierno Provisional nacido de la revolución de Febrero de 1917.

En la primavera de 1917 fueron muchos los campesinos que se

adueñaron de las grandes propiedades, en un escenario en el que los socialistas revolucionarios de derecha, muy presentes en el medio rural, pedían ante todo, y con escaso éxito, moderación. A tono con lo dicho, un campesino, uno de los interlocutores de Alexander Berkman, se permitió disentir de la idea, común poco después, de que los bolcheviques les habían entregado venturosamente la tierra, y replicó: "No, la tierra la hemos tomado nosotros mismos"[214]. Lo que se abrió camino al cabo fue una apuesta general por lo que en los hechos era una doble regla: el reparto equitativo de la tierra, por un lado, y la defensa de la pequeña propiedad privada, por el otro, a diferencia de los principios que postulaban la mayoría de los soviets urbanos. Cierto es que de por medio se hacían valer muchas trampas legales. A algunas de estas argucias se refirió Ángel Pestaña cuando escribió lo que sigue: "Ocurría con mucha frecuencia que los propietarios se ponían de acuerdo con sus antiguos obreros, declarando ante el soviet local que las tierras de los primeros habían sido repartidas entre los segundos. Los obreros, incautos y temerosos por si volvía lo pasado, prestaban su aquiescencia a esta superchería, y el propietario seguía en el disfrute pleno, aunque oculto, de sus propiedades"[215]. Esto al margen, y si nos acogemos a la percepción de Paul Mattick, como quiera que a los campesinos sólo les preocupaba el reparto de la tierra, dejaron el camino expedito para que los bolcheviques decidieran sobre el futuro de todo lo demás[216].

Un experto en la materia, Regemorter, sostiene que Lenin, consciente de la escasa presencia de bolcheviques en el campo —en 1917, y según una estimación, contaban en el medio rural con poco más de 4.000 militantes, y ello en un país con 150.000.000 de habitantes[217]—, hizo aprobar, una vez en el poder a finales de ese año, dos medidas difícilmente compatibles entre sí. Si la primera afectaba en exclusiva a las propiedades de mayor tamaño —las de la nobleza o la Iglesia— y en los hechos otorgaba garantías a los campesinos ricos y a los cosacos —no se verían afectados por eventuales expropiaciones—, la segunda asumía muchas reivindicaciones de los campesinos pobres, y entre ellas la distribución de parcelas conforme al número de personas que había que alimentar y la prohibición del trabajo

asalariado agrícola… Como quiera que, por añadidura, las tareas correspondientes fueron dejadas en manos de los soviets agrarios, éstos actuaron de manera muy diferente según los lugares. Rosa Luxemburg criticó agriamente que la opción bolchevique lo fuese en provecho del reparto de la tierra entre los campesinos, una medida, a su entender, no socialista, llamada a multiplicar los problemas en el futuro, toda vez que la introducción de un programa genuinamente socialista se toparía con la oposición de la mayoría de aquéllos[218]. "La reforma agraria leninista ha creado para el socialismo, en el campo, un nuevo y potente estrato social de enemigos cuya resistencia será mucho más peligrosa y tenaz de cuanto lo haya sido la de los grandes terratenientes aristócratas"[219].

La estrategia de Lenin, muy hábil, quitó apoyos a los socialistas revolucionarios, al tiempo que hacía que los campesinos moderadamente ricos, garantizada su posición, se desentendiesen de lo que ocurría en el terreno político. Este escenario, muy favorable para los intereses de los bolcheviques, empezó a quebrar, sin embargo, en la primavera de 1918, cuando los problemas de abastecimiento reclamaron el envío de destacamentos armados a las zonas rurales, acompañado de la creación, visiblemente artificial y en modo alguno resultado de nada que oliese a lucha de clases, de comités de campesinos pobres. Pronto se hizo evidente que estos últimos, lejos de sumarse a instancias colectivas como las que al cabo recibieron los nombres de *koljozi* y *sovjozi*, optaban por una mayor autonomía económica y se inclinaban por defender, simplemente, un reparto más igualitario de las parcelas. El requisamiento de los productos agrarios y ganaderos se tradujo, de cualquier modo, en una creciente oposición campesina al régimen, traducida, por cierto, en la abolición de los propios comités de campesinos pobres a finales de 1918. De por medio despuntaba en el campo un visible descontento ante lo que se entendía que era una genuina dictadura económica ejercida por las ciudades y por sus habitantes obreros. Ese descontento parecía ser mayor en las regiones cercanas a los frentes militares, donde el poder bolchevique era más inestable y menos eficiente[220]. Conviene subrayar, eso sí, que, entre tanto, los campesinos relativamente acomodados tampoco recibían con los brazos abiertos a los

generales blancos, en quienes apreciaban el riesgo de una restauración del poder de los grandes propietarios. Las cosas como fueren, el comunismo de guerra, con sus requisamientos, provocó una manifiesta colisión entre la mayoría de los campesinos y el régimen bolchevique: si, por un lado, el grueso de la producción agraria era requisado, lo que dejaba en situación muy delicada a los primeros, por el otro la autonomía local inicialmente preconizada por el segundo había sido sustituida por una suerte de administración militar. Cuando los campesinos se percataron de que los bolcheviques no renunciaban a esos instrumentos aun después de la derrota de los ejércitos blancos, fueron varias las regiones en las cuales, como veremos más adelante, se extendieron las revueltas armadas[221]. Esas revueltas adquirieron carta de naturaleza, ante todo, en aquellos lugares en los cuales la mayor parte de la tierra se hallaba en manos de propietarios no campesinos, y en los cuales se hacía valer la presión del hambre y de una población excesiva, en el buen entendido de que el peso de la comuna rural pareció guardar también relación con las revueltas.

Al poco, y en muchos sentidos, la Nueva Política Económica, la NEP, fue la consecuencia postrera del rechazo que el comunismo de guerra había provocado en los campesinos más pobres. Al amparo de esa nueva política, y en los hechos, los bolcheviques decidieron anudar una alianza con los campesinos más o menos acomodados[222].

LOS COMITÉS DE FÁBRICA

Los comités de fábrica (*fabrichnozavódskiye komiteti*) fueron, si así se quiere, una especie de soviets radicados en las fábricas, bien que con capacidad y proyectos más limitados, toda vez que en la mayoría de los casos el control sobre la producción y sobre la distribución de los productos debía hacerse en colaboración con los propietarios de las empresas. Como es fácil imaginar, esta especie de cogestión no podía por menos que generar problemas y polémicas.

En abril de 1917 el Gobierno Provisional atribuyó a los comités de fábrica el doble objetivo de representar a los trabajadores frente a la dirección de las empresas y de atender a la organización interna de estas

últimas. Sus miembros eran elegidos por los trabajadores y se hallaban en contacto directo y cotidiano con éstos, de tal manera que respondían ante las asambleas de las fábricas respectivas. Desempeñaron, a buen seguro, cierto papel en la fijación de los salarios y de las condiciones de trabajo, en la administración y en las decisiones sobre contratación de empleados, y en algunos casos consiguieron deshacerse —éste era, con toda evidencia, el horizonte defendido por los anarcosindicalistas— de los propietarios, los cuadros superiores y los técnicos que trabajaban en las fábricas. A lo largo de 1917, y por lo demás, la autogestión se presentó oscilantemente como un horizonte unas veces hacedero y otras inalcanzable. Ésta era, al fin y al cabo, la deriva de los propios consejos de fábrica, que al tiempo que en ocasiones procuraban liberarse de cualquier responsabilidad seria en la dirección efectiva de las empresas, en otras no dejaban de hacerse presentes en la vida cotidiana de éstas. Poco respetuosos, en términos generales, de las normas legales estatuidas, a menudo entregados a la acción directa y recelosos de las propuestas que remitían a la dirección estatal de los procesos económico-empresariales, tuvieron, en cualquier caso, un relieve mucho más notable que el correspondiente a los sindicatos, más débiles y más alejados de los trabajadores comunes. Es verdad, por otro lado, que no siempre resultó sencillo distinguir los comités de los soviets, por mucho que fuese cierto que estos últimos se interesaban más por cuestiones *políticas* en tanto los problemas *económicos* parecían ser cometido, por el contrario, de los primeros. Machaqueiro entiende que en estos últimos la presencia de activistas eseristas de izquierda, de maximalistas, de anarquistas y de los sectores más radicalizados de los propios bolcheviques y mencheviques no se ajustaba a un código de fidelidad partidaria que antepusiese los intereses de esos grupos a los de los trabajadores que integraban los comités[223].

Parece fuera de discusión que la debilidad de los sindicatos favoreció la aparición de los comités de fábrica. Aunque el Gobierno Provisional —ya lo he anotado— reconoció la actividad de éstos, en los hechos su empeño mayor estribó en limitar sus capacidades, de tal manera que, por ejemplo, los empresarios no estuviesen obligados a negociar con los representantes de los trabajadores. Ello no fue óbice para que los comités se asentasen y acogiesen atribuciones crecientes. En agosto de 1917 una conferencia

empresarial dejó bien a las claras, de cualquier modo, que su principal objetivo era "la eliminación de la intrusión de los comités de fábrica en las funciones que son privativas de la dirección"[224]. Aunque la patronal se mostraba dispuesta a asumir incrementos salariales, el reconocimiento cabal de la presencia de los comités no entraba en sus planes. En muchos casos la conducta de los empresarios se tradujo, por lo demás, en el cierre de las fábricas[225].

Como ocurrió con tantas otras instancias, a los bolcheviques les interesó, antes de la toma del poder, defender la autonomía y la iniciativa de los comités de fábrica. Una vez alcanzado aquél, y sin embargo, su opción fue exactamente la contraria. Salta a la vista, en cualquier caso, que la apuesta de los bolcheviques en 1917 en modo alguno lo era por entregar a los trabajadores las fábricas y propiciar el despliegue de un modelo autogestionario. Su proyecto resultaba ser diametralmente diferente del postulado por los anarcosindicalistas, quienes rechazaban el horizonte de un ficticio "control obrero" que quedase en manos del Estado y reclamaban que la organización de la producción y de la distribución quedase en manos de los trabajadores, y no de funcionarios ajenos a éstos. Recordemos, en este terreno, que, verificada la revolución de Octubre, el decreto de control obrero de noviembre de 1917 dejaba claro que los comités de fábrica "no deben participar en la gestión de la empresas, ni asumir responsabilidad alguna en su funcionamiento. Esa responsabilidad debe seguir asumiéndola el propietario"[226]. Al tiempo, se señalaba que las decisiones de los comités podían ser anuladas por los sindicatos. No sólo eso: se hablaba también de "empresas de importancia nacional" que en los hechos, y por su relieve singular, debían quedar al margen de las normas que eventualmente beneficiaban a los comités. La configuración de estructuras jerarquizadas tuvo un hito principal en la creación, en diciembre del mismo año, del Consejo Supremo de la Economía (*Vesenjá*), adscrito al Consejo de Comisarios del Pueblo y manifiestamente controlado, en solitario, por el partido bolchevique. Edward Hallett Carr afirma que el *Vesenjá* tenía como objetivo principal "reemplazar, absorber y sustituir el aparato de control obrero"[227].

Aunque, con posterioridad, en determinado momento los comités recibieron un impulso por cuanto se entendía que podían contribuir poderosamente a reducir el caos y a acrecentar la eficiencia de la industria, no parece que sirviesen de hecho ni para lo uno ni para lo otro. Con excepción de los bancos, que habían sido nacionalizados en diciembre de 1917, hasta el verano de 1918 los bolcheviques se mostraron renuentes a nacionalizar las fábricas. Esa renuencia no se tradujo, sin embargo, en un mayor relieve de los comités, como lo ilustra a la perfección la declaración aprobada en marzo de 1918 por la asamblea de éstos en Petrogrado, en franca protesta por la condición autocrática del nuevo poder bolchevique, pronto a disolver los comités que no controlaba, y en no menos franca demanda de las libertades de expresión, prensa y manifestación. En el verano de ese año los bolcheviques cambiaron, con todo, de posición, en parte por la presión de los comités, en parte por temor a que ganasen terreno formas de sabotaje empresarial y en parte por el riesgo de que algunas empresas fuesen vendidas a capitales foráneos. A la postre fue, con todo, la guerra civil, con sus imposiciones, la que ratificó un proceso, el de nacionalización, que no tuvo mayor efecto en términos de acrecentamiento de la independencia y las atribuciones de los comités de fábrica. El relieve de éstos se fue diluyendo paulatinamente en un escenario marcado por una creciente centralización y por la reaparición de los "especialistas" procedentes del viejo régimen. Como era de esperar, las protestas ante este escenario de declive manifiesto de la independencia de los comités no faltaron. Así lo testimonian, por ejemplo, las demandas planteadas en marzo de 1919 por los obreros de la fábrica Putílov de Petrogrado, que reclamaron, por 10.000 votos frente a 22, la destrucción de la "comisariocracia" y rechazaron el yugo que padecían[228]. Entre esas demandas se incluían la transferencia del poder a los soviets obreros y campesinos, la convocatoria de elecciones en los centros fabriles y la liberación de los detenidos pertenecientes a partidos revolucionarios campesinos y a los eseristas, reivindicaciones que reaparecerían, por cierto, en Kronshtadt en marzo de 1921.

Permanece abierta la discusión sobre si los comités propiciaron en cada empresa una lógica propia que arrinconó las consideraciones de carácter

más general. En buena medida el designio de crear estructuras superiores al margen de aquéllos se justificó en virtud de la existencia de problemas en este terreno. No está de más recordar, sin embargo, que los propios comités intentaron dotarse de una organización nacional y que ese esfuerzo fue manifiestamente trabado por las autoridades. Los bolcheviques interpretaron, de cualquier modo, que a efectos de lidiar con los problemas vinculados con el caos derivado de la presencia de un sinfín de instancias diferentes que, en su caso, operaban a su aire, la única solución llegaba de la mano de organizaciones jerarquizadas que exigían retirar a los trabajadores toda capacidad de decisión. Pareciera, por decirlo de otro modo, que la única fuente de problemas la aportaban los trabajadores presuntamente disolutos, y no una burocracia cada vez más prepotente e ineficiente, con el añadido de que el escenario de caos y escasez —al amparo de la ausencia, por ejemplo, de materias primas— dificultó el buen hacer de los comités. Cierto es que, en una situación tan delicada como la de la guerra civil, fueron muchos los obreros que aceptaron el despliegue de medidas de control político, la instauración del principio de dirección por un solo hombre y la introducción de fórmulas llamadas a acrecentar la disciplina. El acatamiento de este nuevo orden represivo fue particularmente notable en el caso de la propia oposición de izquierda dentro del partido bolchevique. La guerra civil acarreó, por otra parte, que en adelante todas, o casi todas, las industrias importantes quedasen supeditadas al esfuerzo bélico, de tal manera que en ellas se cancelase lo que pudiera quedar de prácticas de control obrero.

Hay un texto curioso, el de Anna Pankrátova, en el que se sostiene que la historia entera de los comités de fábrica estuvo estrechamente ligada a la del partido bolchevique[229]. El problema del libro de Pankrátova es que sopesa en exclusiva lo ocurrido en el año 1917. El hecho de no llevar más adelante en el tiempo el análisis impidió, a buen seguro, que su autora recurriese a todo el arsenal de propaganda edulcoradora empleado por el régimen naciente. Aun con ello, tiene gracia comprobar cómo por las páginas del libro de Pankrátova pasan argumentos que, como los utilizados por la burguesía rusa en ese año, y relativos al caos, la “anarquía” y la corrupción que aquélla apreciaba en la conducta de los obreros[230], fueron

retomados poco después, en los mismos términos, por los bolcheviques. A los ojos de éstos, esos argumentos merecían un franco rechazo en 1917, pero un no menos franco respaldo en 1919.

UNA DISCUSIÓN CENTRAL: LA DEL CONTROL OBRERO

Por detrás del derrotero de los comités de fábrica se reveló una discusión central, como fue la del control obrero[231]. Lo primero que es menester subrayar en relación con éste es que hay una evidente distancia entre el mentado control obrero, que permite que los trabajadores *participen* en las decisiones pero exige el concurso de instancias externas, y la dirección obrera de los medios de producción, en virtud de la cual los trabajadores toman todas las decisiones de relieve a través de los órganos por ellos configurados, que en su caso pueden federarse y constituir instancias superiores.

El interés inicial de los bolcheviques, poco después de la toma del poder, por el control obrero, plasmado en noviembre de 1917 en un proyecto de decreto, se explicaba por dos razones: si, por un lado, la popularidad de los propios bolcheviques en los comités de fábrica se relacionaba en buena medida con su defensa del control obrero, por el otro la modestia de las capacidades del partido exigía actuar en terrenos que expandiesen el eco de sus posiciones[232]. El libro de Brinton —*Los bolcheviques y el control obrero, 1917-1921*— revela bien a las claras que hubo sectores de la clase obrera rusa que pelearon por dejar atrás el control entendido como mera participación de los trabajadores y que apostaron por lo que hoy llamaríamos *autogestión*. Fueron derrotados, claro, de resultas del triunfo de un proyecto, el bolchevique, que al cabo olvidó, en los hechos, uno y otro horizonte. Esa derrota algo le debió también, ciertamente, a la incapacidad de los comités a la hora de establecer un movimiento conjunto y, más aún, a la de percatarse con claridad de lo que estaba ocurriendo.

Llamativo es que los mencheviques, y en los hechos los propios bolcheviques, se quejasen de que para muchos trabajadores el socialismo era, precisamente, el control obrero[233], cabe suponer que entendido en su versión más ambiciosa y no en la de una mera participación cogestionaria.

Esa versión cargada de ambición, visiblemente libertaria, identificaba en aquél la señal principal de que los trabajadores asumían, por sí solos, la dirección de muchos procesos, de tal forma que no estaban dispuestos a delegar en otros su emancipación. Más allá de ello, Brinton ha agregado, con buen criterio, que el designio de acabar con toda forma creíble de control obrero se abrió camino, entre los bolcheviques, un año antes del asesinato de Karl Liebnecht y Rosa Luxemburg, de tal suerte que a duras penas podía vincularse con la idea de que era impensable una revolución en Alemania[234]. Tampoco podían invocarse al efecto las secuelas de los fracasos revolucionarios en Finlandia o en Hungría.

Si el proyecto bolchevique desdeñaba por completo el horizonte de unos comités de fábrica encargados del despliegue de prácticas autogestionarias, lo suyo es identificar en qué acabó concretándose materialmente. Su plasmación mayor fue la idea de que se imponía sustituir los comités en provecho de los sindicatos. Vital al respecto fue, por cierto, la subordinación de los citados comités a un consejo controlado por estos últimos y la posterior incorporación de ese consejo al *Vesenjá*. En éste se daban cita —lo recuerda Brinton— "funcionarios sindicales, hombres de confianza del partido y 'expertos' nombrados por el 'Estado obrero'"[235], en el buen entendido, claro, de que ese Estado poco o nada tenía, en los hechos, de tal. El proceso en cuestión se solapó con otro, la estatalización de la propiedad, que en 1918 dio alas de nuevo, y al menos sobre el papel, a los sindicatos, cada vez más burocratizados, cada vez más sometidos a una general pérdida de rasgos democráticos y, a la postre, y un tiempo después, ellos mismos marginados. Importa subrayar, en fin, que todas las medidas que afectaron a los comités de fábrica, y a los soviets, fueron tomadas sin ninguna suerte de debate público y abierto: una minoría directora se arrogaba el papel de decidir por los demás.

Terminemos estas observaciones con el recordatorio de que, dentro del mundo libertario, los comités de fábrica fueron defendidos, ante todo, por los anarcosindicalistas[236]. Los anarcocomunistas, por su parte, formularon numerosas críticas en lo que respecta a la ambigüedad que eventualmente rodeaba al término *control obrero*. A tono con lo que ya he señalado, Avrich

recalca que en ruso la expresión correspondiente —*rabochi control*— remite antes a una tarea de mera supervisión o vigilancia sobre los empresarios que a una genuina dirección de la producción por los trabajadores mismos[237], mejor retratada de la mano del término *upravléniye*. En este sentido, muchos anarcocomunistas, defensores de la ocupación de las fábricas y de la consiguiente expulsión de los empresarios —un horizonte que, de manera un tanto sorprendente, a Avrich le parecía fuera de lugar—, se sintieron insatisfechos ante un proyecto que estimaban era infelizmente moderado. La réplica anarcosindicalista subrayaba, por su parte, que críticas como la que ahora me interesa sólo podían llegar de sectores desclasados que habían crecido al amparo de la escuela del bandidismo y el terrorismo. A ello se sumaba a menudo el añadido de que, para proceder a una confiscación efectiva de las fábricas, los trabajadores debían adquirir antes unos conocimientos de gestión de los que por el momento carecían.

LOS SINDICATOS

Antes de la revolución de Octubre los sindicatos ya estaban muy politizados, sometidos ante todo a la influencia de mencheviques y bolcheviques. Debe subrayarse que desde siempre se vincularon con las cúpulas de los partidos, frente a lo que sucedió a partir de 1917 con los comités de fábrica, a los que, pese a tener en ocasiones un carácter local y una acción de corto alcance, a menudo se atribuía una orgullosa independencia, una franca vocación revolucionaria[238] y una relación mucho más estrecha con la vida cotidiana de los trabajadores. Comúnmente impulsados por los trabajadores más cualificados y educados, con cierta dimensión, por añadidura, corporativista, aunque el número de afiliados de los sindicatos creció notablemente a lo largo de 1917, la influencia real de éstos no estaba a la altura de semejante crecimiento, algo acaso ilustrado por la liviana entidad y frecuencia de las huelgas registradas ese año.

Algunas de las primeras medidas asumidas, desde el poder, por los bolcheviques —así, el decreto sobre el control obrero— resultaron ser moderadamente reconfortantes para el anarcosindicalismo, en la medida en

que parecieron fortalecer una suerte de sindicalismo desde abajo en detrimento de las maquinarias centralizadas. Cierto es que en los meses que siguieron a la revolución de Octubre ganó terreno, rápidamente, la discusión, que ya me ha atraído, sobre la eficacia del control obrero. Se expresaron al respecto opiniones que sugerían que este último no estaba resolviendo, antes al contrario, los problemas generales de la economía, y ello cuando no se afirmó expresamente que estaba conduciendo al establecimiento de un "nuevo cuerpo de propietarios"[239]. Cabe preguntarse, aun con todo, si esa doble conclusión no tenía un carácter interesado —no obedecía, en otras palabras, al designio de afirmar que ninguna economía compleja podía funcionar sin empresarios o burócratas directores— y, más aún, si no habría otros factores que explicaran el declive económico. Nada había de sorprendente, por lo demás, en el hecho de que los portavoces de los sindicatos asumiesen una posición crítica frente al control obrero y atribuyesen a una "desviación anarcosindicalista" las presuntas miserias de éste. Para cerrar el panorama, y como ya sabemos, los anarcocomunistas denostaban el control obrero por cuanto entendían que era una fórmula moderada en exceso que trababa el despliegue de la tarea principal: la expropiación del capital por los trabajadores.

Era evidente, en cualquier caso, que el proyecto de los bolcheviques no estribaba, en modo alguno, en dejar las empresas en manos de los trabajadores. El discurso de aquéllos resaltaba siempre que el control obrero había de quedar supeditado a un sistema de regulación general que debía corresponder, llamativamente, a los sindicatos. Aun con ello, lo suyo es reconocer que dentro del partido bolchevique se hicieron valer al menos tres posiciones distintas. Trotski y Bujarin defendían la plena integración de aquéllos en el "Estado obrero", en el que su mayor cometido consistiría en estimular la productividad del trabajo. Lenin, por su parte, estimaba —o al menos estimó en algún momento— que los sindicatos debían seguir siendo órganos de defensa de clase, incluso frente al "Estado obrero", tanto más cuanto que corrían el riesgo de exhibir "deformaciones burocráticas"[240]; aun con ello, parece evidente que el máximo dirigente bolchevique no simpatizaba con la plena autonomía de los sindicatos y en modo alguno desdeñaba el papel de "correas de transmisión" que estos últimos podían

desempeñar. Lo habitual entre los integrantes de la oposición dentro del partido bolchevique fue, en fin, que considerasen que los sindicatos debían ser plenamente independientes del Estado[241], que defendiesen para ellos capacidades de dirección autónoma en las fábricas y que se mostrasen hostiles ante la aparición de burócratas y "especialistas burgueses".

Lo que a la postre se abrió camino fue, en cualquier caso, un horizonte que se hallaba muy cerca del postulado por Trotski y Bujarin. Los sindicatos quedaron sometidos a un patrón militar marcado por la disciplina y alejado de cualquier designio de vincular su actividad con la organización autónoma del trabajo. Perdieron toda independencia y se convirtieron en meros engranajes, correas de transmisión, dentro de la maquinaria estatal. Hubieron de renunciar a la capacidad de elegir a sus cuadros, en provecho de fórmulas de designación directa por el partido, al tiempo que se establecían obstáculos sin cuento para el despliegue de vínculos horizontales entre las diferentes fábricas o ramos, una apuesta acompañada, claro, de una manifiesta jerarquización. El derecho de huelga, por otra parte, quedó proscrito, toda vez que no tenía sentido imaginar —se decía— que los trabajadores parasen en contra de sus intereses. No hay mejor retrato de todo lo anterior que las palabras de Trotski: "El joven Estado obrero tiene necesidad de sindicatos, no para que luchen para conseguir mejores condiciones de trabajo, sino para que organicen a la clase obrera conforme a las metas de la producción, para que eduquen y disciplinen a los obreros, para que ejerzan su autoridad en estrecha cooperación con el Estado, para que dirijan a los obreros en el marco de un plan económico único"[242].

Nada de lo anterior significa que en los sindicatos no se levantasen voces de protesta. Éstas fueron particularmente sonoras cuando, al concluir la guerra civil, se hizo evidente que los argumentos empleados para justificar la militarización del trabajo empezaban a perder peso. Duras habían sido también, antes, las disputas en lo que hace a los transportes, de la mano de una aguda confrontación entre el sindicato de ferroviarios y el aparato político articulado por Trotski. En los hechos, y a tono con los tiempos, tras ser destituido en bloque el comité del sindicato ferroviario, fue reemplazado por personas claramente sumisas al propio Trotski. Y es que importa

subrayar que aunque los sindicatos sirvieron de punta de lanza para acabar con toda tentación autogestionaria, al cabo se vieron privados, ellos mismos, de cualquier capacidad autónoma de decisión.

LA COMUNA RURAL DESPUÉS DE 1917

En la obra de Marx, o al menos en la del "joven" Marx, tiene presencia cierta un concepto, el de *comunidad*, que se convierte en fórmula inexcusable para superar la institución Estado[243]. Cuando se produjo la revolución de Octubre, lo principal no fue que el Estado naciente prescindiese de las comunidades *naturales* presentes en el campo ruso. En la percepción de Camatte, más grave aún fue que la apuesta que se impuso lo fuese en provecho de un centralismo despótico que acarreaba, al tiempo, una renuncia expresa a cualquier proyecto que contemplase coordinar esas comunidades[244].

También es verdad que entre el momento de la correspondencia entre Marx y Zasúlich, por un lado, y la revolución de Octubre, por el otro, había transcurrido mucho tiempo, de tal suerte que la propia comunidad rural rusa había experimentado cambios. Los especialistas no se ponen de acuerdo, sin embargo, en lo que se refiere a la condición de esos cambios. Mientras unos afirman que, en los hechos, la *obshina* había quedado extinguida, otros certifican su fuerza, al menos en determinadas regiones, como es el caso de buena parte de Ucrania. En este último terreno resulta difícil separar el vigor de la *majnóvshina* —de la que nos ocuparemos en el capítulo séptimo — y la presencia previa de estructuras comunales. Aunque la historiografía soviética, y en ocasiones los propios historiadores occidentales, se empeñó en dar por descontado, sin embargo, que la comuna rural había desaparecido antes de 1917, minada ante todo por las reformas de Stolipin, sobran las razones para afirmar que pervivió, y que marcó la deriva de muchos acontecimientos, durante la década de 1920.

Las cosas como fueren, parece indiscutible que los bolcheviques renunciaron a sacar adelante el proyecto que compartían la mayoría de los populistas y el Marx de los últimos años, consistente en esencia en "devolver las tierras a las comunidades y transformar el Estado

convirtiéndolo en aliado de ellas", de tal manera que se configurase un órgano encargado de vincular la ciudad y el campo, una suerte de "Estado-comuna"[245]. La visión bolchevique era heredera, con toda evidencia, de una percepción muy común entre la intelectualidad rusa, como era —ya lo he señalado— la que apreciaba en los campesinos un grupo humano incapaz de asumir cualquier perspectiva revolucionaria. Así las cosas, el rechazo, por reaccionarios, de los campesinos debía verse acompañado de un olvido de sus estructuras colectivas. Si, pese a lo dicho, Lenin aceptó en algún momento, en 1917, la eventual condición revolucionaria de los campesinos, pronto, y durante la guerra civil, abandonó esa percepción y pasó a describir a aquéllos, o a muchos de aquéllos, como delincuentes que blandían los intereses de los *kulakí*, esto es, de los propietarios aposentados. Del lado de los campesinos, entre tanto, se hacían valer enormes dificultades para apreciar en el Estado otra cosa que un instrumento de opresión al servicio de los amos, en un escenario en el que, por añadidura, eran muchos los habitantes de las áreas rurales que sólo parecían entender que eran autoridades legítimas el padre celestial, dios, y el padre terrenal, el zar[246].

Ya sabemos que en 1917, ante una demanda campesina generalizada que se plasmaba en el lema "Paz, pan y tierra", las posibilidades teóricas de actuación eran dos: o bien colectivizar la tierra, o bien repartirla. En los hechos, tanto bolcheviques como socialistas revolucionarios, acaso para no enajenarse el apoyo de la mayoría de los interesados, se inclinaron por la segunda de esas opciones, al amparo de una decisión que tuvo efectos importantes en ámbitos inesperados. Baste con recordar que fueron muchos los campesinos que abandonaron el frente para no verse perjudicados por eventuales operaciones de reparto de tierras. Conviene apostillar, aun así, que aunque cobraron cuerpo muchas discusiones sobre lo que correspondía hacer con la tierra, esas discusiones rara vez se interesaron por el futuro de la comuna rural. La actitud de los bolcheviques en relación con la *obshina* era, por lo demás, ambigua. Si, por un lado, lamentaban la carga fiscal que suponía para los campesinos, por el otro no desdeñaban su dimensión de órgano de gobierno y de asociación fraternal o vecinal[247].

El “Decreto de la Tierra”, de octubre de 1917, colocó en sustancia las grandes propiedades de la nobleza, de la familia imperial y de la Iglesia ortodoxa en manos de los *vólosti* —las instancias de coordinación de las *obshini*— y de los soviets campesinos. El decreto en cuestión se vio marcado por el designio de propiciar la redistribución —se estaba produciendo un renacimiento del *chiorni peredel*— y el uso igualitario de la tierra. Acaso los bolcheviques esperaban, con todo, que los campesinos, con una conciencia cada vez más honda de los problemas, se percatasen pronto de lo que suponía la ilusión igualitario-individualista —algo que con frecuencia, efectivamente, sucedió— y buscasen otras fórmulas de organización. Una nueva ley, llamada en este caso “de socialización”, ratificó el proyecto de octubre, en el buen entendido de que, llamativamente, dejaba de mencionar a los *vólosti* como agentes pertinentes en la tarea de redistribuir la tierra[248], y ello en evidente provecho de los soviets, cada vez más controlados por los bolcheviques y, cabe suponer, cada vez más alejados de lo que Emma Goldman había creído ver en ellos: el *mir* en una versión más avanzada y revolucionaria[249]. Las cosas como fueren, es verdad que el número de soviets campesinos identificados en 1922 era sorprendentemente similar al de *obshini*, circunstancia que invita a concluir, con las cautelas que procedan, que en la mayoría de los casos una y otra estructura se solapaban[250]. En la primavera de 1918 el grueso de las tierras confiscadas en virtud de los decretos citados había sido distribuido casi siempre, y por añadidura, merced a reglas inspiradas en las propias de la *obshina*, que de resultas experimentó un inesperado renacimiento.

Cierto es que durante el comunismo de guerra los perfiles de la *obshina* se desdibujaron en algún grado en virtud de la inclusión, en ella, de nuevas familias y de habitantes de las ciudades que regresaban al campo. Pese a ello, y en la interpretación de Atkinson, la esencia de la comuna rural no se vio alterada[251], tanto más cuanto que acogió, en muchos casos, tierras derivadas de la confiscación de las grandes propiedades. Así, en los hechos la *obshina* resultó ser la instancia adecuada —el papel de los soviets al respecto fue menor, pese a lo que señalaba la ley de socialización— para encarar la distribución y la regulación de lo que debía ocurrir con esas

tierras, y para dar coherencia a la vida en muchos pueblos y aldeas. De resultas, y tal y como ya he adelantado, cabe entender que los bolcheviques, sin mayor entusiasmo por la *obshina*, aceptaron su pervivencia como un mecanismo que permitía resolver problemas básicos. Cierto es que la política bolchevique apuntó, también, a la creación de nuevas instancias, y entre ellas los *koljozi* —la palabra *koljoz* es una contracción de *kollektívnoye joziaistvo*, granja colectiva—, los TOZ —*továrichestvo po obshestvennoi obrabotke zemlí*, asociaciones de cultivo colectivo de la tierra—, el propio *artel* y una nueva forma de comunas igualitarias, las llamadas *kommuni*[252]. Es obligado distinguir estas últimas, con todo, de la *obshina*. Mientras la *obshina* aportaba una suerte de entorno general de usos y costumbres, legitimado en un grado u otro por las instancias oficiales, la *kommuna* remitía, antes bien, a instancias de nueva creación —recibían tierras procedentes de fondos locales— que, en la línea de un comunismo supuestamente radical, acarreaban que los campesinos inmersos, en muchos casos inmigrantes procedentes de otros países, sólo eran propietarios de sus enseres personales. Las *kommuni* no guardaban una relación estricta con la *obshina*. Ello era así por mucho que en la traducción a las lenguas occidentales los dos términos se hayan volcado a menudo en el vocablo *comuna*. En la percepción de Atkinson, y por lo demás, la mayoría de las *kommuni* escapaban al control de los *vólosti* y de los soviets campesinos[253].

Conviene subrayar, de cualquier modo, que el escenario en el que cobraban cuerpo, o en el que se recuperaban, instancias como las mencionadas no era precisamente halagüeño: estaba marcado por los requisamientos de la guerra civil y dibujaba, antes bien, un entorno muy delicado para los campesinos, tanto más cuanto que a la compleja trama configurada por *obshini*, soviets, *kommuni* y otras instancias se sumaban las células del partido bolchevique y las de las juventudes comunistas. En ese marco se revelaba, además, una progresiva centralización que cancelaba muchos de los espasmos de autogobierno que, al menos en principio, marcaban el derrotero de la *obshina* o de las *kommuni*.

Poco después, y por lo demás, la NEP declaró lo que cabe entender que

fue una estricta neutralidad —así describe los hechos Atkinson[254]— con respecto a la *obshina*, al tiempo que los gobernantes dedicaban una atención nada despreciable al estudio de cómo podían mejorarse las estructuras y el rendimiento de las diferentes instancias rurales, con vistas a la configuración de las nuevas "aldeas soviéticas"[255]. Cierto es, claro, que la progresiva consolidación del poder de Stalin acabó, al poco, con cualquier coqueteo con las formas tradicionales, bien que colectivas, de la vida rural, en un terreno en el que empezaba a extenderse la idea —una burda distorsión de la realidad— de que la *obshina* la controlaban los campesinos adinerados. Pasaba por sus últimas horas, en otras palabras, un modelo muchas veces distinto de los que aportaban el reparto privatizador y la estatalización. Pese a que, en los hechos, tanto la *obshina* como la *kommuna* desaparecieron con la colectivización, bueno es recordar que la estructura de los *koljozi* nacientes en muchos casos se solapó, en un grado u otro, con la de las antiguas *obshini*[256].

CAPÍTULO 5
LAS CRÍTICAS AL NACIENTE RÉGIMEN BOLCHEVIQUE

El propósito mayor de este capítulo es examinar las críticas que los anarquistas coetáneos, pero también, y en su caso, los integrantes de corrientes afines y algunos pensadores anteriores y posteriores, formularon ante el sistema que los bolcheviques procedieron a forjar en 1917. Si así se quiere, obedece al propósito de aislar un puñado de elementos de interés que están por detrás del relato acometido en los dos capítulos anteriores.

No es éste mal momento para glosar la presunción, tantas veces expresada, de que los anarquistas se ven marcados antes por las emociones que por el deseo de acceder a un conocimiento *objetivo* de la *realidad*, de tal suerte que, de resultas, son incapaces de comprender la complejidad de ésta[257]. Serían, entonces, buenos camaradas pero escasamente lúcidos. Creo que los textos, y las prácticas, de los anarquistas rusos desmienten un sinfín de veces semejante aserción. No sólo eso: colocan en lugar delicado a quienes creen disponer de una ciencia de la sociedad que otorga certezas y tiene que ser gestionada, claro, por ellos mismos. Como si hablar de "plusvalía", de "trabajo asalariado", de "mercancía" o de "excedente" otorgase alguna superioridad especial. Esto al margen, hay que preguntarse por la capacidad de comprensión de la realidad que mostraron muchos bolcheviques que sucumbieron al hechizo de la idea de que tantas medidas poco deseables como las que acataron estaban llamadas a tener un estricto carácter provisional…

UN GOLPE DE ESTADO O UNA REVOLUCIÓN SOCIAL

Una de las discusiones de siempre en lo relativo a lo que ocurrió en octubre

de 1917 es la que pregunta si la acción acometida por los bolcheviques fue un mero golpe de Estado o, por el contrario, abocó en una genuina revolución social. Parece que son muchos los datos que se acumulan en provecho de la primera de esas dos descripciones, aun siendo cierto que los estímulos para una revolución social estaban sobre el terreno —con el tiempo los bolcheviques se encargaron, de hecho, de apagarlos— y que el golpe de Estado recibió un apoyo importante en capas extensas de la sociedad, o al menos en capas extensas en las dos grandes ciudades rusas. Antes que hablar de una revolución social en sentido propio habría que hacerlo, tal vez, de un colapso social general que propició un movimiento de reacción al cabo manipulado por los bolcheviques. En un sentido distinto, Steven A. Smith ha señalado que, aunque es verdad que la acción de estos últimos reunió muchos de los rasgos de un golpe de Estado, había uno importante que, no sin paradoja, faltaba: en los hechos, y desde febrero, no existía en octubre de 1917 ninguna maquinaria de Estado que ocupar[258]. A finales de ese año tampoco podía hablarse, por lo demás, de un gobierno democrático derrocado, toda vez que a duras penas el Gobierno Provisional resistía esa etiqueta.

Algún estudioso ha sugerido, por añadidura, que en el meollo del proceso que se gestó en octubre de 1917 se reveló una circunstancia llamativa: no fueron las elites las que movilizaron a las masas, sino estas últimas las que hicieron lo propio con las primeras[259]. Si la revolución de Febrero la protagonizaron los trabajadores para al cabo quedar en manos de la burguesía, la de Octubre fue, de nuevo, protagonizada por los primeros para ser absorbida por la naciente burocracia bolchevique. Más adelante hablaremos, en estrecha relación con esto, de la visible desconfianza de los bolcheviques en lo que se refiere a la capacidad creadora autónoma de grupos humanos, y en singular del configurado por los obreros de la industria, que simplemente debían beneficiarse —no ya protagonizar— del proceso revolucionario. “El problema de los bolcheviques es que no tienen fe en las masas. Se autodescriben como un partido proletario, pero se niegan a confiar en los trabajadores”, explicó Mariya Spiridónova, la afamada militante eserista, a Emma Goldman[260]. Por su parte, Ángel

Pestaña, el anarcosindicalista español, se refirió en 1920 a la dificultad de concebir que un partido pueda protagonizar una revolución social: “Un partido no hace una revolución; un partido no va más allá de organizar un golpe de Estado, y un golpe de Estado no es una revolución”[261].

Lo anterior al margen, no puede discutirse que en octubre de 1917 los bolcheviques disfrutaban de un apoyo social importante. No eran una vanguardia minoritaria decidida, audazmente, a asumir un *putsch*. Contaban con cierto respaldo popular, a lo que se sumaban los efectos de una estructura férreamente organizada y razonablemente eficaz, y ello por mucho que se haya exagerado, sin duda, el relieve de esta última dimensión, en franco ocultamiento de divisiones y debilidades. Buena parte de la población rechazaba, además, un Gobierno Provisional que se había mostrado incapaz de poner fin a la guerra y de resolver los problemas más perentorios. Lo que los bolcheviques decían —otra cosa es lo que al cabo, y después, hicieron— parecía razonable a los ojos de muchos de los habitantes del país: reivindicaban que los ingentes recursos de este último se volcasen al servicio de una mejora de la situación, infame, de los trabajadores, reclamaban la urgencia de poner fin a la guerra y de acabar con el sabotaje que se atribuía a los empresarios, y exigían acabar con un sistema, el capitalismo, que no había traído la prosperidad que anunciaba[262]. Aunque los bolcheviques perdieron, ciertamente, las elecciones de noviembre de 1917, en franco provecho de los socialistas revolucionarios, no deja de ser verdad que obtuvieron la mayoría en los centros industriales y se hicieron con cerca de la mitad de los votos emitidos en las unidades militares[263]. No eran, pues —repitámoslo—, un partido marginal.

Si, en los análisis libertarios, fue extremadamente común que se subrayase que eran muy diferentes una revolución social[264] y un golpe de Estado, no lo fue tanto que se hiciese explícito, al tiempo, un rechazo de determinismos históricos lineales o, lo que es lo mismo, un cuestionamiento de muchas de las percepciones que, en lo que se refiere a la deriva de las formaciones económicas y sociales, se hallaban insertas en la obra del Marx “maduro”. Salta a la vista que, con excepción de algunos de los textos que

redactó en los últimos años de su vida, Marx construyó su esquema de desarrollo de las sociedades desde una perspectiva lineal y determinista, y creyó ingenuamente, por añadidura, que la expansión de la productividad capitalista permitiría rematar con la explotación. La percepción marxiana al respecto queda resumida, a los ojos de Dauvé y Martin, en la idea de que "las mercancías de todas clases son tan abundantes que llega a ser absurdo que una minoría las monopolice"[265]. En tal sentido, Marx, que parecía estimar que la historia se mueve inexorablemente desde la escasez a la abundancia, no dudó en respaldar a la burguesía nacional alemana y a sindicatos y partidos de corte manifiestamente reformista. Así las cosas, y en virtud de la construcción de un capitalismo cada vez más socializado, la tarea mayor del socialismo no debía estribar, a sus ojos, en romper con aquél, sino, antes bien, en completarlo. Los citados Dauvé y Martin recuerdan, sin embargo, que, aunque volcadas sus percepciones antes en el terreno de la organización social que en el de la producción, también Kropotkin y Élisée Reclus asumieron perspectivas deterministas que abocaron en la conclusión de que la expansión de la industria y el comercio sentarían los cimientos de una sociedad universal humana y abierta[266].

Las consideraciones anteriores abocan en una conclusión importante: a los ojos de muchos libertarios, si no había ningún motivo para concluir que pasar por el estadio capitalista era condición inexcusable para un posterior tránsito al socialismo, tampoco lo había para deducir que del capitalismo se derivaría por necesidad, antes o después, la irrupción de una sociedad socialista. Por detrás lo que despuntaba era un evidente recelo ante eventuales procesos marcados por fases sucesivas, un recelo en buena medida derivado de la certeza de que eran muchos los datos que invitaban a concluir que esos procesos se estancaban, rápidamente, en las etapas iniciales —una república parlamentaria, una dictadura provisional— y no dejaban abierto el camino a las realmente interesantes. No había, en este orden de cosas, ninguna razón sólida para concluir que el régimen emergente en octubre de 1917 tenía un carácter transitorio. Sobraban, en cambio, las que invitaban a extraer la conclusión de que estaba llamado a asentarse, como a la postre, y con toda evidencia, ocurrió.

LA VANGUARDIA OMNISCIENTE

Ya he señalado que los bolcheviques se concibieron a sí mismos como una vanguardia omnisciente que debía guiar a masas ignorantes y que, de resultas, era portadora de una sabiduría que otorgaba certezas. “Nosotros, el partido bolchevique, hemos convencido a Rusia. La hemos arrancado a los ricos para dársela a los pobres. Ahora debemos administrar Rusia”, aseveró Lenin[267]. En la esencia de esa vanguardia se hallaba el hecho de que ésta nunca se equivocaba, toda vez que parecía disfrutar de una verdad revelada e incuestionable. La consecuencia principal, obvia, no era otra que el derecho a decidir por los demás. Como quiera, por ejemplo, que los bolcheviques entendían que la Asamblea Constituyente al cabo disuelta en enero de 1918 era un órgano “burgués”, o que los mencheviques y los eseristas de derecha tenían un carácter contrarrevolucionario, podía prescindirse de aquélla e ilegalizar a éstos aun en ausencia de otro criterio legitimador que el aportado por la convicción de que las ideas propias eran indiscutibles. Al amparo de percepciones lastradas por un sectarismo extremo, los bolcheviques se autoatribuyeron la condición de salvadores de la revolución y reservaron para los demás, inopinadamente, la de contrarrevolucionarios y la de colaboradores activos de la burguesía y de sus intereses. Quien se atrevía a contestar, por lo demás, el principio de la dictadura del proletariado era también, inexorablemente, y de nuevo, un contrarrevolucionario[268].

La disposición de una cosmovisión que otorga certezas absolutas y que prefigura una misión histórica incontestable lo permite todo o, lo que es lo mismo, cancela cualquier restricción. Las normas morales, el sentido de la justicia, el respeto por los demás, se convierten en prejuicios burgueses o pequeño-burgueses. De resultas, cualquier medio puede ser empleado en provecho del fin que se desea alcanzar. Lehning afirma con rotundidad que “la desenfrenada violencia y el terrorismo de los bolcheviques no son sino la consecuencia de su fe supersticiosa en la omnipotencia del poder político y la *ultima ratio* de su dictadura”[269]. A duras penas sorprenderá que de aquí surja un discurso permanentemente maniqueo. Si dirigentes propios —Lenin o Trotski— cometen “errores” como el vinculado con la decisión de

alentar el comunismo de guerra, del que, aun con ello, los bolcheviques habrían extraído conclusiones muy valiosas, las decisiones de los rivales, en cambio, constituyen "crímenes contra la revolución", de los que sería buena ilustración el apoyo menchevique, antes de 1921, a algo similar a lo que al cabo fue la NEP. "De la misma forma, cuando los insurrectos de Kronshtadt reclamaban 'todo el poder para los soviets, y no a los partidos', la misma consigna que habían levantado Lenin y los revolucionarios de 1917, no podían ser sino aliados objetivos de la contrarrevolución, manipulados por los guardias blancos"[270], puntualiza Skirda. Acaso no es preciso agregar que a la hora de justificar estas percepciones no se planteó en momento alguno el horizonte de demandar su opinión a quienes eran objeto de descalificación.

Una de las concreciones más importantes de esta apuesta fue, del lado bolchevique, un rechazo palmario de la idea de que la clase obrera estuviese en condiciones de autodeterminarse: siempre tendría necesidad, antes bien, de un agente externo que decidiese y ordenase lo que debía hacer. Para Lenin —no lo olvidemos— los trabajadores, por sí solos, no eran portadores de conciencia revolucionaria. Necesitaban, por el contrario, que ésta les fuese transmitida desde fuera. Claude Berger subraya, con buen criterio, que semejante percepción encajaba a la perfección con la defensa de un capitalismo monopolista de Estado y con la visión del partido como "conciencia revolucionaria" de las masas[271]. A los ojos de Lenin, y por lo demás, no había ninguna "comunidad" revolucionaria preexistente que fuese menester defender, lo que justificaba la necesidad de crear un Estado nuevo, el "Estado proletario". La percepción de Trotski no era muy diferente. Para éste "el proletariado no puede llegar al poder sino a través de su vanguardia. Esa necesidad se deriva del nivel cultural insuficiente de las masas y de su heterogeneidad"[272]. Ya señalé en su momento, por otra parte, que en la percepción de Trotski la dictadura de los soviets sólo podía hacerse realidad mediante la dictadura del partido.

Los bolcheviques distinguían, llamativamente, entre *stíjinost* (espontaneidad) y *soznátelnost* (conciencia). El primer concepto parecía vincularse con la falta de organización y de orientación, y se asentaba en el

designio de identificar una acción en la que se echaba de menos el papel de guía ejercido por el partido. La idea de “espontaneidad” tenía entonces una clara connotación negativa, en la medida en que remitía a un movimiento que rechazaba el liderazgo del partido y, con él, el de la teoría revolucionaria que lo sostenía. Ese movimiento, de resultas, nunca podría ser revolucionario. A un horizonte tan desalentador como ése los bolcheviques contraponían el peso de la “conciencia”, una evaluación de la realidad que, acorde con la cosmovisión propia, acarreaba un conocimiento expreso de las leyes de desarrollo social enunciadas por el “marxismo-leninismo”. Fácil es colegir que los bolcheviques consideraron que buena parte de la acción de los comités de fábrica después de octubre de 1917 se había visto marcada por una lamentable espontaneidad y por una no menos lamentable falta de conciencia[273].

En un salto más, la apuesta bolchevique lo fue al cabo por una dirección unipersonal, que desde el punto de vista de Lenin era la única fórmula llamada a permitir una rigurosa unidad de acción. Lo que se reclamaba, entonces, era una sumisión absoluta a las decisiones del líder. Otto Rühle ha subrayado que con Lenin el maquinismo llegó a la política: el dirigente bolchevique era el técnico, el inventor de la revolución, la ejemplificación de la omnipotencia del jefe. En esa condición Lenin, incapaz de rechazar la política tradicional desplegada por los partidos, difícilmente podía valorar, en paralelo, qué es lo que suponían los soviets. Su manera de razonar exigía “autoridad, dirección, fuerza, […], organización, encuadramiento, subordinación”[274]. Todo remitía, en suma, a la discusión sobre el poder, y en esa discusión no había espacio alguno para el designio de liberar a los trabajadores de su esclavitud mental y física. “No le preocupaban ni la falsa conciencia de las masas ni la autoalienación de los integrantes de éstas como seres humanos”[275]. Son muchos los escritos de Lenin en los cuales éste abunda en esa dimensión de dirección desde arriba, que cancela el vigor de cualquier capacidad de decisión desde abajo. El dirigente bolchevique mostró, por lo demás, un manifiesto empeño en subrayar que los cuadros del partido debían orientar el trabajo de sus subordinados y educar a éstos, y recordó al efecto que un modelo pertinente lo aportaban

los patrones de dirección de las empresas capitalistas. Salta a la vista la relación entre muchas de estas asunciones y las secuelas de las concepciones organizativas características de los bolcheviques, plasmadas, antes de 1917, en la defensa de la figura del "revolucionario profesional", que forma parte de un núcleo reducido, que ha sido probado un sinfín de veces, que se ha visto endurecido por las privaciones y que, las más de las veces, ha experimentado un alejamiento con respecto a muchos principios morales[276]. Pareciera como si el premio a tanto sacrificio asumiese la forma del derecho a autoatribuirse un conocimiento preclaro y una capacidad paralela de ordenar a los otros lo que deben ser y hacer.

En cierto sentido esa vanguardia autoproclamada que configuraron al cabo los bolcheviques fue heredera del grupo humano resultante del asentamiento, en Rusia, de una elite que había recibido una educación occidental. Una elite que se nutría de gentes que eran extranjeros en su propio país, y que estaban lejos tanto de las clases populares como de los poderes tradicionales[277]. A duras penas sorprenderá que, pese a las diatribas de los bolcheviques, el grueso de sus dirigentes se ajustase a un perfil social mil veces demonizado por ellos mismos: el de la pequeña burguesía. Marc Ferro sugiere al respecto que echemos una ojeada a una fotografía que recoge a integrantes del soviet de Petrogrado: el traje y la corbata copan los puestos de honor. La corbata permite identificar a los cuadros de los partidos bolchevique, menchevique y socialista revolucionario[278]. La condición de la mayoría de los dirigentes bolcheviques apenas dejaba margen para la duda. En la lista de 29 de los máximos responsables del partido en 1917 sólo 6 tienen un origen humilde. De esos mismos 29 dirigentes, 17 cuentan con estudios superiores y 8 más han cursado estudios secundarios[279]. No parece que ese grupo humano fuese una representación cabal —en otras palabras— de la clase social a la que decía representar.

Ante semejante escenario difícilmente sorprenderá que los libertarios asumiesen agrias críticas de las ínfulas de los intelectuales, unas ínfulas ya identificadas, mucho antes, por el propio Bakunin: "El reino de la inteligencia científica será el más aristocrático, el más despótico, el más

arrogante y el más despreciable de todos los regímenes”[280]. Es el mismo Bakunin quien prosigue:

De acuerdo con la teoría del señor Marx, el pueblo no sólo no debe destruir el Estado, sino que debe fortalecerlo y colocarlo a disposición plena de sus beneficiarios, guardianes y profesores, los líderes del partido comunista, y señaladamente el señor Marx y sus amigos, que procederán a liberar a la humanidad a su manera. Concentrarán las riendas del gobierno en una mano fuerte, porque el pueblo ignorante exige un guardián firme; establecerán un único banco estatal, concentrarán en sus manos toda la producción comercial, industrial, agrícola e incluso científica, y después dividirán a las masas en dos ejércitos —industrial y agrícola— bajo el mando directo de los ingenieros del Estado, que constituirán un nuevo y privilegiado estamento científico-político[281].

Un artículo incluido en uno de los periódicos efímeramente publicados por los majnovistas planteaba bien el escenario: “Estáis en el poder en Rusia, ¿pero qué ha cambiado? Las fábricas y la tierra no se hallan todavía en manos de los trabajadores, sino en las del jefe-Estado. La esclavitud de los salarios, mal fundamental del orden burgués, pervive; de resultas, el hambre, el frío y el desempleo son inevitables. Con la justificación de controlarlo todo para garantizar un futuro mejor, y con la de defender lo ya ganado, se ha establecido una gigantesca maquinaria burocrática, se ha abolido el derecho de huelga y las libertades de expresión, de reunión y de prensa han quedado en el olvido. […] Aceptamos que vosotros, personal y subjetivamente, tenéis las mejores intenciones; pero objetivamente, y por naturaleza, sois representantes de la clase de los burócratas y los funcionarios, de una banda de intelectuales improductivos”[282]. En relación con estos menesteres es inevitable recordar, en fin, la obra de Jan Machajski, muy interesado en el papel que estaban llamados a desempeñar los “intelectuales burócratas”. Para Machajski, pese a haberse abolido la propiedad privada de los medios de producción, el monopolio de saber que los intelectuales detentaban, toda vez que no compartían esa sabiduría con los trabajadores, perpetuaba una elite de especialistas —de gestores, de

ingenieros, de burócratas— que disfrutaba de un sinfín de privilegios[283].

LA BUROCRACIA

Es verdad que en los años objeto de atención en esta obra, los que mediaron entre 1917 y 1921, el debate sobre la burocracia no tuvo el relieve que alcanzó después. Aun así, la percepción de que estaba emergiendo una nueva clase que al cabo del tiempo llenaría todas las estructuras de poder del régimen naciente estuvo presente en las consideraciones de muchos de los movimientos y pensadores libertarios. Con frecuencia tuvieron unos y otros la oportunidad de recordar, una vez más, las reflexiones de Bakunin, quien había subrayado que del Estado despótico implantado por el "comunismo" nacerá una "clase explotadora y privilegiada: la burocracia", no sin agregar que "el democratismo oficial y la burocracia roja son la mentira más vil y temible que haya engendrado nuestro siglo"[284]. El propio Bakunin escribió, acaso medio siglo antes de la revolución de Octubre, lo que sigue: "Afirman que sólo la dictadura —la suya, evidentemente— puede crear la voluntad del pueblo. Respondemos que ninguna dictadura puede tener otro objeto que su propia perpetuación, y que no es capaz de engendrar y desarrollar en el pueblo que la soporta más que la esclavitud. La libertad no puede ser creada más que por la libertad, es decir, por la rebelión del pueblo y por la organización libre de las masas laboriosas de abajo arriba"[285].

Salta a la vista que la progresiva desaparición de la burguesía no llevó aparejada la paralela desaparición de la explotación. Si, por un lado, la extracción de la plusvalía en modo alguno reculó, por el otro los trabajadores se vieron privados de cualquier capacidad en materia de gestión de la producción. En semejante escenario, y con el paso del tiempo, tres fueron los mecanismos mayores que permitieron el asentamiento de una nueva clase, lo que se dio en llamar *burocracia*, en la naciente Unión Soviética. El primero lo aportó —hablamos, claro, de un proceso que cobró cuerpo después de 1921— la planificación centralizada y autoritaria. Demos por una vez la razón a Trotski cuando aseveró que, al planificar, la burocracia no se olvidaba de sí misma… El segundo llegó de la mano de un

reparto no igualitario de la riqueza, que dibujó a la postre un sistema que, bien que distinto de los capitalismos liberales al uso, acabó por apuntalar un panorama de desigualdad y separaciones. El tercero, en fin, asumió la forma de un singularísimo régimen de propiedad, en virtud del cual esta última, formalmente "pública" o "estatal", ocultaba en la trastienda la dominación burocrática. Con toda evidencia los recursos *de todos* se hallaban al servicio de los intereses de una minoría privilegiada. En los años inmediatamente posteriores a la revolución de Octubre se reveló una conciencia incipiente de que las nuevas medidas adoptadas, que a partir de febrero de 1918 habían permitido nacionalizar, por ejemplo, la propiedad de la tierra, abrían el horizonte de un uso privado de la riqueza pública que sería, al cabo, un rasgo decisivo para explicar la dominación burocrática. Castoriadis ha tenido a bien subrayar que si el escenario perfilado en torno a los tres mecanismos glosados a duras penas cabe concluir que respondiese a los rasgos propios de una sociedad socialista, tampoco salía bien parado en términos de estricta eficacia, toda vez que a su amparo lo que germinó fue un orden marcado por el caos, que ilustraba "la incapacidad total de la burocracia para gestionar su propia economía, su propio sistema"[286]. La entronización de la burocracia supuso, en cualquier caso, la desposesión, una vez más, de proletarios y campesinos.

Es verdad, con todo, que entre 1917 y 1921 la conciencia en lo que respecta a lo que suponía la burocracia emergente fue, por lógica, limitada. Lo que se manifestó con claridad en esos años fue, sin embargo, una percepción, muy extendida, que denunciaba el arribismo de los nuevos funcionarios bolcheviques, autoritarios e interesados, y entregados al disfrute de muchos bienes que no estaban al alcance del pueblo llano. Hablo de lo que Lenin llamó, sin al parecer prestar particular importancia al fenómeno, los *sovburgui*, los "burgueses soviéticos"[287]. Al respecto, la hermana de un futuro dirigente de la Oposición de Izquierda dentro del partido no dudó en afirmar lo que sigue: "Aquí la palabra *comunistas* designa a personas que ante todo viven bien, comen hasta saciarse, nada hacen, beben, no les importa meter la mano en los bienes públicos y recurren a la violencia, al látigo y a los puñetazos para resolver el más

pequeño problema”[288]. Se halla fuera de duda que el fenómeno que me ocupa se vio fortalecido por la incorporación masiva, al partido bolchevique, de muchas personas que poco tenían que ver con una perspectiva revolucionaria. No está de más, de nuevo, rescatar otro texto premonitorio de Bakunin: “Pero esa minoría, nos dicen los marxistas, estará compuesta de trabajadores. Sí, de *antiguos* trabajadores, quizá, pero que en cuanto se conviertan en gobernantes o representantes del pueblo dejarán de ser trabajadores y considerarán el mundo trabajador desde su altura estatalista; no representarán ya desde entonces al pueblo, sino a sí mismos y a sus pretensiones de querer gobernar al pueblo”[289].

Abuso del lector y me permito reproducir íntegro un texto de Claude Lefort que, redactado en 1970, a mi entender retrata cabalmente el singularísimo origen de la burocracia:

Aun siendo cierto que esa clase [la burocracia] sólo es hoy en día lo que es gracias a su función en la producción, y por obra de la planificación y de las nacionalizaciones, que le proporcionan un fundamento material, su origen se encuentra, y no se insistirá nunca demasiado sobre ese punto, en una burocracia política cuyas primeras armas no fueron la extracción de la plusvalía en el marco de una industria moderna, sino la concentración de la autoridad en manos de una minoría dirigente, la exclusión de las masas de la esfera en la que circulan las informaciones y se toman las decisiones, la jerarquización de las funciones y la diferenciación de los salarios, la división estricta de las competencias, en resumen, una organización científica de la desigualdad, que se convirtió en el principio de una nueva opresión de clase. La burocracia del partido no creó artificialmente un mundo enteramente nuevo, y decir que las circunstancias le fueron favorables sería poco. La destrucción del poder político y económico de los antiguos propietarios, el hecho de que el Estado se encargase de los grandes sectores de producción, la existencia de una industria que había llegado en algunos terrenos a un grado de concentración importante, y por lo tanto a una administración moderna, el ejemplo de los grandes países industriales capitalistas, que mostraban una fusión creciente del gran capital y del Estado, todos esos factores preparaban una dominación de clase de tipo

nuevo. Pero esa dominación sólo consiguió abrirse camino mediante la acción de un partido que, utilizando la ideología, el terror y el privilegio, fundió en un mismo molde elementos arrancados a todas las clases de la vieja sociedad rusa[290].

Sobran los motivos para afirmar, por lo demás, que la burocracia fue una clase social, y no un fenómeno transitorio, como pensaba Trotski, quien prefirió ignorar, entre otros muchos factores, el relieve decisivo que en su configuración correspondió a la primacía del partido y a la centralización en manos del Estado. No puede producir sino fascinación la persistente negativa de Trotski a sopesar cualquier responsabilidad de los bolcheviques —del partido único, de la concentración del poder, de la supresión del pluralismo, de la cancelación de la autonomía de los soviets y de los comités de fábrica— en la gestación de la burocracia: esta última sería, sin más, un accidente histórico y una consecuencia directa de factores externos —el atraso del país, el aislamiento de la revolución, la debilidad del proletariado ruso, el hecho de que muchos cuadros hubiesen perecido durante la guerra civil— insorteables[291]. Lo suyo es que subraye que la percepción de Trotski tenía un claro propósito: acudir en su propia defensa y evitar que se hiciesen evidentes su responsabilidad central en la gestación de la burocracia —y, más allá, de ella, en la lamentable deriva del proceso inicial— y la contradicción entre su conducta en la etapa 1917-1924, por un lado, y muchas de sus percepciones posteriores, por el otro. Conviene recalcar que, en realidad, Trotski ni siquiera se avino a sugerir que elementos impulsores de la burocracia como los que he mencionado —los que hacían referencia a la centralización o a los ataques padecidos por el pluralismo o por los soviets— se explicaban en virtud de los factores externos por él invocados. Semejante conducta tenía también, de nuevo, una explicación: de haber establecido un vínculo entre la miseria autoritaria de la política bolchevique y los factores externos aludidos, se habría hecho evidente que la revolución de Octubre era un desvarío, toda vez que, al levantarse sobre una inquietante ignorancia en lo que hace a las realidades objetivas del país, no podía sino conducir a otra miseria, como fue la que se forjó en torno a Stalin. No está de más que agregue que en alguna ocasión

el propio Lenin se mostró propenso a reconocer que sus argumentos en provecho de la toma del poder en septiembre y octubre de 1917 a duras penas se ajustaban a las condiciones del país. Las cosas como fueren, lo cierto es que no quedó ninguna puerta abierta para abandonar el escenario que perfilaban, por un lado, los bolcheviques y, por el otro, los generales blancos y sus acólitos. Y en ello la responsabilidad de Lenin y de Trotski fue decisiva. Ya sé —no preciso que se me recuerde— que este argumento se despliega desde una atalaya cómoda, como es la perfilada por el conocimiento de lo que los acontecimienos al cabo depararon. Pero, aun siendo así, no deja de sorprender —de irritar— la firme negativa de Trotski a cuestionar, durante tres lustros, lo que supusieron la anulación de hecho de la autonomía de los soviets y de los comités de fábrica, y el asentamiento paralelo de un poder autoritario por completo fuera de control.

Creo que, en lo que a Trotski se refiere, Paul Cardan (Cornelius Castoriadis) resumió bien la discusión cuando anotó lo que sigue: “Trotski se opone a la mala política de la burocracia y a los excesos de su poder; nunca cuestiona su esencia, ni los problemas suscitados por las oposiciones de 1918-1921 (primordialmente: quién gestiona la producción, qué debe hacer el proletariado durante la ’dictadura del proletariado’, aparte de trabajar y de seguir las directrices de ‘su partido’)”[292]. Por eso resulta sorprendente que en el mundo de los partidarios de Trotski siga habiendo voces que señalan que en los años inmediatamente posteriores a la revolución de Octubre la dirección bolchevique —esto es, Lenin y Trotski — no sólo nada tuvo que ver con la burocracia sino que, antes bien, se encontró inmersa en una lucha sin cuartel contra ella. Creo que cualquier estudio serio invita a concluir, por el contrario, que esos dos dirigentes habían asumido medidas decisivas para que el poder de la burocracia se asentase, de tal suerte que en modo alguno podían describirse como ajenos, y sí, en cambio, como copartícipes, de ese poder. En este terreno no conviene confundir lo ocurrido en esos años con la conciencia de la deriva burocrática que se reveló, más adelante, en los posicionamientos postreros de Lenin y en los escritos de Trotski datados en la década de 1930.

EL PARTIDO ÚNICO

Poco tiempo después de la revolución de Octubre el panorama político del régimen naciente quedó indeleblemente marcado por la presencia de un único partido legal, el bolchevique, y por la proscripción de todos los demás. Aunque, acaso por razones obvias, no fue ésta una materia de interés prioritario para el mundo libertario —los juegos políticos convencionales, vinculados con los partidos, no formaban parte de sus preocupaciones mayores—, no está de más que prestemos alguna atención a la discusión correspondiente.

En el mundo libertario era fácil percibir, aun con todo, la intuición de que, de haberse preservado la pluralidad en la configuración partidaria —con los socialistas revolucionarios de las diferentes corrientes y con los mencheviques—, muchas de las aberraciones del naciente sistema no se habrían hecho valer. En paralelo, era inevitable que se subrayase que, con toda evidencia, en el otoño de 1917 los bolcheviques no disfrutaban de una mayoría de apoyo, como lo testimoniaron, en particular, los resultados de las elecciones celebradas en noviembre, saldadas con un claro triunfo —ya lo sabemos— de los socialistas revolucionarios, que recibieron un 58 por ciento de los votos, frente al 25 por ciento de los bolcheviques, el 13 por ciento de los liberales y el 4 por ciento de los mencheviques. No hay que dejarse llevar en exceso, en este orden de cosas, por el recordatorio de que, formalmente, la Asamblea Constituyente fue disuelta —también lo hemos mencionado ya— por un marinero anarquista. Aunque, ciertamente, los anarquistas no vieron con malos ojos lo que ocurrió, en inicio, a partir de octubre de 1917, su eventual apoyo antes cabía atribuirlo al designio de dejar atrás el magma legado por la ineptitud del viejo Gobierno Provisional que a un respaldo expreso a lo que acarreaban las medidas de un partido, el bolchevique, firmemente decidido a autocatapultarse y a reprimir a los demás en el marco de lo que era cualquier cosa menos una revolución social. También es verdad, para completar el panorama, que los bolcheviques coquetearon inicialmente con alguna suerte de pluralidad, como lo testimonia el hecho de que acogiesen en su gobierno, durante unas semanas, a socialistas revolucionarios de izquierda.

Apuntalemos, en cualquier caso, algunas ideas en lo que se refiere a la condición de la apuesta bolchevique, que desde el punto de vista de Arthur

Lehning tuvo poco que ver con las percepciones de Marx. Cuando éste habló de la "dictadura del proletariado" —lo hizo, por cierto, muy pocas veces—, con toda evidencia no estaba pensando en la dictadura de un partido único y minoritario[293]. Salta a la vista, de cualquier modo, que en el proyecto de Lenin estaban de más las alianzas, y con ella la mezcla, entre partidos o percepciones diferentes: postuló en todo momento, antes bien, una entidad única y uniforme que debía dirigir el proceso revolucionario. Por detrás se barruntaba la idea de que buscar alianzas era subvertir un esquema que invitaba a distinguir entre la revolución —los propios bolcheviques— y la reacción —todos los demás—, sin nada en medio. Aunque en 1917, llamativamente, Lenin había defendido la idea de que, si mencheviques y socialistas revolucionarios rompían con los partidos "burgueses", la guerra civil sería imposible[294], más adelante dejó visiblemente en el olvido tal horizonte. En este mismo terreno, Lenin señaló en repetidas ocasiones que los bolcheviques nunca renunciarían al poder, una posición que excluía la posibilidad de alternancia con otras fuerzas políticas, que en los hechos se entendía no debían existir. El carácter autoritario de la opción correspondiente se expresó a través de una permanente imposición, que impedía toda negociación al respecto, del proyecto propio. Cuando los bolcheviques estuvieron insertos en estructuras comunes con otras fuerzas políticas —así, cuando, durante unos meses, inmediatamente después de la revolución de Octubre, mantuvieron la mentada alianza con los eseristas de izquierda— se hizo numerosas veces evidente que no tenían intención alguna de respetar reglas del juego que apuntasen a una toma de decisiones conjunta. En fecha tan temprana como el 17 de noviembre de 1917 los socialistas revolucionarios de izquierda, por retornar al ejemplo, hubieron de quejarse por cuanto los bolcheviques habían aprobado decretos cuyo contenido no les había sido consultado. Lenin respondió, sin más, que el nuevo poder no tenía por qué respetar meticulosamente todas las formalidades…[295] En paralelo, y en los años siguientes, los bolcheviques mostraron una notable capacidad de manipulación de las diferentes elecciones, y ello a través de mecanismos varios: convocatorias precipitadas, supresión de candidatos opositores,

anulación de resultados, presencia intimidatoria e hipercontroladora de funcionarios…[296]

Conocidas son las críticas vertidas por Rosa Luxemburg ante un escenario asfixiante como el retratado:

Es un hecho notorio e incontestable que sin una ilimitada libertad de prensa, sin una vida libre marcada por la asociación y la reunión, es totalmente imposible concebir el dominio de las grandes masas populares[297]. […] Sin todo ello la vida se extingue, se torna aparente y lo único activo que queda es la burocracia. La vida pública se adormece poco a poco, algunas docenas de jefes del partido de inagotables energías y animados por un idealismo ilimitado dirigen y gobiernan; entre éstos la guía efectiva está en manos de una docena de inteligencias superiores, y una elite de obreros es convocada de tiempo en tiempo para aplaudir los discursos de los jefes y votar unánimemente resoluciones prefabricadas[298].

En la misma línea, la afamada socialista revolucionaria de izquierda Mariya Spiridónova se sirvió afirmar lo que sigue: “Los soviets tienen que ser un sensible barómetro ligado al pueblo; por ello debe reinar una indispensable libertad en las votaciones, un juego libre de la voluntad espontánea del pueblo; sólo entonces existirá fuerza creativa, un organismo vivo”[299]. Aleksandra Kolontai tuvo a bien señalar, en fin, que al menos Trotski fue claro al respecto: “No cree que los obreros estén preparados para crear el comunismo. Que sean capaces de buscar, a través de penalidades y sufrimientos, las nuevas formas de producción, capaces de equivocarse y, sin embargo, de lograr vencer”[300]. Ya estaba el partido, un único partido, para salir en defensa de sus intereses…

UNA PROPUESTA JERARQUIZADA Y PIRAMIDAL: TAYLOR Y LENIN

Aunque Lenin señaló en noviembre de 1917 que “el socialismo no se crea por órdenes de arriba”, agregó que “tiene un carácter vivo y es creación de las masas populares mismas” y apostilló que “el automatismo burocrático

de Estado es ajeno a su espíritu”[301], lo cierto es que la práctica bolchevique se alejó, palmariamente, de semejantes postulados. Esa práctica dio cumplida satisfacción de la máxima formulada en su momento por Trotski: “El aparato del partido sustituye al partido entendido como un todo, el Comité Central sustituye al aparato y, al cabo, un ‘dictador’ único sustituye al Comité Central”[302].

Y es que todas las instancias del poder bolchevique se vieron marcadas por su condición aberrantemente vertical, llamada a impedir que ganasen predicamento relaciones horizontales entre las diferentes partes que las integraban. Lenin afirmó en 1917 que no hay “incoherencia entre la socialdemocracia y la asunción de un poder dictatorial ejercido por una persona”[303]. Tiene que sorprender, por fuerza, semejante aserción, que remite al hecho de que una única persona se autoatribuye, de nuevo, una omnisciencia fuera de todo control y se encarga de dirimir lo que los trabajadores deben hacer. El centralismo democrático, la forma de organización interna del partido bolchevique, reprodujo cabalmente todos estos problemas. Pese a que su carácter “democrático” venía supuestamente determinado por la elección de los dirigentes por los militantes, pronto se hizo evidente que el partido quedaba a merced de las decisiones tomadas por los primeros, tanto más cuanto que el Comité Central podía convocar a su arbitrio los congresos y establecer, en su propio beneficio, las reglas que habían de marcarlos. A medida que los meses quedaron atrás, después de la revolución de Octubre, las decisiones vitales escaparon manifiestamente a la militancia. El octavo congreso del partido, celebrado en 1919, “acordó crear un buró político que tomaría las decisiones no demorables en lugar del Comité Central, con lo que el nivel de decisión se redujo a un número mucho más reducido de personas. Y, de hecho, todas las decisiones se iban convirtiendo en no demorables”[304].

Por detrás despuntaba la idea de que las sociedades precisan, inexorablemente, dirigentes y dirigidos, de tal suerte que a los segundos no les queda sino obedecer a los primeros. Trotski fue responsable principal de la definición de lo que había de ser un militante comunista. Schapiro describe a éste como un espía obediente confiado en la jerarquía del partido,

sin ningún pensamiento propio, sin ningún tipo de egoísmo y con una desinteresada devoción por el deber[305]. La dirección de todos los procesos quedaba, en cualquier caso, lejos de los trabajadores. Para Lenin, la sugerencia de que "la organización de la gestión de la economía nacional" debía quedar en manos de un "congreso de productores de Rusia, agrupados en sindicatos de producción que a su vez eligen un organismo central que dirige el conjunto de la economía" remitía a un planteamiento erróneo, producto de una "desviación hacia el sindicalismo y el anarquismo"[306]. El propio Lenin puntualizó que "en interés del socialismo las masas deben obedecer sin reservas a la voluntad única de los dirigentes del trabajo"[307]. Frente a estas percepciones no parece fuera de lugar rescatar, una vez más, las opiniones vertidas por Bakunin:

Ningún Estado, por democráticas que sean sus formas, ni siquiera la república política más roja, popular en el sentido de esa mentira conocida bajo el nombre de representación del pueblo, está en disposición de dar a éste lo que necesita, esto es, la libre organización de sus intereses, de abajo arriba, sin ninguna injerencia, tutela o coacción desde arriba. Incluso el más republicano y más democrático y seudopopular, como el Estado imaginado por el señor Marx, no es otra cosa, en su esencia, que el gobierno de las masas de arriba abajo por una minoría ilustrada y por ello mismo privilegiada, que pretende comprender mejor los verdaderos intereses del pueblo que el pueblo mismo[308].

Parece obligado resaltar que la apuesta jerarquizada y piramidal que nos ocupa tuvo manifestaciones varias en el mundo del trabajo, en las fábricas y en el campo, de la mano de una organización vertical que cerraba el horizonte a cualquier práctica de cariz autogestionario. Al respecto un hito fundamental fue la aprobación, tras la firma del tratado de Brest-Litovsk, de medidas varias que se proponían estimular la disciplina en el trabajo y acrecentar la productividad. Entre ellas se contó la que contemplaba la introducción de muchos de los elementos del llamado *sistema Taylor*. Este último, originario de Estados Unidos, se proponía "otorgar a la dirección capitalista del proceso de trabajo los medios para apropiarse de todos los

conocimientos prácticos hasta entonces de hecho monopolizados por los trabajadores"[309]. Robert Linhart aclara que el sistema Taylor llevó al paroxismo la esencia de la división capitalista del trabajo, en forma de separación entre el trabajo manual y el intelectual, de la concepción y de la realización, de la dirección y de la ejecución[310]. Lenin afirmó, llamativamente, que una tarea principal consistía en enseñar a los trabajadores a trabajar[311].

Curioso resulta que en artículos publicados en 1913-1914 el propio Lenin criticase agriamente, sin embargo, el sistema Taylor, y subrayase al efecto que este último provocaba el agotamiento físico de los trabajadores, propiciaba su esclavización y era al cabo un estímulo para el desempleo. Al máximo dirigente bolchevique no se le escapaba, por otra parte, que la aplicación del sistema en cuestión estimulaba la aparición de una suerte de "aristocracia obrera". Más adelante, y al parecer, el propósito de Lenin estribó en disociar el sistema de la lógica del capitalismo y en volcarlo al servicio del conjunto de la economía, de la mano de una apuesta de perfiles que se antojan poco convincentes. Bien es verdad que en determinado momento Lenin sostuvo que ese ejercicio de adaptación a un escenario más general debería apuntalarse con el hecho de que el proletariado asumiría el control de la producción social y se encargaría de designar sus propios órganos de intervención. Como quiera que esto último con toda evidencia no sucedió, hay razones sobradas para afirmar que en realidad no hubo ningún intento serio de adaptación del sistema Taylor, ni a la realidad propia de la Unión Soviética naciente, ni a ningún sistema económico de carácter abstracto y general. Lo que se abrió camino, antes bien, fue la aplicación del sistema conforme a reglas, y con consecuencias, muy similares a las que se habían revelado en Estados Unidos, con un objetivo apenas ocultable: acrecentar autoritariamente la productividad de los trabajadores, y hacerlo, por añadidura, de tal manera que éstos, sometidos a una maquinaria incuestionada, se viesen privados de cualquier capacidad autónoma de decisión. Linhart habla al efecto de una "concentración extrema de la autoridad y una sumisión de las masas a una dirección externa al proceso de trabajo", algo que coincide con un fundamento esencial del sistema

Taylor[312]. Al respecto Lenin reivindicó, como no podía ser menos, “una unidad de voluntad rigurosa, absoluta, que regule el trabajo de centenas, millares y decenas de millares de hombres” subordinados a una única persona[313]. De por medio era fácil apreciar una acrítica consideración del desarrollo de las fuerzas productivas como mecanismo emancipador, bien resumida en la conocida aserción leniniana que subraya que “el comunismo es el poder soviético más la electrificación de todo el país”. Si ya sabemos lo que, infelizmente, entendía Lenin por “poder soviético”, desde la atalaya de hoy es fácil iluminar muchas de las secuelas negativas de la idolatría del desarrollo de las fuerzas productivas.

Conviene agregar, en fin, que no parece que en los hechos se hiciera valer ninguno de los elementos suavizadores de la aplicación del sistema Taylor que Lenin contemplaba. Es el caso, en singular, de la perspectiva de una reducción del tiempo de la jornada de trabajo o del ya mentado horizonte de que fuesen los propios trabajadores los encargados de gestionar la aplicación del sistema referido. En semejantes condiciones, a duras penas sorprenderá que el resultado material mayor de semejante aplicación fuese una activa burocratización que obligaba a recelar de que, en este terreno como en tantos otros, Lenin fuese un activo luchador contra el poder de la burocracia.

Tiene su interés considerar, siquiera sea someramente, cuáles fueron los mecanismos principales desplegados por los bolcheviques en el ámbito que ahora me atrae. Los resumiré así. El primero fue la introducción progresiva del principio de “dirección por un solo hombre”. A finales de 1920, de las 2.051 “empresas importantes” existentes, nada menos que 1.783 se ajustaban a ese modelo de dirección[314], justificado por Lenin en los siguientes términos: “El principio colegial (organización colectiva) es algo rudimentario, necesario durante la primera etapa, cuando es preciso construir algo nuevo. El paso al trabajo práctico está ligado a la autoridad individual. Ése es el sistema que, más que ningún otro, asegura la mejor utilización de los recursos humanos”[315]. El segundo lo aportó una sensible ampliación del abanico salarial. El congreso panruso de los sindicatos celebrado en enero de 1919 alentó crecientes diferencias salariales, en

provecho de los “dirigentes” y los “subalternos inmediatos”. Las diferencias en cuestión, que experimentaron en el otoño del mismo año un nuevo incremento, podían serlo de 6 a 1[316]. Un tercer elemento de relieve llegó de la mano de la militarización del trabajo postulada por Trotski, para quien en un Estado obrero lo normal era que este último disfrutase del derecho a obligar a cualquier ciudadano a realizar cualquier tipo de trabajo en cualquier momento[317]. No parecen evidentes —apostilla Brinton— las diferencias entre esta percepción y la defendida después por Stalin. Si Trotski entendía, por lo demás, que las grandes cuestiones de la economía debían encararse como si tuviesen un carácter militar, hubo quien tuvo a bien recordar que para el propio Trotski “cada trabajador debe ser considerado un soldado”[318]. El dirigente bolchevique no dudó en afirmar, por añadidura, que “es preciso formar contingentes de castigo y poner en campos de concentración a los que deserten del trabajo”[319]. Rescatemos un cuarto y último mecanismo, que asumió la forma de una llegada masiva de “especialistas”, premiados con salarios sensiblemente más altos que los del común de los trabajadores. Lenin adujo que sus capacidades eran mucho más importantes que el celo o las cualidades humanas de los obreros[320]. Muchos de los técnicos que ocupaban puestos de relieve en las empresas acabaron por integrarse en la burocracia dirigente.

Aunque una buena parte de la burguesía rusa perdió, ciertamente, sus propiedades, el hecho de que los bolcheviques se inclinasen por nacionalizar el conjunto del aparato económico a buen seguro fue un elemento relativamente tranquilizador para algunos de los integrantes de aquélla, y lo fue en particular para muchas de las personas que habían trabajado directamente para la burguesía y encontraban ahora un acomodo, como “especialistas”, en el orden naciente[321]. Dejemos que Aleksandra Kolontai describa, con inapelable lucidez, una de las dimensiones centrales vinculadas con el papel asignado a los especialistas:

Imaginad un solo momento que durante la fase de transición desde el sistema feudal fundado sobre el trabajo de los siervos al sistema de producción capitalista con su trabajo autodefinido como libremente

prestado, la clase burguesa, que entonces carecía de experiencia precisa para la organización de la producción capitalista —imaginad, os digo—, hubiera solicitado el socorro de dirigentes hábiles, inteligentes, experimentados, salidos de la propiedad feudal, acostumbrados a emplear la fuerza de trabajo de los siervos; imaginad que la burguesía los llamase para confiarles la tarea de organizar la producción sobre una nueva base capitalista. ¿Qué habría ocurrido entonces? Esos especialistas, habituados a usar el látigo para aumentar la productividad del trabajo, ¿habrían conseguido manejar a un "proletario libre" —aunque hambriento—, que se habría liberado de la maldición del trabajo forzado y se habría convertido en un soldado o en un trabajador a jornal? ¿No habrían destruido por completo esos especialistas la naciente producción capitalista? En cuanto individuos, los jefes de remeros de los esclavos encadenados, los antiguos propietarios y sus administradores fueron capaces de adaptarse a las nuevas formas de producción. Pero no es entre sus filas en donde se reclutaron los verdaderos creadores y constructores de la economía burguesa capitalista[322].

EL CAPITALISMO DE ESTADO

Los anarquistas rusos contestaron otra de las apuestas principales del naciente régimen bolchevique: la que se materializó en un concepto, el de *capitalismo de Estado*, manifiestamente ausente, por cierto, en la obra de Marx. Un autor libertario, probablemente Maksímov, dejó las cosas claras cuando tuvo a bien aseverar que la revolución de Octubre provocó la sustitución del capitalismo privado por un capitalismo de Estado, de tal forma que un gran propietario reemplazó a muchos pequeños[323]. De resultas, y en la percepción común en el mundo anarquista, el Estado —o, lo que es lo mismo, el partido bolchevique asistido por millares de burócratas— se convirtió en jefe y explotador en sustitución de un sinfín de empresarios privados. Los trabajadores dejaron de ser esclavos de los capitalistas para convertirse, entonces, en esclavos del Estado[324]. Era inevitable que, en semejante escenario, el sistema correspondiente fuese entendido como una forma más de capitalismo, toda vez que, en palabras de

Mattick, “el control de los medios de producción, la propiedad privada transferida al Estado, la dirección central y antagónica de la producción y la distribución dejan intactas las relaciones capital-trabajo en cuanto relaciones entre explotadores y explotados, amos y vasallos”[325].

Permítaseme volver sobre algo recién tratado. El *Chto delat?* (*¿Qué hacer?*) de Lenin ilustra el vigor pleno de un proyecto en el que se dan cita las normas capitalistas de organización empresarial y, además, una activa militarización del trabajo. No hay hueco entonces, no ya para las prácticas autogestionarias, sino siquiera para un modesto control obrero. Siempre deben ser otros —los empresarios, los funcionarios del partido— los encargados de señalar, imperativamente, qué es lo que corresponde hacer. Lenin afirma: “No estamos inventando una forma de organización del trabajo: la tomamos ya hecha del capitalismo”[326]. Claude Berger concluye, con buen criterio, que “al extraer precisamente del Estado burgués su forma de organización y de opresión del trabajo, y al ser necesaria una nueva burocracia de Estado para esta gestión, tenemos ya realizadas las condiciones de un nuevo Estado de clase”[327].

Para Lenin el modelo era el capitalismo de Estado alemán, caracterizado por una visible concentración de los medios de producción que el dirigente bolchevique identificaba con ganancias en materia de productividad. Por detrás se barruntaba, inequívocamente, el hechizo que sobre Lenin ejercía una organización económica manifiestamente burocrática y centralizada que excluía cualquier suerte de socialización. “El socialismo bolchevique es un capitalismo organizado por el Estado”, señaló Helmut Wagner[328]. Los grandes bancos debían ser, por otra parte, el armazón del aparato estatal, que el nuevo régimen habría de tomar, ya formado, del capitalismo. “Un banco único del Estado, el más grande de los grandes, con sucursales en cada distrito, en cada fábrica, supone ya nueve décimas partes del aparato socialista”[329]. Era obligado preguntarse, claro, qué es lo que tal banco tenía de “socialista”. Brinton subraya que el propio Lenin asimiló, de forma sorprendente, el control obrero a un control estricto de la contabilidad, esto es, a una mera verificación de que se daba satisfacción de las decisiones

adoptadas por otros[330]. El socialismo —apostilló el dirigente bolchevique— "es hacer inventarios: cuando os ocupáis de contabilizar lingotes de hierro o retales, eso es socialismo"[331]. En este mismo orden de cosas, Smith afirmó que "sostener que la nacionalización de la industria y el control estatal de la banca" resultaban ser "por sí mismas socialistas" era "como aprobar lo que Mussolini y, cada vez más, Hitler reivindican en sus programas". Smith agregó que la circunstancia de haber expropiado a la aristocracia y de haber hecho otro tanto con algunos núcleos de concentración capitalista no suponía en modo alguno que se hubiesen abierto camino unas relaciones de producción socialistas[332]. Como quiera que lo que primaba era, con toda evidencia, la eficiencia, la económica como la militar, y que los bolcheviques interpretaron que había que echar mano de quienes habían demostrado ya, palmariamente, la eficiencia en cuestión, la apuesta por los viejos gestores estaba —lo diré de nuevo— servida. En semejantes circunstancias, no puede sino sorprender que Lenin sostuviese, contra toda evidencia, que los soviets nada debían temer del capitalismo de Estado. Y otro tanto cabe decir de la inferencia de que los trabajadores se harían definitivamente con el poder cuando hubiesen aprendido a organizar la producción en gran escala conforme a los patrones habituales en el capitalismo.

EL ESTADO Y SUS REDES

Me interesa añadir, aun así, algunas observaciones más sobre el papel desempeñado por la institución Estado en el proyecto bolchevique y sobre las críticas que ese papel suscitó en el mundo libertario. Ya señalé en su momento que en el magma ruso se hacía valer, en palabras de Avrich, una honda tradición de contestación del "Estado centralizado como cuerpo artificial injertado por la fuerza en la sociedad, con un desarrollo ajeno que caía pesadamente sobre el pueblo y era la causa de su sufrimiento"[333]. El rechazo del gobierno y de sus funcionarios tenía, por otra parte, raíces profundas —apostilla Avrich— en la historia del país, unas raíces que en los hechos se remontaban, al menos, a las revueltas cosacas y campesinas

de los siglos XVII y XVIII[334]. Cierto es que frente a esas percepciones no faltaban otras que concebían en el Estado, sin más, una maquinaria encargada de movilizar los recursos humanos y materiales para propiciar la industrialización, la modernización de la agricultura y la elevación del nivel cultural del pueblo[335].

Tal y como he tenido la oportunidad de adelantar, parece servida la conclusión de que, aunque Lenin afirmó en su momento que "el socialismo es inconcebible si el proletariado no dirige el Estado"[336], en su percepción el proletariado no era sino el partido y la burocracia que lo dirigía. La práctica bolchevique se alejó visiblemente, en cualquier caso, del modelo, mal que bien inspirado en la Comuna de París, que el propio Lenin había defendido en 1917 en *El Estado y la revolución.* No olvidemos que en esta obra el máximo dirigente bolchevique había postulado que, aunque necesario, el Estado, y con él su maquinaria represiva, debía tener un carácter transitorio y quedar sometido a una inmediata desaparición. Castoriadis subraya que en ese texto, llamativamente, el concepto de *partido* no se vincula con el de *poder*. La confusión entre partido y poder llegará más tarde, al calor de la revolución de Octubre, cuando Lenin sobreentienda que la dictadura del proletariado no es sino la dictadura del partido[337]. Curioso es, sin embargo, el escenario material en que ganó terreno semejante aberración. Victor Serge recuerda que en 1923 el partido tenía 350.000 miembros, de los cuales sólo 50.000 eran obreros y los restantes 300.000 funcionarios. "No era ya un partido obrero, sino un partido de obreros convertidos en funcionarios"[338].

Fácil es imaginar la crítica libertaria de las posiciones asumidas en este ámbito por los bolcheviques. Se perfiló en torno a un rechazo de la estatalización —o de la nacionalización, que a los efectos, y con alguna liberalidad, entenderemos que es lo mismo— y a una defensa de la autogestión desde abajo y de la libre federación de las iniciativas correspondientes. El principal de los teóricos consejistas, Pannekoek, apostilló que el proletariado debía "crear sus nuevas formas de organización, que, poco a poco, en el curso del proceso revolucionario", vendrían "a

reemplazar a la antigua organización estatal”[339], y remarcó que el socialismo no estribaba en “estatificar compañías”[340]. Para Pannekoek, y por añadidura, “la revolución proletaria no consiste sólo en destruir el poder capitalista. Exige también que el conjunto de la clase obrera emerja de su situación de dependencia y de ignorancia para acceder a la independencia y para construir un mundo nuevo”[341]. Cerremos esta cosecha de opiniones para recordar que el mundo libertario plantó cara al centralismo y a la centralización, entendidos ambos como una farsa que ocultaba que, tras un ejercicio de aparente fusión de voluntades, lo que se manifestaba era un designio de supresión de diferencias y de imposición de reglas del juego de obligado cumplimiento.

No dejemos en el olvido, con todo, otro elemento importante de la posición bolchevique. Con arreglo a ésta, la presunta existencia de un “Estado proletario” parecía resolver todos los problemas, en la medida en que lo explicaba y lo justificaba todo. En palabras de Lenin, “no queremos entender que cuando estamos diciendo ‘Estado’, ese Estado somos nosotros, es el proletariado, es la vanguardia de la clase obrera”[342]. Por su parte, y para justificar que los comités ejecutivos del partido sustituyesen a los soviets, Trotski echó mano de este llamativo argumento: “Aunque los sindicatos pretenden defender los intereses de la clase obrera contra el Estado, cuando el propio Estado tiene un carácter obrero esa defensa carece de sentido”[343]. No hay que escarbar mucho en la realidad para percatarse de que por detrás se hallaba, una vez más, la autoatribución de la representación de otros, acompañada del deseo de disponer de dirigentes políticos encargados de dirigir a las masas y del propósito de trasladar muchas de las reglas de la clandestinidad —un partido centralizado y jerarquizado— a las instituciones del nuevo régimen. Marc Ferro recuerda con ironía que mientras bolcheviques y mencheviques hablaban en nombre del proletariado, exponían el programa que correspondía a éste y definían su vocación histórica y sus tareas próximas y lejanas, había una pequeña diferencia entre la condición de unos y otros, por un lado, y la de los obreros comunes, por el otro: “En el verano los miembros del partido se

marchan de vacaciones. La revolución se va de vacaciones"[344].

No cerraré en este caso mis apreciaciones con una cita de Bakunin. Me serviré, confortablemente, de un texto de Engels. Dice así:

Lo peor que le puede ocurrir al jefe de un partido extremista es verse obligado a tomar el poder en una época en la que el movimiento todavía no está maduro para la dominación de la clase que representa y para la aplicación de las medidas que exige esa dominación. […] Se ve obligado a representar, no a su partido, a su clase, sino a la clase para cuya dominación las condiciones han madurado. Se ve asimismo obligado, en provecho de todo el movimiento, a defender el interés de una clase que le es extraña mientras alimenta a su propia clase con frases, con promesas y con la seguridad de que los intereses de esta clase extraña son sus propios intereses. Quien cae en esta situación falsa está irremediablemente perdido[345].

LA CUESTIÓN NACIONAL

Hagamos aquí un hueco para incluir algunas consideraciones sobre la percepción libertaria en torno a la cuestión nacional tal y como ésta se hizo valer en los años inmediatamente posteriores a 1917. Malo sería que olvidásemos que la discusión correspondiente tuvo un relieve innegable en las disputas políticas de esos años, y ello pese a que la historia que nos ha sido contada ha sido ante todo una historia urbana, centrada comúnmente en lo ocurrido en Petrogrado y en Moscú, y apenas atenta a lo acaecido en otros lugares. Las cosas como fueren, en todos, o en casi todos, los relatos de época colean los efectos de una cuestión nacional mal resuelta. Por rescatar un solo ejemplo, Emma Goldman recuerda cómo en Kíev, y en virtud de los problemas nacionales consiguientes, el rechazo del "comunismo" era visible, incluso entre los propios bolcheviques locales[346], circunstancia que por sí sola obligaba a concluir que el escenario, en términos de cultura política, era diferente en la capital ucraniana y en las mentadas Petrogrado y Moscú. Esto al margen, junto a los soviets de soldados, de obreros y de campesinos, había otras instancias que se vinculaban con la condición nacional de sus integrantes, fuesen éstos

georgianos, polacos o chechenos.

Importa subrayar las reticencias de algunos sectores anarquistas ante el reconocimiento del principio de autodeterminación de las naciones —y ante la posibilidad consiguiente de configurar Estados independientes—, un principio recogido en la "Declaración de Derechos de los Pueblos de Rusia" aprobada por el gobierno bolchevique el 2 de noviembre de 1917. A los ojos de esos anarquistas, semejante toma de posición casaba difícilmente con el internacionalismo y con el rechazo de la institución Estado[347], toda vez que el estatalismo acompañante lastraba el proceso revolucionario. También se manifestaron recelos ante la firma del tratado de Brest-Litovsk[348], en virtud del cual el Estado naciente cedió a Alemania una tercera parte de su población y de su superficie agrícola, la mitad de las industrias y el grueso de las minas de carbón. El acuerdo fue rechazado tanto por anarquistas como por socialistas revolucionarios de izquierda. Más allá de las dos dimensiones invocadas, lo suyo es certificar una visible confrontación entre el centralismo extremo a la postre abrazado por los bolcheviques y el federalismo postulado por los grupos libertarios, una y otra vez descrito como "pequeño-burgués" por Lenin. Sabido es que en la percepción habitual en el mundo anarquista, o al menos en el mundo anarcocomunista, se imponía la idea de que había que configurar una federación de comunas en virtud de la cual éstas se unirían con plena libertad y autonomía. Merced a la descentralización extrema acompañante, se entendía que el modelo resultante configuraría un obstáculo decisivo frente a la acción contrarrevolucionaria, tanto más cuanto que reflejaría la voluntad estricta de los trabajadores.

Menudearon los libertarios que subrayaron, por lo demás, el empleo interesado de la cuestión nacional asumido por Lenin, quien rápidamente entendió los réditos que aquélla estaba llamada a conceder a los bolcheviques. Frente a muchos de sus compañeros de partido, Lenin no dudó en defender el derecho de autodeterminación para las minorías que residían en el imperio ruso. Llamativamente, y al tiempo, se mostró remiso a aceptar, sin embargo, las formas federales de organización territorial, que eran, paradójicamente, lo que muchos de los integrantes de esas minorías demandaban. Si los criterios aplicados por Lenin aceleraron la

desintegración inicial del imperio ruso, el estallido de la guerra civil hizo que casi todas las minorías susceptibles de ejercer el derecho de autodeterminación quedasen fuera del control bolchevique. Cuando el conflicto, mal que bien, terminó, en 1920, la posición de Lenin cambió llamativamente. Aunque del lado de los bolcheviques no faltaron las promesas, de nuevo, de reconocimiento de independencias allí donde los propios bolcheviques no disfrutaban del poder, la represión de los movimientos nacionalistas locales se hizo común en donde sí controlaban la situación[349]. Así los hechos, la deriva postrera del derecho de autodeterminación hizo que, pese al reconocimiento formal del principio correspondiente, al cabo lo que se abriese camino fuese una rotunda defensa de un modelo uniforme e hipercentralizado.

PROLETARIOS Y CAMPESINOS

Otra materia de preocupación en los círculos libertarios fue el papel asignado, en el proyecto bolchevique, a los obreros urbanos y a los campesinos. Ya sabemos que en la Rusia de 1917 la abrumadora mayoría de los trabajadores eran campesinos, de tal suerte que atribuir al exiguo proletariado urbano el carácter de protagonista único del proceso revolucionario era una opción delicada, llamada a suscitar, inequívocamente, resistencias y controversias. A finales de 1917 poco más de un 5 por ciento de los trabajadores industriales estaban afiliados, por otra parte, al partido bolchevique, mientras, según una estimación, dos años después sólo había 1.585 “comunistas” en los distritos rurales de la Rusia central[350]. Téngase presente, por añadidura, que los trabajadores industriales constituían una escueta minoría en el conjunto de la población[351]. A este panorama se sumó, con el paso de los meses, una paradoja: la de un retroceso, al amparo del proceso revolucionario, del peso objetivo del proletariado urbano. Con arreglo a una estimación, entre 1917 y 1922 el número de proletarios urbanos quedó reducido a una tercera parte, algo que convendría relacionar con una conflictiva afirmación de Lenin, formulada en octubre de 1921: la que señalaba que la clase obrera había dejado de existir en tanto que clase[352].

Sabido es que lo común entre los bolcheviques fue un rechazo absoluto de la perspectiva de que los campesinos pudiesen asumir una conducta revolucionaria. El desprecio consiguiente no era, en realidad —no nos engañemos—, muy diferente del que afectaba a los propios proletarios urbanos, necesitados de que alguien les infundiese conciencia desde fuera. En cualquier caso, se sobreentendía que atender a las demandas de los campesinos era, en cierto sentido, atender a las demandas del capital, con lo que parecía servida la conclusión de que sólo la imposición de los intereses de la minoría de proletarios urbanos permitiría que la revolución saliese adelante. Como bien puede colegirse, de por medio no había espacio para un análisis complejo y matizado de lo que pedían los campesinos, y tampoco resultaba sencillo iluminar lo que, por lo demás, era una evidencia: no eran las demandas del proletariado radicado en las ciudades las que se imponían, sino las de una burocracia emergente. Saltaba a la vista, claro, que no eran los proletarios, y sí una vanguardia ilustrada, las más de las veces de origen no proletario, los que habían tomado el poder. Nadezhda Krúpskaya, la esposa de Lenin, tuvo a bien subrayar la ausencia objetiva de obreros en el aparato bolchevique[353]. Aunque en realidad, y si nos guiamos por las opiniones del propio Lenin, no podía ser de otra manera: "Un verdadero agitador que da muestras de talento, o parece al menos prometedor, no debería trabajar en la fábrica. Tenemos que ocuparnos de que viva con la ayuda del partido […] y pase a la clandestinidad"[354]. Para que nada faltase, los "obreros avanzados" —así los califica Brinton— que había en el partido quedaban claramente subordinados a los revolucionarios profesionales que dirigían éste[355].

Fueron los sectores anarcocomunistas los que mayor atención dispensaron a estas disputas. Se expresaron comúnmente a través de la defensa de la capacidad de los campesinos para organizarse y para asumir una conducta revolucionaria sobre la base de la comuna rural. Bakunin había predicho, varios decenios antes, una revolución campesina en Rusia, que, espontánea, en su opinión asestaría un golpe mortal al gobierno y acabaría con el Estado. Las críticas con respecto a la política campesina de los bolcheviques arreciaron, como cabía esperar, durante la guerra civil, con

ocasión de la cual el debate correspondiente alcanzó cotas inusitadas. Recuérdese que para el historiador Vladímir Brovkin, “la magnitud de la guerra entre bolcheviques y campesinos en el frente interno eclipsó a la de la guerra civil contra los blancos”[356]. En realidad el propio Lenin reconoció, después, los excesos del comunismo de guerra: “La esencia del comunismo de guerra era que nosotros le quitábamos al campesino todo el excedente, y en ocasiones no sólo el excedente, sino también una parte de lo que necesitaba para alimentarse”[357]. Entre los anarquistas radicados en el medio rural fue omnipresente, por lo demás, la contestación de un proyecto, el bolchevique, que interpretaban que se proponía arrinconar a los campesinos en provecho del proletariado industrial. Majnó, por ejemplo, habló al efecto de una “dictadura obrerobolchevique”, contrapuesta a lo que el mismo Majnó entendía que debía ser una “comunidad libre de trabajo entre obreros y campesinos”[358]. En el mundo libertario —y liberémonos de nuevo de ingenuidades— ganó terreno con claridad, en suma, la percepción de que a los ojos de los bolcheviques ni el proletariado urbano ni el campesinado debían disfrutar de ningún poder, un poco a la manera de lo que había ocurrido con la burguesía y la nobleza en el zarismo, sometidas como estaban una y otra, en los hechos, a la férula de este último. Desde esta atalaya se aseveraba que, de la misma forma que el zarismo disfrutaba de un poder autónomo con respecto a esos dos grupos humanos, el bolchevismo se beneficiaba de una condición similar en relación con proletarios urbanos y campesinos[359].

LAS MUJERES

No quiero engañar al lector y hacerle pensar que en el mundo libertario ruso se registró un activo debate en lo que respecta a la marginación, a los problemas, de las mujeres. Infelizmente no fue así. Entre 1917 y 1921 no se hizo valer, en otras palabras, nada homologable a lo que supuso, en el escenario de la república y de la guerra civil españolas, un movimiento como “Mujeres libres”. Como mucho despuntaron acotaciones sueltas, cierto que frecuentes, en lo que respecta, en singular, a la delicada situación social que padecían tantas mujeres.

Y, sin embargo, y a mi entender, tiene sentido rescatar algunas de las discusiones que despuntaron entonces. Diré, antes que anda, que las revoluciones de 1917 fueron protagonizadas, casi en exclusiva, por hombres, y ello tanto en lo que se refiere a los soviets como a los partidos, los sindicatos o las fuerzas armadas, de tal forma que a las mujeres correspondió casi siempre un papel menor, y ello cuando no fueron consideradas una rémora. Un fenómeno interesante, y poco conocido, fue el temor bolchevique, a menudo verbalizado por Aleksandra Kolontai, a que el "feminismo burgués" acabase por atraer a las mujeres obreras[360], un temor saldado con frecuencia en el propósito expreso de plantar cara a ese feminismo. Elizabeth Wood anota que, a los ojos de los bolcheviques, "cualquier esfuerzo feminista encaminado a unir a las mujeres de distintas clases sociales se enfrentaba al meollo de las enseñanzas marxistas"[361]. Aunque las más de las veces el discurso oficial se contentaba con señalar que las mujeres eran iguales a los hombres, y no tenían por qué plantear demandas especiales, se revelaban también otras dos percepciones. Si la primera asumía la forma de cierto temor a que aquéllas no se incorporasen masivamente al proceso revolucionario —tanto más cuanto que su presencia en la fuerza de trabajo se había incrementado sensiblemente durante los años de la guerra mundial—, la segunda subrayaba que las mujeres, como los campesinos, reflejaban con frecuencia el atraso del país, en la forma de superstición, hostilidad hacia los cambios, irracionalidad e infantilismo. Verdad es que, al tiempo, se recalcaba que aquéllas ilustraban el peso de virtudes como la honradez y la impermeabilidad ante los vicios que llegaban de la ciudad y de la política al uso[362]. En los años inmediatamente posteriores a 1917 se registraron, por otra parte, sugerentes experiencias de comunas exclusivamente femeninas que unas veces apenas tuvieron eco y otras suscitaron la repulsa de una sociedad marcada, ante todo en el medio rural, por visiones muy tradicionales en lo que respecta al intercambio sexual, al matrimonio o a la crianza de los hijos[363]. A los efectos, y en resumen, el esfuerzo mayor de los bolcheviques en lo que respecta a las mujeres tenía más que ver con la modernización del país y con la incorporación de éstas a la fuerza de trabajo que con cualquier

consideración de una eventual liberación femenina que trascendiese esos dos elementos[364].

Lo anterior aparte, se registraron innegables progresos legislativos, no siempre acompañados, bien es cierto, de hechos. Las mujeres pudieron en adelante disponer, en pie de igualdad con los hombres, de la tierra, pasaron a disfrutar de derechos comunes en las *obshini*, el matrimonio civil se normalizó y las restricciones en materia de divorcio desaparecieron, mientras el aborto fue legalizado en 1920. Hubo, innegablemente, señales de igualación entre hombres y mujeres, en materia de alfabetización, educación y extensión de los derechos sociales, o en lo que atañe a la incorporación de aquéllas al trabajo (aunque cabe discutir si esto fue siempre una ventaja o, por el contrario, no hizo sino acelerar el asentamiento de un esquema de doble explotación, en el hogar y en la fábrica). Malo sería olvidar, con todo, que las mujeres padecieron también, aparte del hambre y de la penuria, los efectos de las detenciones, los interrogatorios, las torturas, los campos de concentración y, claro, las ejecuciones. Por lo demás, las percepciones bolcheviques siguieron siendo en muchos terrenos más bien conservadoras. Edmondson recuerda, por ejemplo, cómo los esfuerzos encaminados a garantizar, en un momento muy delicado, la salud de madres e hijos no se vieron acompañados de ninguna contestación mayor de la idea de que las mujeres, todas las mujeres, debían reproducirse y encargarse del cuidado de los niños[365]. Pese a los alegatos en favor de la liberación femenina, todos los servicios de guarderías, cocinas y lavanderías siguieron en manos, en exclusiva, de mujeres, de la misma suerte que pervivió la práctica de que el trabajo doméstico recayese sobre éstas. Cabe discutir, en fin, que tuviese sentido hablar de una genuina liberación sexual para referir lo ocurrido en la naciente Unión Soviética, en un escenario que, ciertamente contradictorio, fue tributario en muchos casos del aberrante puritanismo oficial.

Las políticas bolcheviques experimentaron cambios, con todo, según las tesituras. Así, tras la rápida promulgación de una legislación de igualdad entre los sexos, el estallido de la guerra civil se tradujo en la reivindicación de esfuerzos de corte diferente para mujeres y hombres, y en la consiguiente reaparición, o consolidación, de papeles distintos para unas y otros. Al

estimular el desempleo, la NEP hizo que muchas mujeres perdiesen sus puestos de trabajo, al tiempo que, en franco perjuicio, de nuevo, de éstas, provocó —esto es al menos lo que apunta Elizabeth Wood— un retroceso en terrenos como los vinculados con el cuidado infantil o la sanidad[366]. De por medio, las organizaciones femeninas del partido se vieron en una situación delicada, entrampadas entre el peligro de verse capturadas por el "feminismo burgués", si defendían de manera recia los derechos de las mujeres, y el riesgo de un activismo a todas luces ineficiente, si no asumían esa defensa[367]. En términos generales, y volvamos al principio, el papel secundario desempeñado por las mujeres en el proceso revolucionario fue refrendado por el hecho de que, con el paso de los años, la presencia de aquéllas en el Comité Central del partido bolchevique se ajustó a un cociente de una mujer por cada 50-70 varones[368]. Stites ha subrayado que aunque en la propaganda oficial se identificaba a trabajadores, marineros y mujeres como los grupos que habían accedido a la liberación, el soviet de Vladivostok lo dirigía un hombre ayudado por tres mujeres estudiantes, Trotski dictaba sus memorias a mecanógrafas, obviamente mujeres, y en la literatura al uso éstas eran presentadas, sin más, como las compañeras de comisarios y oficiales varones[369]. Como quiera que la historia, al cabo, la escriben los vencedores, lo suyo es reseñar el visible olvido, en el canon bolchevique, de las mujeres que habían militado, y a menudo habían dado su vida, en el movimiento *naródniki.* En ese santoral, en el que sólo los varones parecían tener nombre y apellido, la presencia femenina asumía, en cambio, la forma de figuras estereotípicas que ilustraban las virtudes de la patria soviética y de sus trabajadoras, ahora sin nombres ni apellidos.

LA ABERRACIÓN PRODUCTIVISTA

Tampoco es mi intención engañar al lector con la sugerencia de que en el mundo libertario hubo una pronta conciencia en lo que respecta a una de las condiciones más delicadas del modelo que se forjó en la naciente Unión Soviética luego de 1917: la idolatría del desarrollo de las fuerzas productivas, indeleblemente acompañada por una significativa marginación de la cuestión ecológica.

Y, sin embargo, parece razonable adelantar que los datos principales al respecto ya estaban presentes en los años que separaron 1917 y 1921. Me limitaré a recordar que la asunción de que el desarrollo de las fuerzas productivas era ontológicamente positivo, de hondas raíces en el pensamiento de Marx, tuvo consecuencias rápidas. Una de ellas, ideológica, asumió la forma de un productivismo y un desarrollismo desbocados, que sorteaban cualquier preocupación de carácter ecológico, se traducían en el firme designio de explotar, sin más, la naturaleza para obtener rendimientos económicos y no acarreaban crítica alguna de la tecnología, permanentemente percibida como neutra. Demos la palabra a Castoriadis:

Marx participa de forma integral del imaginario capitalista: para él, como para la ideología dominante en su época, todo depende del crecimiento de las fuerzas productivas. Cuando la producción haya alcanzado un nivel suficientemente elevado, se podrá hablar de una sociedad verdaderamente libre, verdaderamente igual… No se encuentra en Marx ninguna crítica de la técnica capitalista, en la forma de técnica de la producción o en la de tipo y naturaleza de los productos fabricados. Para Marx la técnica capitalista y sus productos son parte integrante del proceso de desarrollo humano. Además, no critica la organización del proceso de trabajo en la fábrica. Aunque critica algunos aspectos "excesivos", esa organización en tanto que tal le parece una realización de la racionalidad en sentido estricto. La esencia de sus críticas remite a la utilización que se hace de esa técnica y de esa organización: sirven únicamente al capital, en lugar de servir a la humanidad entera. No aprecia que es preciso realizar una crítica interna de la técnica y de la organización de la producción capitalista[370].

No se olvide, en este mismo orden de cosas, que Lenin afirmó que "el socialismo es impensable sin una técnica gran capitalista construida según la última palabra de la más moderna ciencia"[371]. Más allá de lo anterior, y como quiera que "la emancipación se resumía en el resultado, siempre diferido, de una superabundancia de bienes que debían ser previamente producidos"[372], de resultas la dignidad humana y la propia emancipación quedaron anegadas por la pulsión productivista.

Pero hay que hablar también de las secuelas de una apuesta rotunda en

provecho de la centralización y, con ella, de los grandes complejos industriales. Conviene aclarar que no es verdad que todos los anarquistas, pese a las críticas que al respecto vertieron los bolcheviques, defendieran estos últimos. No era ésa, en singular, y como ya sabemos, la perspectiva anarcocomunista. Y es menester subrayar, asimismo, que no tenían mayor fundamento las diatribas que, contra los pequeños núcleos fabriles o las pequeñas granjas, formularon los bolcheviques en su empeño de apreciar en unas y otras el espíritu del capitalismo de los *kulakí*. Mucha mayor relación con ese espíritu tuvieron, a través de la burocracia emergente, la colectivización forzosa de la agricultura y la industrialización estalinianas.

EL DEBATE SOBRE LA EFICIENCIA Y LAS URGENCIAS

La réplica mayor, que desde el mundo bolchevique, se enunció ante muchas de las críticas que he ido considerando en este capítulo señalaba, sin más, que las delicadísimas circunstancias que se dieron cita en los años objeto de nuestra atención obligaron a tomar medidas que en otro escenario no hubiesen adquirido carta de naturaleza. En la trastienda de ese argumento se hallaba siempre una defensa de la eficiencia que aconsejaba, en su caso, abandonar, siquiera provisionalmente, algunos de los principios que los propios bolcheviques habían defendido. Y que reclamaba un fortalecimiento de las organizaciones correspondientes a efectos de salvaguardar el proceso revolucionario. Dicho sea de paso, en la percepción de Lenin la ausencia de una organización anarquista sólida incapacitaba a los militantes libertarios para asumir esta última tarea.

Aunque el argumento que invocaba una eficiencia insorteable era, en una primera lectura, tan comprensible como respetable, pronto se hizo evidente que estaba lleno de dobleces. No hay por qué concluir, por ejemplo, que las medidas arbitradas por los bolcheviques acrecentaron la eficiencia. ¿No es legítimo al respecto preguntarse si no hubiese sido más eficiente, y no hubiese tenido efectos más halagüeños en relación con el futuro, "una completa socialización de la producción acompañada de un control general ejercido por la clase obrera"[373]? ¿Por qué habría que aceptar que la jerarquización, la burocratización y la militarización eran las respuestas adecuadas ante los problemas que se planteaban? ¿Hay algún motivo para

aseverar, por lo demás, que la burocracia emergente fue un grupo humano que hizo gala de una incontestable eficiencia y apenas se vio marcado, más allá de la imaginable torpeza, por prácticas interesadas y corruptas? ¿Por qué no habría sido una respuesta más inteligente, por otra parte, la que hubiese reclamado una democracia de carácter autogestionario? ¿Por qué pensar, en fin, que las acciones de la *Cheká* remitían, de nuevo, a la eficiencia, y no al firme designio —volveré ahora sobre el argumento— de preparar el camino a la burocracia recién mencionada? Lo suyo es subrayar, por añadidura, que muchas medidas que tenían una condición aparentemente provisional al poco se convirtieron en definitivas. No sólo eso: acabaron por definir la naturaleza del régimen naciente y constituyeron un punto de no retorno. Agregaré que la mayoría de los argumentos que invocaban la necesidad de arbitrar respuestas eficientes en un momento muy delicado conducían a una discusión anterior: la de si las *condiciones objetivas* en Rusia justificaban un experimento como el bolchevique o, por el contrario, condenaban irremisiblemente al fracaso tal experimento.

Por detrás de varias de las preguntas que acabo de formular está la intuición de que, para explicar las líneas maestras de la apuesta bolchevique, era legítimo aportar otros argumentos distintos del que, de manera monocorde, remitía a la eficiencia en una situación muy delicada. Digamos, antes que nada, que sería un error concluir que el surgimiento de un Estado férreamente jerarquizado, hipercontrolador y aberrantemente centralizado fue, sin más, el producto de las circunstancias que se revelaron luego de la revolución de Octubre y, en singular, durante la guerra civil: para explicar semejante surgimiento es menester invocar las concepciones previas de los bolcheviques, que predisponían manifiestamente a éstos para asumir un proyecto de esa naturaleza. Claro que otra de las razones que vinieron a dar cuenta del auge de un proyecto jerarquizado y autoritario fue la propia debilidad de los bolcheviques. No se trataba, sin más, y por consiguiente, de doblegar a otros: por detrás se barruntaba también, en ocasiones, una clara conciencia de la ineptitud de la maquinaria del partido para afrontar de forma solvente muchos problemas[374]. En semejante escenario resulta obligado mencionar, por añadidura, el ascendiente de factores distintos de los vinculados con las secuelas destructoras y

caotizadoras, innegables, de la guerra mundial y de la guerra civil posterior. Si uno de ellos fue la decepción que muchos trabajadores mostraron en lo que se refiere al poder bolchevique, otro lo aportó, más adelante, la tentación, al parecer irresistible, de aplicar en el conjunto de la sociedad muchas herramientas que se habían desplegado durante la guerra civil[375]. El resultado final se resume bien, a mi entender, de la mano de una excelsa paradoja: para salvar la revolución aniquilaron la revolución.

EL CONSEJISMO. LA OPOSICIÓN EN EL PARTIDO BOLCHEVIQUE

Habrá podido comprobar el lector que en las páginas anteriores he echado mano de opiniones vertidas por activistas y estudiosos que, en términos estrictos, no procedían del mundo anarquista. Tiene sentido —creo— abrir aquí un breve espacio para glosar la condición de dos de las posturas correspondientes. Si, por un lado, me referiré someramente a la propia de lo que ha dado en llamarse *consejismo*, por el otro prestaré atención, con mayor entidad, a las oposiciones que se hicieron valer en el interior del partido bolchevique.

En lo que respecta a los defensores de los “consejos obreros”, a los consejistas, identificaré en ellos una suerte de marxistas heterodoxos, con propuestas prácticas muy similares a las de los militantes anarquistas. Mi impresión es que a menudo se ha exagerado la distancia con respecto a éstos, y ello por mucho que sea cierto que la defensa de los consejos parecía remitir antes a instancias de carácter espontáneo que al proyecto de un sindicalismo más articulado como el que han defendido de siempre los anarcosindicalistas. Pero, en cualquier caso, y al cabo, las diferencias se antojan menores. Más allá de esa disputa conviene que recalque que gentes como Karl Korsch, Paul Mattick, Anton Pannekoek, Otto Rühle o Helmut Wagner estuvieron en la primera fila en la contestación de las aberraciones del leninismo. Si Pannekoek, en singular, puso todo su empeño en subrayar que la degeneración de la revolución fue consecuencia directa de la singularísima lectura de Marx acometida por Lenin, lo común es que estos pensadores decidiesen contrarrestar el proyecto bolchevique con la defensa de los consejos obreros y de la autogestión, de la misma forma que frente al Marx autoritario del *Manifiesto comunista* parecía lícito contraponer el

Marx libertarizante de *La guerra civil en Francia*[376]. La perspectiva de los consejos era, en cualquier caso, la de la acción revolucionaria autogestionaria frente al poder del Estado. “Los productores deben ser los dueños de los medios de producción”, concluyó Pannekoek[377].

Por lo que a las diferentes oposiciones en el partido bolchevique se refiere, cabe identificar cuatro movimientos distintos: el de los Comunistas de Izquierda en 1918[378], el de los militantes que se reunieron en la Oposición Militar en 1919, el de los Centralistas Democráticos —el término descriptor es equívoco, toda vez que defendían, antes bien, una franca descentralización— en 1920-1921 y el de la Oposición Obrera, con Shliápnikov y Kolontai en cabeza, entre 1919 y 1922[379]. Ninguno de estos grupos pareció contemplar en serio la posibilidad de escindirse del partido bolchevique, y todos procuraron, en un grado u otro, eludir una confrontación abierta con Lenin, de quien siempre pensaron que acabaría por volver al buen camino. Aunque a menudo los miembros de estos movimientos participaron de varias de estas iniciativas, no alcanzaron a construir estructuras unificadas. Con excepción de los Comunistas de Izquierda, las instancias de las que se dotaron fueron más bien débiles y el apoyo popular del que disfrutaron resultó ser escaso, por mucho que ejerciesen una influencia innegable dentro del partido, algo que viene a explicar la virulencia de la represión, y con ella de las malas artes, asestada por la cúpula de este último.

Bien puede sostenerse que el origen de muchas de las discrepancias que ahora me ocupan estuvo, una vez más, en la firma del tratado de Brest-Litovsk, percibido como un impresentable ejercicio de postración ante Alemania que podía dar al traste con el impulso revolucionario y dejar al régimen naciente peligrosamente aislado. Más allá de ello, varios fueron los elementos articuladores de las críticas vertidas contra las posiciones oficiales del partido. El primero fue la contestación de una centralización que se entendía abusiva, una contestación acompañada de críticas con respecto al centralismo burocrático y autoritario, y de la defensa de direcciones colegiadas, de la libre elección de cargos y de la revocabilidad de éstos. El segundo acarreó un rechazo de normas crecientemente

autoritarias en un escenario de ausencia de libertad de crítica y opinión. Las diferentes oposiciones internas propugnaron un debate abierto dentro del partido, con atención singular a lo que decían los militantes de base, organización de reuniones públicas y respeto de las libertades de reunión y expresión. A todo lo anterior siguió la frecuente sugerencia de que, una vez dejada atrás la guerra civil, debían desaparecer los métodos autoritarios hasta entonces aplicados. Las oposiciones que me ocupan plantaron cara, en tercer lugar, al asentamiento de una burocracia que operaba —desde su perspectiva— como la vieja burguesía, en buena medida relacionada con la llegada masiva de arribistas a las instituciones, con la constante marginación de las capas más humildes de la población y con una pérdida de peso de los trabajadores en el partido. Rechazaron también, en un cuarto escalón, el progresivo vaciamiento de funciones de los soviets y de los comités de fábrica, reducidos unos y otros, en el mejor de los casos, a la condición de brazos ejecutores de las decisiones tomadas desde arriba. Poco interés mostraron estas contestaciones, en cambio, por las demandas de los campesinos, de los que con toda evidencia, y a tono con el discurso bolchevique, recelaban.

La Oposición Obrera, en singular, rechazó la militarización del trabajo alentada por Trotski, la subordinación de los sindicatos y la reaparición de los “especialistas burgueses”, lo que en algunas ocasiones le valió el sambenito de “anarcosindicalista”. Triste retrato de su condición fue el hecho de que muchos de sus militantes no dudasen en participar, sin embargo, en la represión de la revuelta de Kronshtadt, en marzo de 1921.

CAPÍTULO 6
LA REVUELTA DE KRONSHTADT

Aunque en el prólogo de esta obra he señalado que no era mi propósito acometer ninguna descripción pormenorizada de los hechos que permitiese situar unos u otros elementos de la deriva del movimiento libertario ruso, difícilmente podría afrontar una consideración de lo ocurrido en Kronshtadt a principios de 1921 sin aportar al respecto una información básica sobre lo sucedido al calor de la revuelta entonces registrada.

Kronshtadt era en 1921 una pequeña isla situada en el Báltico, a escasa distancia de la ciudad de Petrogrado y muy cerca de las costas de Finlandia[380]. En ese año contaba con una importante base naval y acogía a unos 50.000 habitantes, de los que algo más de la mitad eran marineros y soldados. En febrero de 1921 se habían registrado en muchos centros fabriles en Petrogrado y Moscú protestas que, inmediatamente reprimidas, tuvieron sin embargo un efecto de estímulo sobre Kronshtadt, en donde se hizo valer una activa movilización asamblearia. El 1 de marzo un Comité Revolucionario Provisional aprobó la resolución "del *Petropavlovsk*" —del nombre de uno de los buques de guerra radicados en la base—, que en sustancia reivindicaba el regreso a los principios que habían marcado la revolución de Octubre[381]. Pronto se hizo evidente que las negociaciones entre los marineros sublevados y el poder bolchevique —y entre ellas, por cierto, la alentada por los anarquistas Berkman, Goldman, Perkus y Petrovski— no conducían a resultado alguno. La represión militar se inició el 7 de marzo, no sin que faltasen deserciones del lado gubernamental, y concluyó el 18 con el aplastamiento de la rebelión.

Hoy sabemos que los marineros sublevados, mal equipados y mal

alimentados, arrastraban problemas graves en lo que se refiere a la defensa de la isla, una defensa de siempre orientada hacia el norte, hacia el mar, en previsión de una invasión extranjera. Sin víveres y sin repuestos, hacían frente a un rival que se beneficiaba de notables facilidades en materia de abastecimiento y de introducción de nuevas tropas, en un escenario de manifiesta disparidad de capacidades entre los insurrectos y los atacantes. Los primeros hicieron gala, por lo demás, de una enorme ingenuidad, toda vez que cabe intuir que pensaron que los bolcheviques nunca responderían militarmente y que la revuelta sería seguida rápidamente en el resto del país, con lo que al poco llegarían refuerzos. Si los marineros amotinados hubiesen previsto que el conflicto se resolvería militarmente, lo lógico es que hubiesen elegido un momento mejor —unas semanas después el hielo habría desaparecido y la isla habría sido más fácil de defender— y hubiesen planificado algún tipo de ataque en Petrogrado o en algún otro lugar. Esperaban, sin más, la solidaridad de otros que entendían que defendían las mismas posiciones.

Al margen de lo dicho, y antes de entrar en materia, interesa resaltar dos rasgos generales de la revuelta. El primero fue su carácter pacífico. “Nuestra sublevación descansa sobre el presupuesto de que no queremos verter sangre”[382]. En esencia los marineros respondieron a una agresión militar, no sin antes haber dejado en libertad a los negociadores bolcheviques que se hallaban en Kronshtadt, mientras en Petrogrado los familiares y allegados de los amotinados se convertían en rehenes. Parece, por otra parte, que el trato dispensado a los adversarios fue correcto —a diferencia de lo ocurrido en 1917, cuando se manifestaron hechos violentos en la isla—, sin torturas ni ejecuciones. El segundo de los rasgos anunciado fue la naturaleza espontánea de la insurrección. Además del carácter en buena medida improvisado de ésta, conviene subrayar, con todo, que a la revuelta no le faltaban motivos sólidos. No era necesario invocar al respecto el supuesto ascendiente de círculos blancos o de partidos opositores, toda vez que lo que ocurría en el país —sublevaciones campesinas, protestas obreras— se convertía en explicación suficiente del descontento. Nada de lo anterior significa, claro es, que la insurrección no suscitase simpatías —a río revuelto, ganancia de pescadores— entre personas y movimientos de

cariz manifiestamente contrarrevolucionario. Jean-Jacques Marie asevera, de cualquier modo, que ningún dato sólido invita a concluir que la sublevación fue promovida desde el exterior, desde grupos de conspiradores radicados en Petrogrado, desde círculos en el exilio, desde los servicios secretos extranjeros o desde organizaciones contrarrevolucionarias[383].

Son, en fin, muy dispares las estimaciones del número de muertos y heridos provocado por la insurrección y por la represión consiguiente. Se ha hablado de 700 fallecidos del lado bolchevique, pero hay quien ha multiplicado esa cifra por seis. Por lo que respecta a los insurrectos, se han identificado 600 muertos —527 según otra fuente—, más de mil heridos y unos 2.500 prisioneros[384]. Habría que agregar los desaparecidos de ambos bandos, comúnmente ahogados en las gélidas aguas que rodeaban Kronshtadt. Las cárceles de Petrogrado estuvieron durante un tiempo repletas de rebeldes y no fueron en modo alguno infrecuentes los fusilamientos y las largas condenas. Según una estimación, que no encaja fácilmente con la anterior, hubo 2.168 fusilamientos y más de dos mil personas fueron condenadas a trabajos forzados, lo cual significaba, en muchos casos, la muerte[385]. Por añadidura, muchos de quienes, tiempo después, tuvieron la mala idea de acogerse a la amnistía declarada por el gobierno bolchevique fueron detenidos. Hablamos de un período muy prolongado, oscuro, en el que fueron muy numerosos los ejemplos de protagonistas de los hechos de los que no volvimos a saber más, y en particular no supimos cómo y cuándo murieron[386]. No está de más subrayar que en momento alguno fue creada, en suma, la comisión de investigación sobre Kronshtadt que había demandado el escritor Maksim Gorki.

LAS ANTECEDENTES Y EL ESCENARIO DE PRINCIPIOS DE 1921

Tras protagonizar revueltas en 1905-1906 y 1910, los marineros de Kronshtadt asumieron un papel muy significado en 1917[387], primero contra el Gobierno Provisional y luego, en octubre, del lado de los bolcheviques[388]. Baste con recordar, en relación con esto último, que para

Trotski fueron “el orgullo y la gloria de la revolución rusa”. No ahorraron —como ya he señalado— hechos violentos. En 1917 Kronshtadt fue, por lo demás, un modelo de comuna revolucionaria. En el soviet estaban presentes eseristas, anarquistas y bolcheviques, aun cuando apenas había mencheviques. La tradición de defensa de la autonomía decisoria pervivió, en realidad, hasta 1921. Avrich entiende que lo ocurrido en marzo de este último año exhibió cierta dimensión de recuperación de la edad de oro de la espontaneidad verificada cuatro años antes[389]. En 1917-1918, y en cualquier caso, Kronshtadt fue escenario de la construcción de un modelo de democracia de consejos, estudiado en detalle por Israel Getzler[390]. Ni a los bolcheviques ni a los mencheviques —los primeros estaban obsesionados por la toma del poder, en tanto a los segundos sólo parecía preocuparles la trama de la Asamblea Constituyente— les interesó mayormente, por cierto, el experimento correspondiente, que, por el contrario, atrajo en un grado u otro a socialistas revolucionarios y anarquistas. Fenómenos similares se hicieron valer, ciertamente, en localidades como Krasnoyarsk y Shlisselburg, y, durante períodos muy breves, en Helsingfors, Ivano-Voznesensk, Lugansk, Reval (Tallin), Riga, Tsaritsin (Volgograd) y Yekaterinburg[391].

El protagonismo de Kronshtadt se mantuvo durante la guerra civil, y ello aunque en esos años se hicieran valer las primeras señales de desencuentro con los bolcheviques. Por lo que parece, el hecho de que éstos marginasen a otras fuerzas políticas en sus gabinetes gubernamentales no fue precisamente del agrado del soviet kronshtadtiano. Los marineros protestaron, con dos resoluciones, ante la clausura de los locales y la represión padecidas por los anarquistas. Al tiempo, las quejas ante la arbitrariedad y la burocratización menudearon, y otro tanto ocurrió con el tratado de Brest-Litovsk. A los ojos de Avrich —su libro sobre Kronshtadt me servirá de guía fundamental—, y a tono con lo ya sugerido, los marineros “anhelaban un orden social libre basado en los soviets locales, una democracia popular directa que siguiera la pauta del *krug* cosaco y del *veche* medieval”[392]. En el terreno estrictamente militar, la recuperación de muchos de los “especialistas” que habían trabajado en el ejército zarista

tampoco fue bien recibida por el soviet local. De resultas de todo lo anterior, los bolcheviques perdieron buena parte de su militancia en la base naval. Aunque la organización correspondiente contaba con 2.228 miembros a finales de 1920, el número de militantes había sido de 5.630 en marzo de ese mismo año[393]. A lo anterior conviene agregar que el grueso de los integrantes del partido bolchevique lo eran de muy reciente reclutamiento y que también entre la población civil había reculado la militancia.

Varios son los datos que hay que manejar a efectos de describir el escenario preciso en que cobró cuerpo la sublevación de marzo de 1921. Ese escenario se vio marcado, por lo pronto, por un hecho decisivo: la guerra civil estaba tocando a su fin —aunque no era por completo de descartar que resurgiese— y las relaciones con las potencias capitalistas empezaban a normalizarse. Con el final de la primera cabía suponer que estaban llamadas a recular las condiciones de vida, extremadamente duras, impuestas a los campesinos, cuyos productos eran requisados en su casi totalidad. A principios de 1921 se había extendido la convicción de que la dureza del comunismo de guerra se mitigaría, de tal suerte que desaparecerían restricciones, se reintroducirían libertades y el panorama general recuperaría normalidad. Alexander Berkman afirma que, sobre la base de estas nuevas condiciones, "el pueblo estaba ansioso de cooperar, de poner sus esfuerzos creativos e iniciativas para la reconstrucción del arruinado territorio"[394]. Y, sin embargo, las cosas no parecían cambiar: si la militarización y los requisamientos no remitían, la represión se mantenía.

Entre tanto, y en relación con el otro factor mencionado, se extendía la percepción de que los bolcheviques estaban dispuestos a realizar concesiones a los gobiernos capitalistas. Para que nada faltase, a finales de 1920 y principios de 1921 fueron muchos los soldados que, desmovilizados, retornaron a sus pueblos y aldeas de origen. Como quiera que en la mayoría de los casos pasaron a asumir posiciones de manifiesto descontento ante lo que ocurría en el campo, pronto se convirtieron en un problema grave para las autoridades bolcheviques. Como veremos más adelante, las revueltas populares se extendieron en regiones varias, a lo que cabe agregar los efectos —nos interesarán en el capítulo siguiente— de la *majnóvshina*.

Claro es que, en términos más generales, la situación económica era muy mala. A finales de 1920 la producción industrial era una quinta parte de la de 1913, al tiempo que el petróleo y otras materias primas escaseaban dramáticamente. En la economía del nuevo Estado faltaban equipos técnicos y maquinaria, mientras los medios de transporte habían experimentado un franco deterioro. Los salarios reales de los trabajadores de Petrogrado eran, según una estimación, menos de un 10 por cierto de los que se registraban antes de 1914[395]. La población de las ciudades, en suma, había menguado de manera sensible. Baste con recordar que en sólo tres años, los que mediaron entre octubre de 1917 y agosto de 1920, la de Petrogrado había descendido de 2.500.000 habitantes a 750.000; Moscú, por su parte, había perdido la mitad de sus pobladores[396]. Pese a lo que pudiera parecer habida cuenta de los teóricos privilegios que correspondían a los proletarios urbanos, el hambre era común en las ciudades, donde se aplicaba un estricto racionamiento —muchos de los habitantes de aquéllas habían marchado a vivir al campo—, y las enfermedades habían ganado, por añadidura, terreno. Todos estos datos colocaban en un brete al gobierno bolchevique, que presumía de representar a un proletariado industrial que, o bien no existía, o bien se encontraba en delicadísima situación. Ya sabemos, en fin, que el control obrero de las fábricas había ido desapareciendo paulatinamente en un escenario en el que se imponían con rotundidad la dirección unipersonal, una rígida disciplina laboral y, más aún, la aplicación del otrora denostado, y claramente marcado por la lógica capitalista, sistema Taylor. Muchos de los “especialistas burgueses” desplazados en 1917 habían hecho, por otra parte, su reaparición en tareas de asesoramiento y supervisión, mientras menudeaban las quejas en lo que hace a los privilegios de los que empezaban a disfrutar los miembros del partido en el poder.

Aunque vencedor en la guerra civil, el Estado bolchevique, “joven e inseguro”[397], debía hacer frente a resistencias internas y amenazas externas. Entre sus dirigentes resultaba palpable la conciencia de que el sistema creado era muy frágil, de tal suerte que podía desmoronarse rápidamente. A ello se sumaban visibles divisiones internas entre los

bolcheviques presentes en Kronshtadt, cargados de dudas en lo que se refiere a lo que había que hacer y, en muchos casos, inclinados a respaldar la insurrección. Cuáles no debían ser los elementos que operaban en el escenario que incluso los integrantes de la organización local del partido bolchevique —o al menos muchos de ellos— entendían que no correspondía permanecer callados ante lo que ocurría, a tono, por cierto, con lo que se había revelado en las semanas anteriores en complejos fabriles en Petrogrado y Moscú.

En este marco cabe entender que un historiador de corte libertario como Avrich declarase, por un lado, su simpatía ante la revuelta de Kronshtadt y comprendiese, por el otro, por qué los bolcheviques la reprimieron. Son dos percepciones que discurren por caminos diferentes. La segunda, la conflictiva, remite a un prosaico ejercicio de consideración de la realidad del momento: si los bolcheviques deseaban mantener el orden que habían creado, no les quedaba más remedio que reprimir la insurrección. En el buen entendido, naturalmente, de que uno tiene que reservarse el derecho a preguntar por la conveniencia de mantener ese orden o, por el contrario, por la de buscar otros horizontes. Permítaseme que eche mano al respecto de una comparación arriesgada, y que anote que el hecho de que el general Franco decidiese ocupar Barcelona y Madrid a principios de 1939, en los estertores de la guerra civil española, puede explicarse, sin mayores problemas, en virtud de un ejercicio militar de lógica inapelable. La certificación de que ese ejercicio era lógico en modo alguno reclama, sin embargo, ningún gesto de simpatía con la empresa de Franco. Entender que los bolcheviques tenían pocas opciones no obliga en modo alguno, en otras palabras, a refrendar la fe sin límites que aquéllos tenían en la adecuación de sus principios y posiciones. Se trataba, sin más, de dar por buena la afirmación de Victor Serge: “El partido vivía inmerso en cierto reconocimiento de que la más leve relajación en su autoridad podía abrir el camino a la reacción”[398]. No sin agregar, claro, que la reacción era, por muchos conceptos, el propio partido.

LAS REIVINDICACIONES DE LOS INSURRECTOS

La dureza de la respuesta bolchevique ante la sublevación guardó relación

estrecha con una circunstancia importante: la insurrección no se produjo en nombre del "pueblo", sino, antes bien, en nombre de los principios que habían guiado la revolución de Octubre[399], o, al menos, en el de una determinada interpretación de lo que significaban esos principios. De esta manera, los sublevados estaban contestando la legitimidad del régimen surgido a finales de 1917. No sólo acogieron como propio el léxico revolucionario nacido al amparo de la revolución de Octubre[400]: defendieron también la alianza de campesinos, obreros y soldados que, sobre el papel, había sido postulada por los bolcheviques durante la guerra civil. El resultado mayor de esta acumulación de opciones fue la formulación de demandas intolerables para los gobernantes, no en vano acarreaban una contestación de su poder y se realizaban, además, en nombre de los soviets. "Expresaban el sufrimiento y la voluntad del pueblo, y agujereaban por lo tanto la conciencia del liderazgo bolchevique de una manera más dolorosa de lo que podría haberlo hecho cualquier otro movimiento de oposición", recuerda Avrich[401]. Sabemos que, al cabo, la respuesta de Lenin y de Trotski acarreó, sí, elementos varios como la instauración de la NEP y la búsqueda de acuerdos con las potencias capitalistas, pero nunca la reconstrucción de los soviets libres y horizontales.

Importa subrayar lo que por lo demás parece evidente: los insurrectos no sentían simpatía alguna por los generales blancos, por los grandes terratenientes o por los empresarios capitalistas, de la misma suerte que estaban muy lejos de un programa como el menchevique, que reclamaba la restauración de las instituciones derrocadas en octubre de 1917, acompañada de la reapertura de cauces para el pluripartidismo y del respeto de las libertades. El estado de ánimo de los insurrectos acaso quedaba bien reflejado por un texto de las *Izvéstiya* —el órgano de prensa local— de Kronshtadt que recogía la opinión de un campesino, formulada con ocasión del octavo congreso de los soviets: "Todo anda a las mil maravillas: la tierra es nuestra pero los cereales son vuestros, el agua es nuestra pero los peces son vuestros, los bosques son nuestros pero la madera es vuestra"[402]. Anté Ciliga atribuyó palabras similares a un obrero: "La tierra es nuestra, el trigo

es suyo; Bakú es nuestro, el petróleo es suyo; las fábricas son nuestras, pero lo que producen es suyo"[403]. El poder burocrático emergente lo describían, a tono con argumentos que ya hemos glosado, las propias *Izvéstiya* kronshtadtianas en los siguientes términos: "Luego de desorganizar la producción bajo el sistema del 'control por los trabajadores', los bolcheviques procedieron a nacionalizar las fábricas y talleres. El trabajador dejó de ser esclavo del capitalista para convertirse en esclavo de las empresas estatales"[404]. En la misma formulación abunda otro de los textos emitidos por los sublevados:

Los obreros hicieron la revolución de Octubre para liberarse. Pero el hombre es ahora más esclavo que antes. La autoridad policiaca de la monarquía se ha transmitido a los usurpadores comunistas que, en vez de libertad, lo que han dado a los oprimidos es el miedo a caer en las garras de la *Cheká*, cuyos horrores superan a los de la policía zarista. […] Pero lo más abominable, lo más criminal de todo, es la servidumbre moral que han engendrado: se han apoderado del pensamiento, de la mente, de los trabajadores y han obligado a éstos a pensar según su única fórmula. Por medio de los sindicatos estatalizados, han encadenado a cada obrero a su máquina, han aplastado el trabajo creador para que resucite la esclavitud[405].

No era difícil identificar, por detrás de textos como éstos, una autocrítica en lo que respecta a las ilusiones que se abrazaron en octubre de 1917, cuando "pareció que el pueblo conquistaba sus derechos"[406]. "Ha surgido" —antes bien— "una nueva esclavitud. Dentro de la economía el campesino se ha convertido en siervo, y el obrero en un asalariado en las fábricas estatales. Los trabajadores han quedado casi exterminados"[407].

Dejemos claro, de cualquier modo, que, como quiera que los sublevados no colocaron sobre la mesa ningún programa preciso, en sus reivindicaciones se hicieron valer mucha improvisación y, al tiempo, y a menudo, aspiraciones limitadas que, antes que reclamar la caída del gobierno, reivindicaban sin más elecciones libres en los soviets. En el terreno político despuntaron ante todo demandas ajustadas a lo que rezaba

la Constitución de 1918, en un escenario mental marcado por el deseo de dejar atrás las asambleas constituyentes y su lógica burguesa, pero de hacer otro tanto, también, con la dictadura del partido bolchevique y su capitalismo de Estado[408]. La resolución aprobada el 1 de marzo por los revoltosos exigía elecciones a los soviets, con escrutinio secreto, libertad de palabra y de prensa para obreros y campesinos, y para anarquistas y socialistas revolucionarios, libertad de reunión para los sindicatos y las organizaciones agrarias, liberación de los presos socialistas y de los detenidos con ocasión de movilizaciones, y supresión de los "departamentos políticos", instrumento principal de control de los bolcheviques[409]. Volin agrega que la resolución en cuestión tenía, lingüísticamente, un carácter popular, incluso rústico, y un aire cándido, algo que sugiere que era "una prueba más de que el movimiento se hallaba enteramente en manos de los obreros, que expresaban bien sus verdaderas ideas y aspiraciones, sin incitación ni directivas extrañas"[410]. En estas demandas salta a la vista el relieve que correspondía a las elecciones libres en los soviets. "Nuestros soviets no deben representar la voluntad del partido, sino la de los electores" y "Todo el poder para los soviets, y no para el partido"[411] fueron lemas recurrentes en las jornadas de la rebelión, de tal manera que no deja de sorprender que se haya señalado con frecuencia que la insurrección lo fue contra el *poder soviético*[412]. Por lo demás, y tal y como lo observa Avrich, cuando los rebeldes hablaban de libertad, el concepto se vinculaba claramente con los obreros y los campesinos, y no con los terratenientes o los empresarios capitalistas. "No había ningún lugar en su programa para un parlamento liberal", apostilla el propio Avrich[413].

En el terreno de la economía son dos los hechos que conviene resaltar. El primero subraya que, aun cuando es cierto que algunas de las demandas iniciales de los sublevados tenían un innegable carácter económico —reivindicaban, por ejemplo, una mayor libertad de comercio—, al poco se hizo evidente la primacía de cuestiones inquietantemente *políticas*. Lo mismo había sucedido, en realidad, con muchas de las reivindicaciones formuladas por los comités de fábrica en ciudades como Petrogrado y

Moscú, en inicio plasmadas en reivindicaciones como las que reclamaban la distribución de raciones, la desaparición de los destacamentos de inspección o la posibilidad de buscar aprovisionamiento en el campo. Pero, y en un segundo estadio, bueno es que recordemos, con Nick Heath, que en el escenario mental ofrecido por la guerra civil la reivindicación del libre comercio —desde nuestra atalaya una demanda de corte no precisamente revolucionario— en provecho de los campesinos tenía una condición similar a la que correspondía a la de un mayor salario y mejores condiciones de trabajo entre los obreros[414]. Es evidente que, si los problemas de abastecimiento en las ciudades inquietaban a los insurrectos, su mayor preocupación era lo que ocurría en el campo, algo relativamente fácil de explicar por cuanto muchos de los sublevados procedían en los hechos de áreas rurales. Subrayemos de nuevo que la imagen de los bolcheviques se había ido deteriorando entre los campesinos: aunque los señores habían desaparecido, el pueblo llano no tenía ninguna capacidad de decisión sobre el producto de su trabajo y era tan esclavo como antes. Ello era así hasta tal punto que resultaba evidente que los bolcheviques temían, por encima de todo, la posibilidad de una revuelta campesina general que se sumase a la zozobra que marcaba la vida en las ciudades. La cercanía a los campesinos —materializada, por ejemplo, en la demanda de una distribución igualitaria de los alimentos y en la defensa del derecho de aquéllos a disponer de tierras y ganado, siempre que trabajasen para sí mismos y no empleasen trabajadores asalariados— colocó a Kronshtadt, por lo demás, en posiciones próximas a las de los socialistas revolucionarios[415]. No deja de sorprender, en cualquier caso, que uno de los consejistas más conocidos, Gorter, viese en la revuelta de Kronshtadt un descenso de la revolución al infierno de un protagonismo campesino que invalidaría las posibilidades de una "sociedad consejista proletaria"[416].

En este marco general tiene su relieve, también, la discusión relativa a la percepción que los insurrectos blandían en relación con *bolcheviques* y *comunistas*. Arvon ha tenido a bien recordar que, a tono con el cambio de nombre oficial, se habló de *bolcheviques* hasta marzo de 1918; a partir de ese momento se extendió, por el contrario, el término *comunistas*[417].

Parece que puede afirmarse que en el período preciso que ahora nos interesa fue habitual que, aun cuando en los hechos unos y otros fueran las mismas personas, se respetase a los bolcheviques mientras, en cambio, se denostaba a los comunistas. Los primeros eran los valientes hacedores de la revolución de Octubre, que habían acabado con los nobles y entregado la tierra a los campesinos, en tanto los segundos reflejaban la podredumbre de un proceso revolucionario que se difuminaba en la nada[418]. Las cosas como fueren, muchos de los artículos publicados en las *Izvéstiya* de Kronshtadt presentaban a *los comunistas* como un grupo apartado del pueblo, ajeno a éste[419]. Es verdad, de cualquier modo, que no en todos los textos de los insurrectos se le daba una connotación negativa al sustantivo *comunismo*[420]. Y lo es, también, que aunque los rebeldes rechazaban agriamente a los funcionarios *comunistas*, no actuaban de la misma manera en el caso de los miembros rasos del partido y tampoco se mostraban hostiles a la ideología comunista como un todo[421]. Salta a la vista, aun así, que muchas de las declaraciones emitidas en Kronshtadt en modo alguno se ocuparon de hilar fino en relación con estas cuestiones.

Desde la perspectiva del tantas veces citado Avrich, el proyecto de los insurrectos no apuntaba a acabar con el "comunismo", sino, antes bien, al designio de reformar éste suprimiendo al efecto las tendencias dictatoriales y burocráticas. Se forjaba desde una atalaya que no era muy diferente de la que utilizaba la oposición dentro del propio partido bolchevique, en el buen entendido de que esa oposición a duras penas exhibía un rasgo decisivo para entender la revuelta de Kronshtadt: la preocupación, ya mentada, por lo que ocurría con los campesinos[422]. Aun con ello, representantes significados de la oposición, como era el caso de Shliápnikov y de Kolontai, no dudaron en descalificar la insurrección y en atribuirla a la "espontaneidad anarquista pequeño-burguesa"; la propia Kolontai anunció que enviarían voluntarios al frente[423]. Volin recuerda, por otra parte, que los revoltosos no dejaron de hablar del "poder" de los soviets, en lugar de desterrar esa palabra y referirse a la "coordinación", la "organización" y la "administración" de aquéllos[424]. No resultó infrecuente, en fin, que el

programa de la insurrección fuese descrito como “comunista” y que se sugiriese, con lógica, que era un programa más comunista que el de los bolcheviques. En tal sentido hubo quien señaló que “expresaba, en las condiciones de la época, la concepción del comunismo libertario opuesto al estatalismo ‘socialista’, la concepción federalista opuesta al centralismo burocrático”[425].

Más allá de estas observaciones conviene reseñar lo principal: a los ojos de los insurrectos el partido bolchevique no defendía los intereses de los trabajadores. Lo único que deseaba era, sin más, conservar el poder. “Y para ello todos los medios le parecen buenos: difamación, engaño, violencia, asesinato y aun venganza sobre las familias de los rebeldes”, apostillaban las *Izvéstiya* de Kronshtadt[426]. Al cabo, lo que los sublevados exigían era una “tercera revolución”. Si la primera había sido la de febrero de 1917 y la segunda la de octubre del mismo año, la tercera debía acabar con la burocracia y restablecer el poder de unos soviets autónomos que se emancipasen, frente a la represión policial y la tortura, de la tutela de un partido omnicontrolador.

LA REACCIÓN BOLCHEVIQUE

A efectos de entender la dura represión con la que el gobierno bolchevique respondió a la revuelta de Kronshtadt es importante recordar que esta última se produjo en el centro neurálgico del país, a unos pocos kilómetros de la que había sido capital hasta 1918, Petrogrado, la ciudad más relevante en términos de lo ocurrido al calor de las dos revoluciones del año precedente. Pese a lo que rezaba la retórica oficial, que examinaremos inmediatamente, parece razonable afirmar que los bolcheviques sabían que el movimiento insurreccional no estaba dirigido desde fuera y se situaba, por añadidura, claramente a la izquierda del propio proyecto bolchevique. Lenin reconoció que los insurrectos “no quieren a los guardias blancos, pero tampoco quieren nuestro régimen”[427]. En la trastienda despuntaba, desde las instancias gubernamentales, un visible temor a que se verificase una alianza entre Kronshtadt y revueltas campesinas como las que se habían ido desarrollando en Tambov y en la Siberia occidental. Más allá de lo anterior,

los bolcheviques no las tenían todas consigo en lo que hace a la conducta de sus partidarios en Kronshtadt, en muchos casos atraídos por el horizonte de la deserción. Sus recelos al respecto estaban justificados. Trotski reconoció después que un 30 por ciento de los bolcheviques presentes en Kronshtadt apoyó la insurrección mientras un 40 por ciento permaneció neutral, en un escenario marcado por el hecho, ya reseñado, de que en el partido se habían producido en los meses anteriores muchas defecciones[428]. Las cosas como fueren, los responsables de la represión sabían que el mensaje que llegaba de los insurrectos podía atraer a muchos bolcheviques y, con ellos, a muchos soldados del Ejército Rojo, circunstancia que vino a justificar una severa censura en lo que se refiere a las noticias procedentes de Kronshtadt. Ciliga ha tenido a bien subrayar que la propaganda bolchevique no podía ocultar lo evidente: las reivindicaciones de los marineros se situaban claramente en la estela de octubre de 1917, y no en la de los generales blancos o en la de los servicios secretos extranjeros[429].

Obligado estoy a dar cuenta de cuál fue el criterio maestro que inspiró las posiciones de los dirigentes bolcheviques. En un lugar en el que la crítica libre estaba proscrita, y en palabras de Ida Mett, "cualquier comunista podía declarar contrarrevolucionario a un proletario que defendiese sus derechos y su dignidad de clase"[430]. Lo que al respecto, y en los hechos, cobró cuerpo fue una repetición del ejercicio de propaganda desplegado durante la guerra civil, visiblemente encaminado a demonizar los ejércitos blancos y a presentarlos como una amenaza de restauración del viejo orden[431]. Si semejante propaganda tenía su sentido aplicada a los blancos, resultaba mucho más delicada la operación que invitaba a endosarla a los insurrectos de Kronshtadt. Al movimiento de éstos se le asignaron al cabo tres grandes sambenitos. Se dijo que era un complot reaccionario, que tenía una inspiración pequeño-burguesa y que obedecía al impulso de una contrarrevolución campesina. Al amparo de estos sambenitos se dibujó, por añadidura, una amalgama conspiratoria en la que se daban cita generales blancos, mencheviques, eseristas, anarquistas y otros, sin ninguna voluntad de distinguir las posiciones respectivas. Por detrás lo que despuntaba era una idea principal: la de que cualquier contestación del poder bolchevique

era ontológicamente reprobable. Lenin se sirvió afirmar, en este orden de cosas, que “nosotros no necesitamos oposición alguna, camaradas; no es tiempo para ello”[432]. Ni siquiera dentro del partido, en el que se imponía, según su dirección, hacer frente a la “desviación” sindicalista y anarquista que asomaba la cabeza.

Cierto es que, más allá de la descalificación fácil que acabamos de reseñar, varias fueron las críticas, de contenido más preciso, que desde el poder bolchevique se vertieron contra los sublevados. Acaso podemos reducirlas a tres. Si la primera se refería al ascendiente que los militares zaristas habrían tenido sobre la insurrección, la segunda llamaba la atención sobre los cambios registrados en la condición de los marineros y la tercera, muy próxima a la anterior, se interrogaba por el origen social y nacional de éstos. Por lo que se refiere a la primera de estas materias, no deja de ser curioso que los “especialistas” presentes en Kronshtadt en el momento del motín fuesen militares zaristas que habían sido reincorporados por los propios bolcheviques. Mientras unos eran voluntarios, otros estaban sujetos a un servicio obligatorio[433]. Esto aparte, el papel que desempeñaron en la insurrección se antoja muy reducido, en cualquier caso menor que el que correspondió, de nuevo, a los “especialistas”, ahora del otro lado de la trinchera, en la represión de la revuelta. Por lo que a la condición de los marineros se refiere, a menudo se subrayó —lo hizo, en singular, Trotski— que nada tenían que ver con los héroes de 1917. Victor Serge se preguntó, con buen criterio, si no había cambiado también, y mucho, el partido en el que Trotski militaba[434]. Se adujo que los insurrectos se habían convertido en una masa burguesa, en “gentes de segunda fila”[435]. Según Trotski, la marinería contaba con “un elevado porcentaje de elementos completamente desmoralizados, que llevaban ostentosamente pantalones acampanados y se peinaban a la última moda”[436]. El propio Trotski se empeñó en recalcar, sin fundamento alguno, que los sublevados no buscaban otra cosa que raciones más grandes. Con arreglo a otra versión de los hechos, el traslado de la capital a Moscú, en 1918, habría tenido cierto efecto de descapitalización revolucionaria en Kronshtadt.

Y, sin embargo, las tres cuartas partes de los marineros parecían estar

radicados en la base desde antes de 1918. En buena medida ello podía explicarse por cuanto se trataba, en muchos casos, de personal especializado no fácilmente sustituible por reclutas de reciente incorporación. Curioso es, por otra parte, que los marineros denigrados por Trotski mostrasen, sin embargo, una severa resistencia, pese a sus pantalones acampanados, ante las acciones del Ejército Rojo. Y llamativo resulta que con el paso de los años, y ya víctima de la insidia estalinista, el propio Trotski a duras penas cambiase su impresentable versión de lo ocurrido en Kronshtadt. Si, por un lado, no dudó en identificar la insurrección con una genuina contrarrevolución, por el otro en todo momento apreció en el gobierno bolchevique una instancia "proletaria" empeñada en garantizar el progreso. En 1938 Trotski seguía calificando de "antiproletaria", y no de "antibolchevique", la sublevación. Un año antes había afirmado que, ante Kronshtadt y ante Majnó, los bolcheviques habían defendido "la revolución proletaria frente a la contrarrevolución campesina". Para a continuación agregar que los anarquistas españoles habían defendido, y defendían todavía, al amparo de la guerra civil librada entre 1936 y 1939, "la contrarrevolución burguesa frente a la revolución proletaria"[437]. Si lo primero, fraseología vacua aparte, puede compartirse, lo segundo difícilmente se sostiene, a menos que el lector piense que Trotski encabezaba alguna suerte de revolución proletaria, y a menos, también, y por cierto, que vea en los campesinos un grupo humano tan despreciable como ontológicamente contrarrevolucionario. Significativo es que el propio Trotski, tras recomendar que se dejasen de lado "las consignas pomposas y las falsas etiquetas", se despachase con esta rápida definición de lo ocurrido en Kronshtadt: "Una reacción armada de la pequeña burguesía ante las dificultades de la revolución socialista y el rigor de la dictadura proletaria"[438]. Tiene su gracia, en suma, que, años después, la propaganda estalinista calificase de trotskistas a los marineros, mientras cierta propaganda trotskista los describía, a su vez, como estalinistas.

En la trastienda de algunas de las disputas anteriores se hallaba otra —ya lo he señalado— relativa al origen social y nacional de los marineros insurrectos. Tampoco parece que en este terreno se hubiesen registrado, pese a la propaganda bolchevique, rupturas mayores con respecto a 1917.

La lista de los quince integrantes del Comité Revolucionario Provisional invita a recelar de lo que rezaba esa propaganda[439]. Muchos de los sublevados eran hijos de campesinos pobres, conscientes del sufrimiento que padecían sus progenitores. Según una estimación, más de las tres cuartas partes de los marineros —un porcentaje sin duda más alto que el de 1917— eran de origen campesino. Por otra parte, aunque conforme a una versión de los hechos tanto en ese año como en 1921 muchos de los insurrectos no eran rusos —se registraba una presencia significativa de ucranianos—, con lo que en modo alguno cabe descartar que en sus posiciones y demandas esta circunstancia ejerciese alguna influencia, es muy probable que muchos de quienes pasaban por tales, por ucranianos, fuesen en realidad rusos que vivían en Ucrania.

Pero, y con arreglo a lo que he señalado unas páginas atrás, hay que hacer un esfuerzo para entender el porqué de la respuesta asumida por los gobernantes bolcheviques. Si se tenía una fe ciega en el proyecto de éstos, algo muy común, era inevitable concluir que había que defenderlo a toda costa. Esto al margen, era frecuente que se subrayase que una revuelta popular, por razonables que pudiesen ser sus fundamentos, bien podía servir para fortalecer el poder de los generales blancos y cancelar todo tipo de perspectiva revolucionaria. Desde esta atalaya, y bien es verdad que en ausencia de argumentos sólidos acompañantes, se sobreentendió que el programa "izquierdista" de Kronshtadt no era sino una tapadera para propiciar una sublevación general, de tal suerte que, una vez verificada ésta, cambiaría de cara y aparecería la versión, manifiestamente contrarrevolucionaria, de ese programa. Ya he anotado que sobran los motivos para concluir que los bolcheviques sentían un atávico temor, en fin, ante el riesgo de que la insurrección provocase estallidos de simpatía entre obreros y campesinos, y también en unas u otras unidades militares. No puede negarse, por lo demás, que, tal y como lo observa Avrich, los insurrectos arrojaron todas las culpas de lo que sucedía en Rusia sobre el gobierno bolchevique, y olvidaron, de resultas, las secuelas de la guerra civil y de la intervención extranjera[440], en el buen entendido de que es legítimo discutir si estos dos últimos fenómenos no guardaban relación, en un grado u otro, con la condición de la propia apuesta bolchevique.

Agreguemos, en suma, que tanto Trotski como Zinóviev —el primero, frente a todas las evidencias, intentó rebajar, en provecho del segundo, su responsabilidad en lo ocurrido— se convirtieron, a los ojos de los sublevados, en los culpables principales de la represión. En lo que se refiere a la figura de Lenin, durante unos días se hizo valer algo similar a lo que había sucedido antaño con la del zar: mientras los insurrectos denostaban a los traidores y corruptos boyardos, el soberano quedaba libre de toda culpa. Sólo cuando, el 8 de marzo, Lenin echó mano de la retahíla que hablaba, en relación con Kronshtadt, de los generales blancos y de la presencia de elementos pequeño-burgueses en la población, los sublevados asumieron una crítica frontal del máximo dirigente bolchevique, una crítica que no dejaba de subrayar, ciertamente, la sorpresa de que Lenin actuase de tal manera[441]. Un texto de las *Izvéstiya* de Kronshtadt sugirió que Lenin era un prisionero de otros, y que, en condición de tal, se veía obligado a calumniar como lo hacían esos otros[442].

LA PRESENCIA ANARQUISTA EN LA REVUELTA

Es evidente que hubo anarquistas en la revuelta de Kronshtadt. Lo suyo es reconocer, sin embargo, que esta última la vertebró un movimiento más bien espontáneo, y heterogéneo, de carácter antiautoritario. En él se dieron cita, junto a los anarquistas, eseristas de izquierda y —como ya sabemos— muchos de los bolcheviques locales. Que la sublevación respondió a un impulso general de carácter *libertario*, antes que a una iniciativa doctrinal e ideológicamente *anarquista*, acaso alguna relación guarda con una descripción llamativa: Maksim Gorki, el renombrado escritor, le explicó a Emma Goldman que los marineros de Kronshtadt eran “anarquistas instintivos”, y aclaró que por tal entendía a personas que no se dejaban llevar por nociones preconcebidas, que no eran particularmente complejas y que se mostraban muy receptivas[443].

Resaltado lo anterior, conviene recalcar que la mayoría de los anarquistas que se habían significado en Kronshtadt en 1917 ya no estaban en la isla cuatro años después, de tal suerte que lo más que se podía decir era que en el comité revolucionario que cobró cuerpo había algún miembro al que se

suponían tendencias anarquizantes. Aun con ello, Marie identifica, sin dudarlo, tres anarquistas entre los quince integrantes del Comité Revolucionario Provisional[444]. Si no hay ningún dato, por otra parte, que invite a concluir que los libertarios de Kronshtadt disponían de alguna organización sólida, hay que recordar que a menudo, y al menos durante un tiempo, menudearon las dificultades a la hora de distinguir entre anarquistas y bolcheviques. No se olvide —ya lo sabemos— que la mayoría de los primeros habían recibido con los brazos abiertos la revolución de Octubre, y que no faltaban entre los libertarios quienes pensaban que el bolchevismo era un "marxismo bakuninizado"[445]. Cierto es que se hace cuesta arriba aceptar que semejantes visiones conservaban su vigor a principios de 1921.

El nexo entre lo que reclamaban los insurrectos en Kronshtadt, por un lado, y el pensamiento y las prácticas libertarias, por el otro, se hizo evidente cuando los primeros procedieron a defender la autonomía de los soviets y se empeñaron en reflotar sindicatos no domesticados. Una y otra demanda colocaban a los sublevados en posiciones próximas al movimiento libertario, cuyos restos, por añadidura, saludaron sin recelos la revuelta. Avrich ha recalcado que lemas como los relativos a los "soviets libres", a la "tercera revolución" o al designio de acabar con la "comisariocracia", o la propia consigna que rezaba "todo el poder para los soviets pero no a los partidos", tenían una insorteable connotación libertaria[446]. El propio Avrich entiende que, puestos a la busca de una ideología inspiradora de la revuelta, esa ideología no era otra que una especie de "anarcopopulismo" empeñado en hacer realidad los viejos lemas *naródniki* que remitían a la demanda de "tierra y libertad" y a la reivindicación de la "voluntad del pueblo". Todo ello de la mano de una laxa federación de comunas autónomas en virtud de la cual campesinos y proletarios deberían vivir en cooperación armoniosa, al amparo de una actividad política y económica organizada desde abajo[447]. Obligado es subrayar que, pese a ello, y al menos en términos estrictos, los insurrectos nunca reivindicaron de forma expresa la desaparición del Estado.

DE TROTSKI A LOS ARCHIVOS SOVIÉTICOS: EL LIBRO DE JEAN-

JACQUES MARIE

No parece que la apertura de los archivos soviéticos haya traído novedades notables en relación con lo ocurrido en Kronshtadt en 1921[448]. Hay quien piensa, aun así, que los materiales incluidos en esos archivos han fortalecido la tesis de que la revuelta se hallaba estrechamente vinculada con una conspiración foránea. Ningún motivo sólido invita a extraer esa conclusión, tanto más cuanto que cabría preguntarse, entonces, por qué los documentos que certificarían esa relación habrían permanecido ocultos durante siete décadas, cuando con toda evidencia habrían venido a apuntalar el discurso oficial en la URSS.

Hasta donde llega mi conocimiento, y lejos de las publicaciones en ruso, el único libro que, en las lenguas del occidente europeo, ha trabajado con profusión y talento lo que los archivos soviéticos podían incluir con respecto a Kronshtadt es el de Jean-Jacques Marie titulado, escuetamente, *Cronstadt* [449]. Sobran las razones para afirmar que el texto en cuestión es, en las lenguas mencionadas, el retrato más pormenorizado de lo ocurrido en marzo de 1921, con una consistente incorporación de material procedente de los archivos invocados. El libro de Marie —un estudioso que no oculta su cercanía a Trotski— es, por lo demás, un trabajo extraño que invita a un cauteloso diálogo que sería imposible de mantener, en cambio, y en lo que a Kronshtadt se refiere, con los representantes de la vulgata estalinista[450]. Mi impresión general es que, bien que a regañadientes, y a pesar de sus simpatías ideológicas, Marie ha iniciado una cautelosa aproximación a quienes, frente a la posición de los dirigentes bolcheviques, dieron por buena la defensa de la sublevación. Anoto esto aquí para que no se interprete que las críticas de las percepciones de Marie que a continuación enuncio remiten, sin más, al deseo de desmantelar un acopio de información que —repito— me parece más que loable.

El primer problema del libro de Marie es, no sin paradoja, la prolijidad del relato. Uno tiene por momentos la impresión de que esa prolijidad obedece al propósito de acumular pequeñas historias que enfangan la causa de los insurrectos: que si protestaban porque no tenían botas, que si se quejaban de la comida, que si resultaban lamentablemente indisciplinados y

arrogantes, que si eran unos privilegiados alejados del frente, que si algunos de los marineros habían peleado del lado de los blancos, que si inventaban falsedades como la relativa a la esposa de un cuadro del partido que se bañaba con champán francés, que si con frecuencia difundían mensajes antijudíos… Probablemente lo que Marie desea subrayar es que no todo era trigo limpio en Kronshtadt. Aceptado queda, tanto más cuanto que en el seno de la insurrección operaban muchas corrientes distintas y, a buen seguro, no faltaban intereses mezquinos. Es fácil, sin embargo, que el procedimiento —admitamos que bien puede ser el producto, sin más, del designio de retratar de la manera más prolija posible lo ocurrido— propicie conclusiones equivocadas, y ello por mucho que sea cierto que, en términos estrictos, Marie no descalifica la sublevación, esto es, guarda las distancias en lo que se refiere al discurso fácil y monocorde que defendieron los dirigentes bolcheviques del momento. No sólo eso: no oculta tampoco su visible malestar ante la represión padecida por los insurrectos.

Si tengo que aportar al respecto alguna explicación, me atreveré a sugerir que muchos seguidores de Trotski —y ya he señalado que Marie con toda evidencia lo es— se sienten profundamente incómodos ante lo ocurrido en Kronshtadt, lo que no impide que las más de las veces prefieran salvar la cara a su dirigente carismático, aun a sabiendas de que la posición del propio Trotski era difícilmente defendible. En el libro que me ocupa, Lenin y Trotski salen casi siempre bien parados, de tal forma que, como mucho, se les atribuye algún pecadillo menor. Permítaseme que ironice y recuerde que, luego de leer las muchas páginas de un texto muy voluminoso, pareciera como si la única acusación expresa vertida sobre Trotski es la que se revela en labios de su médico, quien sugirió que el dirigente bolchevique comía poco y mal… Cierto es que Marie concede que Trotski interpretó, con excesiva precipitación, que en términos militares Kronshtadt sería fácilmente doblegado. Pero lo realmente llamativo es que nuestro autor, que es afortunada y extremadamente puntilloso a la hora de analizar un sinfín de hechos que se antojan menores, pasa en cambio como sobre ascuas cuando se trata de sopesar la conducta de Trotski. En este caso se intuye que, poco satisfecho, pese a todo, con la conducta del patrón, decidiese dar cuenta de ella de forma muy somera, cabe suponer —interpreto yo maliciosamente—

que en la confianza de que el lector, aturdido por la lectura del prolijo material que llena el libro, no le prestará mayor atención a esas escasas y lacónicas líneas. Así, Marie nos recuerda que Trotski, sorprendentemente desmemoriado, no recordaba su —bien es cierto que fugaz— visita a Petrogrado durante los días de la insurrección. Nuestro autor subraya, por añadidura, que el creador del Ejército Rojo firmó todas las órdenes y decretos que permitieron la represión de aquélla[451]. En otro momento Marie señala que en marzo de 1922 Trotski sugirió que toda crítica vertida contra la dirección del partido y su política debía ser rechazada, y anota, cabe suponer que a manera de expresión de disensión, que el dirigente bolchevique parecía entender que esas críticas tenían que ser por fuerza demagógicas[452]. Al cabo mi impresión es que la estrategia mayor de Marie consiste en salvar la cara a Trotski sin demonizar, al tiempo, a los insurrectos.

El problema mayor del libro de Marie no es, con todo, lo anterior, sino el designio de esquivar el debate principal, que no es otro que el que planteaban los sublevados con sus reivindicaciones. Marie sobreentiende que no había otros horizontes que los que proporcionaban el poder bolchevique y los ejércitos blancos. De la mano de un argumento que por fuerza tiene que ser polémico, concluye, además, que el triunfo de la revuelta hubiese supuesto el final de la propiedad estatal y la restauración de la propiedad privada. Y al respecto, y de nuevo, da por descontado que el régimen de propiedad instaurado por los bolcheviques debía ser respetado a carta cabal. Nuestro autor entiende que los sediciosos, en Kronshtadt como en Tambov, no deseaban otra cosa que “crear una república de pequeños campesinos propietarios que cultiven sus parcelas”, de tal suerte que defendían una “desnacionalización parcial de las empresas” y denunciaban las granjas colectivas. “La hostilidad a la propiedad estatal los inunda”[453], apostilla, sin preguntarse qué tipo de proyecto emancipador acarreaba, *per se*, una propiedad estatal secuestrada por la burocracia incipiente. Aún más penoso es que Marie extraiga una conclusión visiblemente desbocada del hecho de que Petrichenko, el máximo responsable del Comité Revolucionario Provisional, afirmase tiempo después que la introducción de

la NEP había dado satisfacción plena de las demandas de los insurrectos, como si su opinión valiese por la de todos éstos y como si semejante declaración no adquiriese forma en el contexto de una petición, un interesado acto de contrición, entregada en el consulado soviético en Helsinki[454]. Marie se hace moderadamente eco, por otra parte, de un argumento que ya hemos glosado: el que viene a sugerir que el carácter formalmente izquierdista de las demandas de los sublevados no era sino un engaño orientado a propiciar el triunfo de la insurrección, y a dividir a los bolcheviques, para que aquélla exhibiese después su verdadero rostro, inequívocamente contrarrevolucionario[455]. Llamativo resulta, también, que el autor de *Cronstadt* ponga cierto empeño en señalar que en 1994 el a la sazón presidente ruso, Borís Yeltsin, decidió rehabilitar a los marineros de Kronshtadt, "en pleno desmantelamiento destructor de la propiedad del Estado en provecho de la *nomenklatura* mafiosa"[456]. Al parecer, antes de esa fecha, y durante muchos decenios, la propiedad "del Estado" no había estado en manos de una *nomenklatura* mafiosa…

En la trastienda lo que resulta fácil apreciar, del lado de Marie, es una negativa cabal a discutir los cimientos del poder bolchevique. Es ilustrativo, en particular, que en un buen trecho del libro nuestro autor distinga el estadio propio de la "protesta" y el característico de la "rebelión"[457], sin hacerse ninguna pregunta relativa a la legitimidad de ese poder, que es lo que al cabo planteaban, sin ningún género de dudas, los rebeldes de Kronshtadt. Cuando se entiende que es disculpable, e incluso compartible, la protesta, pero se rechaza firmemente la rebelión, se está dando por supuesta una legitimidad, la del poder bolchevique, que es lo que, a mi entender, se impone discutir. Otro tanto ocurre cuando Marie da a entender que los bolcheviques no podían tolerar la celebración de unas elecciones que revelasen "la existencia de dos poderes iguales y rivales"[458]. Más allá de ello, el libro da por descontado que en 1921 el partido bolchevique no había experimentado ninguna degradación mayor, por mucho que "algunos de sus nuevos adherentes fuesen arribistas, a menudo surgidos de partidos hostiles a los bolcheviques, y por mucho que algunos de sus antiguos miembros se hubiesen convertido en burócratas ávidos de privilegios

todavía raros”[459]. Que Marie no desee tomar nota de lo que suponían, ya en 1921, la dirección por un solo hombre, la anulación de la capacidad autónoma de decisión de los soviets y los comités de fábrica, o la militarización del trabajo indica que, una vez más, nuestro autor se inclina por discutirlo todo excepto lo realmente importante. A la postre, lo que Trotski, tras acatar enfermizamente la disciplina del partido, pareció sostener después fue que algún tipo de protesta, e incluso de revuelta, hubiese sido legítimo años más tarde, cuando él mismo había sido expulsado del escenario de la URSS y había tenido que buscar, perseguido, el camino del exilio. Antes de 1921, y en cambio, nada había ocurrido que remitiese a una lamentable degradación del programa de octubre. Si a Lenin la conciencia en lo que hace a los riesgos de la burocracia le llegó demasiado tarde, en el caso de Trotski su manifestación, de nuevo tardía, se vio trabada por el firme designio de salvar el papel que él mismo había asumido en los años siguientes a 1917.

EL FINAL DE MUCHAS COSAS

Es lícito afirmar que el fracaso de la sublevación de Kronshtadt fue también el fracaso de las iniciativas que apuntaban a recuperar, en Rusia y en otros países cercanos, el horizonte de una revolución social articulada desde abajo, sin burocracias ni dirigentes, acompañada del designio de devolver a proletarios y campesinos el protagonismo que les había sido sustraído. Ida Mett sostuvo al respecto que la insurrección se produjo en la linde de dos épocas, toda vez que, por un lado, puso fin a la fase espontánea y popular de la revolución, cargada de esperanza, y, por el otro, se vio seguida por la consolidación de un régimen marcado por las imposiciones[460]. Que Kronshtadt, a pesar de la cordura de lo que reivindicaba, y de la valentía de quienes lo hacían, fue un fracaso lo testimonia un hecho preciso: lejos de abrir el camino al autogobierno popular, permitió que se consolidase la dictadura que era objeto de contestación. Esta última se instaló en plenitud dentro del propio partido bolchevique. Para Anweiler, en suma, “Kronshtadt fue una última señal de la agonía de un país agotado, y no la bandera de la ‘tercera revolución’”[461].

En ese escenario, lo menos que puede decirse es que los sublevados hicieron gala de un escaso realismo y de mucha improvisación, circunstancias ambas que remitían, por fuerza, a la condición mal que bien espontánea de la revuelta. Las causas del fracaso de ésta fueron, como ya sugerí, muchas: la ingenuidad en lo que se refiere a una eventual negociación, la indulgencia con respecto a los bolcheviques locales, la decisión de no postergar la sublevación, la ausencia de planes que acarreasen la posibilidad de desarrollar algún tipo de ofensiva, el pésimo estado de muchas de las instalaciones militares en la isla, la precariedad de los suministros de alimentos, la visible superioridad, en material y en efectivos, del Ejército Rojo… Pero, junto a todo ello, los apoyos externos recibidos fueron nimios, y en el mejor de los casos quedaron reducidos a livianos gestos de simpatía en un escenario, claro, de represión extrema que dificultaba la expansión de la revuelta. Los sublevados no habían establecido, de cualquier modo, ningún procedimiento de relación con otras flotas, y en singular con la del mar Negro, y ello pese a que en esta última el estado de ánimo no era muy distinto del de Kronshtadt. El propio aplastamiento de la rebelión tampoco parece que se tradujese en muestras de solidaridad en Petrogrado o en otros lugares. A todo ello se agregaron, del lado bolchevique, los efectos de la decisión de instaurar, al calor de la NEP, un impuesto fijo que acabase con los requisamientos de los productos agrarios. Ese impuesto apagó buena parte del eco de insurrecciones campesinas como las de Tambov y Tiumén.

Por lo que al bando bolchevique se refiere, lo poco que pudiera quedar de una apuesta por una revolución social, desde abajo, se lo llevó la represión de la revuelta de Kronshtadt. Lo que vino después, en la forma del socialismo de cuartel y sus aberraciones, ya lo conocemos. Lo que pudiese quedar, también, de un proyecto *comunista* se evaporó. La idea, por lo demás, de que el triunfo de la insurrección hubiese sido la derrota de la revolución se vio manifiestamente contestada por un hecho cierto: al fracaso de la revuelta siguió la entronización cabal de la miseria autoritaria y oligárquica que los revoltosos habían querido contestar. Mientras muchos elementos capitalistas se reintrodujeron al poco al amparo de la NEP, “la dictadura de un solo partido dejó al proletariado sin posibilidad de

defenderse contra esas fuerzas capitalistas", tanto más cuanto que los sindicatos habían perdido cualquier atisbo de independencia[462]. También aquí, del lado de muchos bolcheviques, hay que hablar de ingenuidad, toda vez que no faltaron quienes pensaron que la dictadura tendría un carácter provisional —se justificaba, por otra parte, en virtud de un panorama excepcional—, de tal suerte que era posible y hacedero acabar con ella, después, en provecho de un escenario más vivible, sin por ello comprometer los logros de la revolución[463]. Lo que al cabo ocurrió desmintió, con toda evidencia, el buen sentido de esta intuición. Hay que dar por descontado, también, que menudearon los bolcheviques sorprendidos al comprobar cómo aquello por lo que creían haber luchado frente a la revuelta de Kronshtadt se hacía realidad, de la mano de sus líderes, merced a la NEP. "La contrarrevolución que ha derrotado a Kronshtadt no es la contrarrevolución declarada de los blancos: es la contrarrevolución camuflada de la burocracia bolchevique"[464].

Fiel reflejo de muchos de los problemas que arrastraba la cosmovisión abrazada por los bolcheviques es la recopilación de textos de Lenin y de Trotski titulada, sin más, *Kronstadt* y publicada en 1986[465]. En ella, por encima de todo, y al tiempo que se vuelve una y otra vez sobre la tesis de una conspiración exterior, no se hace valer ningún deseo de discutir el buen sentido de las demandas de los insurrectos. Los dos dirigentes bolcheviques, y sus seguidores, daban inequívocamente por descontada la idoneidad de sus posiciones, de tal manera que no se avenían a discutirlas en grado alguno. La mejor ilustración de esta lamentable asunción es el hecho de que se consideraba demostrado que a principios de 1921, y en relación con Kronshtadt, sólo había dos horizontes: mantener indemne el poder bolchevique o sucumbir a la contrarrevolución[466]. La perspectiva de que los soviets y los comités de fábrica recuperasen su autonomía, de que se alentase un debate franco y abierto o de que los organismos represivos desapareciesen no pasaba por las cabezas ni de Lenin ni de Trotski. En esas condiciones a duras penas sorprenderá que no se hiciese valer ningún intento de negociación seria con los insurrectos, y ello pese a que alguna declaración admitiese que las tres cuartas partes de la resolución aprobada

por éstos eran admisibles[467]. Lo que primaba era, con claridad, el designio de acabar con los sublevados. Serge ha subrayado al respecto que los kronshtadtianos eran testigos peligrosos de las "contradicciones" de la "dictadura del proletariado", de tal forma que su simple existencia constituía un peligro para el partido[468]. Aun en el caso de que por detrás de la insurrección estuviesen blancos y mencheviques, con lo que podría entenderse su represión, una vez sofocada ésta, ¿por qué no sopesar, sin embargo, el buen sentido de lo que los insurrectos reclamaban? Al mando de esa represión no estaba, por cierto, Stalin: estaban, antes bien, Lenin y Trotski. A partir de Kronshtadt los partidos de izquierda, que sobrevivían con visible penuria, fueron, en suma, definitivamente proscritos. En mayo de 1921 Lenin señaló, gráficamente, que el lugar adecuado para los militantes de las fuerzas socialistas rivales era la cárcel o el exilio. Olvidó decir, eso sí, que con frecuencia su destino fue, directamente, la muerte. Aunque ya sabemos que unos años después sería también el destino de muchos de los cuadros del propio partido bolchevique.

Claro es que otro elemento decisivo para entender lo que ocurrió en Kronshtadt a principios de 1921 lo ofreció la introducción, coetánea, de algunos de los cimientos de la NEP por el gobierno bolchevique. Con ocasión del décimo congreso del partido[469], que se reunió el 8 de marzo de 1921, se aprobó, en singular, la sustitución de los requisamientos de alimentos por un impuesto en especie. Uno de los objetivos de la Nueva Política Económica estribaba en propiciar un intercambio de productos entre el medio rural y las ciudades, de la mano de una recuperación de la agricultura y de la industria, y, al cabo, de los transportes. Efecto principal de la NEP fue una reducción significativa del número de puestos de trabajo y, con ella, naturalmente, una extensión del desempleo. Si había 150.000 parados en octubre de 1921, la cifra se elevó a 1.240.000 en enero de 1924[470]. De por medio se hizo valer un manifiesto renacimiento de la lógica mercantil, no acompañado, pese a las apariencias, de un retroceso del papel omnicontrolador del Estado. Más allá de lo anterior, parece evidente que el principal beneficiario de la NEP no lo aportaron quienes sacaron provecho del despegue, bien que relativo, de las pequeñas industrias y del

comercio, sino, antes bien, los integrantes de la burocracia dirigente. Dauvé y Martin se han referido al respecto a una confrontación entre dos formas de capitalismo, el privado y el de Estado, a la postre saldada con el triunfo, no sin atrancos, de la segunda[471]. Aunque Lenin pareció concluir que el comunismo de guerra había sido una opción poco afortunada, el sistema administrativo de mando y la ideología militarizada acompañante se mantuvieron en vigor, tal y como lo señala Steve A. Smith, con la NEP[472]. Dejemos aquí de lado las agrias disputas sobre si esta última fue un retroceso táctico o, por el contrario, daba cuenta del proyecto de fondo de los bolcheviques, en cuyo caso el paso atrás lo habría constituido, claro, el comunismo de guerra.

Ciliga subraya, con buen criterio, que es un error concluir que Kronshtadt reivindicaba la introducción de medidas como las que al cabo se dieron cita en la NEP. El programa de la revuelta lo era de defensa de los trabajadores, y ello tanto frente al capitalismo burocrático como frente al capitalismo privado. Ese programa se oponía a la reaparición del trabajo asalariado en la agricultura y en el artesanado, al tiempo que propugnaba una alianza revolucionaria de proletarios y campesinos[473]. La NEP, en cambio, y en la percepción de Ciliga, contemplaba una unión entre los burócratas y los estratos superiores del medio rural frente al proletariado, esto es, aportaba una alianza entre el capitalismo de Estado y el capitalismo privado frente al socialismo[474]. Aun con esto, parece evidente que del lado bolchevique se encararon de manera diferente las demandas de carácter económico formuladas por los insurrectos, que podían aceptarse, tanto más cuanto que tenían un relieve muy limitado en el programa de aquéllos, y las de carácter político, que había que rechazar virulentamente. Baste con recordar al respecto dos sonoras declaraciones de Bujarin. La primera dice: “Tenemos que fortalecer nuestro poder sin hacer concesiones políticas, pero, por el contrario, debemos realizar cuantas concesiones económicas sean posibles”. La segunda, por su parte, asevera: “De hecho, realizamos concesiones económicas para no vernos obligados a asumir concesiones políticas”[475]. Llamativa resulta, en este orden de cosas, la decisión del aparato de propaganda bolchevique en el sentido de señalar, una vez sofocada la

rebelión, que el triunfo no era meramente militar, sino también político, toda vez que, según esta versión de los acontecimientos, no habían sido pocos los marineros sublevados que habían cambiado, al final, de bando. No pidamos, claro, que ese aparato de propaganda ofreciese alguna explicación sesuda del porqué de ese cambio de bando, que lo más probable es que tuviera muy livianas raíces ideológicas.

EL LEGADO DE KRONSHTADT

Ya he señalado que, con arreglo a la historia oficial que cobró cuerpo en la Unión Soviética, Trotski, represor principal de la revuelta, se convirtió, en un formidable desvarío, en uno de sus instigadores. Esa historia sugirió, por ejemplo, que la "decadencia" revolucionaria que Kronshtadt acarreó fue el producto de la política del propio Trotski, quien al efecto ocultó premeditadamente información sobre la insurrección que se gestaba[476]. Si durante las dos décadas siguientes Kronshtadt fue, para unos, el producto de una prescindible revuelta pequeño-burguesa frente a la revolución proletaria —ésta era la interpretación oficial en la URSS—, y aportó para otros el horizonte de una respuesta solvente de quienes todavía resistían frente a la degradación de la revolución de Octubre, no faltaron quienes, comúnmente desde el exilio, vieron en la represión de la insurrección la demostración palmaria de que los bolcheviques, de resultas del lamentable golpe de Estado asestado en 1917, se habían alejado de cualquier movimiento que mereciese la etiqueta de "popular".

La segunda de las posiciones recién referidas experimentó un rebrote significativo bastantes años después, en la estela de fenómenos como la revuelta húngara de 1956 y la checoslovaca de 1968, y, más adelante, del impulso libertario que dio alas al mayo francés de 1968. Si antes se entendía —sugiere Arvon— que Kronshtadt remitía a cierta nostalgia pequeño-burguesa, la conciencia de las miserias del *socialismo irreal* vino a devolver a la insurrección todo su peso material y simbólico como contestación de la centralización y de la burocracia[477]. Verdad es que antes, en 1938, al calor de los procesos de Moscú, y bien que a los ojos de una minoría, Kronshtadt se había presentado ya como una reacción frente a

lo que estaba llamado a ocurrir con el estalinismo. “El silencio de los muertos habla a veces más alto que la voz de los vivos”, escribió Emma Goldman[478]. Las cosas como fueren, el 18 de marzo de 1921, mientras se jactaba de la derrota de la sublevación de Kronshtadt, el gobierno bolchevique festejó a lo grande el aniversario de la Comuna parisina de 1871. “Los vencedores están celebrando el aniversario de la Comuna de 1871. Trotski y Zinóviev denuncian a Thiers y Gallifet por el asesinato de los rebeldes de París”, anotó Alexander Berkman[479].

CAPÍTULO 7
LA ‘MAJNÓVSHINA’

Entre los veranos de 1918 y 1921 se registró en buena parte de Ucrania un movimiento insurreccional, la *majnóvshina*[480], que como puede apreciarse se vincula, acaso de manera poco afortunada, pero insorteable, con el nombre de Néstor Majnó. Acarreó un intento de aplicación de un proyecto autogestionario, bien que en condiciones extremadamente adversas. Durante mucho tiempo, y para explicar lo que fue la *majnóvshina*, hemos dependido en exceso del libro de Piotr Archínov[481]. Ya he señalado en el prólogo de esta obra que a ese trabajo no puede negársele una virtud fundamental: la de haber rescatado una información preciosa que ha permitido, al cabo, que la *majnóvshina* se mantuviese en nuestra memoria. Pero lo suyo es reconocer, como contrapartida, que el texto de Archínov, peligrosamente coetáneo de los acontecimientos, tiene un carácter visiblemente apologético, de tal suerte que apenas admite defectos o errores en Majnó y en sus seguidores. Presta, por otra parte, mucha atención a las campañas militares, y muy poca a lo demás, y en singular a las prácticas autogestionarias desplegadas. Desde la convicción de que los hechos fueron más complejos de lo que retrata Archínov, hay que preguntarse, con todo, si, habida cuenta de que los bolcheviques exigieron una y otra vez que se disculpasen determinadas conductas en virtud de un criterio de eficiencia, no habrá motivos para actuar de la misma manera con los majnovistas, tanto más cuanto que el libro que me ocupa es en buena medida una réplica a las mentiras y manipulaciones que llegaban de Moscú y de Petrogrado. Más allá de las virtudes y de los defectos del trabajo de Archínov —lo suyo sería buscar algún punto de equilibrio entre el ejército de bandoleros retratado

por la propaganda bolchevique y la hagiografía archinoviana—, tenemos que hacer frente a un problema adicional: aunque disponemos de muchos testimonios orales y de un puñado de panfletos de combate, los majnovistas apenas dejaron documentos, algo que tal vez explica por qué la bibliografía que se interesa por ellos, muy afecta a repetir tópicos, es comúnmente predecible y prescindible.

EL ESCENARIO DE LOS HECHOS

Es importante precisar cuál fue el escenario en el que se perfiló el movimiento majnovista. Lo primero que conviene señalar al respecto es que los bolcheviques disfrutaban en Ucrania de menos apoyos que en otros lugares, de tal forma que su presencia entre obreros y campesinos era reducida. Ello permitió que, junto a los efectos de una sólida tradición de revueltas protagonizadas por un campesinado muy celoso de su independencia, se abriese camino un mayor pluralismo en los soviets emergentes, acompañado de un activo proceso de ocupación de fábricas y de expulsión de sus propietarios, un impulso que se hizo valer también en el campo a través de la expropiación de las tierras de los *kulakí*. Más allá de lo anterior, la estatalización de tantas relaciones que se hizo valer en Rusia no adquirió, en un recinto muy convulso, las mismas cotas en Ucrania. No se olvide, por lo demás, que en el país operaba un movimiento nacionalista que, liderado por Petliura, adquirió protagonismo en 1917 y respondió ante todo a los intereses de la burguesía nacional, de los intelectuales liberales y de los campesinos acomodados, por mucho que incorporase una retórica social a tono con los tiempos.

Para hacer el panorama aún más complejo, a todo lo mencionado se agregó una circunstancia precisa: a principios de 1918 el tratado de Brest-Litovsk dejó Ucrania en manos de austriacos y alemanes, que no dudaron en intervenir abiertamente y en restaurar muchos de los privilegios de la clase dominante en la época zarista. Una de las consecuencias principales fue la proliferación de guerrillas campesinas apenas coordinadas, bien es verdad, entre sí. En cierto momento en el país quedaron perfilados dos grandes bloques que plantaban cara al ocupante: si en su parte oriental destacaba el que se articuló en torno a un movimiento de corte libertario

que hoy conocemos como *majnóvshina*, en la occidental se hicieron fuertes, ante todo, los petliuristas. El panorama se completó con la presencia de los bolcheviques, en el buen entendido de que la firma del tratado de Brest-Litovsk supuso una retirada, bien que provisional, de éstos. Aunque no es propósito de este texto abundar en detalles al respecto, reseñemos que el gobierno impuesto por las potencias invasoras, encabezado por el *hetman* Skoropadski, se vino abajo a finales de 1918, con lo que se abrió camino un escenario diferente, en provecho inicial de Petliura y los suyos, pero saldado también con una reaparición de los bolcheviques.

Si así se quiere, la *majnóvshina* se vio beneficiada por una coyuntura excepcional, marcada por factores varios: la desintegración del aparato estatal de la Rusia zarista, el vacío político resultante, no colmado en los hechos por nadie, la ausencia consiguiente de gobierno y de fuerzas policiales, la presencia de estructuras afines a los majnovistas, y en singular los soviets, y, en fin, la formación militar obtenida en los años anteriores por esa suerte de soldados-campesinos que eran los propios majnovistas[482]. En la percepción de Dauvé y Martin, estos últimos fueron la expresión más perfecta, en el proceso revolucionario ruso, "de los esfuerzos del campesinado pobre para defender sus intereses"[483].

LA GUERRILLA MAJNOVISTA

Intentemos reseñar algunos datos relativos a lo que fue la *majnóvshina*. En el terreno militar, lo primero que hay que recordar es que los majnovistas se vieron inmersos, durante tres años, en una permanente confrontación bélica, primero con el invasor austroalemán, más adelante con los ejércitos blancos y después con los bolcheviques. Sin resuello ni solución de continuidad, y con la firme voluntad de hacer frente a todos los intentos de imponer un gobierno, fuera éste monárquico, agrario, liberal, nacionalista, menchevique, bolchevique o socialista revolucionario, hasta su derrota definitiva en el verano de 1921 los majnovistas quedaron a menudo encajonados entre el Ejército Rojo —con una relación llena de altibajos—, los nacionalistas de Petliura —mantuvieron con ellos algún coqueteo— y los ejércitos blancos —en constante y durísima colisión, primero frente a

Denikin y más adelante frente a Wrangel—.

El ámbito geográfico de acción de la *majnóvshina* lo configuró, en la Ucrania oriental, un rectángulo de 300 por 200 kilómetros en el que, según Skirda, vivían siete millones y medio de personas[484]. El frente defendido por el movimiento fue en ocasiones muy amplio; así, en octubre de 1919 tenía nada menos que 1.150 kilómetros[485]. Según una estimación, y por lo demás, en febrero-abril de 1919 los majnovistas eran unos 30.000 combatientes, con unos 70.000 guerrilleros en la reserva[486]. Muchos campesinos no estaban —conviene recordarlo— permanentemente movilizados. Si la mayoría de los integrantes del ejército insurreccional eran jóvenes de menos de 25 años de edad[487], un 80 por ciento de los insurrectos contaban entre 20 y 35 años[488]. Se hacía valer también la presencia de mujeres, bien que en número reducido. Aunque con una efímera relación con la *majnóvshina*, de entre ellas destacó la figura de Mariya Nikíforova, una militante de corte anarcocomunista que protagonizó una peripecia similar a la de Majnó y que presumiblemente acabó ejecutada por los blancos[489].

Por lo que se refiere a la organización interna, Archínov subraya que eran tres las reglas aplicadas por el ejército majnovista: el carácter voluntario de la adhesión, la celebración de elecciones para designar a los integrantes del estado mayor y del consejo —una práctica particularmente sorprendente para los bolcheviques—, y, en fin, la autodisciplina, en virtud de la cual todas las reglas internas las determinaban comisiones de guerrilleros, necesitaban de una ratificación por las instancias comunes y debían ser rigurosamente observadas[490]. Al amparo de este esquema se celebraron sucesivos congresos de campesinos, obreros y guerrilleros, y se creó un Consejo Revolucionario Militar general. Sobran los motivos para afirmar que el ejército majnovista mostró una nada despreciable eficacia, pese a la precariedad general del escenario, en el terreno estrictamente militar: si, por un lado, derrotó a los ejércitos blancos, por el otro, y cuando fue necesario, plantó cara tanto a petliuristas como a bolcheviques. Importa subrayar, en singular, que las victorias, sucesivas, sobre los blancos fueron vitales para la

preservación posterior del régimen bolchevique, sin que del lado de los majnovistas se hiciese valer, por añadidura, ninguna alianza antibolchevique como la que, por ejemplo, y en su momento, intentaron urdir en diferentes lugares militantes socialistas revolucionarios.

Sabemos, por otra parte, que entre los combatientes majnovistas era frecuente que se revelase una experiencia militar adquirida durante la primera guerra mundial. Los insurrectos disfrutaron, además, del apoyo de muchos campesinos que, no integrados formalmente en la guerrilla, co-laboraron activamente, sin embargo, con ella, entregando al efecto comida y animales, ocultando a los perseguidos u oficiando de emisarios o informadores. Los majnovistas prohibieron de forma expresa y categórica "requisamientos y confiscaciones individuales", así como los negocios privados con los campesinos. Una de las órdenes del día del ejército guerrillero rezaba que "todo insurrecto debe darse cuenta de que ese género de requisamientos no podía sino atraer a las filas del ejército insurreccional a los pícaros de la peor especie, sedientos de lucro y felices de poder perpetrar, amparándose con el nombre de los insurrectos revolucionarios, actos vergonzosos cuya ignominia caería sobre nuestro movimiento de emancipación revolucionaria"[491]. Sobre el papel, en suma, se trataba de un movimiento generoso con los soldados rivales, a los que se les sugería que, una vez liberados, regresasen a sus lugares de origen, en la confianza, sin duda, de que lo ocurrido serviría de propaganda para proyectos como el majnovista.

No han faltado las polémicas sobre la condición social de los integrantes de la *majnóvshina*. Resulta llamativo que la *Bolshaya Soviétskaya Entsiklopediya* (*Gran Enciclopedia Soviética*) describiese aquélla como un movimiento contrarrevolucionario "pequeño-burgués". Los datos que han llegado a nuestro poder no permiten apuntalar esa descripción, que tenía, claro es, un manifiesto sesgo ideológico y cabe entender que a duras penas se proponía retratar la condición social de los insurrectos. Skirda habla de un 25 por ciento de campesinos sin tierra, un 40 por ciento de campesinos pobres o con propiedades medias, un 10 por ciento de campesinos acomodados no poseedores, sin embargo, de tierras, un 10 por ciento de campesinos sin tierra que vivían de la pesca, un 5 por ciento de pastores, un

7 por ciento de trabajadores de la industria o del transporte y un 3 por ciento de "pequeño-burgueses"[492]. En el libro de Belash y Belash se habla, en suma, de un 40 por ciento de campesinos pobres y medios, de un 25 por ciento de jornaleros y de un 3 por ciento de "pequeño-burgueses"[493].

REVOLUCIÓN Y AUTOGESTIÓN

Archínov atribuye los siguientes rasgos generales a la guerrilla majnovista: desconfianza hacia los grupos que no se nutren de trabajadores y, más allá de ellos, hacia los partidos políticos, rechazo de toda dictadura, oposición a la institución Estado y defensa de la autogestión[494]. En el centro de ese proyecto estaban, con toda evidencia, los soviets obreros y campesinos, y en particular estos últimos. No olvidemos que estamos hablando de un movimiento fundamentalmente campesino, y ello por mucho que desease anudar lazos con los trabajadores urbanos. Majnó no dudó en expresar, con todo, la idea de que, siendo el bolchevique un régimen que colocaba a los proletarios urbanos por encima de los campesinos, no por ello vino a mejorar la condición de los primeros[495].

La propuesta programática —si es que de tal puede hablarse— de la *majnóvshina* era portadora de un discurso teórico mucho más elaborado de lo que una primera y superficial aproximación sugeriría. En su núcleo se hallaba, con certeza, la defensa de una organización comunista de la economía campesina, de la mano de un proyecto manifiestamente colectivo, no individual. Debería procederse, de resultas, a la creación de comunas libres, no estatalizadas, al amparo de lo que se antojaba un recelo incipiente ante lo que empezaba a cobrar cuerpo en la vecina Rusia. Al tiempo, y sin embargo, no parecía rechazarse el horizonte de un reparto igualitario de la tierra, de los aperos y del ganado, siempre sobre la base, eso sí, de una organización social del trabajo y de una distribución de los bienes desde una perspectiva solidaria. En cualquier caso, se hacía valer un visible rechazo de la condición esclava, de las arbitrariedades y de la violencia de la economía que los bolcheviques se empeñaban en imponer, y se postulaba en todo momento un pleno protagonismo, frente a la institución Estado, de las organizaciones de los trabajadores. En un terreno próximo, frente a la

demanda de creación de un banco estatal se defendía el establecimiento de un sistema bancario descentralizado que se nutriese en exclusiva del dinero aportado por los propios trabajadores[496]. Más allá de lo anterior, y según una declaración del ejército majnovista, debería procederse a la expropiación de las tierras y del ganado de los grandes propietarios, de los monasterios y de los *kulakí*. Unas y otro quedarían en manos de las asambleas de campesinos, y lo mismo habría de ocurrir, ahora en provecho de los sindicatos, con talleres, fábricas y minas. Las organizaciones campesinas y obreras procederían a crear soviets libres en los que sólo tendrían cabida los trabajadores, y no los representantes de organizaciones políticas.

Deberían garantizarse, en paralelo, las libertades de conciencia, expresión, prensa y asociación, con la consiguiente anulación de las restricciones que al respecto, y antes, pudiesen operar. En algunos casos se subrayaba de manera expresa que esas libertades habrían de beneficiar a "todas las organizaciones políticas socialistas sin excepción"[497]. Las diferentes policías del Estado, por su parte, serían abolidas y en su lugar la población se encargaría de organizar su autodefensa[498]. En muchas ocasiones se reveló, por lo demás, una clara conciencia en lo que respecta a lo que significaban las prisiones y una voluntad expresa, a menudo concretada en hechos, de demolerlas. No faltó tampoco, en suma, la preocupación por la escuela y por la educación, al calor del designio de afrontar los problemas correspondientes desde abajo, autogestionariamente, y de rechazar la escuela subordinada al Estado o a las Iglesias. En tal sentido se registraron intentos de aplicación de la metodología de la Escuela Moderna de Ferrer i Guàrdia, se desarrollaron cursos especiales para analfabetos y se puso un singular énfasis, al parecer, en el arte dramático.

Es importante recordar, con todo, que no se pretendía en modo alguno la imposición, por vía de la fuerza, del proyecto majnovista. Los insurrectos eran muy respetuosos de la autonomía decisoria de las poblaciones y procuraban no presentarse como un nuevo poder o como un partido más. "En cuanto entraban en una ciudad", dice Archínov, "declaraban que no representaban ninguna autoridad, que su fuerza armada no supondría

coerción sobre nadie en ningún sentido, que se limitaban a proteger la libertad de los trabajadores. La libertad de los campesinos y de los obreros —decían los majnovistas— pertenece a ellos mismos, y no puede sufrir ninguna restricción”[499]. El propio Archínov recuerda que en algún caso como el de Yekaterinoslav los bolcheviques acusaron a los insurrectos de no hacer nada para modificar la realidad interna de la localidad. El ejército guerrillero entendía, sin embargo, que su misión estribaba en defender la ciudad ante eventuales amenazas militares, y no en inmiscuirse en la capacidad de decisión, intocable, de sus habitantes[500]. En este mismo terreno se subrayaba que las localidades ocupadas por el ejército insurreccional lo habían sido a título provisional. Volin reproduce al respecto un manifiesto majnovista que, llamativamente, empieza diciendo: “Vuestra ciudad está ocupada, momentáneamente, por el ejército insurreccional revolucionario (majnovista)”[501]. Al margen de lo dicho, los guerrilleros defendían organizaciones económicas y sociales libres propias de cada lugar, y postulaban al tiempo, claro, su coordinación a través de instancias comunes. Sus propuestas se hallaban muy lejos del proyecto de restauración de la Asamblea Constituyente con el que seguían coqueteando los mencheviques y muchos eseristas. En la percepción común entre los majnovistas —en lo que se refiere a esto era muy similar a la postulada por los bolcheviques— la Asamblea Constituyente no era sino una institución más de representación de los intereses de la burguesía. El recién mentado Volin agrega que los campesinos que se habían mostrado hostiles a la imposición de las “comunas oficiales” acogieron con buenos ojos, en cambio, las “comunas libres” propuestas por los majnovistas[502]. Lo habitual fue que se estimase que las primeras, las oficiales, eran artificiales y que su constitución había sido forzada de manera más bien torpe por los bolcheviques, de tal suerte que sus resultados tenían por necesidad que ser malos.

Ya he señalado que el escenario en el que se desplegó la *majnóvshina* lo fue de constante movilización bélica. Esta circunstancia tuvo en una primera lectura un efecto favorable a la acción de los insurrectos. Y es que, al amparo de sus operaciones militares, estos últimos provocaban, bien que

con las cautelas ya expresadas, cambios importantes en las tierras por las que pasaban. Archínov habla al respecto de “una escoba gigantesca” que suprimía “todos los vestigios de explotación y servidumbre. Los propietarios terratenientes, los grandes agricultores, los *kulakí*, los gendarmes, los curas, los alcaldes, los oficiales disfrazados, todos fueron barridos en el camino victorioso de los majnovistas. Las prisiones, los puestos de policía y los comisariados, en una palabra, todos los símbolos de la servidumbre popular, eran destruidos”[503]. Lo anterior tenía, sin embargo, una contrapartida onerosa, en la forma de enormes dificultades, y escasos éxitos, en lo que hace a la edificación de una sociedad nueva. El fracaso fue expresamente reconocido por el propio Majnó[504], consciente de lo limitado de los éxitos alcanzados y de las dificultades derivadas de la confrontación militar y de los desencuentros ideológicos. Hay quien ha ido, con todo, más lejos en las críticas y ha llegado a la conclusión —contestada por Skirda— de que los majnovistas propiciaron una suerte de “Estado informal”, de tal manera que sus congresos generales no difirieron mucho, en los hechos, de la Asamblea Constituyente que preconizaban, por ejemplo, los socialistas revolucionarios de izquierda. En un sentido similar, algunas críticas anarquistas de la *majnóvshina* apreciaron en ésta la aparición de una burocracia parasitaria —en alguna versión tendría que ver con la deriva militar del movimiento— e incluso el despliegue de instancias represivas no demasiado diferentes de la *Cheká* bolchevique[505].

¿UN MOVIMIENTO ANARQUISTA?

También en el caso de la *majnóvshina* tiene sentido preguntarse si fue o no un movimiento anarquista. Lo razonable en este caso es repetir el argumento del que eché mano a la hora de ocuparme de la revuelta de Kronshtadt y concluir que la insurrección tuvo antes un carácter genéricamente *libertario* que una condición estricta y doctrinalmente *anarquista*. En realidad, ni Majnó ni sus colaboradores más directos describieron nunca su movimiento como *anarquista*. Entendieron, antes bien, que la *majnóvshina* era una iniciativa de masas en la que, sobre la base de la defensa de los soviets libres y de su autonomía, estaban llamados

a coexistir todos los partidarios de una revolución social, y entre ellos, y al menos en algunos momentos, socialistas revolucionarios, bolcheviques y gentes sin partido. Cierto es que, en una interpretación legítima de los hechos, ese movimiento debía encaminarse hacia la concreción del ideal anarquista. Lo anterior no es óbice para que en muchas ocasiones el propio Majnó se autodescribiese como anarquista y defendiese el peso de la tradición correspondiente[506]. Que había militantes anarquistas en el ejército insurreccional es algo fácil de palpar, por lo demás, de la mano de los comunicados por éste emitidos. A efectos de apuntalar lo que acabo de anotar, no está de más recordar que, según Víktor Belash, en noviembre de 1919 un 70 por ciento de los integrantes del ejército insurrecto se describían como majnovistas o simpatizantes, un 5 por ciento como anarquistas, un 20 por ciento se declaraban próximos a los socialistas revolucionarios o a Petliura y un 10 por ciento eran antiguos soldados del Ejército Rojo, con un 1 por ciento de insurrectos que se autodefinían como bolcheviques-comunistas[507].

Al amparo de un argumento de dudosa condición, Emma Goldman se atrevió a señalar que Majnó, en su intento de canalizar el espíritu de rebelión innato del campesinado ucraniano, y de encaminarlo hacia organizaciones libertarias, se percató de que no podía salir triunfante en esa tarea sin la ayuda de los anarquistas rusos[508]. Semejante descripción de los hechos casa difícilmente, claro, con cualquier concepción que aprecie en la *majnóvshina* un movimiento espontáneo que buscaba sus propias respuestas a los problemas. Pero, más allá de ello, parece que sobran los motivos para concluir que los anarquistas urbanos no fueron bien acogidos entre los insurrectos, que veían en ellos a personas caracterizadas, ante todo, por su falta de acción. Desde esta misma perspectiva, entre los majnovistas se hicieron valer voces que consideraban que los “intelectuales anarquistas” —cabe suponer que en su mayoría residentes en las ciudades— dejaron de lado el experimento revolucionario, o en su caso se sumaron a éste de forma tardía[509]. Archínov, de cualquier modo, acusa a muchos de los anarquistas rusos de incapacidad para valorar lo que supuso la *majnóvshina*, cuando no subraya su aceptación de muchos de los tópicos denigratorios que, con

respecto a ésta, emitían los bolcheviques. Más allá de ello, el mismo Archinov lamenta, por una parte, la escasa implicación material de muchas de estas gentes en el trabajo del movimiento insurreccional, y observa, por otra, que, cuando se hicieron presentes, la tarea de edificación social había quedado en un segundo plano, postergada por la necesidad de acometer inexcusables operaciones militares[510]. En un plano parecido, Ida Mett afirma que Majnó consideraba que muchos de los anarquistas foráneos eran una especie de "artistas en *tournée*", de tal forma que si la *majnóvshina* tuvo un carácter anarquista no fue por ellos, sino, muy al contrario, en virtud de la conducta del propio Majnó[511]. Agrega Mett que Majnó confiaba poco en los conocimientos teóricos de sus visitantes y mucho, en cambio, en el coraje de los campesinos ucranianos, que eran, al cabo, las fuentes mayores de su anarquismo[512].

No está de más señalar que los integrantes del ejército insurrecional, o al menos algunos de ellos, eran plenamente conscientes de las limitaciones que se derivaban de un hecho preciso: los majnovistas configuraban ante todo eso, un ejército, lo que a la postre limitaba su acción emancipadora. Reproduzcamos al respecto lo que se recogía en un artículo publicado en un órgano insurrecto:

El ejército majnovista no es un ejército anarquista, y no está formado por anarquistas. El ideal anarquista de felicidad y de igualdad general no puede alcanzarse a través del esfuerzo de un ejército, sea cual sea éste, incluso si lo forman exclusivamente anarquistas. […] Ni los ejércitos anarquistas, ni los héroes aislados, ni los grupos, ni la confederación anarquista, abrirán un camino libre para los obreros y los campesinos. Sólo los propios trabajadores, en virtud de su esfuerzo consciente, podrán construir su bienestar, sin Estado ni señores[513].

En lo que atañe, en suma, a un debate que ya se ha cruzado, mal que bien, con nuestro análisis, no parece que los numerosos defectos, o carencias, del ejército insurreccional puedan atribuirse a algo que invoca Archínov: la ausencia de un sustento teórico suficiente[514]. Ello es así aun cuando parezca innegable que las opciones prácticas asumidas por ese

ejército en determinados momentos no fueron las mejores. Cabe preguntarse si ello se debía a una supuesta debilidad de la teoría acompañante o, antes bien, y como me temo, a las dificultades objetivas, acaso insorteables, que planteaba el escenario en el que la *majnóvshina* se desenvolvió.

LA CONFLICTIVA RELACIÓN CON LOS BOLCHEVIQUES

Por lo que parece, en un principio Lenin consideró que había un espacio común con los majnovistas en lo que respecta a la emancipación del proletariado y del campesinado pobre[515]. Desde el punto de vista de Majnó, esa posición del máximo dirigente bolchevique exhibía, sin embargo, un carácter coyuntural, tal y como el tiempo, después, vendría a demostrar. En la perspectiva del citado Majnó era evidente que Lenin no tenía mayor problema en demonizar y reprimir a otras corrientes de izquierda, y ello aun a costa de fortalecer el poder de la reacción que suponían los ejércitos blancos. En el caso preciso de Ucrania, y por añadidura, la política bolchevique había impedido —esto era al menos lo que se interpretaba— la construcción de un movimiento revolucionario de escala general[516]. Esto al margen, es razonable concluir que durante un tiempo los responsables bolcheviques dieron por descontado que los majnovistas acabarían por sumarse al Ejército Rojo. De resultas, y durante una larga etapa de galanteo, se mostraron razonablemente predispuestos a aceptar las singularidades que arrastraba la *majnóvshina*. Según Skirda, y de manera más precisa, Lenin acató en inicio sin cautelas que Majnó era el jefe de las "fuerzas soviéticas" en la provincia ucraniana de Yekaterinoslav[517].

Las cosas como fueren, la discusión principal, en todo el recorrido de la *majnóvshina*, fue la relativa a la autonomía de la que esta última podía disfrutar. Los bolcheviques rechazaron, por ejemplo, la existencia del Consejo Revolucionario Militar majnovista y reclamaron su disolución, en franco olvido de que aquél había surgido de la base del movimiento, de tal suerte que, en la perspectiva de los guerrilleros, era intocable y sólo podía desaparecer en virtud de una decisión de quienes lo habían creado. La

posición majnovista era, al respecto, clara: “En la región en que opera el ejército majnovista la población obrera y campesina organizará sus instituciones libres para la autogestión económica y política. Esas instituciones serán autónomas y estarán asociadas federativamente (por pactos) con los órganos gubernamentales de las repúblicas soviéticas”[518].

En paralelo, menudearon los problemas vinculados con el hecho de que los majnovistas aceptaron formar parte, bien es verdad que en condiciones muy especiales, de las fuerzas integradas en el Ejército Rojo. Si así se quiere, acataron cierto grado de subordinación militar con respecto a este último, en el buen entendido de que esa subordinación no debía acarrear ninguna concesión política. Salta a la vista que la percepción bolchevique era bien distinta, y se asentaba en la idea de que, muy al contrario, la imbricación de la *majnóvshina* en el marco general del ejército mencionado tenía inequívocas consecuencias en el terreno político, como lo revelarían la aceptación de la presencia de comisarios en las unidades majnovistas y, más aún, la acción de la propia *Cheká*. Convengamos que el acuerdo de integración y, al tiempo, autonomía podía ser objeto de lecturas diferentes. Hay quien dirá, por ejemplo, que configuró una rarísima manifestación, acaso la única conocida, de concesiones realizadas por los bolcheviques a una instancia ajena —ya he subrayado que aquéllos no tenían a bien, precisamente, buscar el acuerdo y la negociación con los demás—, como hay quien aseverará, en sentido diferente, que suponía cierto grado de reconocimiento de la legitimidad del poder bolchevique por parte de los majnovistas[519].

Del lado del ejército insurreccional no faltó, de cualquier modo, la conciencia en lo que respecta a la condición de los bolcheviques y al futuro, tenso, que cabía atribuir a las relaciones mutuas. Según una versión relativa a una conversación mantenida por Majnó, cuando a éste se le preguntó por su programa, respondió que consistía en “eliminar a los blancos primero, y después a los bolcheviques”[520]. Los recelos estaban presentes también, claro, del lado de estos últimos, de la mano de lo que cabe entender que fue una política orientada a utilizar militarmente a los majnovistas para, una vez obtenidos los resultados apetecidos, deshacerse de ellos. Con arreglo a una

percepción de los hechos de la que se hace eco Archínov, y avalada por Majnó, Trotski prefería dejar Ucrania, o una parte de ésta, en manos de los generales blancos antes que permitir una expansión de la *majnóvshina*. Para el dirigente bolchevique, los blancos podían ser contrarrestados con la "propaganda de clase", que en cambio no era de recibo emplear en el caso de los majnovistas[521].

Como era de esperar, la actividad de la *Cheká*, y en general de los órganos represivos bolcheviques, fue objeto de polémicas y desencuentros. En este terreno, los majnovistas llamaron la atención sobre algo que les parecía significativo: esos órganos represivos se nutrían de "personas completamente extrañas al trabajo y a la revolución"[522]. Pero los desencuentros se hicieron valer también en el terreno estrictamente militar, en la forma, por ejemplo, de frecuentes quejas del ejército insurrecto en lo que respecta al incumplimiento, por los bolcheviques, de las promesas de abastecimiento de armas y municiones, o en lo que atañe a cómo, en la confrontación con los ejércitos blancos, los propios bolcheviques aprovecharon situaciones delicadas para la guerrilla con objeto de poner a ésta contra la pared. Las acusaciones de hostigamiento majnovista al Ejército Rojo parecieron tener, entre tanto, nulo fundamento, como lo demostró, en singular, el *affaire* Grigóriev, protagonizado por un caudillo guerrillero que, por su cuenta, y al margen de las unidades insurrectas, entró en combate, en efecto, con el Ejército Rojo no sin ser repetidas veces descalificado, por muy diversos motivos, por los propios majnovistas[523]. De por medio no faltaron, en suma, los recelos bolcheviques ante el horizonte de que muchos soldados del ejército propio se pasasen a las unidades rebeldes.

Varios fueron, por otra parte, los calificativos poco amistosos que los bolcheviques reservaron a los majnovistas. De la mano de un argumento muy caro a Trotski, se vinculó a éstos, inopinadamente, con los *kulakí*, esto es, con los campesinos adinerados, al tiempo que eran descritos, claro, como oscurantistas, contrarrevolucionarios y opositores al poder soviético. A estas alturas a buen seguro que no es preciso recordar que el "poder soviético" del que se reclamaban Lenin y Trotski era en los hechos el poder de un partido que había terminado con los soviets como entidades vivas e

independientes. Cabe preguntarse, en esas condiciones, si, hechas las salvedades que correspondan en relación con el buen sentido del empleo de la palabra *poder*, no era mucho más soviético el poder de los majnovistas. Con el paso del tiempo se echó mano de otra estratagema manipulatoria cuando se sugirió, sin argumentos, que los majnovistas habían alcanzado acuerdos con los ejércitos blancos. El programa de Denikin era, sin embargo, inaceptable para un movimiento como el majnovista. No se olvide que contemplaba una Rusia una e indivisible, la restauración de los poderes tradicionales y una dictadura militar acompañada de medidas represivas varias. Se subrayó una y otra vez, también, que los majnovistas, asesinos vulgares, se habían entregado al ejercicio de actividades criminales comunes. Y, para justificar la represión postrera, se argumentó que los insurrectos habían abandonado el frente que los separaba de los ejércitos blancos y planeaban una sublevación contra el poder bolchevique. Al final lo que cobró cuerpo fue una crudelísima represión que, precedida de intentos de asesinar al propio Majnó, se asentó en la idea de que no existía motivo alguno para reconocer al ejército majnovista, cuya organización especial y singularísimos objetivos no podían ser aceptados. La represión que me ocupa alcanzó, en lugar central, a los anarquistas que trabajaban en las áreas de Ucrania controladas por los majnovistas.

LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA ‘MAJNÓVSHINA’

La *majnóvshina* fue un movimiento de composición nacional muy plural, aun cuando, y por razones obvias, en sus filas predominasen gentes originarias de Ucrania. Según Archínov, entre un 6 y un 8 por ciento de sus integrantes procedían de la “Rusia central”, pero había asimismo griegos, judíos, caucasianos y gentes de otros orígenes nacionales[524]. Fue, también, pese a lo dicho, un movimiento muy apegado al terruño, algo en buena medida testimoniado por el designio de concentrar en Ucrania la actividad, y de rechazar, en consecuencia, operaciones militares fuera del país, como la que los bolcheviques desarrollaron en Polonia, objeto de un visible recelo entre los majnovistas. Éstos parecieron interpretar que el objetivo de trasladar al exterior sus unidades militares obedecía al propósito subterráneo de alejarlos de su región de origen y colocar aquéllas bajo

control del Ejército Rojo.

No consta, de cualquier modo, que Majnó se describiese a sí mismo como ucraniano. Su lengua materna era el ruso y, al parecer, sólo hizo algún esfuerzo por aprender ucraniano en los años del exilio, luego de 1921. Skirda sostiene, en cualquier caso, que Majnó infravaloró el relieve de la cuestión nacional en Ucrania y no tomó en consideración de forma adecuada los efectos del abrasivo discurso nacional que llegaba de Rusia[525]. En nuestros días, y por añadidura, el mayor representante de los insurrectos de 1918-1921 arrastra una equívoca condición en el santoral del nacionalismo ucraniano, en parte reivindicado —el guerrillero que, lleno de coraje, plantó cara a los bolcheviques—, en parte denostado, toda vez que —repitámoslo— su vínculo expreso con Ucrania fue débil, al menos en términos de estrictas adhesiones ideológicas.

En lo que se refiere a las decisiones asumidas por los majnovistas con respecto a la lengua que debía emplearse —en la escuela como en los comunicados—, lo habitual fue que aquéllas quedasen en manos de las comunidades locales, y ello frente a horizontes como los que deseaban sacar adelante los generales blancos, firmemente decididos a imponer el ruso como única lengua de comunicación. “En interés del mayor desenvolvimiento intelectual del pueblo, el idioma de la enseñanza escolar debe ser aquél hacia el cual tiende naturalmente la población local; por eso la población, los maestros, los alumnos y sus padres, y no las autoridades o el ejército, decidirán libremente la cuestión”[526]. Aunque la *majnóvshina* fue un movimiento contrario, según Archínov, “a toda religión y a toda deidad”, siempre según este autor se mostró respetuoso por las creencias de cada cual[527]. No parece, por lo demás, que en su interior se revelasen conductas que remitiesen al antisemitismo, tal y como una y otra vez lo intentó subrayar el propio Majnó[528], quien en singular se encargó de denunciar, por desinformado, el breve texto de Joseph Kessel que lleva por título *Makhno et sa juive* (*Majnó y su judía*)[529]. Si, por un lado, muchos de los integrantes del ejército insurrecto eran judíos, por el otro no faltaron exhortaciones dirigidas a las colonias hebreas locales y encaminadas a conseguir que éstas organizasen milicias de autodefensa a las que se les

proporcionaron fusiles y munición. Archínov recuerda, de cualquier modo, que en la sociedad ucraniana del momento el antisemitismo tenía un peso innegable, y admite que pudo encontrar algún eco en el desarrollo cotidiano de la *majnóvshina*[530]. No está de más recalcar que ni siquiera la maquinaria de propaganda de la URSS prestó particular atención a las acusaciones de antisemitismo vertidas contra Majnó[531].

Es importante recordar que, por encima de las disputas nacionales del momento, la *majnóvshina* otorgó una clara primacía a los "trabajadores": "Al hablar de la independencia de Ucrania entendemos esa independencia, no como nacional, al estilo petliuriano, sino como la independencia social y laboriosa de los obreros y de los campesinos. Declaramos que el pueblo trabajador ucraniano, como cualquier otro, tiene derecho a forjar su propio destino, no en calidad de entidad nacional, sino como entidad de trabajo"[532]. De lo anterior se derivó siempre, y de resultas, una llamada a la sublevación de todos los pueblos, sin distinción de nacionalidades.

LA PERSONALIDAD DE MAJNÓ

Es mucha la tinta que ha corrido para dar cuenta de la condición personal, del carácter, de Néstor Majnó[533]. Sus admiradores vieron en él un *batko*, literalmente un "padrecito", un término que al parecer servía también para identificar, entre los cosacos, a un jefe militar elegido pero revocable[534]. Volin agrega que el calificativo en cuestión servía para describir a una persona anciana o respetada, sin incorporar, sin embargo, ningún sentido autoritario[535].

Acaso fueron dos los rasgos principales que hicieron de Majnó una figura singularmente atractiva. El primero lo aportaron sus vínculos, muy sólidos, con el mundo rural y el rechazo con que siempre obsequió a las ciudades y a sus venenos, incluidos los que emanaban de los intelectuales, todo ello frente a la sencillez natural de los campesinos. Ternon subraya que Majnó no acertaba a entender las complejidades de la economía urbana, de la máquina industrial y de una mecánica de suministros complejos. Interpretaba, y no sin razón, que muchos obreros se sentían perdidos cuando

nadie los dirigía o no había técnicos especializados encargados de supervisar la producción, en un marco de necesidad imperiosa, por añadidura, de recibir regularmente un salario[536]. Majnó era, por lo demás, un campesino que vivía como tal, que conocía perfectamente el campo y, con él, las aspiraciones de sus pobladores[537]. El segundo rasgo relevante de nuestro hombre fue su innegable talento militar, bien demostrado, ante todo, en la lucha contra los ejércitos blancos. Cierto es, aun así —y otorguemos peso al argumento tanto más cuanto que lo expresa el hagiógrafo Archínov—, que en algunas ocasiones Majnó bien pudo ser víctima de cierta ligereza y desidia. Según Archínov, una y otro hicieron que, en el otoño de 1919, tras el triunfo majnovista sobre el ejército blanco de Denikin, en lugar de promover una suerte de insurrección panucraniana, lo que se impusiese fuese, sin más, la embriaguez de la victoria y, con ella, una dramática imprevisión de lo que los bolcheviques preparaban en el norte[538].

Los críticos de la figura de Majnó han reservado para éste todas las etiquetas imaginables: petliurista, colaborador de los blancos, populista, contrarrevolucionario, heredero de las peores tradiciones cosacas…[539] A menudo se ha sugerido que nuestro hombre poco más fue que un delincuente común oculto tras la palabrería anarquizante. Volin recogió al respecto varios de los calificativos empleados para describirlo: “Bandido, asesino, bribón, responsable de pogromos contra los judíos…”[540]. En la trastienda, todos esos epítetos retrataban a una persona que, inculta y analfabeta, se habría movido por razones no ideológicas y habría encubierto su deleznable conducta con una pátina de discurso anarquista, al tiempo que se mostraba poco respetuoso, a la postre, de lo que decidían asambleas, comités o congresos. Cierto es que han pervivido otras polémicas sobre la condición personal de Majnó. ¿Era un alcohólico inmerso en constantes orgías sexuales? Ida Mett lo niega, y afirma de manera expresa que en sus relaciones con las mujeres Majnó combinaba la sencillez campesina con un claro respeto por aquéllas, muy comunes ambos rasgos en los medios revolucionarios rusos de principios del XX[541]. Skirda concluye, por su

parte, que los avatares de la guerrilla majnovista dificultan en grado extremo concluir que Majnó era un alcohólico[542].

Lógico parece que el ocupante austrohúngaro y la burguesía local no viesen en los majnovistas sino bandidos y ladrones, rebeldes milenaristas incapaces de entender lo que significaba la vida de las ciudades. Más grave resulta, en cambio, que etiquetas similares fuesen profusamente empleadas por los bolcheviques, y que al respecto se pusiesen en marcha todos los prejuicios que el marxismo de miras más cortas ha difundido sobre los campesinos y su condición. La visión bolchevique, manifiestamente interesada y distorsionadora, vino a concluir acaso que los majnovistas eran gentes respetables en 1918-1919, cuando se enfrentaron a los ejércitos blancos, para después convertirse en una tropa manifiestamente contrarrevolucionaria[543]. Bueno será que remarquemos que muchos de estos tópicos discursivos reaparecieron, quince años después, en la URSS cuando la discusión —obviamente ni abierta ni franca— sobre la *majnóv-shina* resurgió al calor de lo que sucedía durante la guerra civil española.

Aunque la terminología empleada por los majnovistas se refería una y otra vez a Majnó como “el líder” o “el guía”, o hablaba de él como el “presidente honorario” de los congresos, conviene recordar que las decisiones esenciales del movimiento quedaron en manos de las asambleas de los insurrectos, en el buen entendido —y esto es importante subrayarlo — de que las relativas al terreno militar correspondían a Majnó y a sus colaboradores[544]. Esta última circunstancia invita a concluir que hay motivos para que siga abierta la disputa relativa a si Majnó disfrutaba o no de un poder autónomo y fuera de control. Es obligado referirse, por otra parte, a la permanente, y delicada, atribución de la condición de líder a Majnó, una atribución a la que este último en modo alguno fue ajeno[545]. Las disputas correspondientes, inevitables en un mundo, el libertario, que rechaza orgullosamente liderazgos y personalismos, se extienden inequívocamente al término *majnóvshina*, que arrastra cierta dimensión peyorativa en ruso. Por lo que parece, en algún momento, y con la misma vocación denigratoria, los bolcheviques llamaron Majnograd a Guliaipole, la localidad de origen de nuestro hombre. En algún caso, y por su parte,

Archínov se refirió a la *gulaipolshina*[546].

UN BALANCE GENERAL

Intentaré resumir en unas pocas ideas lo que entre 1918 y 1921 supuso el movimiento majnovista. Lo primero que se impone, tal vez, es una comparación rápida con la sublevación de Kronshtadt. Señalaré al respecto que la *majnóvshina* fue un movimiento mucho más prolongado en el tiempo que la sublevación en cuestión y que se desarrolló, por añadidura, en un medio campesino a buen seguro diferente del propio de la isla del Báltico, y ello aun cuando sea cierto —ya lo sabemos— que muchos de los insurrectos de Kronshtadt procedían de zonas rurales. Los majnovistas no dejaron de mostrar, con todo, una visible simpatía por los rebeldes de Kronshtadt, traducida, por ejemplo, en la difusión de sus comunicados. Ya he tenido la oportunidad de referirme, en fin, al temor bolchevique ante una posible alianza entre majnovistas y kronshtadtianos.

Es difícil poner en duda, en un segundo paso, el papel decisivo de la *majnóvshina* en la derrota de la contrarrevolución blanca. Ese papel ha sido comúnmente ignorado, sin embargo, por la historia oficial articulada después en la URSS. Skirda recuerda cómo a menudo, y durante la guerra civil, se daba cuenta de un éxito militar alcanzado frente a los blancos y se hablaba al respecto de una u otra unidad sin mencionar que pertenecían al ejército majnovista. Parecen consistentes los datos que sugieren que en momentos muy delicados de la confrontación entre majnovistas y blancos los bolcheviques se negaron a entregar a los primeros las armas y las municiones que habían prometido. La conclusión está servida: pese a sus constantes invocaciones a la eficacia militar, el poder bolchevique no dudó en colocar sus intereses políticos convencionales, que se materializaban en un designio expreso de acabar con el experimento majnovista, por encima de acuciantes urgencias bélicas. Cierto es —repitámoslo una vez más— que los imperativos derivados de una actividad militar tan dura como permanente pasaron factura a los insurrectos, en la forma, ante todo, de dificultades sin cuento a la hora de sacar adelante un proyecto social alternativo. En este orden de cosas, parecen atinadas las palabras de Volin: “Todo ejército, cualquiera que sea, es un mal. Aun un ejército libre y

popular, compuesto de voluntarios y consagrado a una noble causa, es un peligro”[547].

Por otra parte, y en tercer lugar, los majnovistas hicieron todo lo que estaba de su mano para no hipotecar la independencia propia, y ello no sólo en relación con los bolcheviques. También en lo que respecta a las efímeras relaciones con los petliuristas, con los que el ejército insurreccional dejó claro desde el principio las diferencias. Los bolcheviques captaron bien, en cualquier caso, el riesgo que se derivaba de la expansión de un movimiento como el majnovista. O, por decirlo mejor, se percataron de que la combinación entre un proyecto libertario y un movimiento genuinamente popular era muy peligrosa para el propio, y naciente, Estado bolchevique. En este sentido cabe repetir lo que ya dije en relación con Kronshtadt: acabar con la *majnóvshina* era una necesidad insorteable para la preservación de ese Estado, en el buen entendido de que uno debe retener el derecho a discutir si tal preservación, tanto más en los términos en los que se produjo, era deseable. De manera general, y con todo, no parece que los majnovistas, mal que bien ingenuos, fuesen capaces de valorar el sentido de fondo de la política, visiblemente interesada, de los bolcheviques, a quienes con demasiada frecuencia consideraron aliados razonablemente leales.

Volin identificó varias taras que acompañaron al experimento majnovista. Si no hay mayor motivo para disentir de tres de ellas —el protagonismo asumido por el ejército insurreccional en el marco general de la *majnóvshina*, la ausencia de un movimiento obrero paralelo que apoyase a los rebeldes y cierta ingenuidad en las relaciones con los bolcheviques—, conviene recelar, en cambio, y volvamos sobre una disputa anterior, del vigor de un cuarto factor que menciona: el escaso peso de las fuerzas intelectuales que, de carácter libertario, se revelaron en el experimento que nos ocupa[548]. Cuesta creer que este factor tuviera algún relieve en el derrotero de los hechos. Las cosas como fueren, y para demostrar que la historia no terminó en 1921, dos majnovistas, Bolshakov y Soldatenko, combatieron con la columna Durruti durante la guerra civil española. Cayeron en Villa Mayor, cerca de Zaragoza, en 1937[549].

CAPÍTULO 8
DESPUÉS DE 1921

Este breve capítulo obedece a un único objetivo: el de aportar una información somera sobre lo que ocurrió con los activistas y los movimientos libertarios en la Unión Soviética una vez que, en 1921, se produjeron la revuelta de Kronshtadt y los últimos coletazos de la *majnóvshina*. Nuestras primeras observaciones al respecto se interesarán por las revueltas agrarias que colearon, en diferentes partes del territorio de la URSS naciente, en la etapa inmediatamente posterior, y en su caso de forma coetánea. Les seguirán otras que procurarán rescatar la luz, muy débil, que una vez que la década de 1920 quedó atrás emitió el mundo libertario ruso.

LAS REVUELTAS AGRARIAS

Los años del comunismo de guerra lo fueron también de sublevaciones agrarias que, aunque de muy diverso perfil, y con activa presencia de militantes libertarios, parecían exhibir algunos rasgos comunes, como la oposición a los requisamientos, el rechazo de la brutalidad y la corrupción de los funcionarios, el cuestionamiento del carácter militar de los órganos administrativos, la resistencia ante las levas y, en fin, la defensa de las libertades de expresión y reunión[550]. Las más sonadas de esas sublevaciones se desarrollaron en Kursk, Riazán y otras áreas en 1918, en la región del Volga en 1919, en Ufá, Buzuluk y Tambov en 1920, y en la Ucrania oriental en 1921. Smith estima que, a tono con lo que caracterizó a la sublevación de Kronshtadt y a la propia *majnóvshina*, en esas revueltas campesinas hubo pocas demandas de restauración de la Asamblea

Constituyente y muchas, en cambio, de reivindicación de los "soviets sin comunistas"[551], y eso que estos últimos —entendamos por tales los bolcheviques— eran escasos, y sus organizaciones débiles, en la mayoría de las zonas rurales. A diferencia de la *majnóvshina*, la mayoría de estas revueltas tuvo un alcance estrictamente local y apenas se hicieron valer esfuerzos de cooperación entre ellas. Fueron descalificadas por los bolcheviques con la retahíla habitual relativa a su condición contrarrevolucionaria y a su vínculo con actividades de estricto bandidaje.

Bien es verdad que, en paralelo, en lugares más alejados se habían producido insurrecciones en los primeros años del régimen bolchevique. Tal sucedió, por ejemplo, con campesinos y mineros de la región de Altai, enfrentados a los sucesivos gobiernos al amparo de lo que en ocasiones se ha llamado la *majnóvshina* siberiana[552]. Aunque en el terreno de la resistencia militar los anarquistas siberianos dispusieron de capacidades menores que las de esta última, y a duras penas disfrutaron de la posibilidad de poner en práctica, en la realidad social, sus ideas, se beneficiaron, aun con todo, de una circunstancia: un entorno natural que, marcado por bosques y montañas, fue propicio para el despliegue de una guerrilla y para su preservación en el tiempo. En esa región de Siberia la lucha contra los ejércitos blancos de Kolchak facilitó una general adhesión popular al sistema de soviets y, más allá de ella, un muy extendido recelo campesino frente a todo tipo de gobierno. La actividad de los grupos anarquistas se extendió a otras áreas de Siberia, como es el caso de las provincias de Irkutsk, Tomsk y Yeniseisk. El objetivo mayor de estas iniciativas fue la resistencia frente a los ejércitos blancos, a menudo en cooperación con el Ejército Rojo, en el buen entendido de que esa cooperación, tal y como había sucedido, o estaba sucediendo, en Ucrania, suscitaba controversias agudas y provocaba, en particular, el rechazo de quienes veían en los soviets instancias de autogobierno por definición alejadas del poder del Estado y hostiles a toda forma de opresión. Acabada la guerra civil, y al igual, de nuevo, que en Ucrania, los bolcheviques pasaron a controlar en solitario los soviets siberianos al tiempo que exigían el desarme de los grupos guerrilleros y asignaban a éstos responsables militares que, frente a lo que había ocurrido con anterioridad, ya no eran elegidos por los

insurrectos. Según Podshivalov, con frecuencia los nuevos responsables de los "soviets bolchevizados" eran *kulakí* y antiguos partidarios de los blancos, en un escenario en el que, por añadidura, la *Cheká* había hecho también su aparición[553]. Lo dicho provocó varias sublevaciones, que en este caso, y llamativamente, no lo fueron en protesta por los requisamientos practicados por los bolcheviques entre los campesinos. La más notable, la de la región de Prichernsk, se produjo, antes bien, de resultas de la política de los bolcheviques en relación con los soviets y los destacamentos guerrilleros. En la percepción de los gobernantes, lo que había ganado terreno no había sido sino un fenómeno más de "anarcobandidismo" que perseveró hasta el verano de 1923.

El acallamiento de la revuelta de Kronshtadt y la instauración de la NEP acarrearon una rápida remisión de las insurrecciones campesinas. Pese a ello, en 1922 y 1923, una vez que los bolcheviques habían acabado con la *majnóvshina*, siguieron operando en diferentes lugares de Ucrania destacamentos y grupos clandestinos. Así, informes militares del Ejército Rojo datados en julio de 1922 hablaban de la presencia de "bandas" en las regiones de Chernígov, Donetsk, Yekaterinoslav y Zaporoye. En enero del año siguiente se refería la presencia de tres destacamentos majnovistas activos en la región de Melitópol. Parece que 1922 fue, por lo demás, el último año de actividad más o menos legal de los grupos anarcosindicalistas, todavía presentes en el sindicato de la alimentación de Yekaterinoslav, en la minería del Donbás y en ciudades como Yelisavetgrad (Kirovograd o Kropivnitski), Kíev, Nikoláyev, Odesa, Poltava y Sebastópol, y en particular en Járkov, donde pervivió un grupo muy activo hasta 1924. La presencia que me ocupa se vio minada, sin embargo, por la detención de muchos anarquistas en agosto de 1924[554]. Algunos informes oficiales siguieron identificando, con todo, la actividad de grupos majnovistas en fecha tan tardía como 1927. Según la información recogida en el folleto titulado *After Makhno*, se registraron intentos de revitalizar las redes anarquistas en Odesa en 1928 y 1929, mientras los adherentes de la "Plataforma organizativa para una unión general de anarquistas"[555] procuraban expandir sus ideas en Ucrania[556]. Tampoco faltaron iniciativas

en los años siguientes en otras ciudades, como Dnipropetrovsk, la citada Yelisavetgrad, Járkov, Kíev y Simferópol. En 1937, y siempre según el folleto citado, los anarquistas se hallaban, bien en el exilio, bien en campos de prisioneros en Siberia, el lejano oriente o el Asia central, calificados comúnmente como "conspiradores de derecha y trotskistas" o como "burgueses nacionalistas".

EL ANARQUISMO EN LA URSS

Un indicador fehaciente de por dónde discurrieron los hechos en la URSS en relación con el anarquismo lo aporta el contenido de las publicaciones oficiales al respecto de este último.Valga una muestra, como es la que ofrece el libro de Yemelián Yaroslavski titulado *Anarjizm v Rosí* (*Anarquismo en Rusia*), publicado en Moscú en 1939[557]. El texto en cuestión, coetáneo de la guerra civil española, se presentaba, en una de sus dimensiones principales, como una diatriba contra los anarquistas españoles, de quienes, al parecer, se esperaba que no asumiesen una conducta tan indigna como la de sus homólogos rusos. En el libro de Yaroslavski estos últimos eran retratados como el producto de una mezcla de estupidez y perversión, siempre alejados de cualquier rasgo o acción positivos. Al cabo, y a los ojos del autor que me ocupa, los anarquistas no eran sino colaboradores menores de la socialdemocracia, sometidos a la influencia de un proyecto "reformista". Majnó, por su parte, era un contrarrevolucionario entregado a una permanente tarea criminal, inmerso en la defensa de los intereses de los *kulakí*, siempre desleal con el Ejército Rojo y activo colaborador de los blancos. Por las páginas del libro de Yaroslavski pasaba también, con todo, la oposición de izquierda radicada en el propio partido bolchevique, retratada, contra toda evidencia, como un grupo humano que actuaba bajo la bandera del anarcosindicalismo y formada por mencheviques disfrazados empeñados en restaurar el capitalismo. Aun con todo, los mayores problemas del muy repetitivo texto de Yaroslavski no eran acaso el sectarismo, la alarmante falta de rigor de los argumentos y la ausencia de cualquier investigación seria. Su mayor tara radicaba, antes bien, en el hecho de que en sus páginas no había información alguna que permitiese acrecentar nuestro conocimiento sobre

la deriva del anarquismo en Rusia. En 1950, en suma, la *Gran Enciclopedia Soviética* definía este último como una "corriente sociopolítica reaccionaria y pequeño-burguesa, hostil al socialismo científico del proletariado, que bajo la forma de una negación de todo poder del Estado y de la lucha política, subordina los intereses de aquél a los de la burguesía, y niega la dictadura del proletariado"…[558]

Sesudas definiciones, como ésta, al margen, no es tarea sencilla la de seguir los pasos de los anarquistas rusos después de 1921[559]. Anotemos, con todo, que éstos fueron objeto de alguna tolerancia en los años de la NEP. Baste con recordar que la editorial y la librería de *Golos Trudá* siguieron existiendo hasta 1929, y que pudieron publicarse varios tomos de los escritos de Bakunin. En 1926 la misma *Golos Trudá* editó un volumen en conmemoración del 50 aniversario de la muerte de este último. Editado por A. A. Borovói, llevaba por título *Mijaílu Bakúninu, 1876-1926: ocherk istori anarjícheskogo dviyéniya v Rosí* (*A Mijaíl Bakunin, 1876-1926: ensayo sobre la historia del movimiento anarquista en Rusia)*. Por lo que parece, aunque legal, la edición entera fue confiscada y destruida por los servicios de seguridad. El museo Kropotkin de Moscú permaneció abierto, entre tanto, unos años, para ser clausurado en 1939[560]. Las promesas, formuladas por Lenin, en el sentido de alentar ediciones masivas de algunas de las obras de Kropotkin no fueron satisfechas. El nombre del pensador anarquista pervivió, aun con todo, vinculado con una cordillera, con una ciudad y con una calle y una estación de metro moscovitas. No está de más que agregue, en fin, en este repaso de datos sumarios —por fuerza tiene que ser rápido—, que en 1927 las autoridades permitieron la celebración de una manifestación en solidaridad con Sacco y Vanzetti.

En el exilio, y por otra parte, se constituyeron organizaciones que se proponían hacer frente a la represión y defender a los presos. Es el caso de las que funcionaron en Berlín entre 1923 y 1926[561], en Berlín y París entre 1926 y 1932, o en Chicago[562]. Grupos de exiliados muy activos residieron en ciudades como Berlín, París, Londres, Nueva York o Buenos Aires. A menudo reprodujeron, con todo, las divisiones, que se habían hecho valer en la propia Rusia, entre anarcocomunistas y anarcosindicalistas.

Particularmente conflictiva resultó ser, en 1926, la difusión de la "Plataforma organizativa para una unión general de anarquistas"[563], que preconizaba una confluencia dotada de lo que algunos —así, Volin— interpretaron que era un comité central ejecutivo encargado de tareas de coordinación y acción, o, lo que era lo mismo, y siempre desde esta perspectiva crítica, que ponía los cimientos de un "partido anarquista". Semejante interpretación fue rechazada, sin embargo, por Archínov, quien entendía que la plataforma en cuestión tenía un carácter impecablemente libertario. Lo cierto es que, acaso con la breve excepción de los años de la guerra civil española, los movimientos e instancias que operaban en el exilio fueron decayendo. Avrich sugiere al respecto que los semanarios empezaron a publicarse cada mes y, más adelante, cada cuatro meses, mientras poco más se hacía que reeditar viejos textos de Bakunin, Kropotkin y Malatesta[564]. Alexander Berkman tuvo a bien recordar, en suma, que la generación de luchadores que se habían batido en 1917 no tenía herederos.

No es preciso señalar que en la era estaliniana el único destino imaginable para los anarquistas rusos lo aportaron los campos de trabajo y, más allá de ellos, la muerte. En 1936 se registró, por cierto, una infructífera gestión de la CNT española encaminada a conseguir la liberación de anarquistas y anarcosindicalistas encarcelados en la URSS. Durante la segunda guerra mundial, y según una versión de los hechos, algunos grupos guerrilleros que se enfrentaron en Ucrania al ejército alemán parecían integrados por antiguos majnovistas. Según otras informaciones, también se habría revelado la presencia de anarquistas en las unidades del Ejército Rojo que ocuparon buena parte de la Europa central y oriental en la fase postrera de la guerra. Dejada ésta atrás, algunas fuentes identifican la presencia de activistas libertarios entre los estudiantes. Así, en 1950 un grupo clandestino se habría articulado sobre la base del lema "Soviets, no partido" y habría reclamado se le otorgase un peso central a sindicatos y consejos de trabajadores y campesinos. En los campos de trabajo situados en el norte de Rusia, en Siberia y en el Asia central acabaron, también en la posguerra, majnovistas, anarcosindicalistas y tolstoyanos, no sin que faltasen noticias de revueltas en lugares como Norilsk y Vorkutá. Cabe

entender, por otra parte, que el ”deshielo” jrushoviano estimuló la manifestación de ideas contestatarias con el sistema, materializadas, por ejemplo, a través de grupos de discusión como los que se revelaron en Moscú y Leningrado, a menudo atraídos, al parecer, por el comunismo libertario y por el modelo autogestionario yugoslavo.

Philip Ruff ha señalado que en 1978 vieron la luz tres números de una publicación, *Perspektivi* (*Perspectivas*), que incorporaba textos de Bakunin, Kropotkin, Trotski, Marcuse y Cohn-Bendit[565]. En ese mismo año se sentaron los cimientos de un sindicato, el de la Unión Libre Interprofesional de Trabajadores (SMOT), de corte libertario. El renacimiento de los grupos anarquistas hubo de aguardar, con todo, a los años de la *perestroika* gorbachoviana. En mayo de 1989 se celebró el primer congreso de la Confederación de Anarcosindicalistas (KAS), al amparo de un proceso de acercamiento en el que había desempeñado un papel principal una revista llamada, significativamente, *Obshina*. El 28 de ese mismo mes las banderas negras reaparecieron en Moscú, en una manifestación ante el Congreso de Diputados Populares. Era la primera vez que lo hacían desde el entierro de Kropotkin, el 13 de febrero de 1921.

CAPÍTULO 9
PARA ENTENDER LO OCURRIDO ENTRE 1917 Y 1921

1. Lo sucedido en octubre de 1917 está cargado de equívocos. Ya he señalado que, aunque mayormente un golpe de Estado, este último se levantó sobre un alud que remitía, con toda evidencia, a una genuina revolución social que, más adelante, y con sus secuelas, la propia construcción bolchevique se encargó de aniquilar. El innegable talento táctico de Lenin sirvió para ocultar que los bolcheviques a duras penas disponían en 1917 de un programa de transformación. Tal y como lo sugiere Rabinowitch, de la noche a la mañana dejaron de ser rebeldes para convertirse en gobernantes[566]. Y en esa mutación quedó atrás algo en lo que creían buena parte de quienes apoyaron la revolución de Octubre, incluidos muchos bolcheviques: el deseo de instaurar una democracia socialista plural e igualitaria[567].

Lo que cobró cuerpo no fue, al cabo, una revolución *anticapitalista*, sino, antes bien, y no sin paradoja, una revolución al servicio, bien que a través de un camino alambicado, del capital. Dejemos hablar a Baynac: "Condenados a desempeñar el papel histórico de la burguesía, a crear proletariado e industria en un país profundamente atrasado, [los bolcheviques] no podían triunfar sino a condición de acentuar todavía más lo que los había colocado en aquella situación: su escaso gusto por la democracia"[568]. El resultado final de esa operación fue un sistema extraño que no era ni el capitalismo liberal occidental ni el socialismo que habían concebido, en el XIX, muchos pensadores. A su amparo se hacía valer una abstrusa combinación de elementos capitalistas —el trabajo asalariado, la mercancía, la idolatría del

desarrollo de las fuerzas productivas, la jerarquía, las separaciones—, de lo que en buena medida eran herencias del pasado —en la forma ante todo de hábitos y estructuras de poder—, de los singularísimos efectos derivados del origen fundamentalmente *político* de la nueva clase dirigente y, en fin, de una retórica socialista que servía de pátina externa llamada a ocultar todo lo anterior.

Importa sobremanera subrayar que el sistema resultante de la revolución de 1917 poca o ninguna relación guardaba con el socialismo. Castoriadis entiende que en este último tienen que hacerse valer, inexorablemente, cuatro elementos: la abolición de la propiedad privada, la planificación, la desaparición de la explotación y la dirección de la producción por los productores[569]. Si los dos últimos faltaron visiblemente, cabe discutir el rigor de la presencia de los dos primeros. Mientras la abolición, formal, de la propiedad privada de los medios de producción a duras penas acertaba a ocultar la supeditación de éstos a los intereses de la burocracia, el carácter centralizado, de nuevo al servicio de la burocracia, de la planificación alejaba ésta de una perspectiva genuinamente socialista.

No se trata —entiéndase bien— de negar buena fe y saludables intenciones a los dirigentes bolcheviques que, con toda evidencia, querían hacer una revolución. "La mayor parte [de los comunistas] me parecen hombres sinceros y trabajadores, fieles a su causa hasta el punto de sacrificarse por ella"[570], escribió Alexander Berkman. De lo que se trata es de subrayar que las condiciones propias del escenario —y entre ellas las vinculadas con el *atraso* del país y con las agresiones externas por éste padecidas—, por un lado, y la naturaleza de las decisiones asumidas por el poder bolchevique, por el otro, condujeron por derroteros poco afortunados lo que en principio se antojaba una prometedora revolución social. Curioso es que, en este marco, muchos de los partidarios de la revolución de Octubre entiendan que ésta fue *radicalmente revolucionaria*, como si no sobrasen los motivos para concluir que se saldó en una activa suavización, y a la postre en una cancelación, de esa revolución social de la que acabo de hablar.

2. Rescatemos el vigor de dos elementos que acaban de cruzarse en nuestro camino. El primero es el peso de las agresiones exteriores padecidas por el

naciente Estado bolchevique y traducidas, ante todo, en una activa intervención foránea en la guerra civil librada a partir de 1918. A esa intervención se habían sumado los efectos —por un lado, un estímulo para el proceso revolucionario; por el otro, un obstáculo en su camino— de la guerra mundial librada en los años anteriores. El segundo elemento es la influencia que ejercieron muchos de los rasgos propios del pasado del país en que la revolución de Octubre adquirió carta de naturaleza. A menudo damos por descontado que el régimen naciente era en esencia nuevo, cuando la condición de muchos de sus elementos articuladores sólo podía explicarse en virtud de un pasado indeleblemente marcado, por ejemplo, por la presencia, durante siglos, de una suerte de original burocracia autóctona, por la debilidad de un capitalismo de introducción relativamente reciente o por el ascendiente de una lógica imperial que en buena medida fue recuperada por Lenin y sus sucesores. No voy a repetir aquí los argumentos que ya he vertido en el capítulo quinto con la voluntad de discutir el buen sentido de una tesis que ha venido a justificar muchos de los términos de las políticas abrazadas por los bolcheviques a partir de 1917. Me refiero a aquella que subraya que esas políticas, que en su caso se admite pudieron ser poco afortunadas, obedecían al razonable y expreso propósito de salvaguardar una revolución que de lo contrario se habría ido a pique. Me limitaré a recalcar que es más que dudoso que las políticas en cuestión fuesen las idóneas si el objetivo mayor era, en efecto, ése, no sin agregar que al cabo dieron alas a una paradoja sobre la que volveré: para defender la revolución se asumieron medidas que, como las estudiadas en detalle en los capítulos cuarto y quinto de esta obra, paradójicamente acabaron con la propia revolución.

Más allá de lo anterior, quiero recordar al lector que por detrás de estas disputas hay otras que se refieren a los vínculos —apenas estudiados en este libro— entre Marx y Lenin, por un lado, y entre Trotski y Stalin, por el otro. Sin ningún deseo de abordar una discusión en regla sobre esos vínculos, me contentaré en este caso con formular dos observaciones que alguna relación guardan con tales disputas. La primera me obliga a subrayar, una vez más, que el formidable talento táctico de Lenin contrastaba poderosamente con su escaso talento estratégico, y que es

legítimo afirmar que esta última carencia algo tenía que ver con una lectura muy polémica y sesgada de la obra de Marx. Añadiré, en segundo término, que la consideración de la conducta de Trotski en los años objeto de atención en este libro invita a concluir que los flujos autoritarios que permitieron encumbrar a Stalin fueron desarrollados, en buena medida, por el propio Trotski (y por otros, claro). Mientras apostaba por la cancelación de la autonomía de soviets y comités de fábrica, y se inclinaba por instaurar fórmulas de inquietante militarización del trabajo, en esos años Trotski no dudó en guardar silencio ante las demandas de las oposiciones que se revelaban dentro y fuera del partido bolchevique. Lo importante, al parecer, no era lo que se hacía, sino quién lo hacía…

3. Vuelvo sobre un argumento que me acaba de interesar: el que sugiere que, llevados del loable deseo de preservar la revolución, los bolcheviques asumieron medidas que dieron al traste con lo que cabía entender que debía ser esta última. Si nos guiamos por la interpretación de Emma Goldman, pasaron a liderar, más aún, una lamentable operación contrarrevolucionaria: "Tenía ante mí el Estado bolchevique, formidable, empeñado como estaba en aplastar cualquier esfuerzo de construcción revolucionaria, suprimiendo, aniquilando la base y desintegrándolo todo"[571]. Por detrás de las palabras de Goldman es sencillo adivinar lo que del lado bolchevique se antojaba un dramático desprecio de la capacidad creadora, y del compromiso revolucionario, de obreros y campesinos, bien retratado por Aleksandra Kolontai: "Tememos la espontaneidad de las masas. Tenemos miedo de darle a las masas margen libre para su genio creador. Tememos la crítica. Ya no tenemos confianza en las masas. Aquí está la causa de nuestra burocratización. La iniciativa se ve achicada y el deseo de actuar muere". Ya he señalado que, a mi entender, si los bolcheviques recelaban, y con toda evidencia lo hacían, de las masas a las que querían liberar, hay que preguntarse por el sentido de fondo de su apuesta. ¿Qué tipo de revolución socialista era ésa? ¿Qué construcción del comunismo era imaginable en esas condiciones? El trasunto de estas dos preguntas es tanto más inquietante cuanto que, cuando las masas en cuestión decidieron mostrar su creatividad y su autonomía, fueron visiblemente reprimidas por el poder bolchevique.

Dauvé y Martin han tenido a bien subrayar que Lenin consideraba, ciertamente, que era imaginable que la revolución fracasase. En la percepción del dirigente bolchevique, sin embargo, semejante fracaso sólo podía llegar de la mano de una victoria de los partidarios de la "pequeña producción". En su horizonte mental no cabía, en otras palabras, la posibilidad de que el desastre se impusiese de resultas "de la formación de una sociedad en la que las relaciones de producción serían capitalistas, pero en la que los miembros de la clase dominante poseerían los medios de producción, no a título privado, sino a título colectivo"[572]. Me limitaré a señalar que cuando se parte de la certeza de que sólo hay dos grupos enfrentados —la burguesía y el proletariado— y se certifica que el primero ha desaparecido del escenario, es demasiado simple concluir, con Lenin, que el segundo ha impuesto, sin más, su "dictadura". Los mismos autores que acabo de citar sostienen que 1923 fue un año decisivo, en la medida en que marcó un momento de no retorno. Entonces se hizo evidente que los trabajadores no estaban en disposición de desplegar, en los hechos, un proyecto alternativo al de los bolcheviques, de tal suerte que al cabo, y paulatinamente, hubieron de acatar una progresiva integración en el sistema correspondiente. Pero fue el año, también, en que se desvanecieron las últimas ilusiones en lo que se refiere a la perspectiva de una revolución mundial que acudiese en socorro del proceso en la naciente Unión Soviética[573]. Y el año en el que quedó claro que, si la revolución había derrotado, en efecto, a sus enemigos externos, no estaba en condiciones de hacer lo propio con los internos. El peso y la naturaleza de estos últimos aconsejaban recelar, sin embargo, de que fuesen, sin más, una consecuencia insorteable de condiciones objetivas mil veces invocadas y nunca claramente determinadas.

Un poco antes, a principios de 1921, y tal y como lo señala Serge, la revuelta de Kronshtadt había puesto sobre la mesa muchas cuestiones importantes: las relaciones entre el partido bolchevique y las masas a las que decía representar, el régimen interno articulado en el propio partido, la ética socialista, la humanidad en la lucha de clases y, en particular, la humanidad "en la lucha en el seno de nuestras clases". "Puso a prueba, en

fin, nuestra capacidad de autocrítica", apostilló el propio Serge[574]. No está claro, en este orden de cosas, cuáles fueron las últimas palabras de Kropotkin. Según una versión de los hechos que difundió, al parecer, Emma Goldman, quien conviene recordar no fue testigo presencial del óbito, el maestro habría formulado una pregunta: "¿Por qué la revolución no tiene un lado noble?"[575]. Serge, a quien acabo de citar, aseveró que la revolución hubiera sido más fuerte y clara si quienes se hallaban en su cabeza se hubiesen comportado de manera humanitaria con los vencidos[576]. Las cosas como fueren, muchas de las perspectivas que los bolcheviques entendían que eran de sentido común —así, las relativas a la jerarquía y a las separaciones— lo eran por cuanto el capital, o el poder, las había instituido como tales.

4. Infelizmente, y vistas las cosas en perspectiva, no hay que dar crédito alguno a la idea, tan cara a los dirigentes bolcheviques, de que muchas de las medidas adoptadas entre 1917 y 1921 tenían un carácter provisional y se vinculaban con un escenario calamitoso. Fueron numerosos, también, los opositores al régimen que estimaron que los rigores de este último desaparecerían pronto. Con toda evidencia no fue así. Todas, o casi todas, esas medidas se mantuvieron, antes bien, sobre el terreno y preservaron su ascendiente durante muchas décadas. Y al respecto hay que recordar, una vez más, que no conviene dejarse llevar por la intuición de que su fundamento era, en efecto, el designio de hacer frente a problemas tan extraordinarios como coyunturales: hundían sus raíces, por el contrario, en la propia cosmovisión bolchevique, y ello desde antes de 1917. No sé si tiene sentido discutir en qué grado Lenin era moderadamente consciente de ello. Lo que parece evidente es que nada, o muy poco, hizo para frenar el despliegue de fórmulas que prefiguraban la burocratización indeleble del sistema naciente.

Los bolcheviques sentaron un pésimo precedente, tanto más cuanto que su conducta condujo a algunos a acotar las enseñanzas correspondientes en forma de leyes de obligada satisfacción, en forma de reglas de conducta asentadas e insoslayables, sin ninguna discusión crítica al respecto. Sobre este riesgo había llamado la atención Rosa Luxemburg: "El peligro

comienza cuando, bajo la presión de la necesidad, [los bolcheviques] cristalizan en teorizaciones las tácticas a que les han obligado aquellas mismas fatales condiciones […]; de este modo rinden un flaco servicio al socialismo internacional, […] intentando introducir en su acervo doctrinal todos los errores cometidos en Rusia bajo presión de la necesidad"[577].

Recordemos, en particular, que de manera casi coetánea con la revuelta de Kronshtadt, Lenin tomó la decisión, que sobre el papel debía tener, una vez más, un carácter provisional, de disolver todas las facciones existentes en el partido bolchevique, con el agregado de que el Comité Central de éste debía "hacer reinar la disciplina estricta en el interior del partido y en toda la actividad de los soviets, para alcanzar el máximo de unidad"[578]. Tiene gracia que el carácter "provisional" de estas medidas se vinculase entonces con el compromiso de que serían retiradas en el momento en el que la revolución triunfase en Europa, la URSS dejase de estar aislada y perdurase la NEP… A tono con ese compromiso, y como bien lo subraya Marie, las facciones estuvieron proscritas en el partido durante casi setenta años… Los mismos que han permitido que muchos "comunistas ortodoxos" —permítaseme eludir consideraciones sobre lo que significa esta expresión—, tras tirar por la borda, en su práctica cotidiana, el legado de Lenin en provecho de proyectos vergonzantemente socialdemócratas, sigan repitiendo, sin embargo, las monsergas y las admoniciones del dirigente bolchevique.

5. En varias oportunidades a lo largo de este libro me he hecho eco de una queja muy común entre los libertarios rusos: la que apuntaba la desgraciada ausencia de una organización común que permitiese multiplicar los esfuerzos de aquéllos y resistir con mayor decoro las acometidas de sus rivales. La discusión al respecto permanece abierta aún hoy. Si, por un lado, hay quienes ratifican el buen sentido del diagnóstico, por el otro hay quienes estiman que una organización *paraguas* era literalmente inviable, y por ello indeseable, en un escenario en el que el riesgo de burocratización, y de integración en unas u otras instituciones, resultaba ser muy fuerte. A esta disputa se sumó, si así se quiere, otra: la que nacía del recordatorio de las divisiones, a menudo agudas, que separaban a anarcocomunistas y anarcosindicalistas. Dejo para otro momento la glosa de la manifiesta

actualidad —a mi entender— de muchos de los postulados anarcocomunistas y de la necesidad de preservar, pese a ello, muchos de los elementos del anarcosindicalismo.

Es verdad que entre 1917 y 1921 los anarquistas, aunque influyentes, no dejaron de ser una minoría, y que hay motivos suficientes para concluir que no eran mayoría los trabajadores que compartían, o al menos que compartían en su integridad, sus propuestas. Parece fuera de discusión, eso sí, que el grueso de los trabajadores creían en una dirección obrera de las fábricas y que en muchos casos apostaron por la desaparición de sus viejos propietarios. Pero, si a duras penas cabe afirmar que los trabajadores simpatizaban con el proyecto bolchevique de estatalización, burocracia y represión, tampoco hay motivo para aseverar que peleaban con denuedo por una federación de soviets o de comités de fábrica, por el despliegue de comunas anarquizantes o por la propia destrucción del Estado. El reconocimiento de que esto era así se debe ver acompañado, con todo, por la certificación de que las políticas desplegadas por los bolcheviques —una genuina contrarrevolución, repitámoslo— cercenaron manifiestamente la posibilidad de que muchos trabajadores fueran más allá en su designio de construir, autónomamente, una sociedad nueva articulada desde abajo, desde la autogestión, desde la acción directa y desde el apoyo mutuo.

Importa subrayar que en la trastienda se revelaba un debate importante muchas veces proscrito: el que parte de la posición de quienes alentaban la firme convicción de que el socialismo o el comunismo no pueden remitir a lo mismo que había antes, en el capitalismo, bien que gestionado, ahora, por los trabajadores. En palabras de Dauvé y Martín,

si se concibe el socialismo sólo a partir del punto de vista de la gestión, se desemboca en un sistema en el que subsisten todas las características esenciales del capitalismo, en el que el salario, la ley del valor, el cambio, continúan desempeñando el mismo papel que antes, con la única diferencia de que todo el sistema es controlado por los obreros. El salario no es abolido: los asalariados se han convertido simplemente en asalariados de los asalariados. La destrucción del capitalismo no debe ser enfocada sólo desde el punto de vista de la gestión, sino a partir de la necesidad/posibilidad del aniquilamiento del cambio, de la mercancía, de la

ley del valor, del salario[579].

En un terreno parecido, es obligado preguntarse si es razonable imaginar que un sistema socialista, o comunista, puede mantener, sin más, las mismas actividades económicas que su antecesor capitalista. Salta a la vista que no debe ser así, y que también será preciso revisar, y radicalmente, la condición de los bienes que se producen y de los servicios que se prestan.

Jacques Camatte señaló que Bordiga comparó la historia humana con

un inmenso río bordeado por dos diques: a la derecha el de la conservación social, sobre el que van en procesión, canturreando salmos, los curas y los policías, así como los pregoneros de las mentiras oficiales de clase, y a la izquierda el del reformismo, sobre el que se pavonean los hombres dedicados al pueblo, los menesterosos del oportunismo, los progresistas. Las dos bandas se increpan, pero en definitiva están de acuerdo en que el río permanezca en su lecho. Pero el inmenso río de la historia humana tiene también sus crecidas, salta bruscamente por encima de los diques, ahogando las bandas miserables en la ola impetuosa e irresistible de la revolución, que arrasa las formas antiguas y da un nuevo rostro a la sociedad[580].

Peleemos para que Bordiga siga teniendo razón.

CRONOLOGÍA

1861 Abolición de la servidumbre.
1868 Se publica la revista *Naródnoye Deló.*
1874 Surge el movimiento populista *Jozhdéniye v Narod.*
1876 Muerte de Bakunin.
1878 Se publica la revista *Obshina*.
1879 Ve la luz el movimiento populista *Chiorni peredel*.
1881 Asesinato del zar Alejandro II.
1901 Surge el Partido Socialista Revolucionario.
1903 Kropotkin funda en Ginebra la revista *Jleb i Volia*. Se crea el grupo *Chórnoye Známiya.*
1905 Revolución en Rusia. Surgen los primeros soviets.
1906 Fuerte represión sobre el movimiento libertario.
1911 Se funda en Nueva York la revista *Golos Trudá.*
1914 Estalla la primera guerra mundial. Controversia entre defensistas e internacionalistas.
1917 *Febrero.* Comienzo de la revuelta en Petrogrado. Revolución de Febrero. El zar abdica. Se configura un Gobierno Provisional.
Marzo. El soviet de Petrogrado y la *Duma* asumen una estructura de doble poder.
Abril. Lenin, que difunde sus *Tesis de abril*, denuncia el acuerdo del soviet con la *Duma*. Una nueva ley define los cometidos de los comités de fábrica.
Agosto. Congreso panruso de cooperativas. *Golos Trudá* pasa a publicarse en Petrogrado. Intento fallido de golpe asestado por Kornílov.
Octubre. Revolución encabezada por los bolcheviques. Cae el Gobierno

Provisional. Surge el Consejo de Comisarios del Pueblo. Decreto sobre la tierra.

Noviembre. Decreto sobre control obrero. Elecciones a la Asamblea Constituyente; se imponen los socialistas revolucionarios.

Diciembre. Creación del Consejo Económico Supremo. Creación de la *Cheká*. Nacionalización de los bancos.

1918 *Enero.* Disolución de la Asamblea Constituyente.

Febrero. Se publica *El Estado y la revolución*, de Lenin.

Marzo. Firma del tratado de Brest-Litovsk. Los eseristas de izquierda abandonan el Consejo de Comisarios del Pueblo. La capital se traslada de Petrogrado a Moscú. El partido bolchevique pasa a llamarse partido comunista. Inicio, según una categorización, de la guerra civil.

Abril. Represión contra los centros anarquistas en Petrogrado y Moscú.

Junio. Se introduce el comunismo de guerra. Se restaura la pena de muerte.

Julio. Se aprueba la Constitución de la República Soviética de Rusia.

Agosto. Primera conferencia de anarcosindicalistas. Intento de asesinato de Lenin por una militante socialista revolucionaria. Se sientan los cimientos de la *majnóvshina.*

1919 *Abril*. Primer congreso de *Nabat*.

Septiembre. Majnó derrota a las tropas del general blanco Denikin. Bombardeo anarquista del cuartel general del partido bolchevique en Moscú.

1921 *Febrero.* Muerte de Kropotkin.

Marzo. Revuelta de Kronshtadt. Desaparecen los requisamientos a los campesinos. Se sientan las bases de la NEP.

Agosto. Últimos coletazos de la *majnóvshina.*

1922 *Enero.* Expulsión de un grupo de anarquistas connotados.

BIBLIOGRAFÍA

ACTON, Edward (1990): *Rethinking the Russian Revolution*, Bloomsbury Academic, Londres.

ACTON, Edward; CHERNAIEV, V. I. y ROSENBERG, William G. (dirs.) (1997): *Critical Companion to the Russian Revolution, 1914-1921*, Arnold, Londres.

AGUADO, Felipe (1976): *La revolución rusa y el partido bolchevique*, Zyx, Madrid.

ALÁYEV, L. P. (2016): *Sélskaya obshina*, URSS, Moscú.

ANTÓNOV, V. F. (2000a): *N.G. Chernishevski. Obshestvenni ideal anarjista*, URSS, Moscú.

— (2000b): *A. I. Gertsen. Obshestvenni ideal anarjista*, URSS, Moscú.

ANTONY, Michel (2015) : "L'anarchisme en Russie et en URSS. Bolchevisme et anarchisme: Deux utopies communistes opposées. Document chronologique", en http://www.acratie.eu/FTPUTOP/ANRUSDAT.DOC

ANWEILER, Oskar (1971): "Presentación sobre el futuro de la revolución", en Frits Kool y Erwin Oberländer, *Documentos de la revolución mundial. I. Democracia de trabajadores o dictadura de partido*, Zyx, Madrid, pp. 11-68.

— (1975): *Los soviets en Rusia*, Zyx, Madrid.

ARCHIBALD, Malcolm (2007): *Atamansha. The Story of Maria Nikiforova, the Anarchist Joan of Arc*, Black Cat, Edmonton.

ARCHINOF, Pedro (1975): *Historia del movimiento macknovista*, Tusquets, Barcelona.

ARCHÍNOV, P. A. (2015a): "Anarjobolshevizm i evó rol v rutskoi revoliutsi", en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi

Akademi, San Petersburgo, pp. 860-865.
— (2015b): “K voprosu ob anarjo-bolshevizme i evó rol v revoliutsi”, en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi Akademi, San Petersburgo, pp. 866-871.
ARVON, Henry (1980): *La révolte de Cronstadt*, Complexe, Bruselas.
ATABEKIAN, A. M. (2014): *Protiv vlasti*, URSS, Moscú.
ATKINSON, Dorothy (1983): *The End of the Russian Land Commune, 1905-1930*, Stanford University, Stanford.
AVRICH, Paul (1966): “Anarchism and Anti-Intellectualism in Russia”, *Journal of the History of Ideas*, nº3, pp. 381-390.
— (1968): “Russian Anarchists and the Civil War”, *Russian Review*, nº3, pp. 296-306.
— (1972): *Russian Rebels,1600-1800*, Schocken, Nueva York.
— (1973a): *The Anarchists in the Russian Revolution*, Thames and Hudson, Londres.
— (1973b): *Kronstadt 1921*, Proyección, Buenos Aires.
— (1988): *Anarchist Portraits*, Princeton University, Princeton.
— (2005): *The Russian Anarchists*, AK Press, Oakland/Edimburgo.
AVRICH, Paul y AVRICH, Karen (2012): *Sasha and Emma. The Anarchist Odyssey of Alexander Berkman and Emma Goldman*, Harvard University, Cambridge.
BANNOUR, Wanda (1978): *Les nihilistes russes*, Anthropos, París.
BARTLETT, Roger (1990a): “Introduction”, en Roger Bartlett (dir.), *Land Commune and Peasant Community in Russia. Communal Forms in Imperial and Early Soviet Society*, Macmillan, Houndmills, pp. 1-6.
— (dir.) (1990b): *Land Commune and Peasant Community in Russia. Communal Forms in Imperial and Early Soviet Society*, Macmillan, Houndmills.
BAYNAC, Jacques (1978): *El terror bajo Lenin*, Tusquets, Barcelona.
— (1979): *Les socialistes-révolutionnaires*, Robert Laffont, París.
BELASH, A. V. y BELASH, V. F. (1993): *Dorogui Nestora Majnó*, Proza, Kíev.
BERGER, Claude (1975): *Marx frente a Lenin. Asociación obrera o socialismo de Estado*, Zyx, Madrid.
BERGMAN, Jay (1983): *Vera Zasulich. A biography*, Stanford University,

Stanford.

BERKMAN, Alexander (2012): *La rebelión de Kronstadt*, Tierra de Fuego/LaMalatesta, La Laguna/Madrid.

— (2013): *El mito bolchevique*, La Malatesta/Tierra de Fuego, Madrid/La Laguna.

BERNSHTAM, M. S. (dir.) (1981): *Nezavísimoye rabócheye dviyéniye v 1918 godu*, YMCA, París.

BESANCENOT, Olivier y LÖWY, Michael (2014): *Affinités révolutionnaires. Nos étoiles rouges et noires*, Mille et une Nuits, París.

BESPECHNI, T. A. y BUKREYEVA, T. T. (1996): *Néstor Majnó: pravda i leguendi*, Donetsshina, Donetsk.

BOGUCHARSKI, V. Ya. (2015): "Glávniye radikálnoye techéniya v semdesiatij godaj", en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumani tarnoi Akademi, San Petersburgo, pp. 116-128.

BONNELL, Victoria E. (1983): *Roots of Rebellion: Worker's Politics and Organizations in St. Petersburg and Moscow, 1900-1914*, University of California, Berkeley.

BOROVOI, A. A. (2015): *Anarjizm*, URSS, Moscú.

BRINTON, Maurice (1972): *Los bolcheviques y el control obrero, 1917-1921*, Ruedo Ibérico, París.

BRIÚSOV, V. Ya. (2015): "Mistichéskiye anarjisti", en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi Akademi, San Petersburgo, pp. 723-728.

BROSSAT, Alain y KLINGBERG, Sylvia (2009): *Le Yiddishland révolutionnaire*, Syllepse, París.

BROVKIN, Vladimir N. (1987): *The Mensheviks after October. Socialist Opposition and the Rise of the Bolshevik Dictatorship*, Cornell University, Ithaca.

BUCHENKOV, D. E. (2015): "Anarjisti v Rosí v kontse XX veka", en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi Akademi, San Petersburgo, pp. 927-937.

BUDNITSKI, O. V. (1995): *P. A. Kropotkin i problema revoliutsiónnogo terrorizma*, Trudí mezhduradonoi nauchnoi konferentsi, posviashennoi 150-létniyu so dniá rozhdéniya P. A. Kropótkina (parte tercera), Moscú,

pp. 6-25.
— (2000): *Terrorizm v rosiskom osvoboditelnom dviyeni: ideologuiya, etika, psijologuiya*, Rosspen, Moscú.
Camatte, Jacques (1975): *Comunidad y comunismo en Rusia*, Zyx, Madrid.
Cardan, Paul (1976): "El papel de la ideología bolchevique en la aparición de la burocracia", en Alexandra Kolontai, *La oposición obrera*, Castellote, Madrid, pp. 7-32.
Castoriadis, Cornelius (1973a): *La société bureaucratique 1. Les rapports de production en Russie*, UGE, París.
— (1973b): *La société bureaucratique 2. La révolution contre la bureaucratie*, UGE, París.
— (2005): *Une société à la dérive. Entretiens et débats, 1974-1997*, Seuil, París.
Cerroni, Umberto (1965): *Le origini del socialismo in Russia*, Riuniti, Roma.
Chulkov, G. I. (2015): "O misticheskom anarjizme", en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi Akademi, San Petersburgo, pp. 711-717.
Churakov, Dmitri (2004): *Revoliútsiya, gosudarstvo, rabochi protest: formi, dinamika i priroda masovij vistupleni rabochij v Sovetskoi Rosí, 1917-1918 godu*, Rosspen, Moscú.
Ciliga, Anté (1971): "L'insurrection de Kronstadt et la destinée de la révolution russe", en VV AA, *L'insurrection de Kronstadt le rouge*, Documents Rouge et Noir, París, pp. 33-38.
— (2015): *L'insurrection de Cronstadt et la destinée de la révolution russe*, Allia, París.
Cinella, Ettore (2003): *Makhno et la révolution ukrainienne, 1917-1921*, ACL, Lyon.
Cotlenko, Mila (2014): *Maria Nikiforova, la révolution sans attendre: l'épopée d'une anarchiste à travers l'Ukraine (1902-1919)*, Mutines Séditions, París.
D'agostino, Anthony (1977): *Marxism and the Russian Anarchists*, Germinal, San Francisco.
Danílov, Víktor Petrovich (1990): "The Commune in the Life of the Soviet

Countryside before Collectivisation", en Roger Bartlett (dir.), *Land Commu-ne and Peasant Community in Russia. Communal Forms in Imperial and Early Soviet Society*, Macmillan, Houndmills, pp. 287-302.

DAUVÉ, Gilles y MARTIN, François (2003): *Declive y resurgimiento de la perspectiva comunista*, Espartaco Internacional, s. l.

DERKACH, Nadezhda (2016): *Tras prisiones y traslados*, Diaclasa, Barcelona.

DRAGOMÁNOV, M. P. (2015): "Dinamitno-anarjichéskaya epidemiya i samoupravléniye", en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi Akademi, San Petersburgo, pp. 101-115.

DUBOVIK, A. V. (2013): "Anarjisti v rabochem i profsoyuznom dviyeni nachala XX veka", en VV AA, *Rabócheye dviyéniye i léviye sili protiv avtoritarizma i totalitarizma*, URSS, Moscú, pp. 17-24.

DUCRET, Jean-Pierre (2013): *La rivoluzione russa in Ucraina: la storia di Nestor Makhno* (volumen 1), Biblioteca Archivio Germinal, Carrara.

— (2015): *La rivoluzione russa in Ucraina: la storia di Nestor Makhno* (volumen 2), Biblioteca Archivio Germinal, Carrara.

EDMONSON, Linda (1988a): "Women in 1917 and After", en Harold Shukman (dir.), *The Blackwell Encyclopaedia of the Russian Revolution*, Blackwell, Oxford, pp. 34-36.

— (1988b): "The Women's Movement before 1917", en Harold Shukman (dir.), *The Blackwell Encyclopaedia of the Russian Revolution*, Blackwell, Oxford, pp. 30-34.

FELSHTINSKI, Yu. G. (1985): *Bolsheviki i Léviye Yéseri: Oktiabr 1917- Yul 1918*, YMCA, París.

FERRO, Marc (dir.) (1980): *Des soviets au communisme bureaucratique*, Gallimard/Julliard, París.

FIGES, Orlando (1989): *Peasant Russia, Civil War: The Volga Countryside in Revolution 1917-1921*, Phoenix, Londres.

— (1990): "The Russian Peasant Community in the Agrarian Revolution, 1917-18", en Roger Bartlett (dir.), *Land Commune and Peasant Community in Russia. Communal Forms in Imperial and Early Soviet Society*, Macmillan, Houndmills, pp. 237-253.

— (2014): *A People´s Tragedy: the Russian Revolution, 1891-1924*, Bodley Head, Londres.

— (2014): *Revolutionary Russia, 1891-1991*, Penguin, Londres.
FIGNER, Vera (2016): *Rusia en las tinieblas*, Antipersona, s. l.
FRANK, Pierre (1986): "Introduction", en V. I. Lenin y Leon Trotski, *Kronstadt*, Monad, s. l., pp. 11-38.
GALILI, Ziva (1989): *The Menshevik Leaders in the Russian Revolution*, Princeton University, Princeton.
GATTOLIN, Federico (2005): *Kronstadt. Una rivoluzione che fece tremare il Cremlino (marzo 1921)*, Prospettiva, Roma.
GAYRAUD, Régis (2000): *La grande melée des utopies. La Russie libertaire, 1905-1921*, Nautilus, París.
GEIFMAN, Anna (1993): *Thou Shalt Kill: Revolutionary Terrorism in Russia, 1894-1917*, Princeton University, Princeton.
GÉLINET, Jean-Maurice (1975): "La Oposición Obrera o el centinela melancólico", en Alexandra Kolontai, *La Oposición Obrera*, Anagrama, Barcelona, pp. 7-45.
GETZLER, Israel (1983): *Kronstadt 1917-1921: the Fate of a Soviet Democracy*, Cambridge University, Nueva York.
GLICKMAN, Rose L. (1984): *Russian Factory Women: Workplace and Society, 1880-1914*, University of California, Berkeley.
— (1990): "Women and the Peasant Commune", en Roger Bartlett (dir.), *Land Commune and Peasant Community in Russia. Communal Forms in Imperial and Early Soviet Society*, Macmillan, Houndmills, pp. 321-338.
GLUSHAKOV, Iuri (2015): *Revoliútsiya umerla! Da zdrávstvuet revoliútsiya! Anarjizm v Belarusi (1902-1927)*, ShSS, San Petersburgo.
GOLDMAN, Emma (2008): *My Two Years in Russia*, Red and Black, San Petersburgo.
GOLOVÁNOV, V. Ya. (1997): *Tachanki s yuga: judoyestvénnoye isledovániye majnóvskogo dviyéniya*, Mart, Moscú.
GONCHAROK, Moshe (2017): *Pepel nashij kostrov.Ocherki istori yevréiskogo anarjístskogo dviyéniya (idish-anarjizm)*, Common Place, Moscú.
GORDEYEVA, I. A. (2013): "'Tolstovtsi' v Sovietskoi Rosí seredini 1920-j-1930 -j godov: strateguiya i taktika nenasilstvénnogo protesta", en VV AA, *Rabócheye dviyéniye i léviye sili protiv avtoritarizma i totalitarizma*, URSS, Moscú, pp. 75-88.

GORELIK, Anatol y MINTZ, Frank (2007): *El anarquismo y la revolución rusa*, Anarres/Terramar, Buenos Aires/La Plata.

GOREV, B. I. (2015): "Anarjisti, maksimalisti i majayevtsi", en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi Akademi, San Petersburgo, pp. 544-571.

GRUPA RUSKIJ ANARJÍSTOV V GERMANI (facsímil) (1922): *Gonéniya na anarjizm v Sovietskoi Rosí*, University of Michigan Library, s. l.

GRUPO DIELO TRUDÁ (2010): *Plataforma organizativa para una unión general de anarquistas*, Aldarull, Barcelona.

HAIMSON, Leopold H. (dir.) (1974): *The Mensheviks from the Revolution of 1917 to the Second World War*, The University of Chicago, Chicago.

HEATH, Nick (2010): *The Third revolution? Peasant and Worker Resistance to the Bolshevik Government*, Kate Sharpley Library, Berkeley.

HERZEN, Aleksandr (1969): *Bíloye i dumi*, Judoshestvénnaya Literatura, Moscú.

— (1975): *El desarrollo de las ideas revolucionarias en Rusia*, Siglo XXI, México.

— (1979): *From the Other Shore & The Russian People and Socialism*, Oxford University, Oxford.

— (1994): *Pasado y pensamientos*, Tecnos, Madrid.

IMAI, Yoshio (1990): "The *Artel'* and the Beginnings of the Consumer Cooperative Movement in Russia", en Roger Bartlett (dir.), *Land Commune and Peasant Community in Russia. Communal Forms in Imperial and Early Soviet Society*, Macmillan, Houndmills, pp. 363-374.

JANSEN, M. (1988): *Pártiya Sotsialistov-Revoliutsionerov posle oktiabrskogo perevorota 1917 goda*, Stichting Beheeer IISG, Amsterdam.

KAISER, Daniel H. (dir.) (1990): *The Worker's Revolution in Russia, 1917: the View from Below*, Cambridge University, Cambridge.

KÁNEV, S. N. (1974): *Oktiábrskaya revoliútsiya i kraj anarjizma (borba parti bolshevikov protiv anarjizma 1917-1922 gg)*, Misl, Moscú.

KAPLAN, Frederick L. (1968): *Bolshevik Ideology and the Ethics of Soviet Labor*, Philosophical Library, Nueva York.

KESSEL, Joseph (1997): *Makhno et sa juive*, Gallimard, París.

KISLITSINA, I. L. (1992): *Bakunizm na yugue Rosí, 70-e- gg. XIX v.* DVO

RAN, Vladivostok.
Koenker, Diane (1981): *Moscow Workers and the 1917 Revolution*, Princeton University, Princeton.
Kolontai, Alexandra (1975): *La Oposición Obrera*, Anagrama, Barcelona.
— (1976): *La Oposición Obrera*, Castellote, Madrid.
Konovalchik, P. (2002): *Anarjichéskoye dviyéniye v Belorusi*, Padruchnik revoliutsiyanera, Minsk.
Kool, Frits y Oberländer, Erwin (1971a): *Documentos de la revolución mundial. I. Democracia de trabajadores o dictadura de partido*, Zyx, Madrid.
— (1971b): *Documentos de la revolución mundial. II. Kronstadt*, Zyx, Madrid.
Korn, M. (2015): "Revoliutsionni sindikalizm i anarjizm", en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi Akademi, San Petersburgo, pp. 426-440.
Korsch, Karl (1975): *¿Qué es la socialización?*, Ariel, Barcelona.
Kowalski, Ronald (1991): *The Bolshevik Party in Conflict: the Left Communist Opposition of 1918*, University of Pittsburgh, Pittsburgh.
— (1997): *The Russian Revolution, 1917-1921*, Routledge, Londres.
Krestiánikov, V. Ya. (2014): *Kronshtadt. Krépost, gorod, port*, Ostrov, San Petersburgo.
— (2016): *Kronshtadtski miatezh*, Ostrov, San Petersburgo.
Kropotkin, Piotr (2011): *Zapiski revoliutsionera*, Ázbuka, San Petersburgo.
— (2015): "Nuyen li anarjizm v Rosí?", en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi Akademi, San Petersburgo, pp. 239-244.
Lefort, Claude (1970): *¿Qué es la burocracia?*, Ruedo Ibérico, París.
Lehning, Arthur (2008): *Marxismo y anarquismo en la revolución rusa*, Anarres, Buenos Aires.
Lenin, V. I. y Trotsky, Leon (1986): *Kronstadt*, Monad, s. l.
Leontiev, Ya. V. (2000): *Pártiya Levij Sotsialistov-Revoliutsionerov. Dokumenti i materiali. T. 1. Iyul 1917-Mai 1918*, Rosspen, Moscú.
Leontiev, Ya. V. y Rublev, D. I. (2013): "Samoupravliáyushesya arteli v jlebobulochnom proizvodstve v 1920-e godi kak obrazets alternativnoi ekonomiki", en VV AA, *Rabócheye dviyéniye i léviye sili protiv*

avtoritarizma i totalitarizma, URSS, Moscú, pp. 62-73.
Lewin, Moshe (1990): "The *Obshchina* and the Village", en Roger Bartlett (dir.), *Land Commune and Peasant Community in Russia. Communal Forms in Imperial and Early Soviet Society*, Macmillan, Houndmills, pp. 20-35.
Liebich, André (1999): *From the Other Shore. Russian Social Democracy after 1921*, Harvard University, Cambridge.
Linhart, Robert (1977): *Lenine, os camponeses e Taylor*, Iniciativas Editoriais, Lisboa.
Litvin. A. L. y Ovrutski, L. M. (1992): *Léviye Yéseri: programma i taktika*, Kazánskogo Universiteta, Kazán.
Litvinov, Pavel (1984): *Nestor Makhno et la question juive*, Groupe de Fresnes-Antony de la Fédération Anarchiste, s. l.
Llorens, Ignacio de (s. d.): *The CNT and the Russian Revolution*, Kate Sharpley Library, Berkeley.
Luxemburg, Rosa (1975): *La revolución rusa*, Anagrama, Barcelona.
Mabillard, Maud (2007): *La fleur rouge. Natacha Klimova et les maximalistes russes*, Noir sur Blanc, Lausana.
Machaqueiro, Mário (2008): *A revolução soviética, hoje. Ensaio de releitura da revolução de 1917*, Afrontamento, Oporto.
Majnó, Néstor (1977): "La lucha contra el Estado", en VV AA, *Los anarquistas y los soviets*, Anagrama, Barcelona, pp. 95-98.
— (1992): *Vospominániya*, Respublika, Moscú.
— (1996): *The Struggle Against the State and Other Essays*, AK Press, Edimburgo/San Francisco.
— (2010): *The Russian Revolution in the Ukraine (March 1917-April 1918)*, Elephant, Londres.
— (2013): *Ázbuka anarjista*, Prozaik, Moscú.
— (2014): *Antología de escritos*, Descontrol, Barcelona.
Malet, Michael (1982): *Nestor Makhno in the Russian Civil War*, Macmillan, Londres.
Malinin, V. A. (1991): *Istoriya ruskogo utopícheskogo sotsializma. Vtóraya polovina XIX-nachalo XX vv.r*, Nauka, Moscú.
Mandel, David (1983): *The Petrograd Workers and the Fall of the Old*

Regime: From the February Revolution to the July Days, 1917, Macmillan, Londres.
— (1984): *Petrograd Workers and the Soviet Seizure of Power (July 1917-June 1918)*, Macmillan, Londres.
MARABINI, Jean (1965): *La vie quotidienne en Russie sous la révolution d'Octobre*, Hachette, París.
MARIE, Jean-Jacques (2005): *Cronstadt*, Fayard, París.
MATTICK, Paul (1973): "Lénine et sa légende", en VV AA, *La contre-révolution bureaucratique*, UGE, París, pp. 75-90.
— (1977): "Anton Pannekoek (1873-1960)", en Anton Pannekoek, *Los consejos obreros*, Zyx, Madrid, pp. 11-22.
MAXIMOFF, Gregori Petrovich (1978): *Gli anarco-sindacalisti nella rivoluzione russa*, CP, Florencia.
— (2013): *The Guillotine at Work. Vol. 1: the Leninist Counter-Revolution*, Over the Water, Sanday.
MAXWELL, Margaret (1990): *Narodniki Women. Russian Women Who Sacrificed Themselves for the Dream of Freedom*, Pergamon, Nueva York.
MCAULEY, Mary (1991): *Bread and Justice: State and Society in Petrograd, 1917-1922*, Oxford University, Oxford.
MELANCON, Michael (1990): *The Socialist Revolutionaries and the Russian Anti-War Movement, 1914-1917*, Ohio State University, Columbus.
MELGUNOV, S. P. (1978): "El terror rojo en Rusia (1918-1924)", en Jacques Baynac, *El terror bajo Lenin*, Tusquets, Barcelona, pp. 63-120.
MENDELÉYEV, A. G. (2015): *Pechat ruskij anarjístov*, Rosspen, Moscú.
MENZIES, Malcolm (1972): *Makhno, une épopée*, Belfond, París.
METT, Ida (1983): *Souvenirs sur Nestor Makhno*, Allia, París.
— (2006): *La Comuna de Cronstadt. Crepúsculo sangriento de los soviets*, Espartaco Internacional, s. l.
MINTZ, Frank (2007): "Introducción al pensamiento de Anatol Gorelik y a la revolución soviética, la práctica anarquista y marxista", en Anatol Gorelik y Frank Mintz, *El anarquismo y la revolución rusa*, Anarres/Terramar, Buenos Aires/La Plata, pp. 9-20.
MITROJIN, N. A. (2015): "Anarjosindikalizm i ottépel", en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi Akademi, San Peters-

burgo, pp. 919-926.
Motzkin, Léo (2010) : *Les Pogromes en Ukraine sous les gouvernements ukrainiens 1917-1920*, Ressouvenances, Les Pavillons-sous-Bois.
Nadezhdin, Nikolai (2011): *Néstor Majnó,"Batko"*, Maior, Moscú.
Nalímov, V. V. (2015): "Ob istori mistichéskogo anarjizma v Rosí", en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi Akademi, San Petersburgo, pp. 806-818.
Nikitin, A. L. (1992): *K sobitiyam 20-j gg. vokrug Kropótkinskogo muzeya*, Trudí Komisi po nauchnomu naslediyu P. A. Kropótkina (parte segunda), Moscú, pp. 82-123.
— (1995): *Anarjo-místiki Kropótkinskogo muzeya i masonstvo*, Trudí mezhdunarodnoi nauchnoi konferentsi, posviashennoi 150-létniyu so dniá rozhdéniya P. A. Kropótkina (parte primera), Moscú, pp. 136-144.
Nowlin, Bill (2013): "Introduction", en Gregory Petrovich Maximoff, *The Guillotine at Work. Vol. 1: the Leninist Counter-Revolution*, Over the Water, Sanday.
Okuda, Hiroshi (1990): "The Final Stage of the Russian Peasant Commune: its Improvement and the Strategy of Collectivisation", en Roger Bartlett (dir.), *Land Commune and Peasant Community in Russia. Communal Forms in Imperial and Early Soviet Society*, Macmillan, Houndmills, pp. 254-271.
Olivier, Michel (2011): *La izquierda bolchevique y el poder obrero*, Espartaco Internacional/Aldarull, Barcelona.
Oljovski, E. P. (2015): "Anarjizm i ruskoye revoliutsiónnoye naródnichestvo 70-80-j godov XIX veka", en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi Akademi, San Petersburgo, pp. 163-172.
Osipova, T. V. (2001): *Rosískoye krestianstvo v revoliutsi i grazhdanskoi voiné*, Strelets, Moscú.
Palij, Michael (1976): *The Anarchism of Nestor Makhno, 1918-1921*, University of Washington, Seattle.
Pankratova, Ana M. (1976): *Los consejos de fábrica en la Rusia de 1917*, Anagrama, Barcelona.
Pannekoek, Anton (1975): *Escritos sobre los consejos obreros*, Zyx, Madrid.
— (1977): *Los consejos obreros*, Zyx, Madrid.

— (1978): *Una nueva forma de marxismo*, Zyx, Madrid.
— (1988): *Yenshini v ruskom osvoboditelnom dviyeni. Ot M. Volkonski do V. Figner*, Misl, Moscú.
PAVLIUCHENKO, E. A. (1988): *Yenshina v ruskom osvobodítelnom dviyeni*, Misl, Moscú.
PÁVLOV, D. B. (1999): *Bolshevítskaya diktatura protiv sotsiálistov i anarjístov*, Rosspen, Moscú.
PESSIN, Alain (1997): *Le populisme. Le populisme russe (1821-1881) ou la rencontre avec un peuple imaginaire*, Atelier de Création Libertaire, Lyon.
PESTAÑA, Ángel (1968): *Informe de mi estancia en la U.R.S.S.*, Zyx, Madrid.
— (1970): *Consideraciones y juicios acerca de la tercera internacional*, Zyx, Madrid.
— (2013): *70 días en Rusia. Lo que yo vi*, Tinta Profana, Barcelona.
PIPES, Richard (1964): "*Narodnichestvo*: A Semantic Inquiry", en *Slavic Review*, nº 23, septiembre.
— (1996): *A Concise History of the Russian Revolution*, Vintage, Nueva York.
— (1997): *Three 'Whys' of the Russian Revolution*, Vintage, Nueva York.
PODSHIVALOV, Igor (2011): *Siberian Makhnovshchina*, Black Cat, Edmonton.
— (2015): *Anarjiya v Sibiri*, Common Place, Angarsk.
POLIKÁRPOVA, E. V. (2001): *Ideologuiya naródnichestva v Rosí*, Profobrazobániye, Moscú.
POLLACK, Emanuel (1959): *The Kronstadt Rebellion*, Philosophical Library, Nueva York.
PORTER, Cathy (1978): *Péres et filles. Femmes dans la revolution russe*, Des Femmes, s. l.
RABINOWITCH, Alexander (1968): *Prelude to Revolution: The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Uprising*, Indiana University, Bloomington.
— (1976): *The Bolsheviks Come to Power: the Revolution of 1917 in Petrograd*, W.W. Norton & Company, Nueva York.
— (2007): *The Bolsheviks in Power. The First Year of Soviet Rule in Petrograd*, Indiana University, Bloomington/Indianápolis.
RASKÓLNIKOV, F. F. (1990): *Kronshtadt i Piter v 1917 godu*, Politicheskoi Literaturi, Moscú.

RATKOVSKI, I. S. (2006): *Krasni terror i deyátelnost VChK v 1918 godu*, Sankt-Peterburgski Gos. Un-t, San Petersburgo.

REBROV, Piotr (1994): *Konfederatsia Anarjo-Sindikalistov: iz istori noveishego anarjístskogo dviyéniya v SSSR i Rosí*, en http://www.angelfire.com/ia/IOKAS/historykas.html/

REGEMORTER, J.-L. van (2000): *L'insurrection paysanne de la région de Tambov*, Ressouvenances, Les Pavillons-sous-Bois.

RIÁBOV, P. V. (2016): *Kratki ocherk istori anarjizma v XIX-XX vekaj. Anarjichéskiye pismá*, URSS, Moscú.

ROCKER, Rudolf (1959): *Bolcheviquismo y anarquismo*, Reconstruir, Buenos Aires.

ROGDÁYEV, N. (2015): "Razlíchniye techéniya v ruskom anarjizme", en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi Akademi, San Petersburgo, pp. 480-492.

ROSENBERG, William G. (1990): "Russian Labor and Bolshevik Power: Social Dimensions of Protest in Petrograd after October", en Daniel H. Kaiser (dir.), *The Worker's Revolution in Russia, 1917: the View from Below*, Cambridge University, Cambridge, pp. 98-131.

ROSSINERI, Patrick (2015): *Entre la plataforma y el partido. Las tendencias autoritarias y el anarquismo*, Diaclasa, Barcelona.

RUBLEV, D. I. (2015): "Anarjisti v Sovietskoi Rosí: 1922-1953 gg. Strategui borbi v viyibániya v uslobiyaj diktaturi", en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi Akademi, San Petersburgo, pp. 903-918.

RUFF, Philip (1991): *Anarchy in the USSR*, ASP, Londres.

RÜHLE, Otto (1973): "La lutte contre le fascisme commence par la lutte contre le bolchevisme", en VV AA, *La contre-révolution bureaucratique*, UGE, París, pp. 261-280.

SABATIER, Guy (2009): *Tratado de Brest-Litovsk de 1918. Frenazo a la revolución*, Espartaco Internacional, s. l.

SAFRÓNOV, O. S. (2009): *Istorichéskiye vzgliadi ideologov ruskogo anarjizma (vtóraya polovina XIX veka)*, Voyénnogo Aviatsiónnogo Inyeniérnogo Universiteta, Vorónezh.

SAKWA, Richard (1988): *Soviet Communists in Power. A Study of Moscow*

during the Civil War, 1918-1921, Macmillan, Londres.

SAVCHENKO, Víktor A. (2010): *Avantiuristi grazhdanskoi voiní: istorichéskoye rasledovániye*, Folio, Járkov.

SAVCHENKO, Víktor A. (2014): *Anarjistski ruj v Odesi (1903-1916)*, Printing House, Odesa.

SAYER, Derek y CORRIGAN, Philip (1990): "El último Marx: continuidad, contradicción y aprendizaje", en Teodor Shanin, *El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo*, Revolución, Madrid, pp. 101-122.

SCHAPIRO, Leonard (1977): *The Origin of the Communist Autocracy. Political Opposition in the Soviet State First Phase, 1917-1922*, Cambridge University, Harvard.

— (1984): *1917. The Russian Revolutions and the Origins of Present-Day Communism*, Maurice Temple Smith, Hounslow.

SCHUJMAN, Héctor (1999): *La revolución desconocida: Ukrania 1917-1921. La gesta makhnovista*, Madre Tierra, Madrid.

SEMANOV, S. N. (2001): *Majnó. Podlínnaya istoriya*, AST, Moscú.

— (2003): *Kronshtadtski miatezh*, Eksmo, Moscú.

— (2005): *Néstor Majnó: voyak anarjístov. Nóvoye prochténiye po novim materialam*, Veche, Moscú.

SERGE, Victor (1971): "Sur Kronstadt 1921 et quelques autres sujets…", en VV AA, *L'insurrection de Kronstadt le rouge*, Documents Rouge et Noir, París, pp. 39-42.

— (2012): *Memoirs of a Revolutionary*, New York Review of Books, Nueva York.

SETH, Ronald (1966): *The Russian Terrorists. The Story of the Narodniki*, Barrie and Rockliff, Londres.

SHANIN, Teodor (1986): *Russia as a 'Developing Society'*, Macmillan, Houndmills.

— (1990): *El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo*, Revolución, Madrid.

SHANIN, T. y DANÍLOV, V. (2006): *Nestor Majnó: krestiánskoye dviyéniye na Ukraine. 1908-1921. Dokumenti i materiali.* Rosspen, Moscú.

SHISHKIN, V. A. (dir.) (2000): *Petrograd na perelome epoj: Gorod i evo yíteli*

v godu revoliutsi i grazhdanskoi voiní, Dmitri Bulanin, San Petersburgo.

SHOREY, Tobin J. (2003): *Kronstadt Rebellion: the Struggle for Self-Representation and the Boundaries of Bolshevik Discourse*, University of Florida.

SHTYRBUL, A. A. (1996): *Anarjístskoye dviyéniye v Sibiri v 1-i chetverti XX veka* (dos volúmenes), Omski Gos. Pedagog. Universitet, Omsk.

SHUBIN, Aleksandr (1998): *Majnó i majnóvskoye dviyéniye*, MIK, Moscú.

SHUBIN, Alexander V. (2012): *Nestor Machno: bandiera nera sull'Ucraina. Guerriglia libertaria e rivoluzione contadina (1917-1921)*, Elèuthera, Milán.

SHUKMAN, Harold (dir.) (1988): *The Blackwell Encyclopaedia of the Russian Revolution*, Blackwell, Oxford.

SIRIANNI, Carmen (1982): *Worker's Control and Socialist Democracy: the Soviet Experience*, Verso, Londres.

SKIRDA, Alexandre (1971): *Kronstadt 1921. Proletariat contre bolchevisme*, La Tête de Feuilles, París.

— (dir.) (1973): *Les anarchistes dans la révolution russe*, La Tête de Feuilles, París.

— (2003): *Sotsialism intelektualov: Yan Vatslav Majaiski, razoblachitel sotsializma, marksisma i samogo Marksa*, Gromada, París.

— (2004): *Nestor Makhno. Anarchy's Cossack*, AK Press, Edimburgo/Chico/Londres.

SMITH, H. (1973): "Trotsky et la dictature du prolétariat", en VV AA, *La contre-révolution bureaucratique*, UGE, París, pp. 201-208.

SMITH, Steven A. (1983): *Red Petrograd: Revolution in the Factories, 1917-1918*, Cambridge University, Cambridge.

— (1988): "The Workers: February-October 1917", en Harold Shukman (dir.), *The Blackwell Encyclopaedia of the Russian Revolution*, Blackwell, Oxford, pp. 19-21.

— (1990): "Petrograd in 1917: the View from Below", en Daniel H. Kaiser (dir.), *The Worker's Revolution in Russia, 1917: the View from Below*, Cambridge University, Cambridge, pp. 59-79.

— (2002): *The Russian Revolution*, Oxford University, Oxford.

SOLIDARITY (1976): "Notas históricas", en Alexandra Kolontai, *La oposición*

obrera, Castellote, Madrid, pp. 101-125.

STITES, Richard (1978): *The Women's Liberation Movement in Russia. Feminism, Nihilism, and Bolshevism, 1860-1930*, Princeton University, Princeton.

— (1989): *Revolutionary Dreams: Utopian Vision and Experimental Life in Russian Revolution*, Oxford University, Nueva York-Oxford.

STOYÁNOV, B. S. (2015): "L. N. Tolstoi i anarjizm", en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi Akademi, San Petersburgo, pp. 330-336.

SUNY, Ronald Grigor (1990): "Revising the Old Story: the 1917 Revolution in Light of New Sources", en Daniel H. Kaiser (dir.), *The Worker's Revolution in Russia, 1917: the View from Below*, Cambridge University, Cambridge, pp. 1-19.

ГALEROV, P. I. (2015): "Rasprostranéniye idei anarjo-kommunizma v Rosí v pérviye godi XX v.", en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi Akademi, San Petersburgo, pp. 500-508.

ГELITSIN, Vadim (1998): *Néstor Majnó*, Olimpus i Rusich, Smolensk.

ГERNON, Yves (1981): *Makhno. La révolte anarchiste*, Complexe, Bruselas.

ГIUTIUKIN, S. V. (2002): *Menshevizm: stranitsi istori*, Rosspen, Moscú.

ГOLSTOI, L. N. (2015): "Jristianski anarjizm. Misl L.N. Tolstogo", en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi Akademi, San Petersburgo, pp. 316-323.

ГRÉHONDAT, Patrick Le (2016) : "La révolution russe et les coopératives", en http://www.autogestion.asso.fr/?p= 5728

ГROTSKI, Lev (2011): "Beaucoup de bruit autour de Cronstadt", en VV AA, *1921. L'insurrection de Cronstadt la rouge*, Alternative Libertaire, París, pp. 44-50.

ГSENNIKOVA, O. N. (2009): *P.A. Kropotkin v kontekste istori ruskogo anarjizma*, Altaiskogo Gos. Un-ta, Barnaúl.

ГVARDOVSKAIA, Valentina Alexandrovna (1978): *El populismo ruso*, Siglo XXI, México.

ГVARDÓVSKAYA, V. A. y ITENBERG, B. S. (1999): *Ruskiye i Karl Marks: vibor ili sudba?*, URSS, Moscú.

UDÁRTSEV, S. F. (1994): *Politichéskaya i pravóvaya teoriya anarjizma v Rosí.*

Istoriya i sovremennost, Visshaya shk. Prava Bdilet, Almati.
— (2015): "Evoliútsiya teori anarjizma v Rosí v XIX-XX vv. (klasicheski i postklasicheski periodi)", en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi Akademi, San Petersburgo, pp. 20-32.
VELLER, Mijaíl (2016): *Majnó*, AST, Moscú.
VENTURI, Franco (1981a): *El populismo ruso, 1*, Alianza, Madrid.
— (1981b): *El populismo ruso, 2*, Alianza, Madrid.
VOLIN (1977a): *La revolución desconocida. Volumen I*, Campo Abierto, Madrid.
— (1977b): *La revolución desconocida. Volumen II*, Campo Abierto, Madrid.
VOLKOVINSKI, V. M. (1994): *Néstor Majnó: legendi ta realnist*, Perlit Prodakshn, Kíev.
VV AA (1970): *Aguitatsiónnaya literatura ruskij revoliutsionnij národnikov*, Nauka, Leningrado.
VV AA (1971): *L'insurrection de Kronstadt le rouge*, Documents Rouge et Noir, París.
VV AA (1973): *La contre-révolution bureaucratique*, UGE, París.
VV AA (1977): *Los anarquistas y los soviets*, Anagrama, Barcelona.
VV AA (1986): "Exchanges of Views on Kronstadt", en V. I. Lenin y Leon Trotsky, *Kronstadt*, s. l., Monad, pp. 124-141.
VV AA (1989a): *Deyáteli SSSR i revoliutsiónnogo dviyéniya Rosí, entsiklopedicheski slovar granat*, Soviétskaya Entsiklopédiya, Moscú.
VV AA (1989b): *Izvestia de Kronstadt*, Ressouvenances, Les Pavillons-sous-Bois.
VV AA (1994): *'Krov po soviesti': terrorizm v Rosí. Dokumenti i biografi*, RGPU, Rostov.
VV AA (1995-2002): *Trudí mezhdunarodnoi nauchnoi konferentsi, posviash. 150-letiyu so dniá rozhdéniya P.A. Kropótkina*, In-t Ekonomiki RAN, Moscú.
VV AA (1996a): *Individualni politicheski terror v Rosí-XIX-nachala XX veka*, Memorial, Moscú.
VV AA (1996b): *Politichéskiye parti Rosí konets XIX-pérvaya tret XX veka: Entsiklopédiya*, Rosspen, Moscú.
VV AA (1997): *Kronshtadt 1921*, Demokratiya, Moscú.

VV AA (1998a): *Anarjisti: dokumenti i materiali. Tom I (1883-1916 gg.)*, Rosspen, Moscú.
VV AA (1998b): *The Truth about Kronstadt*, en www-personal.umich.edu/mhuey/TOC/AUT.frame.html
VV AA (1999a): *Anarjisti: dokumenti i materiali, Tom II (1917-1935)*, Rosspen, Moscú.
VV AA (1999b): *Kronshtádskaya traguediya 1921 goda, dokumenti v dvuj knigaj*, Rosspen, Moscú.
VV AA (2000): *Pártiya Levij Sotsialistov-Revoliutsionerov. Dokumenti i materiali* (tomo I), Rosspen, Moscú.
VV AA (2003a): *Antologuiya sovreménnogo anarjizma i lévogo radikalizma*, Ultra-Kultura, Moscú.
VV AA (2003b): *Krestiánskoye dviyéniye v Tambovskoi guberni (1917-1918): Dokumenti i materiali*, Rosspen, Moscú.
VV AA (2006): *Néstor Majnó: krestiánskoye dviyéniye na Ukraine, 1918-1921: Dokumenti i materiali*, Rosspen, Moscú.
VV AA (2007a): *Non-Leninist Marxism. Writings on the Worker's Councils*, Red and Black, San Petersburgo.
VV AA (2007b): "Primera conferencia de las organizaciones anarquistas de Ucrania Nabat", en Anatol Gorelik y Frank Mintz, *El anarquismo y la revolución rusa*, Anarres/Terramar, Buenos Aires / La Plata, pp. 59-92.
VV AA (2009): *After Makhno*, Kate Sharpley Library, Berkeley.
VV AA (2011a): *Anarquistas de Bialystok, 1903-1908*, Furia Apátrida/Anomia, Barcelona/Sabadell.
VV AA (2011b): *1921. L'insurrection de Cronstadt la rouge*, Alternative Libertaire, París.
VV AA (2013): *Rabócheye dviyéniye i léviye sili protiv avtoritarizma i totalitarizma*, URSS, Moscú.
VV AA (2015a): *Anarjiya rabótaet. Primeri iz istori Rosí*, Common Place Moscú.
VV AA (2015b): *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi Akademi, San Petersburgo.
VV AA (2016): *Vive la revolution, à bas la démocratie! Anarchistes de Russie dans l'insurrection de 1905. Récits, parcours et documents*

d'intransigents, Mutines Séditions, París.
WAGNER, Helmut (1973): "Thèses sur le bolchevisme", en VV AA, *La contre-révolution bureaucratique*, UGE, París, pp. 23-54.
WALICKI, Andrzej (1971): *Populismo y marxismo en Rusia*, Estela, Barcelona.
WALTER, Nicolas (1988): "Anarchism", en Harold Shukman (dir.), *The Blackwell Encyclopaedia of the Russian Revolution*, Blackwell, Oxford, pp. 93-96.
WOOD, Elizabeth A. (1997): *The Baba and the Comrade. Gender and Politics in Revolutionary Russia*, Indiana University, Bloomington.
WOODCOCK, George (1975): *Anarchism*, Penguin, Harmondsworth.
WOODCOCK, George y AVAKUMOVIĆ, Ivan (1971): *The Anarchist Prince. A Biographical Study of Peter Kropotkin*, Schocken, Nueva York.
WRIGHT, John G. (1986): "The Truth about Kronstadt", en V. I. Lenin y Leon Trotski, *Kronstadt*, Monad, s. l., pp. 101-123.
YÁKOVLEV, Yákov A. (facsímil) (1922): *Ruski anarjizm v velikoi ruskoi revoliutsi*, Facsimile, Delhi.
YAROSLAVSKI, Yemelián (1939): *Anarjizm v Rosí*, Gospolitizdat, Moscú.
YÁROV, S. V. (1999): *Goroyanin kak politik, revoliútsiya voenni kommunizm i NEP glazami petrogradtsev*, Dmitri Bulanin, San Petersburgo.
YELENSKY, Boris (1958): *In the Struggle for Equality. The Story of Anarchist Red Cross*, Alexander Berkman Aid Fund, Chicago.
YERMAKOV, V. D. (1997a): *Anarjístskoye dviyéniye v Rosí: istóriya i sovremennost*, Akademiya Kulturi, San Petersburgo.
— (1997b): *Rosiski anarjizm i anarjisti*, Néstor, San Petersburgo.
YERMAKOV, V. D. y TALEROV, P. I. (2007): *Anarjizm v istori Rosí: ot istokov k sovremennosti*, Solart, San Petersburgo.
YUKINA, I. I. (2003): *Istoriya yenshí Rosí: yenskoye dviyéniye i feminizm (1850-e-1920-e gg.)*, Aleteiya, San Petersburgo.
ZABRÉZHNEV, V. I. (2015): "Propovédniki individualistichéskogo anarjizma v Rosí", en VV AA, *Anarjizm: pro et contra*, Ruskoi Jristianskoi Gumanitarnoi Akademi, San Petersburgo, pp. 662-675.

---

1. Woodcock, 1975. El primer documento que recoge la prolija antología

del anarquismo ruso publicada en Moscú en 1998 data de 1883, en el buen entendido de que se trata de un texto de profesión de fe libertaria aprobado en Lyon, en Francia; véase VV AA, 1998a: documento 2. También se consultarán con provecho Antony, 2015; Safrónov, 2009; Udártsev, 1994; Udártsev, 2015; Yermakov, 1997a; Yermakov, 1997b, y Yermakov y Talerov, 2007.

2. Véase Kropotkin, 2011.

3 . Corriente de pensamiento que estima que en Rusia, y en general en el mundo eslavo, hay formas de vida y de relación que merecen ser preservadas ante la intrusión de las formas de vida y de relación propias del exterior, y en particular de las procedentes de Occidente.

4. Cit. en Pessin, 1997: 18.

5. Véanse Avrich, 1972, y Podshivalov, 2015: 1-150.

6. Walter, 1988: 93.

7. Woodcock, 1975: 377.

8. Woodcock, 1975: 378.

9. Woodcock, 1975: 380. Véanse Herzen, 1969; Herzen, 1975; Herzen, 1979, y Herzen, 1994. Sobre la dimension libertaria de la obra de Herzen, véase Antónov, 2000b.

10. Obviaré la discusión sobre la idoneidad del adjetivo, no sin recordar que muchos anarquistas se sentirán inequívoca y lógicamente incómodos ante una descripción tan personalista de la condición de organizaciones y activistas.

11. Woodcock, 1975: 386.

12. Véase Mendeléyev, 2015: 81-119.

13. Véase Avrich, 1966.

14. Avrich, 2005: 13.

15. Cerroni, 1965: 120-121.

16. Walicki, 1991: 70-71.

17. VV AA, 2015a: 75-86 y 87-96.

18. Cerroni, 1965: 85 y ss.

19. Woodcock, 1975: 388.

20. Véase, por ejemplo, la declaración recogida en VV AA, 1998a: documento 9. También Mendeléyev, 2015: 166-184.

21. Véase, por ejemplo, Yákovlev, 1922: 3.
22. Gayraud, 2000: 22 y 24.
23. Sobre el anarquismo en el mundo judío, véase Goncharok, 2017. También Brossat y Klingberg, 2009.
24. Sobre el escenario bielorruso, véanse Glushakov, 2015, y Konovalchik, 2002. Sobre el caso de Odesa, véase Savchenko, 2014. En VV AA, 1998a, se recogen numerosos textos originarios de varias de esas ciudades.
25. Véase VV AA, 1998a: documento 21.
26. Véase VV AA, 1998a: documentos 179 y 180.
27. Véase VV AA, 1998a: documentos 202, 203 y 204.
28. Véase VV AA, 1998a: documento 234.
29. Véase VV AA, 1998a: documento 243.
30. Véase VV AA, 1998a: documento 249.
31. Sobre la presencia de mujeres se leerá con provecho el libro de recuerdos de Nadezhda Derkach. Véase Derkach, 2016.
32. Véase VV AA, 1998a: documento 100. También Kropotkin, 2015; Tsennikova, 2009, y VV AA, 1995-2002.
33. Véase, por ejemplo, VV AA, 1998a: documento 70. También Kislitsina, 1992, y Rogdáyev, 2015.
34. Véase Korn, 2015.
35. En VV AA, 1998a, se recogen numerosos documentos anarcocomunistas. La presencia anarcosindicalista puede apreciarse en textos somo los incluidos en los documentos 121, 122, 123 y 129 de la misma obra. Véase también Talerov, 2015.
36. VV AA, 2016: 66.
37. VV AA, 2016: 70.
38. Skirda, 1973: 23.
39. Véase Budnitski, 1995.
40. Avrich, 2005: 88.
41. Véase, por ejemplo, el lamentable retrato que se traslada en Marabini, 1965: 192-194.
42. Cit. en VV AA, 2016: 54.
43. VV AA, 2011a. Véase también Derkach, 2016.

44. Véase Yelensky, 1958.
45. Véase Zabrézhnev, 2015.
46. VV AA, 2016: 13.
47. VV AA, 2016: 16.
48. VV AA, 2016: 59.
49. Dauvé y Martin, 2003: 48.
50. Melancon, 1990: 188. Textos varios emitidos por grupos anarquistas durante la guerra mundial se encontrarán en VV AA, 1999a: documentos 252 y ss.
51. Woodcock, 1975: 392.
52. Walicki, 1971: 7. Véase también Pipes, 1964.
53. Walicki, 1971: 9.
54. Venturi, 1981a: 31.
55. Cit. en Walicki, 1991: 95.
56. Venturi, 1981b: 773. Véanse también Bannour, 1978; Bogucharski, 2015; Malinin, 1991; Oljovski, 2015; Polikárpova, 2001, y VV AA, 1970.
57. Porter, 1978: 208.
58. Passin, 1997: 40.
59. Cit. en Tvardovskaia, 1978: 167.
60. Shanin, 1990: 27-28.
61. Walicki, 1991: 64.
62. Walicki, 1971: 8.
63. Edmondson, 1988b: 31. Cierto es que, al margen de los *naródniki*, había ido perfilándose en Rusia un movimiento feminista que reproducía muchos de los rasgos del que estaba germinando en la Europa occidental y en Estados Unidos. Al igual que sucedía en Occidente, se nutría mayormente de mujeres procedentes de las clases adineradas, preocupadas por mejorar sus posibilidades fuera del hogar, al amparo, ante todo, del acceso a la educación superior y a mejores posiciones profesionales. Véase Edmondson, 1988b: 31. También, sobre las mujeres en Rusia antes de las revoluciones de 1917, Pavliuchenko, 1988, y Yukina, 2003.
64. Véanse Maxwell, 1990, y Porter, 1978.

65. Stites, 1978: 125.
66. Según una estimación, una tercera parte de los integrantes del comité ejecutivo de *Naródnaya Volia* eran mujeres; véase Maxwell, 1990: 322. También Figner, 2016.
67. Véase Glickman, 1984.
68. Véanse Budnitski, 2000; Dragomanov, 2015; Geifman, 1993; Seth, 1966; VV AA, 1994, y VV AA, 1996a.
69. Cit. en Tvardovskaia, 1978: 22.
70. Programa del Comité Ejecutivo de *Naródnaya Volia*, cit. en Shanin, 1990: 267.
71. Shanin, 1990: 342.
72. Camatte, 1975: 44.
73. Cit. en Cerroni, 1965: 192.
74. Venturi, 1981b: 837.
75. Walicki, 1991: 64.
76. Venturi, 1981a: 21. Sobre la relación entre el mundo anarquista ruso y el marxismo, véase D'Agostino, 1977.
77. Bergman, 1983: 119.
78. Baynac, 1979: 95-96.
79. Kowalski, 1997: 221-222.
80. Sobre los socialistas revolucionarios luego de 1917, véase Jansen, 1988. Sobre los socialistas revolucionarios de izquierda, véanse Felshtinski, 1985; Leontiev, 2000; Litvin y Ovrutski, 1992, y VV AA, 2000.
81. Véanse Gorev, 2015, y Mabillard, 2007.
82. Volin, 1977a: 75.
83. Kowalski, 1997: 227.
84. Baynac, 1979: 144.
85. Baynac, 1979: 140.
86. Baynac, 1979: 133.
87. Schapiro, 1977: 149.
88. Baynac, 1979: 68.
89. Atkinson, 1983: 5-6; Bartlett, 1990a: 1. Véanse también Aláyev, 2016, y Bartlett, 1990b.
90. Pessin, 1997: 23.

91. Shanin, 1986: 74.
92. Aunque los partidarios de la comuna han subrayado que ésta atendía generosamente a viudas y huérfanos, desde posiciones menos propicias se ha aseverado que su actividad caritativa se limitaba a los niños más necesitados.
93. Shanin, 1986: 74-75.
94. Shanin, 1990: 27.
95. Cit. en Venturi, 1981b: 762.
96. Sobre la dimension libertaria de la obra de Chernishevski, véase Antónov, 2000a.
97. Glickman, 1990: 321.
98. Danilov, 1990: 299.
99. Lehning, 2008: 26.
100. Shanin, 1990: 137.
101. Imai, 1990: 365.
102. Véanse Leontiev y Rublev, 2013, y Tréhondat, 2016.
103. Ferro, 1980: 63.
104. Sayer y Corrigan, 1990: 107.
105. Camatte, 1975: 8.
106. Shanin, 1990: 31.
107. Shanin, 1990: 31.
108. Cit. en Sayer y Corrigan, 1990: 110. Véase también Tvardóvskaya e Itenberg, 1999.
109. Cit. en Sayer y Corrigan, 1990: 111.
110. Shanin, 1990; Walicki, 1991.
111. Cit. en Shanin, 1990: 127-128.
112. Cit. en Shanin, 1990: 34.
113. Cit. en Shanin, 1990: 146.
114. Walicki, 1991: 140.
115. Shanin, 1990: 168-169.
116. Atkinson, 1983: 292.
117. Los obreros industriales constituían una minoría en la Rusia de 1917. Sobre un total de 150.000.000 de habitantes, y sumados a los mineros, eran 3.500.000. Los principales núcleos industriales los aportaban, por

otra parte, Petrogrado y Moscú, que contaban cada una con unos 420.000 obreros. Véase Smith, 1988: 19.

118. Sobre la presencia de partidos y movimientos en Petrogrado y Moscú en los años revolucionarios, véanse Bernshtam, 1981; Bonnell, 1983; Churakov, 2004; Yárov, 1999; Koenker, 1981; Mandel, 1983; Mandel, 1984; Mcauley, 1991; Rabinowitch, 1968; Rabinowitch, 1976; Sakwa, 1998; Shishkin, 2000; Smith, 1983; VV AA, 1989a, y VV AA, 1996b. Textos generales sobre las revoluciones rusas son los de Acton, 1990; Acton, Chernaiev y Rosenberg, 1997; Figes, 2014, y Smith, 1983.

119. Figes, 2014: 106.

120. Cit. en Woodcock y Avakumović, 1971: 388.

121. Skirda, 1973: 23-24. Véase Riábov, 2016: 45-49.

122. VV AA, 2010.

123. VV AA, 2010: 28.

124. Avrich, 2005: 140.

125. Avrich, 2005: 140.

126. Skirda, 2004: 321. Sobre el caso bielorruso, véase Glushakov, 2015: 96-162.

127. Véase, por ejemplo, VV AA, 1999a: documentos 308 y 310.

128. VV AA, 2007b: 76.

129. Gorelik, 2007: 108.

130. Avrich, 2005: 195.

131. Véase VV AA, 1999a: documento 436.

132. VV AA, 2007b: 79.

133. Cit. en Gorelik, 2007: 37.

134. Baynac, 1978: 13.

135. Cit. en Baynac, 1978: 13.

136. Avrich, 2005: 132.

137. Cit. en Skirda, 1973: 12.

138. Lehning, 2008: 41.

139. Estas dos últimas afirmaciones son de Maksim Gorki, cit. en Gorelik, 2007: 38-39.

140. Lehning, 2008: 79.

141. Cit. en Lehning, 2008: 102.

142. Lehning, 2008: 111.

143. Sobre los mencheviques, véanse Brovkin, 1987; Galili, 1989; Haimson, 1974; Liebich, 1999, y Tiutiukin, 2002.

144. En realidad, la propia CNT española sufrió también, poco tiempo después, un hechizo pasajero por los bolcheviques. Recuérdese al respecto que, luego de un duro debate interno, la CNT aceptó sumarse, bien que a título provisional, a la Tercera Internacional auspiciada por Moscú. La presencia de Ángel Pestaña en el segundo congreso de ésta, en el verano de 1920, y su descontento en lo que respecta a las formas y al sentido de fondo del proyecto (véanse Pestaña, 1968; Pestaña, 1970, y Pestaña, 2013), unidos al informe emitido por Gaston Laval, provocaron, sin embargo, en 1922 el abandono de la Internacional y un rápido alejamiento de la Confederación con respecto a lo que ocurría en la naciente Unión Soviética. Y eso que la CNT, en virtud de su singularísima condición, era por aquel entonces una pieza cotizada para los dirigentes bolcheviques, más bien aislados en el contexto internacional (véase Llorens, s. d.: 3 y 11).

145. Archinof, 1975: 28.

146. Volin, 1977a: 174-175.

147. Skirda, 1971: 13.

148. Véase, por ejemplo, Majnó, 1996: 57.

149. Avrich y Avrich, 2012: 312.

150. Figes, 2014: 134.

151. Una posición similar fue defendida, en los hechos, por Ángel Pestaña, el provisional representante de la CNT ante la Tercera Internacional. Véase Pestaña, 1970: 45. Sobre los anarquistas rusos y la guerra civil, véase Avrich, 1968.

152. Avrich identifica esta corriente con “anarquistas” partidarios de colaborar con el Ejército Rojo, empeñados en un franco rechazo de la violencia terrorista y decididos a aceptar, siquiera a título provisional, la dictadura del proletariado.Véase Avrich, 2005: 202. También Yákovlev, 1922: 65 y ss., y VV AA, 1999a: documentos 448 y 462.

153. Cit. en Berkman, 2013: 63.

154. Smith, 2002: 97.

155. Bien podrían añadirse, ciertamente, otras corrientes, como el anarquismo “universalista”, del que ya hemos hablado, o el anarquismo “humanista”, a menudo próximo, según una versión de los hechos, al individualismo anarquista.

156. Véase VV AA, 1999a: documento 350. También los textos de A. M. Atabekian incluidos en Atabekian, 2014.

157. Anweiler, 1975: 101.

158. La cita procede de un folleto anarcocomunista publicado en Londres en 1907 y cit. en Anweiler, 1975: 101.

159. Véase VV AA, 1999a: documentos 417, 418, 419, 420, 421, 424, 425 y 428. También Dubovik, 2013, y Maximoff, 1978.

160. Avrich, 1973a: 68.

161. Con respecto a Borovoi, véase la antología de textos recogida en Borovoi, 2015.

162. Volin, 1977a: 213. Véanse también Gordeyeva, 2013; Stoyánov, 2015, y Tolstoi, 2015.

163. Véanse Archínov, 2015a, y Archínov, 2015b.

164. Véase la larga lista de nombres y biografías que se incluye en Skirda, 1973: 41-42.

165. Skirda, 1973: 42.

166. Trotski, 2011: 45.

167. Kaplan, 1968: 160.

168. Véanse, por ejemplo, Pávlov, 1999, y Ratkovski, 2006.

169. Gayraud, 2000: 39.

170. Avrich, 1973a: 52-54.

171. Véanse Briúsov, 2015; Chulkov, 2015; Nalímov, 2015, y Nikitin, 1995.

172. Skirda, 2004: 367. La *Ojrana* era la policía secreta zarista.

173. Smith, 2002: 63. Otros cálculos sitúan la horquilla de esas ejecuciones entre 200.000 y 1.500.000, en un escenario general marcado, en cualquier caso, por un uso muy intenso de la violencia; véase Noelin, 2013: párrafo 8º.

174. Baynac, 1978: 35. Un balance general de los mecanismos represivos en los años que siguieron a la revolución de Octubre se encontrará en

Melgunov, 1978.

175. Serge, 2012: 94.

176. Serge, 2012: 94.

177. Cit. en Smith, 2002: 63.

178. Cit. en Baynac, 1978: 16.

179. Schapiro, 1977: 115.

180. Schapiro, 1984: 144.

181. Véase VV AA, 1999a: documento 362.

182. Woodcok y Avakumović, 1971: 408. En más de un sentido habían quedado atrás, por otra parte, las polémicas suscitadas por la posición de Kropotkin durante la guerra mundial. El camino se había visto allanado por cuanto el propio Kropotkin, en el epílogo que escribió para *Zapiski revoliutsionera* (*Palabras de un revolucionario*), sin dejar de mencionar la responsabilidad alemana en la agresión de 1914, no ahorraba críticas a la expansión imperial de Inglaterra y de Francia.

183. Una información preciosa en lo que respecta a la represión de este último se incluye en un volumen editado por Volin en 1922, en Berlín, con el título *Gonéniya na anarjizm v Sovietskoi Rosí* (*La represión de los anarquistas en la Rusia soviética*); véase Grupa Ruskij Anarjístov v Germani, 1922.

184. Lehning, 2008: 115.

185. Anweiler, 1975: 22.

186. Anweiler, 1975: 58.

187. Radin, cit. en Anweiler, 1975: 60.

188. Pannekoek, 1977: 126.

189. Por cierto que esta última palabra, pese a tener entre nosotros una historia corta —se expandió, al parecer, al calor del mayo francés de 1968—, queda fidedignamente retratada de la mano de un vocablo profusamente utilizado por los anarquistas rusos: *samoupravléniye*.

190. Machaqueiro, 2008: 60.

191. Anweiler, 1975: 174.

192. Anweiler, 1975: 207.

193. Lehning, 2008: 16.

194. Wagner, 1973: 39.

195. Véase Kowalski, 1997: 104 y 105.
196. Cit. en Arvon, 1980: 9.
197. Shorey, 2003: 28.
198. Cit. en Anweiler, 1971: 54.
199. Cit. en Skirda, 1971: 26.
200. Figes, 2014: 164.
201. Machaqueiro, 2008: 86.
202. Machaqueiro, 2008: 87.
203. Arvon, 1980: 71.
204. Figes, 2014: 109.
205. Suny, 1990: 8.
206. Machaqueiro, 2008: 67.
207. Machaqueiro, 2008: 68.
208. Ferro, 1980: 204.
209. Aun así, hasta 1919 las unidades que pelearon, del lado bolchevique, en la guerra civil las aportaron fundamentalmente destacamentos guerrilleros más bien improvisados. No está de más recordar que durante la mentada guerra civil, y junto con el Ejército Rojo y los ejércitos blancos, operaron los que se dieron en llamar *ejércitos verdes*, que acogían a desertores de unos y otros que comúnmente no deseaban pelear contra nadie: su propósito mayor era permanecer al margen de la propia guerra civil; véase Serge, 2012: 102.
210. Cit. en Avrich, 2005: 182.
211. Mattick, 1973: 77.
212. Baynac, 1979: 56.
213. Baynac, 1979: 57-58.
214. Cit. en Berkman, 2013: 96.
215. Pestaña, 2013: 113.
216. Mattick, 1973: 82.
217. Roi Medvédev, cit. en Maxwell, 1990: 238.
218. Luxemburg, 1975: 48-50.
219. Luxemburg, 1975: 52.
220. Véase el informe de Anton Antonov-Ovseyenko sobre “el movimiento de bandidos en la provincia de Tambov”, reproducido en Regemorter,

2000: 179. Véase también VV AA, 2003b.

221. Regemorter, 2000: 16-18.

222. Mattick, 1973: 83. La propaganda bolchevique había tendido a exagerar la presencia de los *kulakí*, los campesinos acomodados. Según una estimación éstos eran, en 1917, sólo un 3,7 por ciento de los campesinos, y únicamente un 0,5 por ciento en 1920; véase Heath, 2010: 3.

223. Machaqueiro, 2008: 144.

224. Cit. en Brinton, 1975: 41.

225. Véase, por ejemplo, Pankratova, 1976: 78.

226. Brinton, 1975: 65.

227. Cit. en Brinton, 1975: 59.

228. Smith, 2002: 94.

229. Pankratova, 1976: 37.

230. Pankratova, 1976: 38.

231. Véase Sirianni, 1982.

232. Kaplan, 1968: 118.

233. Kaplan, 1968: 127.

234. Brinton, 1975: 77.

235. Brinton, 1975: 60.

236. Véase VV AA, 1998a: documento 234.

237. Avrich, 2005: 147.

238. Véase, por ejemplo, el texto de G. P. Maksímov reproducido en Avrich, 1973a: 72-74.

239. Avrich, 2005: 162.

240. Linhart, 1977: 184.

241. Olivier, 2011: 13.

242. Cit. en Solidarity, 1976: 114-115.

243. Camatte, 1975: 34.

244. Camatte, 1975: 66.

245. Camatte, 1975: 72.

246. Regemorter, 2000: 11.

247. Atkinson, 1983: 144.

248. Atkinson, 1983: 172.

249. Figes, 1990: 237.
250. Figes, 1990: 244.
251. Atkinson, 1983: 207.
252. Atkinson, 1983: 214. Véase Stites, 1989.
253. Atkinson, 1983: 301.
254. Atkinson, 1983: 375.
255. Okuda, 1990: 255-256.
256. Lewin, 1990: 30.
257. Véase, por ejemplo, Serge, 2012: 122.
258. Smith, 2002: 38.
259. Kowalski, 1997: 7.
260. Goldman, 2008: 104.
261. Pestaña, 1968: 35.
262. Rosenberg, 1990: 106-107.
263. Schapiro, 1984: 147.
264. Bien puede consultarse al respecto un texto, de fecha tan temprana como 1905, en el que un grupo anarcocomunista distingue entre revolución social y revolución política; véase VV AA, 1998a, documento 34.
265. Dauvé y Martin, 2003: 21.
266. Dauvé y Martin, 2003: 22.
267. Cit. en Solidarity, 1996: 103.
268. VV AA, 1986: 129 y 131.
269. Lehning, 2008: 70.
270. Skirda, 1973: 20.
271. Berger, 1977: 243.
272. Cit. en Berger, 1977: 259.
273. Kaplan, 1968: 137-141.
274. Rühle, 1973: 269.
275. Rühle, 1973: 275.
276. Anweiler, 1975: 104.
277. Shanin, 1986: 203.
278. Ferro, 1980: 72.
279. Ferro, 1980: 127-128.

280. Cit. en Arvon, 1980: 143.

281. Cit. en Avrich, 1973a: 124. Dejemos constancia, de cualquier modo, de que es dudoso que las percepciones de Marx encontrasen un fiel reflejo en las prácticas de los bolcheviques. Sobre las dificultades para identificar en Lenin a un fiel seguidor de Marx, y por añadidura sobre las que rodean al propio término *marxismo-leninismo*, véase Berger, 1977, en el buen entendido de que se trata de un texto difícil que a menudo convierte a Marx en una suerte de oráculo incontestable. Una explicación más cristalina se encontrará en Lehning, 2008.

282. Cit. en Skirda, 2004: 324-325. Véase también Skirda, 2003. Agreguemos, aun así, otras palabras, premonitorias, de Bakunin: "La causa fundamental de que todas las autoridades estatales revolucionarias del mundo hayan hecho siempre poca cosa para impulsar la marcha de la revolución está en que han pretendido impulsarla con su autoridad personal y la ayuda de su propio poder. En consecuencia sólo podían producirse dos resultados. En primer lugar, estaban obligadas a limitar la acción revolucionaria al menor grado, porque hasta los hombres de Estado más inteligentes, enérgicos y sinceramente revolucionarios no tienen concepto alguno de todas las cuestiones e intereses de la vida. Por ello toda dictadura, lo sea de una persona o de un comité revolucionario, es necesariamente apocada, pobre en pensamientos grandes, y así como el barco más gigantesco no puede medir la extensión ni la profundidad del mar, los dictadores no pueden ni saben concebir toda la profundidad de la vida del pueblo. Y, secundariamente, porque toda acción que se pretenda imponer al pueblo por medio del poder oficial y legal desde arriba, provocará siempre un sentimiento de sublevación y oposición en las masas"; cit. en Rocker, 1959: 44.

283. Machaqueiro, 2008: 109-110.

284. Cit. en Arvon, 1980: 130.

285. Cit. en Mintz, 2007: 14-15.

286. Castoriadis, 1973b: 272.

287. Marie, 2005: 157.

288. Cit. en Marie, 2005: 154-155.

289. Cit. en Mintz, 2007: 14.

290. Lefort, 1970: 252-253.
291. Cierto es que a esta visión no fueron ajenos algunos anarquistas, como lo testimonia, bien que con diferencias importantes, la célebre carta que Kropotkin dirigió a los trabajadores del mundo occidental en abril de 1919. En esa carta señalaba que la intervención militar foránea había propiciado en Rusia un fortalecimiento de las tendencias dictatoriales. Bien es verdad que Kropotkin no dudó en referirse, también, al ascendiente de problemas previos, en la medida en que afirmó que "los males inherentes a la dictadura de partido se han acrecentado en virtud de las condiciones de la guerra"; cit. en Arvon, 1980: 72.
292. Cardan, 1976: 21-22.
293. Lehning, 2008: 15.
294. Schapiro, 1984: 123.
295. Kaplan, 1968: 123-124.
296. Schapiro, 1984: 155.
297. Luxemburg, 1975: 73.
298. Luxemburg, 1975: 78.
299. Cit. en Anweiler, 1975: 245.
300. Kolontai, 1976: 68.
301. Cit. en Avrich, 1973b: 160.
302. Cit. en Smith, 2002: 161.
303. Cit. en Maxwell, 1990: 251.
304. Aguado, 1976: 20.
305. Schapiro, 1977: 243.
306. Berger, 1977: 233.
307. Berger, 1977: 234.
308. Cit. en Skirda, 1973: 43.
309. Linhart, 1977: 85.
310. Linhart, 1977: 89.
311. Smith, 2002: 74.
312. Linhart, 1977: 113.
313. Linhart, 1977: 115.
314. Dauvé y Martin, 2003: 82.
315. Cit. en Solidarity, 1976: 114.

316. Dauvé y Martin, 2003: 78.
317. Brinton, 1975: 120.
318. Osinski, cit. en VV AA, 1971a: 131.
319. Solidarity, 1976: 102.
320. Smith, 2002: 74.
321. Cardan (Castoriadis) subraya que Kolontai, la dirigente de la Oposición Obrera dentro del partido bolchevique, no distinguía el papel de los “especialistas” y el de los “técnicos”, con lo cual allanaba en cierto sentido el camino a las argumentaciones vertidas por Lenin y Trotski. Sobre la base de la irrefutable conclusión de que era ineludible contar con técnicos, en muchos casos Lenin y Trotski no dudaron en otorgar a éstos genuinos poderes dictatoriales en las fábricas. “La Oposición intervenía encarnizadamente en la discusión del problema del ‘mando colegiado’, opuesto al ‘mando de uno solo’, lo cual remitía a un aspecto relativamente formal —un mando colegiado puede ser tan burocrático como el mando de una sola persona— y dejaba en la sombra el verdadero problema, no otro que el de la verdadera fuente de la autoridad”; véase Cardan, ١٩٧٦: ٢٦.
322. Kolontai, 1976: 61-62.
323. Avrich, 2005: 192.
324 . Arvon, 1980: 134.
325 . Mattick, 1977: 19.
326 . Cit. en Berger, 1977: 239.
327 . Berger, 1977: 239.
328. Wagner, 1973: 44.
329. Cit. en Brinton, 1975: 44.
330. Brinton, 1975: 45.
331. Cit. en Brinton, 1975: 64.
332. Smith, 1973: 204.
333. Avrich, 1973b: 173.
334. Avrich, 1973b: 173.
335. Smith, 2002: 160.
336. Cit. en Castoriadis, 1973a: 223.
337. Castoriadis, 1973b: 389-390.

338. Castoriadis, 1973b: 391.
339. Pannekoek, 1975: 46.
340. Cit. en VV AA, 2007a: 5.
341. Pannekoek, 1975: 41.
342. Cit. en Berger, 1977: 234.
343. Cit. en Arvon, 1980: 13-14.
344. Ferro, 1980: 71.
345. Cit. en Baynac, 1978: 27.
346. Goldman, 2008: 140.
347. Avrich, 1973a: 18.
348. Véase Sabatier, 2009.
349. Schapiro, 1984: 163-164.
350. Pipes, 1996: 206.
351. Pipes, 1997: 32-33.
352. Baynac, 1978: 16.
353. Brinton, 1972: 19.
354. Cit. en Brinton, 1972: 21.
355 . Brinton, 1972: 21.
356 . Cit. en Pipes, 1996: 208.
357 . Cit. en Skirda, 1971: 21.
358 . Majnó, 2014: 78-79.
359. Wagner, 1973: 41-42.
360. Edmondson, 1988: 35.
361. Wood, 1997: 2.
362. Wood, 1997: 216-217.
363. Stites, 1978: 407.
364. Wood, 1997: 4.
365. Edmondson, 1988: 36.
366. Wood, 1997: 6-7.
367. Wood, 1997: 8.
368. Stites, 1978: 326.
369 . Stites, 1978: 327.
370. Castoriadis, 2005: 244.
371. Cit. en Anweiler, 1971: 49.

372. Machaqueiro, 2008: 161.
373. “Resolución del grupo anarcosindicalista en el primer congreso panruso de sindicatos”, enero de 1918, cit. en Skirda, 1973: 91.
374. Véase Rabinowitch, 2007: 389-402.
375. Machaqueiro, 2008: 155.
376. Arvon, 1980: 140.
377. Cit. en Arvon, 1980: 141.
378. Kowalski, 1991.
379. Gélinet, 1975: 22-23.
380. Sobre el escenario de Kronshtadt, véanse Krestiánikov, 2014, y Raskólnikov, 1990.
381. Trabajos sobre la revuelta de Kronshtadt son los de Arvon, 1980; Avrich, 1973b; Berkman, 2012; Ciliga, 2015; Gattolin, 2005; Getzler, 1983; Kool y Oberländer, 1971b; Krestiánikov, 2016; Lenin y Trotsky, 1986; Marie, 2005; Mett, 2006; Pollack, 1959; Semanov, 2003; Shorey, 2003; Skirda, 1971; VV AA, 1971; VV AA, 1989b; VV AA, 1997; VV AA, 1998b; VV AA, 1999b, y VV AA, 2011b .
382. Kool y Oberländer, 1971b: 58.
383. Marie, 2005: 440.
384. Avrich, 1973b: 208.
385. Marie, 2005: 363.
386. O murieron en fecha temprana. Véase el listado de nombres, y las breves biografías, incluido en VV AA, 1997: 377-415.
387. Sobre Kronshtadt en 1917, véanse Krestiánikov, 2016: 19 y ss.; Raskólnikov, 1990; Mett, 2006: 27 y ss., y el texto de Efim Yarchuk titulado “Kronstadt dans la révolution russe”, en Skirda, 1971: 101-196.
388. Raskólnikov, 1990: 234 y ss.
389. Avrich, 1973b: 63.
390. Getzler, 1983, y Raskólnikov, 1990: 81 y ss.
391. Getzler, 1983: VIII.
392. Avrich, 1973b: 68. Tanto el *krug* como el *veche* eran formas de asambleas populares.
393. Getzler, 1983: 211.
394. Berkman, 2012: 21.

395. Avrich, 1973b: 29.
396. Avrich, 1973b: 29.
397. Avrich, 1973b: 10.
398. Cit. en Kowalski, 1997: 245.
399. Shorey, 2003: 18.
400. Shorey, 2003: 17.
401. Avrich, 1973b: 189.
402. Cit. en Avrich, 1973b: 163-164.
403. Anté Ciliga, cit. en Lefort, 1970: 97.
404. Cit. en Avrich, 1973b: 165.
405. Kool y Oberländer, 1971b: 132-133.
406. Kool y Oberländer, 1971b: 183.
407. Kool y Oberländer, 1971b: 183.
408. Texto recogido en el número 6 de las *Izvéstiya* de Kronshtadt, cit. en Berkman, 2012: 56.
409. Kool y Oberländer, 1971b: 89-90. Véase VV AA, 1997: 136.
410. Volin, 1977b: 101.
411. Oskar Anweiler, en Kool y Oberländer, 1971b: 12.
412. Véase, por ejemplo, Wright, 1986: 102.
413. Avrich, 1973b: 162.
414. Heath, 2010: 10.
415. Sobre la posición de los socialistas revolucionarios en relación con la insurrección de Kronshtadt, véase VV AA, 1997: 277 y ss.
416. Kool y Oberländer, 1971b: 43.
417. Arvon, 1980: 46.
418. Avrich, 1973b: 187.
419. Shorey, 2003: 40.
420. Véase, por ejemplo, Kool y Oberländer, 1971b: 200.
421. Avrich, 1973b: 179.
422. Avrich, 1973b: 180-181.
423. Avrich, 1973b: 181.
424. Volin, 1977b: 157.
425. VV AA, 1971: 10.
426. Texto recogido en el número 6 de las *Izvéstiya* de Kronshtadt, cit. en

Volin, 1977b: 130.
427. Cit. en VV AA, 2011: 34.
428. Avrich, 1973b: 182.
429. Ciliga, 2015: 19.
430. Mett, 2006: 40.
431. Shorey, 2003: 28.
432. Cit. por Oskar Anweiler, en Kool y Oberländer, 1971b: 14.
433. Kowalski, 1997: 185.
434. Serge, 1971: 40.
435. Kool y Oberländer, 1971b: 30.
436. Cit. en Kool y Oberländer, 1971b: 30.
437 . Cit. en Marie, 2005: 443.
438 . Trotski, 2011: 48.
439 . Kool y Oberländer, 1971b: 187; VV AA, 1997: 134.
440. Avrich, 1973b: 163.
441. Avrich, 1973b: 175-176.
442. Nº 11 de las *Izvéstiya* de Kronshtadt, cit. en Volin, 1977b: 136.
443. Goldman, 2008: 34.
444. Marie, 2005: 236-237.
445. Mett, 2006: 98.
446. Avrich, 1973b: 169.
447. Avrich, 1973b: 170.
448. Véanse los numerosos documentos incluidos en VV AA, 1997.
449. Marie, 2005. En ruso se leerá con provecho el detallado estudio incluido en Krestiánikov, 2016.
450. El diálogo tiene uno de sus retoños más interesantes en Besancenot y Löwy, 2014, y en particular en el tratamiento, razonablemente equilibrado, más allá de diferencias inevitables, que en esa obra se hace de los años rusos que me ocupan en este libro.
451. Marie, 2005: 251.
452. Marie, 2005: 380.
453. Marie, 2005: 73.
454. Marie, 2005: 429.
455. Marie, 2005: 395.

456. Marie, 2005: 14. Véase VV AA, 1997: 6. Sobre alguno de los efectos de la rehabilitación, véase Krestianski, 2016: 289-295.
457. Marie, 2005: 180 y 182.
458. Marie, 2005: 249.
459. Marie, 2005: 211.
460. Mett, 2006: 11.
461. Oskar Anweiler, en Kool y Oberländer, 1971b: 13.
462. Mett, 2006: 127.
463. Volin, 1977b: 155.
464. VV AA, 2011b: 21.
465. Lenin y Trotski, 1986.
466. Frank, 1986: 15.
467. Marie, 2005: 128.
468. Skirda, 1971: 55.
469. Sobre la presencia de Kronshtadt en el décimo congreso, véase VV AA, 1997: 243 y ss.
470. Dauvé y Martin, 2003: 116.
471. Dauvé y Martin, 2003: 117.
472. Smith, 2002: 85.
473. Ciliga, 2015: 25.
474. Ciliga, 1971: 35.
475. Cit. en Pollack, 1959: 60 y 62.
476. Pollack, 1959: 64-65 y 85.
477. Arvon, 1980: 92.
478. Cit. en Arvon, 1980: 93.
479. Cit. en Avrich, 1973b: 210.
480. Sobre la *majnóvshina* véanse Belash y Belash, 1993; Bespechni y Bukreyeva, 1996; Cinella, 2003; Ducret, 2013; Ducret, 2015; Golovánov, 1997; Majnó, 2010; Majnó, 2013; Malet, 1982; Menzies, 1972; Nadezhdin, 2011; Palij, 1976; Schujman, 1999; Semanov, 2001; Semanov, 2005; Shanin y Danílov, 2006; Shubin, 1998; Shubin, 2012; Telitsin, 1998; Veller, 2015; Volkovinski, 1994, y VV AA, 2006. También VV AA, 1999a: documentos 438, 439, 450, 451, 455, 456 y 460.

481. Archinof, 1975.
482. Ternon, 1981: epígrafe titulado “Conclusion: le testament de Makhno”.
483. Dauvé y Martin, 2003: 100.
484. Skirda, 2004: 2.
485. Skirda, 2004: 413.
486. Skirda, 2004: 88.
487. Skirda, 2004: 312.
488. Skirda, 2004: 413.
489. Archibald, 2007, y Cotlenko, 2014. Véase también Savchenko, 2010.
490. Archinof, 1975: 106.
491. Cit. en Archinof, 1975: 236.
492. Skirda, 2004: 412-413.
493. Belash y Belash, 1993: 88.
494. Archinof, 1975: 89-90.
495. Majnó, 1996: 47.
496. “Declaración del ejército insurgente”, octubre de 1919, cit. en Skirda, 2004: 374-375 y 377.
497. Skirda, 2004: 159.
498. Skirda, 2004: 327 y 331.
499. Archinof, 1975: 161.
500. Archinof, 1975: 166.
501. Volin, 1977b: 228.
502. Volin, 1977b: 184.
503. Archinof, 1975: 158.
504. Majnó, 1977: 96; Majnó, 1996: 57.
505. Skirda, 2004: 327 y 331.
506. Véase, por ejemplo, Majnó, 1996: 97.
507. Belash y Belash, 1993: 88.
508. Goldman, 2008: 152.
509. Belash y Belash, 1993: 88.
510. Archinof, 1975: 245 y 258.
511. Mett, 1983: 11.
512. Mett, 1983: 21.
513. Texto de Polevoi, de julio de 1920, cit. en Mett, 1983: 25.

514. Archinof, 1975: 258.
515. Majnó, 1996: 6-7.
516. Majnó, 1996: 7.
517. Skirda, 2004: 78.
518. “Convenio militar y político preliminar entre el Gobierno soviético de Ucrania y el ejército insurreccional revolucionario, majnovista, de Ucrania”, cit. en Archinof, 1975: 191.
519. Skirda, 2004: 201.
520. Cit. en Skirda, 2004: 91.
521. Archinof, 1975: 137, y Majnó, 1996: 35.
522. Comunicado titulado “¿Quién es Grigoriev?”, cit. en Archinof, 1975: 126.
523. Sobre Grigoriev véase Archinof, 1975: 147 y ss., y Skirda, 2004: 101 y ss.
524. Archinof, 1975: 227.
525. Skirda, 2004: 307-308.
526. Cit. en Archinof, 1975: 229.
527. Archinof, 1975: 229.
528. Majnó, 1996: 32-38; Litvinov, 1984.
529. Kessel, 1997. Véase Majnó, 1996: 29.
530. Archinof, 1975: 231. Véase también Motzkin, 2010.
531. Aunque, al respecto, bien puede admitirse como explicación que esa maquinaria se vio a menudo impregnada, a su vez, por códigos antisemitas.
532. “Declaración del Consejo Revolucionario Militar”, octubre de 1919, cit. en Archinof, 1975: 228.
533. Majnó, 1992.
534. Skirda, 2004: 6.
535. Volin, 1977b: 195.
536. Ternon, 1981: epígrafe titulado “Les bolcheviks contre Makhno”.
537. Ternon, 1981: epígrafe titulado “Qui fut Makhno?”.
538. Archinof, 1975: 244-245.
539. Skirda, 2004: 343.
540. Volin, 1977b: 168.

541. Mett, 1983: 13.
542. Skirda, 2004: 299.
543. Skirda, 2004: 345.
544. Skirda, 2004: 299-300.
545. Véase, por ejemplo, Majnó, 1996: 28.
546. Archinof, 1975: 132.
547. Volin, 1977b: 292.
548. Volin, 1977b: 181.
549. Skirda, 2004: 359.
550. Sobre los campesinos y sus revueltas, véanse Figes, 1989, y Osipova, 2001.
551. Smith, 2002: 90.
552. Podshivalov, 2011. Véanse también Podshivalov, 2015: 153-288, y Shtyrbul, 1996.
553. Podshivalov, 2011: 18.
554. VV AA, 2009: 3-4.
555. Grupo Dielo Trudá, 2010.
556. VV AA, 2009: 9.
557. Yaroslavski, 1939. Véanse también Yákovlev, 1922, y Kánev, 1974.
558. Cit. en Skirda, 1973: 13.
559. Véanse Buchenkov, 2015; Mitrojin, 2015; Rublev, 2015, y VV AA, 2003a.
560. Véase Nikitin, 1992. En 2014, la casa en la que falleció Kropotkin, en Dmítrov, cerca de Moscú, se convirtió en museo.
561. Véase VV AA, 1999a: documento 483.
562. Avrich, 2005: 235. Dos textos anarcocomunistas de 1923 y 1924 se encontrarán en VV AA, 1999a: documentos 480 y 481.
563. Grupo Dielo Trudá, 2010; VV AA, 1999a: documento 490. También Rossineri, 2015.
564. Avrich, 2005: 246.
565. Ruff, 1991: 10. Véase también Rebrov, 1994.
566. Rabinowitch, 2007: 390.
567. Rabinowitch, 2007: X.
568. Baynac, 1978: 14-15.

569. Castoriadis, 1973a: 66.
570. Berkman, 2013: 131.
571. Goldman, 2008: 6.
572. Dauvé y Martin, 2003: 133.
573. Dauvé y Martin, 2003: 129.
574. Cit. en Skirda, 1971: 69.
575. Woodcok y Avakumović, 1971: 433.
576. Serge, 2012: 118.
577. Cit. en Baynac, 1978: 19.
578. Cit. en Marie, 2005: 16-17.
579. Dauvé y Martin, 2003: 38.
580. Camatte, 1975: 30-31.

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1. LOS ANARQUISTAS RUSOS ANTES DE 1917
CAPÍTULO 2. POPULISTAS Y ANARQUISTAS
CAPÍTULO 3. EL ANARQUISMO RUSO ENTRE 1917 Y 1921
CAPÍTULO 4. SOVIETS, CONSEJOS DE FÁBRICA, SINDICATOS, COMUNAS RURALES
CAPÍTULO 5. LAS CRÍTICAS AL NACIENTE RÉGIMEN BOLCHEVIQUE
CAPÍTULO 6. LA REVUELTA DE KRONSHTADT
CAPÍTULO 7. LA ‘MAJNÓVSHINA’
CAPÍTULO 8. DESPUÉS DE 1921
CAPÍTULO 9. PARA ENTENDER LO OCURRIDO ENTRE 1917 Y 1921
CRONOLOGÍA
BIBLIOGRAFÍA

CARLOS TAIBO

ANARQUISMO Y REVOLUCIÓN EN RUSIA 1917-1921

SEGUNDA EDICIÓN

CATARATA